This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

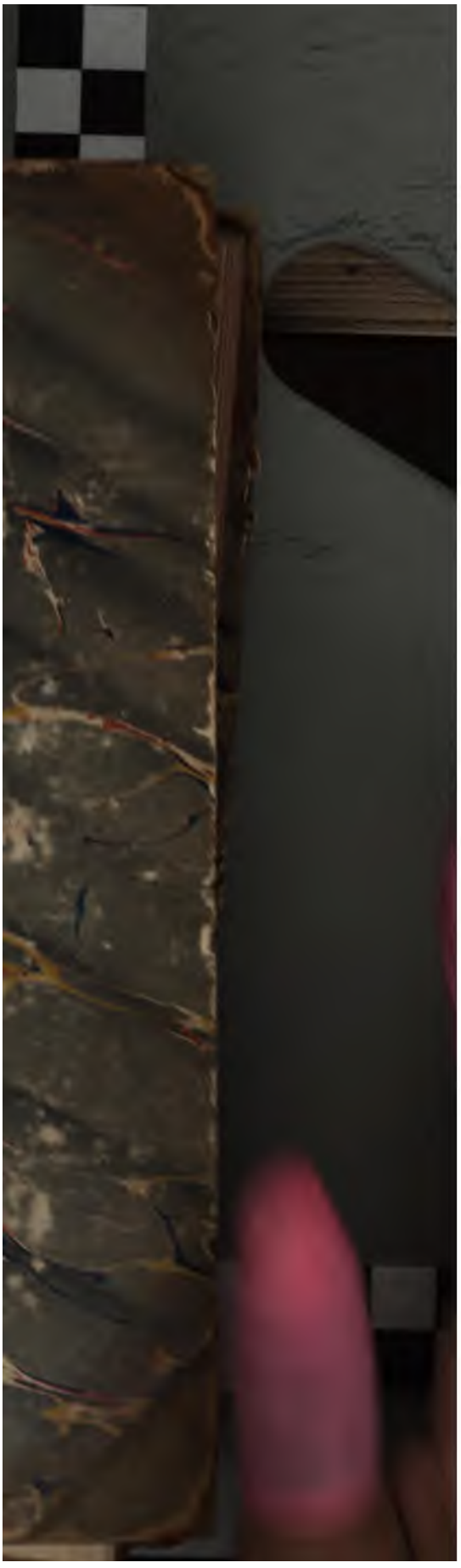
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

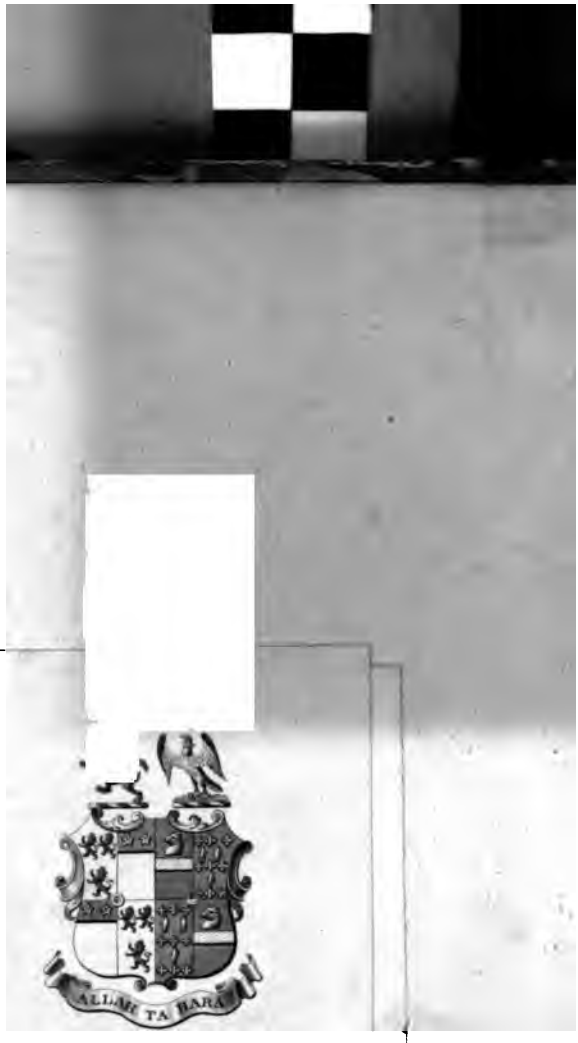
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`





Humphrey St John Mildmay.

Humphrey St. John Mildmay.

BIBLIOTECA

SELECTA

DE LITERATURA ESPAÑOLA,

O MODELOS

DE ELOCUENCIA Y POESIA,

Tomados de los escritores mas célebres desde el siglo XIV hasta nuestros dias, y que pueden servir de lecciones prácticas á los que se dedican al conocimiento y estudio de esta lengua;

POR P. MENDIBIL Y M. SILVELA.

..... In omnibus ferè minùs valent
Præcepta quàm experimenta.
QUINT.

TOMO TERCERO.

BURDEOS,

EN LA IMPRENTA DE LAWALL E JOVEN Y SOBRINO,

PASEO DE TOURNY, N°. 20.

1819.

CONTINUACION

DEL

DISCURSO PRELIMINAR.

Utilidad de la Poesía : su influencia moral sobre la civilizacion y las costumbres.

PITAGORAS condena á Homero á los horrores y suplicios del Tártaro, Platon escluye á los poetas de su *República*, Montesquieu define la poesía : *arte de encadenar y sofocar la sana razon;* y tales autoridades nos preparan á ver sin admiracion en la lista de sus despreciadores, los nombres por otra parte respetables de Lamotte, Fontenelle, Duclos y Buffon. ¿Por qué especie de contradiccion han tenido siempre ilustres adversarios las verdades al parecer menos sujetas á discusion? ¿Será esta una de las debilidades del amor propio, sobre quien tanto puede el deseo de singularizarse? Lo es con efecto. Pero, ¿no podriamos convertir esta observacion en una leccion útil? ¿no podria ser tambien este uno de aquellos medios con que la naturaleza, que se esplica siempre por hechos, ha querido sancionar la importante máxima de la modesta desconfianza de sí mismo? ¡Cuan circunspectos y desconfiados no debemos ser nosotros, si á hombres como Pitágoras, Platon y Montesquieu, no solo no les ha sido dado el privilegio de acertar en todo, sino que se han equivocado sobre verdades que podemos llamar de puro sentimiento, y que no parecen pedir sino la existencia de los órganos comunes!

» armónicos de todos los géneros fijan su atencion, facilitan » su análisis, y dejan en ella vestigios mas durables ». Y mas abajo: « la rima de la poesía no es mas que una imita- » cion de la música. Como rima, las impresiones que causa » son menos vivas y menos fuertes; pero por imágenes mas » circunstanciadas y mas bien circunscritas, ó por senti- » mientos desenvueltos con mas órden y de un modo que » sigue mas de cerca sus diferentes movimientos y varie- » dades, obtiene la poesía resultados igualmente grandes, » y aun por lo general estos efectos son mas durables; por- » que, acabando y determinando mejor los objetos que » pinta, estos suministran mas alimento á la reflexion. Ul- » timamente, la rima del canto y la del verso, sea que » esta última dependa de la medida de las sílabas, sea que » no esté fundada sino sobre su número, ó bien consista en » la repeticion periódica de los mismos sonidos articulados, » hace en uno y otro mas distintas las percepciones del » oido, y mas fácil su recuerdo ». No es posible determinar mejor la primera y mas directa utilidad de la poesía. *Fijar nuestra atencion, facilitar nuestro análisis, producir en nosotros impresiones durables, hacer mas distintas nuestras percepciones, y mas fácil el recuerdo de ellas.* He aquí sus importantísimos efectos: he aquí resuelto el problema de su asombrosa antigüedad, y he aquí descubierta y probada su influencia, casi decisiva y absoluta, sobre el primer estado de la civilizacion. Tal es el resultado del estudio de la naturaleza y del descubrimiento de un principio luminoso. Fija Newton las leyes de la atraccion, y el mundo físico deja de ser un misterio; estudia Cabanis la organizacion del hombre, y la historia de la sociedad, los fenómenos del mundo moral se esplican por sí mismos.

La poesía que en el mayor estado de civilizacion conserva y conservará eternamente muchos é indisputables títulos al

aprecio y respeto de los hombres, debió ser en las primeras edades del mundo un instrumento absolutamente necesario. Las bestias ferozes renunciando á sus bosques arrastradas por los dulces acentos de la lira de Orfeo, Anfion que al son de la suya edifica á Tebas, no son sino el emblema de esta verdad, y la alegoría con que la antigüedad reconocida ha trasmitido á las generaciones futuras, la memoria del imperio sobrenatural que ejerció sobre los demas hombres, el primero que encadenandolos por el prestigio de los sentidos, los obligó á acercar sus cabañas á la suya, y dictó las primeras leyes de la sociedad.

Familiarizados con el estado de perfeccion social á que nos ha tocado pertenezer, creemos que la especie humana ha sido siempre lo que es en el dia. El hombre calculador del siglo XIX puede ser conducido por frios raziozinios; pero el hombre de las selvas, el hombre de los primeros tiempos de la sociedad no tenia mas que sentidos: para mandarle, era preciso dominarle; y para dominarle, extasiarle. Un poeta y un músico serian los peores legisladores que pudieran darse á los hombres de la edad presente; pero solo un músico ó un poeta podian ser los legisladores de la sociedad naziente. El hombre desconfiaria hoy de quien empezase por seduzirle; no podia entónces ceder sino á quien le sedujese.

En todo tiempo ha sido y será siempre cierto lo que dice Quintiliano (1): no puede entrar en el corazon lo que tropieza en el oido; pero *para fijar la atencion* de los hombres en este estado de grosera rudeza, *para producir impresiones durables* sobre órganos de tal rigidez é inflexibilidad, se necesitaba interesarlos agradablemente, conmover-

(1) *Nihil potest intrare in affectum, quod in aure, velut quodam vestibulo, statim offendit.* QUINT.

los de un modo fuerte, emplear en fin toda la magia de la armonía (1); mientras que por la medida se hacian al mismo tiempo *mas distintas las percepciones, y se facilitaba su análisis*. En el dia, acostumbrados á trabajar de un modo tan fino sobre los signos de nuestras ideas, las reticencias, las espresiónes elípticas, la velozidad del órgano de la palabra, las supresiones de sílabas enteras, nada es un ostáculo, nada detiene la rapidez incalculable de nuestro entendimiento, acostumbrado á abrazar en un monosílabo una serie infinita de percepciones, y aun de juizios; mas la emision de los primeros signos entre los primeros hombres tuvo que ser necesariamente muy pausada y distinta, y no podia menos de tomar un carácter rítmico y cantante. Así es que, en cierto modo, podemos decir, que en la invencion de la poesía y de la música, el oido no ha hecho mas que juzgar de lo que la necesidad dictó.

Pero donde mas sobresale y reluze la influencia de la poesía sobre la civilizacion, es en la última calidad que Cabanis le asigna, es decir, como medio de retener las impresiones, y trasmitir su memoria. Todo el saber humano se reduze á la ciencia de los hechos, y la civilizacion no es mas que el producto de la tradicion. Abandonado el hombre á la esperiencia aislada del individuo, su civilizacion habria escedido en bien poco el instinto del urangutango y el castor. Reflexionemos pues que la poesía era entónces el

(1) No se crea que pensamos por esto que los primeros músicos y poetas fuesen ya un prodigio del arte. Suponemos la música y la poesía en el mismo estado de imperfeccion, y sometidas á la misma progresion que todo lo demas; mas suponiéndolas en este estado, los efectos produzidos no serian menos asombrosos. Un pedazo de vidrio es un objeto de admiracion para el salvaje; cuantas preciosidades encierra el palacio del primer Soberano de Europa, son á nuestra vista objetos casi indiferentes.

único medio de tradicion, y que en el largo intervalo de la infancia de la sociedad, ella ha sido el único órgano de la moral, de la legislacion y de la historia. ¿Cual es la nacion, cual es el pueblo que no deba á la poesía sus primeras nociones de virtud y de justicia, y la memoria de los primeros ejemplos? Recorramos rápidamente una parte de la historia de los primeros legisladores, y de los primeros libros. Bajo el artificio de un verso hizieron recibir á los Cretenses y Espartanos sus preceptos y sus leyes, Radamanto y Minos, Táles y Licurgo su discípulo (1). En verso estaban las tablas que contenian las leyes de Solon, y los fragmentos (2) que han llegado á nosotros de este poeta legislador, prueban hasta la evidencia el uso que hacia de la poesía para formar las costumbres de los Atenienses, consolidar su gobierno y dirijir su política. Los Bardos de los Germanos, los Druidas de los Galos y Bretones, entre los cuales habia una clase con el nombre de *Vates*, los Escaldros de los Escitas no dejan una duda de la influencia de la poesía sobre la civilizacion de estos pueblos bárbaros; y en cuanto á nosotros, los antiguos Túrdulos tenian, por testimonio de Estrabon (3), sus leyes todas en verso, y poemas de una antigüedad prodigiosa. Si dejando la Europa, consultamos los pueblos del Asia, el *Zenda Vesta* de los Persas, todos los libros sagrados que conocemos de los Bracmanes de la India, el *Mahabharat*, el *Bhaguat Geeta*, todos los *Sharters* y *Puranones* (4), no son sino otros tantos poemas que

(1) Estrabon, lib. 10.

(2) Philon, lib. 1 de opificio mundi. Clement Alexand., lib. 6 Stromatum. Collectio vetustissimorum autorum, ex editione Joannis Crispini.

(3) Estrabon, lib. 3.

(4) Discurso preliminar de la traduccion del *Bhaguat-Geeta* por Wilkinn.

contienen la religion, la moral, las leyes y cuanto forma la civilizacion de estos pueblos célebres; y hasta el Dios del Sinaí y del Oreb empleó la magia de la poesía para conduzir y gobernar su pueblo. Dióle un poeta por legislador (1), y continuó hablándole siempre por la boca de los profetas, ó para enseñarle á cantar sus glorias y adorarle, ó para dictarle los consejos de la sabiduría, ó para inspirarle terrores saludables.

Mas no se crea que si insistimos tanto sobre la influencia de la poesía en los primeros tiempos de la civilizacion, es porque desconfiamos de probar su posterior utilidad é importancia. Una vez descubierto el buen camino, no hay mas que seguirle. Cualesquiera que sean los progresos de la razon, nunca podrán perder su importancia y utilidad los medios que *fijan nuestra atencion, facilitan nuestro análisis, produzen en nosotros impresiones durables, hacen mas distintas nuestras percepciones, y mas fácil el recuerdo de ellas.* La poesía es semejante al hierro: las artes que le deben su nacimiento no podrán nunca emanciparse de él; siguiendo el curso de su perfeccion, y envolviéndose con ellas, multiplicará sus usos y conservará su imperio. El que la poesía ejerce sobre la civilizacion y las costumbres, está fundado sobre nuestra organizacion: hija de la perfeccion de nuestros sentidos y de la debilidad de nuestro espíritu, no puede perder su utilidad, mientras no dejemos de ser lo que somos, es decir, un conjunto inesplicable de miseria y de grandeza. Mientras que nuestro oido descontentadizo rechaza con disgusto todo sonido inarmónico, nuestra débil vista no puede resistir el aspecto hermoso, pero sobre humano y celeste de la verdad desnuda, y forzada á men-

(1) El famoso cántico al paso del Mar Rojo es una prueba de esta verdad.

figar de la poesía su atavío y su prestigio, cubierta unas vezes con un velo modesto y sencillo, encierra en una fábula los preceptos y máximas de la vida comun, derrama en el alma tierna del niño las primeras semillas de la virtud; armada otras con la punzante flecha de la ironía y de la sátira, hiere nuestro amor propio, censura las costumbres; ó calzando el zueco, ridiculiza nuestros defectos, arranca al vicio su máscara, y nos presenta en toda su deformidad la fria insensibilidad del avaro, ó la ratera bajeza del cortesano, ó la infame perfidia del hipócrita. Ya festiva y lijera, transijiendo al parecer con nuestra flaqueza, toma parte en nuestros placeres, y con el vaso en la mano, cantando las escelencias del licor precioso de Escío y Lesbos, de Másico y Falerno, nos enseña á despreciar la fortuna, á ser superiores á los males de la vida, y proclama así la independencia de la virtud. Ya patética y sentimental, fecundiza el gérmen de nuestras pasiones benéficas, refina nuestra sensibilidad, abre nuestro corazon á las dulces afecciones del amor, de esta pasion, que si algo tiene de malo y de grosero, no es ciertamente lo que tiene de poética. Ya elevándose majestuosamente, ó canta en el éxtasis de una inspiracion la inmensidad de un Dios y la perfeccion de sus obras, ó llena del entusiasmo de la virtud, honra y trasmite á la posteridad el nombre glorioso de sus héroes, sirviendo á un tiempo de leccion y de estímulo; ó calzando enfin el coturno, nos amedrenta con el aspecto horrible del crímen, truena en presencia de los tiranos, y de los impostores, y vengadora de la virtud ultrajada, á la faz misma de los monstruos que combate, arma contra ellos el brazo de la opinion, y proclama con voz impávida las verdades que roen su alma y causan su suplicio.

¡Ateos del Parnaso! ¡Impugnadores injustos de su culto! El espíritu de paradoja ha estraviado vuestra razon hasta

y con el nombre de *Poesía moderna*, todo el discurrido desde estos hasta nuestros dias.

En la primera época, nuestra poesía es enteramente primitiva, original, ya por el fondo de sus cuadros, ya por su colorido, y ya en fin por su artificio métrico.

En cuanto al fondo de los cuadros, se ocupa de nuestras cosas, se lamenta de nuestras desgracias, celebra nuestros triunfos, es enteramente popular, pinta nuestras costumbres, nuestras ideas dominantes, no mendiga sus divinidades del Olimpo de los Griegos, ni sus héroes de la Iliada ó de la Eneida. Ni aun necesita atravesar el Oriente, ni recorrer los campos de Palestina, para respirar aquel carácter romanesco de la caballería, aquel fanatismo místico del amor, que caracteriza los siglos á que perteneze, y sin salir de casa, halla en su seno los Reinaldos, los Tancredos y los Coucis.

Su colorido es en el principio poco animado y vivo. El estilo es puramente narrativo y sencillo : degenera las mas vezes en trivial y humilde : pinta el estado de la lengua, y esta el de la razon : hácese despues mas levantado y grave, y solo al fin adquiere aquella pompa y majestad, aquel carácter de orientalismo, que no podia menos de venir á darle la comunicacion con los hijos del desierto, unida á la exaltacion de la victoria y al triunfo de nuestra independencia. Ni debe estrañarnos la humildad y pobreza con que aparece el genio entre nosotros en sus primeros esfuerzos. Esta pobreza era la de la lengua, y no olvidemos que la nuestra se formó por degeneracion, por corrupcion de otra mejor, por una reaccion de la ignorancia contra las luzes. Tiene por consecuencia en el principio toda la regularidad de una lengua formada, sin que tenga nada de aquel hermoso abandono, aquella energía y fausto de una lengua que primitivamente se forma en el seno de la li-

bertad, de la licencia de un pueblo nómade, que recorre por sí mismo la escala de la civilizacion. Mas no se crea por esto que careze de toda gracia la amable sencillez de nuestros primeros poetas; sus bien sentidas razones tienen no pocas vezes mas encantos, que el estudiado ornato de los posteriores.

Aun tenemos mas derecho á decirnos originales en competencia de las demas naciones de la Europa, si consultamos el artifizio poético. Empezando por la rima, que es el distintivo de la poesía moderna, si no nos es permitido atribuirnos la invencion, con no débiles fundamentos podemos apropiarnos la primera imitacion, ó aplicacion de ella á las lenguas modernas. Antiquísima entre los Arabes, á ellos se la debemos, como tantas otras cosas. Introduzida en los corrompidos dialectos que se formaron sobre las ruinas de la hermosa lengua de los señores del mundo, y acomodándose á la imperfeccion y genio de las nazientes, vino á ocupar el lugar del verso puramente métrico, único que conozieron las delicadas Musas del Iliso y del Tíber.

Nuestro Luzan (1), al esplicar con relacion á esto el orígen de nuestra poesía, si bien reconoziendo alguna influencia por parte de los Arabes, pareze atribuirla el de los ritmos latinos, que la barbarie, dice, de aquellos tiempos sustituyó á los versos usados por los buenos poetas. Sin embargo, nosotros no estamos muy lejos de mirar como mas verosímil, que los ritmos latinos fuesen una novedad introduzida en esta lengua á imitacion de la rima de los Arabes, aunque no podamos ni citar el primer ejemplo, ni aun asignar la época de esta novedad.

Mas feliz nos pareze en el modo de esplicar el orígen de la rima imperfecta ó del asonante, que empezó sin duda

(1) Cap. 3, lib. 1°.

por error en el consonante, erijióse despues en licencia poética, y cultivado y trabajado al fin de propósito, acabó por elevarse á un género de versificacion propio y esclusivo de nuestra lengua. Con efecto, si consultamos los primeros monumentos de nuestra poesía, aun alcanzamos á traslluzir cierta tendencia al monorrimo, ó rima única de los Arabes, que seria acaso por donde empezasen nuestros primeros ensayos; pero no pudiendo este monorrimo sostenerse, ó porque desde el principio su cadencia pareziese monotona y cansada, ó tal vez, y no es lo menos probable, por la pobreza misma de la lengua, esto dió lugar á que se deslizasen é introdujesen en la composicion algunas rimas imperfectas. Aun tenemos algunos romances antiguos, y varios trozos del poema del Cid, en que por largo tiempo se halla una rima casi única (1), pero alternada con tal cual verso, en que el asonante viene á reemplazar el consonante. Varió esto despues, viniendo á redu-

(1) En la despedida de Rodrigo y Jimena en S. Pedro de Cardeña, dice esta dirijiéndose á Dios:

« A tí adoro é creo de toda voluntad
E ruego á San Pedro que me ayude á rogar
Por mio Cid el Campeador, que Dios le curie de mal.
Cuando hoy nos partimos en vida nos faz yuntar.
La oracion fecha, la misa acabada la han:
Salieron de la iglesia, ya quieren cavalgar.
El Cid á Doña Jimena íbala á abrazar,
Doña Jimena al Cid la mano l'va á besar,
Llorando de los ojos que non sabe que se far,
E el á las niñas tornólas á catar.
A Dios vos encomiendo, fijas,
E á la mugier é al padre espiritual.
Agora nos partimos, Dios sabe el ayuntar.

Se ve una rima única en *ar*, suplida algunas vezes por los asonantes *voluntad*, *mal*, *espiritual* etc.

cirse aquella rima dominante á una misma rima de cuatro en cuatro versos. Así escribieron el Mro Gonzalo de Berceo, el Arcipreste de Hita, y el autor del poema de Alejandro Magno nos hace ver que esta era la gala de su tiempo, y como el *maximum* del talento poético :

Fablar curso rimado per la cuaderna via
Per sílabas cantadas, ca es grant maestría.

El delicado artifizio de la rima imperfecta, de tanta utilidad en nuestra poesía, pero apenas sensible al oido poco ejercitado de un estranjero (1), ha excitado la crítica de estos. Quien ha dicho que este género de versificacion es desapazible : quien, que no hay en él ninguna especie de armonía. Hay ciertas leyes contra las cuales la naturaleza no ha querido hazer ni una sola escepcion. Tal es aquella que condena á delirio perpetuo é irremisible, á todo individuo de la especie humana que habla de lo que no entiende. ¿Y cómo entender aquello de que no se tiene sensacion? El asonante, al mismo tiempo que prueba la exce-

(1) Bourgoing, plenipotenciario de la República Francesa cerca de la Corte de Madrid, y autor del *Tableau de l'Espagne moderne*, dice :

« Un étranger pourrait assister pendant dix ans au spectacle espa-
» gnol sans se douter de l'existence de ces *assonantes* et de l'asser-
» vissement qui en résulte. Et après avoir été mis sur la voie de les
» reconnaître, il a encore beaucoup de peine à en retrouver la trace,
» lorsqu'il les entend débiter sur la scène; mais ce qui lui est si
» difficile de saisir n'échappe pas un instant à un espagnol, quelque
» illettré qu'il soit. Dès le second vers d'une longue tirade d'*assonan-*
» *tes*, celui-ci a découvert qu'elle est la suite de voyelles finales dont
» le règne commence, il attend aux endroits marqués leur retour
» périodique, et un acteur ne tromperait pas impunément son attente;
» rare facilité, qui tient à l'organisation délicate des peuples du
» midi, etc., etc. ».

lencia de nuestra lengua, es para nosotros una adquisicion preciosa para el romance narrativo, el género anacreóntico y otros; pero particularmente para el diálogo cómico. La rima, cualquiera que sea en la versificacion la felizidad del poeta cómico, aunque entre en la cuenta aquel de quien con tanta justicia se ha dicho:

A peine as-tu parlé, qu'elle-méme s'y place (1),

es siempre preternatural y violenta, no es posible desnaturalizarla: el poeta se descubre, se conoze el mecanismo, y nada de esto puede suceder sino á espensas de la imitacion y de la ilusion cómica. Léanse casi todos los trozos de nuestros poetas cómicos, elejidos en nuestra coleccion: la soltura, la fazilidad, la fluidez de su versificacion es tal, que lejos de asomar, ni la sombra siquiera de esfuerzo ni de estudio, no hay amor propio que no seduzcan, ni espectador que no crea que, puesto en las mismas circunstancias, ni aun le seria dado usar de otras palabras, ni de otra coordinacion. Si esta proposicion es cierta (y acerca de su verdad apelamos, naturales ó estranjeros, al testimonio de cuantos estén en estado de juzgar) este artifizio es el primor de la imitacion, y el triunfo de la ilusion poética.

En cuanto á la estructura de los versos por la medida de sus sílabas, son de esta primera época los de cinco, seis, siete y ocho sílabas, los versos de arte mayor, y los alejandrinos. Estos últimos nos pertenezen como el autor del poema á que deben su nombre: y los alejandrinos y los de arte mayor divididos en dos, produjeron los primeros, segun la opinion mas comun; si ya no es que por el contrario, la reunion de aquellos fué la que produjo estos, sobre lo cual nosotros

(1) Boileau, sat. 2, à Molière.

nada nos atreverémos á pronunciar, porque uno y otro estremo pueden tener en su favor conjeturas muy fuertes. Es cierto que el alejandrino pareze una imitacion del exámetro latino, y así es que el P. Sarmiento en sus *Memorias para la poesía*, piensa que el verso de ocho sílabas usado en el romance y en la redondilla, no es mas que el exámetro partido en dos (1); pero tambien lo es que este género de versificacion de artifizio mas sencillo, de suyo mas popular y cantante, ha podido tener por tipo la versificacion árabe, con la cual tenemos por otra parte en la época de que vamos hablando, tantas conveniencias por la rima, por el uso del monorrimo, y hasta por el tono é índole de la composicion, pues que suya es aquella galantería caballeresca, aquella dulce melancolía que haze del amor un objeto de compasion, y que caracteriza nuestros primeros versificadores, semejantes en esto al *Troubadour* frances, y al *Minnessœnger* de los Alemanes, conveniencia que pudiera muy bien tener el mismo orígen.

Séanos lícito con este motivo hacer una observacion, que puede tener en la historia de todas nuestras cosas una aplicacion útil y frecuente, determinándola, por ahora, á solo nuestras cosas, porque de ellas únicamente hablamos; mas no porque seamos los únicos que en la Europa háyamos

(1) Un autor aleman, impugnando la opinion del P. Sarmiento, cree que los versos de ocho sílabas ó de redondilla mayor, no pueden referirse al exámetro latino; pero estraña que los literatos españoles no hayan observado su conveniencia con las antiguas canciones militares de los Romanos, y cita una de las que refiere Suetonio, y cantaban á César sus soldados despues de haber sometido las Galias. Ni la desconfianza de nuestras fuerzas, ni la estrechez de un discurso nos permiten ocuparnos detenidamente en estas cuestiones; pero creemos satisfazer al objeto de este, provocando por estas indicaciones el estudio de los profesores, y las investigaciones de los literatos.

adolezido de esta enfermedad. Nuestra aversion á los sectadores del islamismo no nos ha permitido ser justos, cuando se ha tratado de determinar la influencia que los Arabes ejerzieron sobre nosotros; así es que nuestros historiadores y nuestros críticos, ó no hablan absolutamente de ellos sino para contar sus derrotas, ó lo hazen de un modo, que no puede servir sino para justificar aquella prevencion; y en todo caso, puestos en la necesidad de designar el autor de un descubrimiento útil, ó de una verdad importante en las ciencias ó en las artes, con la mas pequeña sombra de motivo, todo se ha referido á los Romanos; pero si esto no era posible, no se ha dudado en preferir, aun á costa de toda verosimilitud, el campamento guerrero de un Godo á la ilustrada corte de un Califa: la pobre Oviedo, á la Atenas del siglo IX y X, á la brillante Córdoba: un Fruela brutal, al justo é ilustrado Alhaca. Si los Arabes Españoles hubiesen renunciado al alcoran y adoptado el cristianismo, ellos por su parte habrian ganado mucho en el cambio, aun serian probablemente los soberanos de la España, los Almanzores y Abderramenes, Zegríes y Abenzerrages ocuparian en nuestra heráldica un lugar distinguido, su descendencia seria para nosotros un título de gloria, y nos habrian evitado algunas injusticias.

Carácter y artificio de la poesía moderna.

En la segunda época, nuestra poesía cambia enteramente de aspecto. Las Musas castellanas, como siguiendo la marcha de nuestra situacion política, despues de haber triunfado de cuantos dialectos quisieron un tiempo disputarles el terreno, no contentas con haber reduzido al silencio todos sus enemigos domésticos, arrastradas por la grandeza misma de los medios que les habia dado la victoria, empezaron á

hazer invasiones sobre un terreno estranjero, y á enriquezerse y engalanarse con los despojos de brillantes usurpaciones. Si nuestra poesía perdió en esta mudanza algo de aquella originalidad primitiva, de aquella amable sencillez que la caracteriza en su infancia, ó de la docta gravedad de su adolescencia, ¡ cuanto no ganó estendiendo por la imitacion la esfera de las ideas, y dando por nuevos artifizios nobleza y sublimidad á la composicion! En vano Castillejo y otros tomaron la defensa de la antigua poesía, y alzaron el grito contra los novadores. El nombre de *Petrarquistas* con que se les distinguió, no podia servir sino para honrar la secta naziente, y merced á Boscan, Garcilaso, Mendoza, y D. Luis de Haro (1), nuestra poesía lírica recorrió en poco tiempo todos los géneros, la lengua ostentó toda su majestad, el genio toda su grandeza; y nuestro Parnaso no tardó en contar en su seno los Teócritos y Virgilios, los Horacios y los Píndaros, los Petrarcas y los Fracastores y

(1) Así lo dice el mismo Castillejo en aquel soneto del lib. 2°. con que termina su invectiva *contra los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos.*

« Musas italianas y latinas,
Gentes en estas partes tan estraña,
Decid ¿cómo venistes à la España
Tan nuevas y hermosas clavellinas?
¿O quien os ha traido á ser vecinas
Del Tajo y de sus montes y campaña,
O quien es el que os guia y acompaña
De tierras tan ajenas peregrinas?
Don Diego de Mendoza y Garcilaso
Vos trajeron, Boscan y Luis de Haro
Por órden y favor del Dios Apolo.
Los dos llevó la muerte paso á paso,
El otro Soliman, y por amparo
Solo queda Don Diego, y basta solo ».

Sanázaros, en los Garcilasos, los Leones, los Torres, los Herreras, los Riojas, los Figueroas y otros muchos.

Así pues, aunque nuestra poesía en este segundo período, empezó á ser como servil y de pura imitacion, y que tal sea efectivamente su verdadero carácter, no por eso perdió nada. Podia haber mas mérito en imitar bien á los antiguos, que en ser triste y mezquinamente original.

En cuanto al artifizio métrico, pertenezen á esta época el endecasílabo y el verso suelto, bien preferibles á la desapazible é inarmónica pesadez del alejandrino, y á la saltante y monotona cadencia de los de arte mayor; y en cuanto á la disposicion de la rima, son tambien de esta segunda época todas las diferentes especies de versificacion italiana: « la octava numerosa y rotunda, como dice Quintana, el terceto exacto y laborioso, el artifizioso soneto, la impertinente sextina, y la cancion en sus infinitas combinaciones ».

No se nos oculta sin embargo, que en el *Conde de Lucanor* se encuentra ya uno que otro endecasílabo, y en las poesías del Marques de Santillana algun soneto (1); mas no

(1) Sirva de prueba el siguiente.

« Lejos de vos é cerca de cuidado
Pobre de gozo, é rico de tristeza,
Fallido de reposo y abastado
De mortal pena, congoja é gravezas:
Desnudo de esperanza é abrigado
De inmensa cuita é visto de aspereza,
La mi vida me huye mal mi grado,
La muerte me persigue sin pereza.
Ni son bastantes á satisfazer
La sed ardiente de mi gran deseo
Tajo al presente, ni me socorrer
La enferma Guadïana, ni lo creo;
Solo Guadalquivir tiene poder
De me sanar, é solo aquel deseo ».

se crea por esto despojar á la Italia de sus justos títulos á nuestro reconozimiento, como original y modelo de tan útiles invenciones.

Nada tiene de inverosímil que Don Juan Manuel, el primer hombre de su siglo, y contemporaneo del Petrarca, cuyo nombre resonaba en la Europa entera, y que en el año 1341 habia sido ya coronado en la brillante ceremonia de su triunfo, tuviese conozimiento de las producziones que le daban la celebridad; pero aun cuando los endecasílabos del *Conde de Lucanor* pudieran atribuirle á su autor para él solo el mérito de la originalidad entre nosotros, siempre seria cierto que su ejemplo fué un impulso perdido, y que no de su obra, desconozida hasta que Argote de Molina la publicó en 1575, sino de los autores italianos, tomaron é imitaron el endecasílabo los nuestros del siglo XVI. En cuanto al soneto, aun es mas fázil la esplicacion. Sabido es que el Marques de Santillana, aun mucho mas erudito que poeta, conozia y aun habia hecho de la literatura italiana un estudio particular. Gran Dantista, le llama Mosen Jaime Ferret de Blanes, autor catalan, en una obra escrita en tiempo de los Reyes Católicos en lengua lemosina, y que intituló: *Sentencias católicas del divino poeta Dante.* El mismo Santillana en su canto fúnebre á la muerte del Marques de Villena, no quiso que se dudase de sus vastos conozimientos en la literatura latina é italiana.

Tambien debemos á la Italia los versos sueltos, enteramente desconozidos de nuestros antiguos poetas, invencion del Trisino, que tan pronto y tan felizmente trasladaron y acreditaron en el siglo XVI por la perfeczion con que le manejaron; entre otros, un Figueroa y un Gregorio Hernandez de Velasco, á quien con grande injusticia despoja absolutamente de toda gloria en este punto, el poeta Quintana en su *Coleccion de poesías selectas*, asegurando

demasiado severa, y contra la cual pudiera r
as de un interesado.

erso suelto acabó de probar la excèlencia de n
, que pareze apropiarse por él, cuando está
ido, toda la gloria de su ilustre descendencia
al exámetro latino su sonora majestad, comc
tra de sus hermanas, y elevarse, sacudiendo el
ima servil, cuando no servida, á una region su
de aquella mancha, á que como á una espe
original, condena á todas las lenguas moder
e poeta que ha dicho:

a rime est nécessaire à nos jargons nouveaux,
'nfans demi-polis des Normands et des Goths.

nvencion feliz es de tal manera acomodada á n
, que con harta razon se lamenta Luzan de qu
de versificacion no haya sido mas cultivado por
etas, quienes seduzidos por la rima, la conside
una belleza indispensable; mientras que, bien e
no es acaso mas que un atavío brillante, bajo el c
u muchas vezes no pequeñas imperfecciones. En
istas han censurado como prosaica esta versifica
jar de tener por la medida lo que la convien
ítica, no pudiendo consistir en la poesía de pal

Infancia de nuestra poesía hasta los tiempos de Don Juan el Segundo

El Aquíles Castellano, semejante en esto y en el valor al de Homero (ya que no en la gloria del cantor) absorbió, segun pareze, el reconozimiento de sus contemporaneos, eclipsó por sus hazañas prodigiosas la gloria de los héroes que le habian precedido, y el *Poema del Cid* es el primer monumento de la poesía castellana, y la única composicion que sobrevive y se salva de la injuria del tiempo, tal vez á espensas de muchas otras que la precederian. Con efecto, no es verosímil que las sensibles, aunque rudas Musas, del siglo IX y X dejasen de lamentarse ó congratularse de tantos, tan variados y tan poéticos sucesos como presenta nuestra historia en los tiempos verdaderamente heroicos del principio de la reconquista. ¿Pudieron verse con indiferencia teñidas en la sangre de tantos y tan nobles Godos las Ninfas del Guadalete? ¿Dejarian las del Tajo de maldecir por largo tiempo las crueldades de Witiza, la traicion de Don Julian, y de increpar á Rodrigo sus funestas pasiones, mientras que las del Miño y el Duero cantaban la gloria de sus Alfonsos y Ramiros? ¿Olvidaria la piedad religiosa de nuestros mayores los milagrosos triunfos de Cobadonga y de Clavijo? ¿Veríanse sin admiracion las proezas de un Bernardo? ¿No habria quien derramase una sola lágrima sobre la tumba de la Infanta Jimena, ó sobre la fria losa del infeliz Conde de Saldaña, víctimas desgraciadas de una pasion encendida y de la inflexible virtud de Don Alonso el Casto? Ni se diga que es harto dudosa, ó que está positivamente desmentida la verdad de muchos de estos hechos. No sin designio hemos citado los que son de esta naturaleza, pues que si la crítica histórica, ó los haze dudosos ó los acredita de falsos, quiere decir que no son sino ficciones poéticas, y

entónces, con relacion á nuestro intento, probarian por sí mismos y de una manera indudable, lo que en aquel estado probaran solo por inducsion y conjetura.

El *Poema del Cid* cuya publicacion fué hecha en 1779 por Don Tomas Sanchez, es una narracion histórica de la vida del Cid, que empieza en su destierro por Don Alonso el Casto, de resultas de su espedicion contra los Moros de Toledo, y que desagradó al Rey por haberse hecho sin su permiso (1). Pinta su salida de Bivar, su entrada en Burgos,

(1) A este destierro se refieren las bien sentidas quejas de aquel romance que dice:

« Obedezco la sentencia
Magüer que non soy culpado
Y que es justo mande el Rey
Y que obedezca el vasallo;
Y plegue á nuesa Señora
Que vos faga aventurado,
Tal que non echedes menos
La mi espada ni el mi brazo.
Bien cuido que non vos mueve
Servos yo desaguisado:
Sí, que envidiosos á vezes
Manchan los pechos fidalgos;
Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.
Esos bravos infanzones
Que comen á vueso lado,
Consejeros mentirosos
Lidiadores en palacio,
¿Cómo non vos acorrieron
Cuando preso vos llevaron,
Y cuando yo vos quité
Solo á treze yo en el campo?
Sinon que á rienda suelta
Fuyeron los amenguados,
Donde mostraron tener
Lengua asaz y pocas manos;

sus victorias posteriores y su reconciliacion con el Rey en 1088 ú 89. Nada tiene de épico como ya hemos indicado, y aun casi pudiera disputársele el título de poema. *Historia rimada*, la ha llamado con bastante razon uno de nuestros críticos; sin embargo, se descubre en su autor el designio de dar á su narracion el colorido de la poesía, y el deseo de reduzir sus pensamientos á medida y rima, aunque no siempre sea igualmente feliz en conseguirlo. Sirvan para prueba de todo, ademas de la despedida de Jimena ya citada, los trozos siguientes:

Oracion que hizo el Cid.

« Ya sennor glorioso, Padre que en el cielo estás
Fecist' cielo é tierra, el tercero la mar.
Fecist' estrelas, la luna, é el sol para escalentar.
Presist' encarnacion en Santa Madre,
En Belleem, aparecist' como fué tu voluntat,
Pastores te glorificaron, ovieron de alaudar:
Tres Reyes de Arabia te vinieron adorar

Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.
Membrados Rey Don Alonso
De lo que agora vos fablo,
Vos con saña, yo sesudo,
Vos vengado y yo agraviado:
Que yo fago pleitesía
A San Pedro y á San Pablo
De mezclar, Dios en ayuso,
Mi hueste con los paganos,
Y si finco vencedor,
Poner á vuestro mandado
Los castillos y fronteras,
Pueblos, hazeres, vasallos;
Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo ».

Daban olor sobeio las flores bien olientes,
Refrescaban en home las caras é las mientes:
Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
En verano bien frias, en invierno calientes.
La verdura del prado, la olor de las flores
Las sombras de los árboles de temprados sabores
Refrescáronme todo é perdí los sudores:
Podrié vevir el home en aquellos olores.
Nuncua trové en sieglo logar tan deleitoso
Ni sombra tam temprada, ni olor tan sabroso.
Descargué mi ropiella por yazer mas vicioso,
Poséme á la sombra de arbor fermoso.
Yaziendo á la sombra, perdí todos cuidados,
Odí sonos de aves dulces é modulados.
Nuncua udieron homes órganos mas temprados,
Nin que formar pudiesen sonos mas acordados.
. . . . . .
Los homes é las aves cuantas acaecien
Levaban de las flores cuantas levar quierien,
Mas mengua en el prado ninguna non facien;
Por una que levaban, tres ó cuatro nacien».

Hubiéramos deseado haber podido proporcionarnos el *Poema del Alejandro*, empezado, segun se dice, por Lamberto Lecourt, poeta frances del siglo XIII, y concluido por el Bearnes Alejandro de Bernay, llamado tambien Alejandro de Paris, para compararle con el de nuestro Juan Lorenzo, ver las afinidades que podian tener entre sí, y deduzir de aquí si este último tiene toda la originalidad que nosotros le damos. En cuanto al de Lamberto de Lecourt, no se puede dudar que fué una traduccion, pues que él mismo lo dice en los tres versos siguientes que hemos visto citados:

La verité de l'histoir' si com li roi la fit

Un clerc de Chataudun, Lambert Licors l'écrit
Qui de latin la trert, et en romans la mit.

En cuanto á nosotros mantendrémos nuestro estado de posesion, mientras que nuevas investigaciones no nos fuerzen á renunciar á él, pues aunque el *Poema de Alejandro* esté tan distante de tener un mérito sobresaliente, siempre le recomienda su venerable antigüedad; y aunque en general afeado por muchos defectos, todavía le queda el mérito de algunas descripciones felizes en que no deja de brillar la imaginacion, y algunos trozos no enteramente desprovistos de dignidad y elevacion, en favor de los cuales hubiera podido templar un poco su severa crítica un autor estranjero, que sin decir de él nada bueno, le caracteriza de una mezcla grotesca de invenciones insípidas, y de ridículos disfrazes. No es enteramente despreciable para su tiempo la siguiente descripcion de Babilonia.

Descripcion de Babilonia.

» Yaz en logar sano comarcha muy temprada:
Ni la cueta verano, nen faz la envernada,
De todas las bondades era sobreabondada:
De los bienes del sieglo allí non mengua nada.
Los que en ella moran dolor no los retienta:
Allí son las especias, el puro garengal:
En ella ha gengibre, claveles é cetoal,
Girofre, é nuez muscada, el nardo que mas val.
De sí mismos los árboles dan tan buena olor
Que non habrie ante ellos forzia nulla dolor:
Ende son los hombres de muy buena color;
Bien á una jornada sienten el bûen odor.
Son per la villa dentro muchas de las fontanas
Que son de dia frias, tibias á las mannanas:

Nunca crian en ellas gusanos nen ranas,
Ca son perennales, sabrosas é muy claras.
. . . . . .
El logar era plano, ricamente asentado,
Abonda de caza se quier é de venado.
Las montanas bien cerca do pacie el ganado:
Verano é invierno era bien temprado.
Furon los palacios de bon mestre asentados
Furon maestriamentre á cuadra compasados.
En penna viva fueron los cimientos echados,
Per aqua nen per fuego non serien desatados.
Las portas eran todas de marfil natural,
Blancas é reluzientes como fino cristal:
Los entaios sotiles, bien alto el rëal,
Casa era de Rey, mas bien era rëal.
Cuatrocientas columnas habie en esas casas,
Todas d'oro fino capiteles é basas:
Non serien mas luzientes se fuesen vivas brasas,
Ca eran bien brunidas, bien claras é bien rasas.
Allí era la música cantada per razon,
Los dobles que refieren coitas al corazon,
Las dolces de las bailas, el plorant semiton;
Bien podian toller precio á cuantos no mundo son.
Non es en el mundo home tan sabedor
Que decir podiese cual era el dolzor:
Mientre home viviere en aquella sabor
Non habrie sede, nen fame, nen dolor ».

Arrieta (1), por otra equivocacion semejante á la de Munarriz sobre el *Poema del Cid*, atribuye el del *Alejandro* al

(1) En su traduccion del *Batteux*: tom. 4 pag. 455. D. José Vargas y Ponce en las notas á su *Elogio de D. Alonso el Sabio*, cita tambien el *Alejandro* como obra de este.

Rey Don Alonso el Sabio. Sin mas que comparar entre sí cuatro versos de estas diferentes producciones, se ve que el *Alejandro* y las *Querellas* no han podido tener un mismo autor.

Acerca de la influencia de nuestro D. Alonso el Sabio sobre la perfeccion del romance castellano, y en general del progreso de las luzes, hemos dicho ya cuanto pueden permitirnos los estrechos límites de un discurso. La que ejerció sobre la poesía fué sin duda bien notable. Sobre la conjetura de lo que en este punto puede siempre el ejemplo de un Soberano poeta, tenemos la prueba en sus mismas composiciones. Así se explica en su libro de las *Querellas* :

« A tí Diego Perez Sarmiento lëal
Cormano é amigo é firme vasallo,
Lo que á mios homes por cuita les callo,
Entiendo decir plañendo mi mal :
A tí que quitaste la tierra é cabdal
Por las mias faziendas en Roma é allende,
Mi pénola vuela; escúchala dende,
Ca grita doliente con fabla mortal.
¡Cómo yaz solo el Rey de Castilla,
Emperador de Alemaña que foé,
Aquel que los Reyes besaban el pie,
E Reynas pedian limosna é mancilla!
El que de hueste mantuvo en Sevilla
Diez mil de á caballo é tres dobles peones,
El que acatado en lejanas naciones
Foé por sus tablas é por su cochilla » !

« Pareze (dice con razon Quintana citando este pasaje, y comparándole con la versificacion del *Alejandro* y de las poesías de Berceo) pareze que hay la diferencia de un siglo entre versos y versos, entre lengua y lengua ». Preséntase

..s *Querellas* y el *Tesoro*, si no viniese á
que y á sostenerle en su merezida posesion,
guaje de las *Partidas*, en que el autor prosa
nea menos grande que el poeta. Compuso l
erellas lamentándose de sus propias desgrac
e desahogo á su aflijido corazon. El *Tesoro*
de poema didáctico, y el asunto la piec
mo obra de química, no aconsejaríamos á
a. Escribió en dialecto gallego las *Cantigas*
Nuestra Señora.

Desde los tiempos de D. Alonso X hasta los d
reduzidísimo el número de los poetas que se
n se cuentan como pertenezientes á esta épo
do de Ubeda, que escribió una vida de S. I
lio D. Santo, Pedro Lopez de Ayala, Ped
onso Gonzalez de Castro, y algun otro; y en
eden merezer una mencion particular el A
a y D. Juan Manuel.

El Arcipreste de Hita, no siempre felíz en la
deja de manifestar ingenio, viveza y gracia
nientos. Sus amores son el asunto de sus poes
lve con ellos alegorías, apólogos y sátiras,
idado estaba en sus dias el *simplex dumta*

gravedad, y el ornato de erudicion con que se distinguen ya los poetas y escritores del siglo de D. Juan II; ornato prodigado en buen hora algunas vezes, y acaso no necesario mientras que en la infancia de la literatura, semejante en esto á la del hombre, podian bastar á sostener la ilusion, las gracias candorosas de los primeros años; pero cuya falta absoluta empezaba ya á degenerar con la edad en una ingrata desnudez y en una pobreza lastimosa. Ademas de las poesías que en variados metros nos dejó en su *Conde de Lucanor*, tenemos varios romances que llevan su nombre, pero que sin duda han sido retocados en algunas palabras por un copista de época posterior. Sirvan de muestra los fragmentos del siguiente, en el que se ve al mismo tiempo, que bajo la pluma de D. Juan Manuel se hermanaban la docta severidad de Patronio, y la fina y romanesca sensibilidad de un caballero enamorado.

» Gritando va el Caballero
Publicando su grand mal,
Vestidas ropas de luto
Aforradas en sayal
Por los montes sin camino
Con dolor y sospirar,
Llorando, á pie descalzo,
Jurando de no tornar
Adonde viese mugeres,
Por nunca se consolar
Con otro nuevo cuidado,
Que le hiziese olvidar
La memoria de su amiga
Que murió sin le gozar.
Va buscar las tierras solas,
Para en ellas habitar
En una montaña espesa

No cercana de lugar.
Hizo casa de tristura,
Qu'es dolor de la nombrar,
D'una madera amarilla
Que llaman desesperar,
Paredes de canto negro
Y tambien negra la cal.

. . . . . .

Y sembró por cima el suelo
Secas ojas de parral,
Ca do no se esperan bienes
Esperanza no ha d'estar.

. . . . . .

Lo que llora es lo que bebe,
Aquello torna á llorar,
No mas d'una vez al dia
Por mas se debilitar.
Del color de la madera
Mandó una pared pintar,
Un dosel de blanca seia
En ella mandó parar,
Y de muy blanco alabastro
Hizo labrar un altar
Con cánfora betumado,
De raso blanco el frontal;
Puso el bulto de su amiga
En él para le adorar.

. . . . . .

Murió de veinte y dos annos
Por mas lástima dejar.
La su gentil hermosura
¡Quien que la sepa loar,
Qu'es mayor que la tristura
Del que la mandó pintar!
En lo qu'el pasa su vida

Es en la siempre mirar.
Cerró la puerta al plazer,
Abrió la puerta al pesar;
Abrióla para quedarse,
Pero no para tornar ».

De nuestra poesía desde el reynado de D. Juan el Segundo hasta los tiempos de Boscan y Garcilaso.

Al ocuparse el Bouterwek de etsa época de nuestra historia literaria, haze una observacion importante y exacta, que cede en gloria de la literatura en general, y que nosotros nos creemos obligados á repetir, ya por esta razon, y ya tambien para multiplicar así los medios de su propagacion. Si la leccion que contiene haze entre los Príncipes una sola vez un solo prosélito, no sera inútil haberla repetido cien mil, y si á nuestro pobre discurso le tocase la buena suerte de servir de medio de comunicacion, su utilidad accidental sobrepujaria en mucho á la esencial y directa. Desde Pisistrato y Pericles hasta Leon X y Luis XIV, la proteccion de las letras, derramando algunas flores sobre la carrera política de los Príncipes, les ha valido la indulgencia, no solo de la posteridad, que olvidada de los males que causaron, ha mirado como una reparacion las luzes que dejaron, sino de la generacion misma á quien mandaron, y que tal vez oprimieron; pero en D. Juan II los efectos de esta proteccion son de una singularidad notable en la historia. Si este Príncipe débil se mantuvo sobre un trono que combatian á un tiempo la guerra y la discordia, lo debió indudablemente á la proteccion que dispensó á las letras. Esta sola prenda le hizo respetar de sus enemigos, le dió amigos poderosos, y le conservó en tiempos tan revueltos el amor de sus vasallos; de manera, que podemos decir que se defendió con las Musas, el que no habria podido sostenerse

No cercana de lugar.
Hizo casa de tristura,
Qu'es dolor de la nombrar,
D'una madera amarilla
Que llaman desesperar,
Paredes de canto negro
Y tambien negra la cal.

. . . . . .

Y sembró por cima el suelo
Secas ojas de parral,
Ca do no se esperan bienes
Esperanza no ha d'estar.

. . . . . .

Lo que llora es lo que bebe,
Aquello torna á llorar,
No mas d'una vez al dia
Por mas se debilitar.
Del color de la madera
Mandó una pared pintar,
Un dosel de blanca seia
En ella mandó parar,
Y de muy blanco alabastro
Hizo labrar un altar
Con cánfora betumado,
De raso blanco el frontal;
Puso el bulto de su amiga
En él para le adorar.

. . . . . .

Murió de veinte y dos annos
Por mas lástima dejar.
La su gentil hermosura
¡Quien que la sepa loar,
Qu'es mayor que la tristura
Del que la mandó pintar!
En lo qu'el pasa su vida

con las armas. La razon de este fenómeno político es bien ovia. Los gobiernos se sostienen por la fuerza moral de la opinion, que no puede tener otra basa que la de la confianza. Fázilmente nos la inspira y la conserva el que nos ilustra, el que nos abre los ojos; ¿cual es la que puede inspirarnos el que no piensa sino en arrancarlos ó inutilizarlos con una benda? Enseñar, dirijir, instruir son las ocupaciones que hazen amar á un padre y á un maestro, como golpear, estigmatizar y degollar son las que hazen detestar á un cómitre ó á un verdugo. Hay ciertamente hombres bien estraños en el mundo. Se obstinan en ser amados sin pensar nunca en ser amables, y siendo las luzes el único camino de la confianza y del amor, gritan contra ellas, é insensibles á todo lo demas, semejantes en esto á la estatua de Menfis de que habla Estrabon, cual esta resonaba herida por los rayos del sol, ellos se agitan y se enfurezen, cuando los de la verdad vienen á iluminar su frente tenebrosa.

No se contentó D. Juan II con protejer las luzes honrando á los hombres eminentes en las letras, formando de ellos su corte, y *acojiendo asaz de grado* sus producziones, como dice Fernan Gómez de Cibdad Real, hablando de una de las de Juan de Mena; sino que para estimular por el ejemplo, el mismo *se recreaba en metrificar*, y debe por consecuencia ser contado entre los poetas de su tiempo.

El número de los que pertenezen á su reynado, ó hijos de su impulso llenan todo el período del siglo XV, es verdaderamente prodigioso. En vano se buscaria en los tiempos romañescos de Carlos VII, ni en los reynados posteriores de Luis XI y Carlos XIII, ni en los anales de la casa de Lancaster desde Enrique V hasta Enrique VII, ni en la corte de Alberto II, Federico III y Maximiliano I, nada que oponernos. Venzidos en el siglo de Luis XIV, hasta esta época solo la Italia tiene derechos á nuestro respeto. Nues-

tros venzedores son nuestros discípulos (1), y aunque esto mismo sea para ellos mayor motivo de gloria, no sin ingratitud podrán negarse á la consideracion que nos deben por maestros. Sin mas que consultar el cancionero de Hernando del Castillo, pasan de ciento y cuarenta los poetas líricos del siglo XV. Así que, contentándonos con citar un Duque de Arjona, el Marques de Astorga, Fernan Perez de Guzman, Rodriguez del Padron, amigo del célebre y desgraciado poeta Macías, Sanchez Talavera, Gomez Manrique el tio, Ruy Paez de Ribera, Alfonso de Baeza, autor tambien de un cancionero de los tiempos de D. Juan II, el Arzobispo de Burgos D. Alonso de Cartagena, Alvarez de Illescas ó Villasandino, Garci-Sanchez de Badajoz, Juan Tallante, Lopez de Haro, D. Pedro Velez de Guevara, Fernan Perez Portocarrero, Juan Gayoso, Alfonso de Moravan, Fernan Manuel Lando; nos ocuparémos únicamente, aunque siempre con mucha rapidez, de aquellos que su mérito particular distinguió entre todos los demas. Tales son un D. Enrique de Villena, el Marques de Santillana, Juan de Mena, Rodrigo Cota, Jorje Manrique, y Juan de la Encina.

D. Enrique de Villena, Marques de este mismo nombre, y uno de los primeros Señores del Reyno, aunque preteneze á la época de D. Juan II, como que murió en 1434, no puede ser considerado como obra del impulso dado por este. Legatario, por decirlo así, de los talentos y espíritu de D. Juan Manuel, debe ser considerado como el órgano de transmision, habiendo sido uno de los que mas contribuyeron á inspirar el gusto de las buenas letras, y de los

(1) *Les Espagnols ont été nos maîtres en littérature; nous les avons passés depuis, mais il ne faut pas oublier qu'ils nous guidèrent*, dice Florian.

en el campo de batalla, como respetado en el Consejo. Continuando el impulso empezado en D. Juan Manuel, y seguido por su maestro Villena, se esforzó á dar á la poesía el tono de gravedad, aquella tendencia moral que se manifiesta en sus *Proverbios* y en su *Didlogo entre Bias y la Fortuna*. Rejído de este espíritu, estendió y fomentó con su ejemplo el gusto de la alegoría, y aun en su célebre carta al Condestable de Portugal, parezió considerar la poesía como esencialmente alegórica, y la engalanó como ninguno de sus predecesores, con todo el atavío de una vasta erudicion, que por tan prodigado, disminuye á las vezes el mérito de mas de una de sus composiciones por otra parte felizes (1).

(1) Sirva de ejemplo la siguiente:

« Antes el rodante cielo
Tornará manso é quïeto,
E sera piadoso Aleto
E pavoroso Metelo,
Que yo jamas olvidase
Tu virtud,
Vida mia y mi salud,
Nin te dejase.
El César afortunado
Cesara de combatir,
E hizieran desdecir
Al Priámides armado,
Antes que yo te dejara,
Idola mia,
Ni la tu filosomía
Olvidara.
Sinon se tornara mudo
E Társide virtüoso,
Sardanàpalo animoso,
Torpe Salomon é rudo,
En aquel tiempo que yo,
Gentil criatura,

El ingenio mas sobresaliente de la poética corte de D. Juan II fué sin disputa el célebre Juan de Mena, tan conozido por su *Laberinto*, del que se hallarán algunos trozos en nuestra coleccion. Aunque dotado de mas imaginacion que sus contemporaneos, no hizo sino sobresalir siguiendo el impulso de su siglo, y dentro de la esfera de sus luzes. Viajó por la Italia, pero no introdujo en nuestra poesía la mas pequeña novedad, ni hizo acaso otra cosa que fortificarse en el gusto de la alegoría con la lectura del Dante, á quien pareze haberse propuesto imitar algunas vezes. Ade-

---

Olvidase tu figura
Cuyo so.
  Etiopia tornara
Húmeda fria é moosa,
Ardiente Scitia é fogosa
E Scila reposara;
Antes que el ánimo mio
Se partiese
Del tu mando é señorío,
Nen pudiese.
  Las fieras tigres harán
Antes paz con todo armento,
Harán las arenas cuento
Los mares se agotarán,
Que me haga la fortuna
Si non tuyo,
Nin me pueda llamar suyo
Otra alguna.
  Ca tu eres caramida
E yo so fierro, Señora,
E me tiras toda hora
Con voluntad no finjida.
Pero non es maravilla,
Ca tu eres
Espejo de las mugeres
De Castilla ».

mas del *Laberinto*, compuso el poema de la *Coronacion*, y varias poesías amatorias, dejando por concluir un poema alegórico sobre los vicios y las virtudes, y las sesenta y cinco estancias que debia añadir á su *Laberinto*, para completar, como se lo mandó D. Juan II, el número de trescientas sesenta y cinco, que correspondia al de los dias del año.

El mérito sobresaliente de D. Jorje Manrique se ve en sus coplas á la muerte de su padre el Maestre D. Rodrigo. Son indudablemente, cual dice Quintana, *el trozo de poesía mas regular y puramente escrito de su tiempo*, y son tambien un ejemplo que prueba que todo cede á la superioridad del genio. ¿Quien podia creer que aquella versificacion de suyo tan poco grave, podria acomodarse al tono melancólico y sentencioso de una elegía moral?

Rodrigo Cota el tio, natural de Toledo, es el autor de un diálogo entre el Amor y un Caballero, y si damos fé al erudito Tamayo de Vargas y á la edicion de este diálogo de 1569 (1), lo es tambien de las *Coplas de Mingo Rebulgo*, y del primer acto de la trajicomedia de Calisto y Melibea, ó la *Celestina*. Las coplas de *Mingo Rebulgo* son una sátira dialogada de su tiempo, que se ha llamado égloga, sin mas que por habérsele antojado á su autor, ácaso no muy felizmente, ponerla en boca de pastores. Para el intento, sus interlocutores habrian estado mejor en el centro de la

(1) Segun Nicolas Antonio, dice así: « Diálogo entre el Amor y un Caballero, hecho por el famoso autor Rodrigo Cota el tio, natural de Toledo, el cual compuso la égloga que dicen de *Mingo Rebulgo* y el primer auto de *Celestina*, que algunos falsamente atribuyen á Juan de Mena ». Mariana y otros atribuyen las coplas de Mingo Rebulgo á Fernando del Pulgar, de quien es una glosa á dichas coplas, fundados en que, segun su oscuridad primitiva, solo su autor mismo podia darles la claridad que tienen comentadas.

cluse, nueva Castalia ó Aganipe del Parnaso moderno, produjo en nuestros poetas sus sabidos y mágicos efectos, y la célebre Laura, ó desdeñosa ó muerta, halló bien pronto dignas rivales en la inconstante Galatea, y en la malograda Elisa.

A poco de la memorable jornada de Pavía, cuando Marte nos prodigaba á manos llenas sus laureles, pareció Apolo quererle competir en generosidad, y por dicha de la poesía castellana, vino á España en calidad de Embajador de la República de Venecia el insigne Navajero, uno de los primeros hombres de la Italia, no solo por su vasta erudicion y como diplomático, sino tambien como orador y poeta. La conveniencia de gustos y de talentos produjo su amistad con nuestro Boscan, y al amable comercio de estos dos ingenios debemos la revolucion feliz, que al mismo tiempo que nos hizo adoptar el artifizio métrico de los Italianos, nos inoculó, por decirlo así, el gusto de los Policianos, los Sadoletos y los Bembos, es decir, el gusto de la hermosa antigüedad, *que necesita imitar el poeta que no quiera condenarse á no ser imitado de nadie*, segun habia dicho nuestro Brozense muchos años ántes que lo dijese Boileau. El primer libro de las poesías de Boscan contiene las que habia compuesto con anterioridad al uso del endecasílabo; en los otros dos usó ya de este verso en canciones, sonetos, tercetos, octavas y versos sueltos. Aunque sea cierto que la poesía castellana debe mas al zelo que al ejemplo de Boscan, casi siempre duro y desaliñado en la versificazion, la gratitud y la justicia exijen que templemos la severidad de la crítica, repitiendo con él: *que en todas las artes los primeros hazen harto en empezar, y los otros que despues vienen quedan obligados á mejorarse* (1).

(1) En su dedicatoria á la Duquesa de Soma. *Lib.* 2°.

No hubieran sido tan rapidos en esta nueva carrera los adelantamientos de nuestra poesía, si no hubiera existido por esta época un Garcilaso, es decir, uno de aquellos talentos privilegiados, venidos al mundo como para servir de escepcion á todas las reglas, y como para probar que la naturaleza se divierte algunas veces en sustraerse á nuestros cálculos ordinarios. Dividiendo con Boscan la gloria de haber introducido, no solo un nuevo género de versificacion, sino por decirlo así, un nuevo género de poesía, le deja muy atras en el partido que sacó de tan feliz invencion. Asombra á todo el que no sea el inexorable crítico Menendez, dominado casi siempre de una especie de espíritu literario, asombra decimos, ver en boca de Garcilaso rivalizados, y aun escedidos tal vez los modelos, á los primeros pasos de tan difícil imitacion. Hay hombres cuya parsimonia en el elogio solo puede compararse con su facilidad en prodigar censuras amargas. No podia el citado crítico desconocer abiertamente el mérito de Garcilaso: así es que, ya que no le creyese digno de su admiracion, *no escusa que le negase la de su siglo*, aunque sin atreverse á asegurar que la mereciese; mas despues de haberse humanado hasta convenir en que *son muy dignas de apreciar la novedad y delicadeza de ciertas espresiones, la gentileza y gracia de muchos versos, y la amenidad de las imágenes*, esgrime su vara censoria, irritase contra sus defectos, y si bien se templa hasta convenir en que *merece indulgencia por haber sido el primero que en castellano hizo sonar unos versos tan bellos*, (1) como son una dozena que cita, acaba diciendo: *el que acierta á escribir tan bien*, es (2) *muy* vergonzoso *que se*

(1) Todos necesitamos de indulgencia.....

(2) Y de indulgencia repetida..... Y desde traduzir una obra y añadir algunas observaciones hasta la égloga de *Salicio y Nemoroso*, hay una distancia inmensa.

duerma y caiga tan miserablemente. En nuestro entender no es así como se debe manejar la crítica, no es así como se debe hablar de un Garcilaso. Las vozes *vergonzoso* y *miserablemente* pudieran convenir á las producciones sin mérito de un poeta ó de un pedante ridículo. *Habría sido de desear* que Garcilaso hubiese puesto en relacion á los dos pastores de la primera égloga : *es en buenhora sensible* que mezclase en la segunda con los amores del pastor Albano las alabanzas del terrible Duque de Alba, y que descuidase algunas vezes la armonía de la versificazion; pero Garcilaso murió á los treinta y seis años sin haber tenido tiempo de limar sus poesías : no es estraño que las Musas no le distinguiesen con un privilegio que negaron aun al divino Homero; y en fin, *Salicio y Nemoroso* es la primera égloga del Parnaso español, y despues *del trascurso de dos siglos y medio,* que ciertamente han enseñado tantas cosas, y aun á pesar de sus lunares, podria cualquiera preciarse de ser su autor; el que lo fuese, aun seria colocado por nuestro voto en el número de los primeros ingenios, y aunque no se nos oculta que la admiracion es tenida entre ciertas gentes por el patrimonio de las almas débiles, podria seguramente contar con la de cuantos en la materia no tenemos pretensiones al renombre de *espíritus fuertes.*

D. Diego de Mendoza y D. Luis de Haro se asocian, segun Castillejo, á Boscan y Garcilaso para dividir con ellos la gloria de introductotes de las Musas italianas. Del segundo nada conozemos, y el primero, que como escritor prosaico apenas en su género cede á otro la preferencia, como poeta ha sido bien juzgado por un gran maestro en la materia. « Tuvo, segun Herrera, en todo lo que escribió, erudicion, espíritu y abundancia de sentimientos; pero ni se cuidó mucho de la pureza y elegancia de la lengua, ni trató de dar á sus versos el conveniente número y suavidad. »

A esta misma época pertenezen Hernando de Acuña y Gutierre de Cetina, no desabridos como Mendoza, sino dulces y floridos; pero en general débiles y desmayados. Sin embargo, la égloga que insertamos del primero haze ver que Garcilaso era, así como su amigo, su modelo, y basta para adjudicarle el honroso título de uno de sus mejores imitadores. Tiene su misma sensibilidad, su suavidad, su armonía; pero ni dirémos con el italiano Conti que es « por la dulzura y la gracia *quizá* no inferior á Garcilaso », ni le numerarémos con Quintana entre otros de quienes dice: *que son todos muy desiguales á este.*

Contemporaneo de todos estos, y por nuestra opinion, si se esceptúa á Garcilaso, superior á todos los nombrados, fué el Br. Francisco de la Torre, de quien Boscan dice en el libro III hablando de la *virtud del amor:*

Y al Bachiller que llaman de la Torre
Esta esforzó la fuerza de su estilo
Tanto, que dél la fama tira y corre
Del Istro al Tajo y del Tajo al Nilo.

Vese por esta autoridad, que jamas ha podido dudarse, ni la época en que existió el Br. Torre, ni la alta reputacion de que gozaba entre los primeros hombres de su tiempo. Quevedo publicó en el siglo siguiente sus poesías atribuyéndolas á su verdadero autor, y sin embargo un autor moderno, al publicar las de Quevedo, se empeña en atribuirlas á este, fundado en que Lope de Vega publicó algunas de sus composiciones bajo el nombre de *Tomé de Burguillos.* Cualquiera que sea por otra parte la erudicion y el mérito de este autor, es necesario convenir en que su lógica es de una originalidad estraña, y poco para imitada. Lope de Vega tomó un nombre cualquiera y finjido para publicar la *Gatomaquia* y otras obras del género festivo, á

que pareze contribuir la máscara del autor; pero aun así y todo se habria guardado, si querria que se supiese un dia que eran suyas, de poner al frente de ellas un nombre conozido, á quien pudieran con verosimilitud y sobrado fundamento atribuirse. ¿Y se ha podido creer nunca que Quevedo incidiese en tal insensatez? Por otra parte ¿qué razon podia tener Quevedo para negar la cara á las excelentes églogas, á la hermosa poesía lírica que en tal caso publicaba con el nombre del Br. Torre? ¿Porqué despojarse como poeta de tantos títulos de gloria, y tales, que con dificultad encontraria medios de reparar esta pérdida con todos los que le quedaban? Ultimamente, se ve á Lope de Vega en *Tomé de Burgillos;* no acertamos á concebir cómo Luzan, (1) que incidió tambien en la misma equivocacion, pudo confundir la fisonomía del Br. Torre con la de Quevedo.

¿Qué podian ni Gregorio Silvestre ni Castillejo, mantenedores de la antigua poesía, contra tales ingenios, reforzados y sostenidos, nada menos que por todo un Fr. Luis de Leon y un Herrera? Vióse el primero de aquellos obligado á abjurar sus errores y á reconciliarse con las Musas italianas, y si el segundo se mantuvo en la impenitencia final, tuvo acaso en ello mas parte el amor propio, que el convenzimiento. Quiso mas bien, como tantos otros, ser el primero al frente de una opinion equivocada, que ocupar un lugar subalterno entre los que ceden á la fuerza de la verdad; idea funesta á que en todas líneas debe el error sus apóstoles furibundos. En todo caso, Castillejo no habia nazido para sostener contra tales hombres la lucha en que se empeñó. Escribia con pureza, y versificaba con fazilidad y gracejo; pero en general, pobre de imágenes y frio en

(1) Lib. 2.° Cap.° 2.° de su *Poética.*

los sentimientos, le faltaban las calidades á que en poesía está vinculada la reputacion y la gloria, y aun por excelencia el nombre de poeta. Sentimos no podernos conformar por esta vez con el voto de Luzan, que le prodiga el título nada menos que de *Príncipe de los poetas anacreónticos.*

Interminable seria el empeño de recorrer uno por uno el número de poetas insignes que produjo esta época gloriosa de nuestra literatura. Reduzidos á bien poco por nuestro plan, y aun á menos por nuestras fuerzas, nos vemos obligados á contentarnos con citar un Luis Barahona de Soto, uno de los primeros imitadores de Garcilaso, y autor de las *Lágrimas de Angélica*, que hazen tan buen papel en el escrutinio de la librería de D. Quijote; (1) el Sevillano Juan de Mallara, llamado el Menandro de la Bética, célebre humanista; el catalan Felipe Mey, que tradujo la mayor parte de los metamorfoseos de Ovidio; un Pedro Padilla, no tan pobre de imaginacion en sus églogas como dice Quintana, y en general de grata versificazion; un Juan de Morales, uno de los mas eminentes en el género bucólico; el Pinciano Cristóbal Suarez de Figueroa, autor de la *Constante Amarilis*, y traductor del *Pastor Fido* de Guarini; un Juan Arguijo, tan feliz en el soneto, imitador de Herrera y superior algunas vezes á su modelo, y á quien Lope de Vega dedicó algunas de sus obras; un Cristobal Mesa, autor lírico y trájico, aunque de bien poco mérito en este

(1) « Lloráralas yo, dijo el Cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felizísimo en la traduzion de algunas fábulas de Ovidio. *Quijote. tom.* 1.° *cap.* 6. Mayans ha querido, pero con conozida equivocacion, atribuir este poema y el elogio á D. Francisco de Aldana.

segundo género, amigo del Taso, y traductor de las églogas de Virgilio, de sus Geórgicas, de la Eneida y de la Iliada; y Bartolomé Cairasco, autor estimable, pero que no debió el renombre de divino sino al objeto de sus poesías; y tantos otros de mérito distinguido. Mas á pesar de la priesa que nos da el deseo de no abusar de la paciencia de nuestros lectores, ¿cómo dejar de detenernos sobre aquellos que, ó por originales en algun sentido, ó por eminentes en el género á que se han dedicado, ocupan un lugar señalado en la escala de progresion, y sirven como de eslabones para formar la cadena que une entre sí las diferentes épocas literarias de la division que hemos adoptado?

« Con dificultad podria comprenderse, dice un autor aleman, porque se ha dado á Herrera el nombre de *Divino*, si no se supiera que dos partidos opuestos se reunieron para ponderarle á porfía, obligándose recíprocamente á declarar por sublime, lo que á ninguno de los dos podia parezer natural. » Desconozemos en esta ocasion la crítica, el juizio ordinario del autor citado, estimable sin duda, pero que mas dispuesto á deprimir nuestras cosas, que á exajerarlas, acaba mas de una vez por negarnos lo que de justicia se nos debe. En todas partes, sin esceptuar la Alemania, el amor nazional ha hecho prodigar un poco á los hombres grandes los epítetos honrosos, y los Españoles no estamos ciertamente esentos de esta enfermedad; pero en verdad no era el artículo de Herrera el mas á propósito para condenar este abuso. Herrera, sublime por los pensamientos, feliz por las imágenes, majestuoso por la elocucion, lleno del verdadero entusiasmo de la musa de Píndaro, puede, cuando es verdaderamente grande, disputar á cualquiera la celebridad y el renombre, y merezer sin escándalo el título de divino, es decir, de hombre estraordinario. En lugar de decir con el crítico aleman lo que no se entiende, seria mas

fundado y mas inteligible decir : que su mérito es tan sobresaliente, que nada ha podido contra él el espíritu de partido; y tanto, que los mas opuestos entre sí, los mas decididos á disputar sobre todo, *no han podido menos de estar de acuerdo en reconozer* y *declarar en Herrera sublime* y *divino*, *lo que á todos ellos debia efectivamente parezerles grandioso y preternatural.* Hasta ahora la reunion de los partidos en confesar una cosa ha sido una prueba, y nada equívoca, de la verdad y justicia de lo confesado; hazer de este hecho un uso contrario, es haber encontrado el arte funesto de convertir en veneno la triaca. « Herrera, continúa el mismo autor, era sin contradiccion un poeta de un gran talento, de aquel talento varonil y atrevido, que sabe abrirse nuevos senderos, y caminar por ellos con pie firme, pero las innovaciones que *quiso hazer* (1) en la poesía española, eran el resultado de un sistema, de una combinacion, y no el fruto espontaneo de la inspiracion poética. » Dicho sea con el respeto debido al autor que impugnamos, pero en todo esto no vemos sino contradiccion y raziozinios viciosos. Cuanto en la poesía es el resultado de un sistema, y de combinaciones, cuanto es parto enfin del estudio y del trabajo sin el genio y sin la inspiracion, puede servir cuando mas, para formar nuestro gusto, para hazernos evitar muchos defectos, para conduzirnos, á lo sumo, medianamente bien por los caminos conozidos y trillados; mientras que solo al genio y á la inspiracion está reservado el abrir nuevas sendas, y caminar por ellas con paso firme y seguro. Dígase en buen hora de Herrera lo que se puede decir de todos los poetas, y particularmente de los de su género : los mo-

(1) Por la cuenta no las hizo, y en este caso ¿ qué quiere decir aquello de *abrir nuevas sendas*? ¿ ó cómo, si ninguna abrió, pues nada innovó, se sabe que tenia el talento de abrirlas?

mentos de feliz y verdadera inspiracion no se pueden contar por el número de sus composiciones. El primer poeta, como el último de los demas hombres, es víctima y juguete de todos los fenómenos de la naturaleza, y un buen verso ó una mala prosa, como tantas otras cosas de mas importancia, pueden depender de una buena ó mala digestion.

No todos los estranjeros se han esplicado del mismo modo acerca de Herrera. El italiano Conti, que en el conozimiento de nuestra literatura y de nuestra lengua puede por tantos títulos obtener la preferencia sobre cualquiera otro estranjero, despues de hazerle en todo lo demas la justicia que se le debe, hablando de su himno ó cancion á la batalla de Lepanto, imitacion de la poesía hebrea, dice: *no haber llegado á su noticia composicion de igual mérito en lengua toscana, por estos tiempos.* Nuestro Herrera, anterior á Malherbe y al célebre Gabriel Chiabrera, llamado tambien el Píndaro de Italia, y muy semejante á este por sus brillantes calidades y por sus defectos, es *entre los modernos el primer poeta clásico en la oda;* (1) y aunque por primero se entendiese el mejor, no seria grande el número de los que pudieran quejarse de la preferencia. Fué tambien el primero, al menos entre nosotros, en la imitacion de la poesía sagrada; y la poesía, y la lengua poética y la lengua en general le deben mucha riqueza, mucha novedad, mucha majestad y nobleza. En sus elegías y sonetos es tambien varias vezes harto feliz. ¡Con qué tierna sensibilidad, ó se lamenta de sus penas amorosas, ó llora sobre la tumba de su Eliodora! (2) Ademas de sus obras

(1) El citado autor aleman tiene mucho cuidado de advertir por una nota, que la palabra *primero* debe entenderse de la prioridad de tiempo, y no de la superioridad y perfeczion, y á esto respondemos.

(2) Es la Condesa de Gelves, de quien Herrera estuvo enamorado.

poéticas, de que no tenemos sino las que pudo recojer y trasmitirnos Francisco Pacheco, pintor célebre y amigo de Herrera, tenemos su *Relacion de la guerra de Chipre, y sucesos del combate naval de Lepanto*, sus *anotaciones al Garcilaso*, y su *Vida y muerte de Tomas Moro*; habiéndose perdido varias otras obras en prosa y verso, tales como la *Historia general de España* hasta Carlos V, el *Rapto de Proserpina*, la *Batalla de los Gigantes*, los *Amores de Lausino* y *Corona*, y diferentes églogas.

Nos admiraria leer el mezquino artículo consagrado en el *Diccionario universal, histórico, crítico* y *bibliográfico* (1) á la memoria del Mro Fr. Luis de Leon, es decir, de uno de los primeros y mas felizes imitadores de Horacio entre todos los poetas modernos, si no estuviéramos tan familiarizados con este injusto olvido é ingrata indiferencia, con que haze largo tiempo se trata nuestra literatura. Apenas se habla de él como poeta, y suponiendo que su mayor mérito está en sus obras teológicas, y como si todo lo demas que escribió fuese de una oscura medianía, se cita solo su *Esplanacion* al Cántico de los Cánticos, y un tratado *de utriusque agni tipici et veri immolationis legitimo tempore*, que se dice ser la primera de sus obras. Sin embargo, no es por eso menos cierto que los poetas semejantes al Mro Leon andan tan escasos en la literatura estranjera como en la nuestra. Si ya no es que el amor nazional abusa de nuestra razon, y aun de nuestro ardiente deseo de ser imparciales, no conozemos ninguna imitacion tan feliz de Horacio, como su *Profezía dal Tajo* (2), ni seria ciertamente muy voluminoso el

(1) Edicion de 1810.

(2) Es una imitacion de la oda XIII del Libro I.° *Pastor cum traheret per freta navibus, etc.* El Tajo predice á Rodrigo, forzador de Florinda ó la Caba, lo que el hijo de Tetis y el Occano predijo á Paris, robador de Elena.

libro que contuviese lo que en el género lírico moral merezca rivalizar con las composiciones que de este insigne poeta insertamos en nuestra coleccion. El crítico aleman que acabamos de citar, tan difízil de contentar como hemos visto en el artículo de Herrera, y que reparte con mucha economía sus favores, dice de Fr. Luis de Leon, comparándole con Horacio, lo siguiente : « es difizil decidir cual de los dos es superior al otro como poeta, en la acepcion mas lata de esta palabra, pues que uno y otro formaron su talento por un género de imitacion que podemos llamar libre, y ninguno de ellos salió nunca de una cierta esfera de filosofía práctica. Hay mas arte en les odas de Horacio, y la conveniencia ingeniosa entre los pensamientos y las imágenes que los hazen sensibles, las dan un atractivo que no tienen las del Mro Leon ; pero en recompensa, en las de este abunda mas aquella poesía natural, aquel libre abandono de una alma pura, que arrebatada por un sentimiento fuerte, se eleva á las regiones mas sublimes del mundo moral ». El tratado que no conozemos *de utriusque agni tipici et veri immolationis legitimo tempore*, no le habria nunca valido al Mro Leon un elogio tan poco sospechoso ni tan magnífico, á no ser que resucitásemos las para siempre olvidada» disputas sobre la celebracion de la Pascua. Este poeta ilustre ejerzió sobre nuestra literatura una influencia poderosa, no solo por sus composiciones originales en que hay invencion poética, imágenes, elevacion, unidas á un gusto correcto y á una diccion pura y armóniosa, sino por sus traducciones de Píndaro, de Virgilio de Horacio y de los poetas sagrados; trabajos que contribuyeron mucho á excitar el gusto de la hermosa antigüedad, como que « ningun poeta ha conozido mejor que Fr. Luis de Leon el verdadero modo de imitar á los antiguos en la poesía moderna ».

La égloga, ó sea idilio, del *Tirsi* de Francisco Figueroa, que florezió á mediados del siglo XVI, basta para justificar todos los elogios con que le honraron sus contemporaneos, y los que haze de él Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*. Es un modelo de los mas acabados del género bucólico, añadiendo á todas las demas calidades que la distinguen, la excelencia con que está manejado el verso suelto, por primera vez empleado en este género, si no nos miente nuestra memoria, ó nuestras escasas noticias.

Perteneze á este tiempo Jorje de Montemayor, autor de la *Diana*, que continuó poco despues el valenciano Gil Polo, añadiendo cinco libros á los siete que escribió el primero. Sin que la continuacion nos parezca digna de tener por autor al *mesmo Apolo*, pero haziendo por otra parte á Montemayor le justicia que como poeta no parezió estar muy dispuesto á hazerle Cervántes, dirémos que las composiciones de uno y otro insertas en nuestra coleccion son de un mérito sobresaliente; que la cancion de Jorge de Montemayor pág. 375, llena de ternura y sensibilidad, habria debido bastar para que Francisco Pacheco el tio hubiese templado la caústica mordazidad con que se esplicó acerca de su *Diana* en una sátira contra la mala poesía; (1) y que la frescura, la gracia, la ingeniosa delicadeza en los pensamientos, la fluida y armoniosa versificazion de varias de las canciones pastoriles de Gil Polo, bastan para señalarle en el Parnaso un lugar distinguido, y merezer en gran parte los elogios que haze de él como poeta el ya citado Gaspar Barth, tan afizionado á nuestras cosas, que tradujo al

(1) Y espántanse que el cielo landres llueve,
Que *Abidas, Caroleas y Dianas*
Y otros monstruos la tierra estéril lleve.

latin la primera parte de Montemayor y la segunda de Polo. De Jorge de Montemayor tenemos ademas su *Cancionero*, y una traduccion de las obras de Ausias Marc. Como autor prosaico, contribuyó tambien á la perfeccion de la lengua; por eso Cervántes en el escrutinio le dejaba toda la prosa, y Lope de Vega dijo en su laurel:

Cuando Montemayor con su Diana
Ennobleció la lengua castellana.

En los últimos 25 años del siglo XVI florecieron D. Alfonso de Ercilla, Juan Rufo y Cristóbal de Virues, y algo despues Juan de la Cueba y Bernardo de Balbuena, autores de la *Araucana*, la *Austriada*, el *Monserrate*, la *Conquista de la Bética* y el *Bernardo*, que con la *Jerusalen conquistada* de Lope de Vega, componen la coleccion de cuanto entre nosotros es, ó pretende ser con algun título poema épico. Aunque sea á costa de anticipar (por lo respectivo á estos tres últimos) lo que segun el sistema adoptado hubiera debido dejarse para despues, como la diferencia es de muy pocos años, nos ha parezido conveniente reunirlo en un solo artículo, para hablar de una vez de nuestro patrimonio épico, en que, á decir verdad, estamos muy distantes de aquella inagotable riqueza de que podemos hazer ostentacion en el lírico. Si para ser ricos en esta materia bastase referir un largo catálogo de tentativas desgraciadas en la epopeya, no seriamos nosotros ciertamente los mas pobres. Bien á la mano estaban para sacarnos de todo apuro, el *Carlos famoso* de Zapata, el *Carlos victorioso* de Urrea, la *Carolea* de Samper, el *Patron de España*, las *Navas de Tolosa* y la *Restauracion de España*, de Mesa, la *Invencion de la Cruz* de Zárate, el *Pelayo* de Lopez Pinciano, la *Numantina* de Mosquera, la *Cristiada*

de Ojeda, la *Nápoles restaurada* del Príncipe de Esquilache, la *Mejicana* de Laso de la Vega, y tantas otras de menor monta. En los males inevitables es preferible una ilusion agradable á un desengaño inútil; pero en aquellos de que el enfermo puede sacudirse por propios esfuerzos, es una compasion mal entendida dejarle ignorar el mal de que adoleze; debe conozerle, y en toda su estension. Digámoslo, mal que nos pese: ninguno de los poemas citados mereze el nombre de poema épico, resultando por consecuencia que no tenemos ninguno. No adoptamos en la materia las leyes minuciosas á que se ha querido reduzir al genio por la exagerada manía de imitar servilmente á Homero y á Virgilio; pero no podemos dispensar á nadie de la observancia de aquellas que constituyen esencialmente el poema épico. Nada mas pedimos que unidad de accion, dignidad conveniente en el asunto, y una sostenida elevacion en el estilo; mas por desgracia, en ninguno de ellos encontrarémos estas tres calidades reunidas. En *la Conquista de la Bética*, el asunto es digno, pero el estilo no lo es, y la versificazion es dura y arrastrada. El argumento del *Monserrate* no es épico. La *Austriada* peca contra la unidad de accion, y el estilo es generalmente poco elevado. La *Araucana*, censurada en su tiempo de un poema azéfalo, mereze efectivamente esta crítica: su estilo mal sostenido y desigual pierde muchas vezes la dignidad épica. El *Bernardo de Balbuena* obtendria el nombre de poema épico, porque el asunto es bien escojido, la versificazion excelente, y en el fondo, se ve que hay unidad de accion, cual se lo propuso y manifiesta en su prólogo el mismo Balbuena; pero está tantas vezes cortada y perdida en el embrollado laberinto de sus episodios, que nos vemos tambien forzados á negársela por esta razon. Ultimamente, la *Jerusalen conquistada* de Lope desmereze aun mas el nombre de poema

épico que la *Araucana* y el *Bernardo*. Pareze que Lope, dice con justicia y oportunidad Munarriz, quiso pone en estilo la irregularidad de los poemas heroicos, como l intentó y logró con las comedias. Hasta en el título parez que se propuso delirar; llamóla la *Jerusalen conquistada* y la dejó por conquistar. Sin embargo, no quiere deci esto que estos poemas sean enteramente despreciables. Si que ninguno de ellos merezca el nombre de poema épico en todos ellos se hallan diseminados á mayores ó menore intervalos, trozos y rasgos verdaderamente épicos, qu prueban que no eran las calidades verdaderamente poética las que faltaban á sus autores, sino aquellas de que en general depende nuestra escasez en los géneros, cuya esfer de sublimidad es el resultado de la influencia benéfica d ciertas causas que indicarémos en su lugar. Ultimamente debemos advertir que los poemas citados no merezen un calificacion igual. La *Conquista de la Bética* y la *Austríada* son inferiores á la *Araucana* y al *Monserrate;* á la primera en todo, y al segundo en la elocucion. Por esta ve no podemos conformarnos con Cervántes, que hablando d los tres últimos, sin hazer ninguna diferencía en favor d Ercilla y Virues, los declara *los libros mejores que en vers heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de la Italia.* Los manes ofendidos del Taso, y del Ariosto vendrian á reclamar contra nosotros tamaña injusticia. Cervántes no pudo habla del *Bernardo* de Balbuena que cuadraba mejor con el gust de su héroe que ninguno otro, ni de la *Jerusalen conquistada,* porque no existian todavía cuando en 1605 public la primera parte del *Quijote.* El *Bernardo* por la abundancia y riqueza de las imágenes y las bellezas todas de l poesía de estilo, es en nuestra opinion superior á todos, es lástima que Voltaire que conozió la *Araucana*, y la juzg

no muy justamente, (1) desconoziese el *Bernardo*, en que hay ciertamente trozos dignos de los primeros maestros. Juan Rufo compuso ademas sus setenta *Apotegmas*. De Virues y Cueba tendrémos ocasion de hablar, cuando digamos alguna cosa sobre nuestro teatro; entretanto dirémos que el primero fué tambien poeta lírico, y que el genio de Cueba se estendió á todo, escribió varias poesías líricas, y compuso en el género didáctico el poema de los *Inventores de las cosas* y la *Poética*, que aunque á muchas leguas de distancia de la de Boileau, contiene algunos preceptos justos y sensatos, en el tono y espresion propia del didáctico, como se ven en algunas muestras insertas en nuestra coleccion. Por lo respectivo al asombroso Lope, hablarémos de todo en su lugar; y en cuanto á Balbuena, añadirémos que, grande en todo, nos dejó ademas en su *Siglo de oro* modelos excelentes y de lo mas acabado en el género pastoril. Escribió tambien en prosa y verso la *Grandeza mejicana*.

Los fragmentos que insertamos del poema de la *Pintura* de Pablo de Céspedes, no dejarán duda alguna á nuestros lectores de que conozia el estilo y las calidades propias del género didáctico, y de que, capaz de elevarse y de manejar la trompa heroica, sabia por sublimes descripciones y pinturas diseminadas con oportunidad, amenizar y hermosear el tono seco y doctrinal del género á que se dedicó. Su elogio de la tinta, y su pintura del caballo son excelentes. Esta última es una imitacion de la que hizo Virgilio en el Lib. 3.°

---

(1) *Il est vrai*, dice, *que si Ercilla est dans un seul endroit supérieur à Homère, il est dans tout le reste au-dessous du moindre des poètes..... Ce poème est plus sauvage que les nations qui en sont le sujet.* Nuestra coleccion es la mejor respuesta á tan amarga [illegible] irritante crítica. ¡ Cuantas vezes los hombres se hazen injustos por el [illegible]ño de ser chistosos!

de sus Geórgicas, como la de esta en algunos rasgos parecerlo de la que haze Job en el cap. 39. En todas tres hay ideas comunes é ideas propias; pero la de Céspedes, mas desmenuzada, mas exacta, seria en nuestro dictámen un modelo mejor, y produziria un efecto asombroso bajo el pinzel del célebre Vernet. Nada tiene de particular en cuanto á Virgilio; no era como Céspedes, sevillano, y la musa de Job no permitia menudencias.

A medida que dejamos el siglo XVI y entramos en los reynados de Felipe III y Felipe IV, vamos, mal que nos pese, añadiendo nuevas injusticias á las ya cometidas. Así es que saludando desde lejos, pero respetuosamente, á un Vicente Espinel, traductor de la poética de Horacio, y á quien se debe el artifizio de la décima que se llamó por esto *espinela;* al elegante Agustin Tejada; á un Pedro Soto, á un Pedro Espinosa, de quien es la hermosa *Fábula del Jenil*, y á quien por su obra de *Flores de Poetas ilustres*, debemos la conservacion de las de muchos otros dignos de tal nombre; á un D. Luis Ulloa, Luis Martin, Andres de Perea, Baltasar Elisio de Medinilla, Baltasar de Alcázar, Jaúregui y tantos otros, nos ocuparémos, aunque rápidamente, de los Argensolas y Lope de Vega.

Ponderan nuestros críticos, y tomándolo de ellos algunos estranjeros, la influencia que tuvieron, el magisterio que se supone que ejerzieron como poetas los dos hermanos Argensolas sobre sus contemporaneos, fundados en los elogios con que acerca de ellos se esplicaron todos los hombres grandes de su siglo. Parézenos que en esta asercion no hay toda la verdad que nosotros deseariamos, y que hubiera convenido para impedir ó retardar la decadencia de nuestra literatura. Cierto que los Argensolas gozaron en su tiempo de una consideracion particularísima; pero tambien es cierto, que es bien pequeño el número de los poetas que proponiéndoseles

por modelos, imitasen su maestría clásica en el uso de la lengua, su correccion y gusto depurado, prendas eminentes que los distinguen de sus contemporaneos. Discípulos y adoradores de Horacio, no pudieron hazer prosélitos en un tiempo en que Lope de Vega encerraba todos los preceptos del arte con seis llaves, y Góngora, abandonado á todo el delirio de su imaginacion, á manera de un torrente impetuoso arrastraba en pos de sí aun á los que quisieron oponerle una resistencia mas tenaz, y podian disputarle las brillantes y seductoras calidades del ingenio. El respeto que se tuvo á los Argensolas, debido en parte á su situacion é influencia política, puede á lo sumo mirarse como una especie de pleito homenaje hecho á la razon, aun en el momento mismo del delirio y de la estravagancia. Con efecto, modelos de regularidad y buen gusto, fueron apreciados, pero no seguidos. Su juizio era mas sólido, que brillante su imaginacion, y hasta cierto punto puede decirse con Quintana: *que su reputacion está mas afianzada en los vicios que les faltan, que en las virtudes que poseen;* mas no se crea que todo su mérito se reduze á esta especie de belleza negativa. Si no pintan con novedad y atrevimiento, describen con acertada propriedad é ingenio. Sus labios no destilan la miel de Garcilaso: aman, pero con cordura: sus pasiones están siempre subordinadas á su razon, pero sienten; y en el género satírico, aunque un algo difusos, son por todo lo demas muy dignos de ser admirados y consultados, no solo Lupercio, á quien Munarriz haze merced y gracia de una buena sátira, sino Bartolomé en quien con demasiada injusticia, pareze que se empeña en no hallar nada bueno.

Al ocuparnos de Lope de Vega, no podemos menos de decir, aunque sea con peligro de escandalizar á los estranjeros que no han hecho en la literatura grandes estudios, que

la España puede lisonjearse de haber produzido en él, el ingenio mas fecundo y mas universal que presenta la historia de la poesía antigua y moderna, el verdadero Hércules del Parnaso, por lo gigantesco de sus proporciones y la fecundidad de su númen. Cítanse con asombro las seiscientas comedias de Alejandro Hardy, poeta frances contemporaneo de Lope; á mil y ochocientas haze subir el número de las de este, su discípulo Perez de Montalban: y cuando pueda haber alguna exageracion en este número, lo que no tiene duda es que el año 1624 iban ya mil y setenta, pues que Lope mismo lo dice, y sobrevivió aun once años; y de este número de piezas,

... Mas de ciento en horas veinte y cuatro
Pasaron de las manos al teatro;

y Lope de Vega no es Alejandro Hardy, sino el poeta que han estudiado y admirado Corneille y Molière, Metastasio y Goldoni; y Lope de Vega escribió ademas un diluvio de versos ejerzitándose en todos los géneros. Poemas heroicos, didácticos, narrativos, fábulas pastorales, églogas, novelas, poemas burlescos, composiciones sueltas sin número ni cuento en el género lírico, moral y sagrado, erótico y festivo, nada bastaba para desahogar la vena copiosa é inagotable de este ingenio prodigioso. Ademas de la *Jerusalen conquistada* de que ya hemos hablado, de la *Dragontea*, la *Circe*, la *Corona trájica*, la *Hermosura de Angélica*, el *San Isidro*, el *Laurel de Apolo*, el *Peregrino en su patria*, la *Arcadia*, la *Dorotea*, la *Gatomaquia*, escribió una infinidad de *Relaciones de Fiestas*, *Justas poéticas*, y otras obras cuya enumeracion seria larga y cansada. Dicho se está, que hombre que tanto escribió, nada podia perfeccionar. Si tuvo tiempo para leer, como efectivamente por sus obras se conoze que leyó mucho, no tuvo tiempo para estudiar: dos cosas entre las cuales hay la misma diferen-

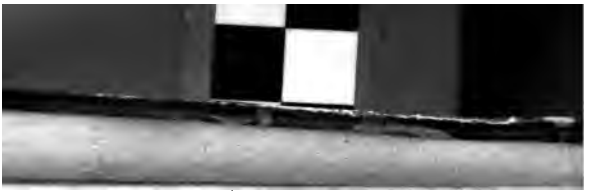
cia que entre estraer metales brutos ó acrisolarlos. De aquí es que su gusto no pudo formarse por aquella crítica reflexiva, que dirije el genio y corrije la fogosidad de la imaginacion, y que muy capaz por la suya de rivalizar ó esceder á los primeros ingenios, fué muy inferior á cuantos quiso imitar. En la *Jerusalen*, la *Hermosura de Angélica* y la *Arcadia*, está muy distante del Taso, del Ariosto y de Sanázaro. Solo en la *Gatomaquia* fué superior á su modelo, tan poco digno de sí mismo en la *Guerra entre los Ratones y las Ranas;* mas cual si su estrella fuese la de ser siempre venzido en toda especie de poemas, pocos años despues de su muerte salió á luz la *Mosquea* de Villaviciosa muy superior á la del supuesto Merlin Cocayo (1), y que en nuestra opinion tiene derechos fundadísimos á ser mirada como la Iliada épico-burlesca.

El primer renombre, la mayor gloria de Lope de Vega, si bien en todas sus cosas se haze admirar por su fluidez y su inconcebible fecundidad, y aun en el momento mismo de su delirio, y cuando menos se piensa, por aquellos rasgos sublimes que distinguen á los grandes maestros, es la de haber sido el fundador de la comedia moderna, aunque su novedad estuviese ya indicada, á la manera que Corneille es llamado padre de la tragedia francesa, aunque la *Sofonisba* de Mairet y otras varias fuesen ya conozidas. Bajo de este título perteneze, no solo á la historia de la literátura española, sino á la historia general de la literatura europea. La prueba de esta proposicion resultará de lo que vamos á decir sobre la historia de nuestra dramática (2).

---

(1) Era un monje benedictino de Mantua, llamado Teófilo Folengo, mas conozido por autor de la *Macarronea*.

(2) Prevenimos á nuestros lectores, que lo poco que vamos á decir sobre nuestra poesía dramática es para completar en cierto modo este reduzido cuadro de nuestra literatura; por lo demas, en nuestra co-



Dejando á un lado los juegos de escarnios de que hablan nuestras leyes de Partida, los diálogos satíricos y églogas dialogadas de Juan de la Encina, y otros que fueron sin duda la humilde cuna de nuestra poesía dramática, observarémos: que cuando á principios del siglo XVI empezó esta á tomar la elevacion conveniente y merezer tal nombre, parezió entre nosotros, como en Italia y Francia, con el carácter de imitadora de los antiguos. Así es que, aunque con alguna posterioridad por parte de los franceses, puede decírse que mientras el Trisino componia la *Sofonisba*, Maquiabelo su *Clicia* y su *Mandrágora*, Lazaro Baif traduzia la *Electra* de Sófocles, la *Hécuba* de Eurípides, Sibileto la *Ifigenia*, y Yodelle daba su *Dido* y *Cleopatra*, nuestro Villalobos traduzia el *Anfitrion* de Plauto, el Mro Perez de Oliva se ocupaba de la *Venganza de Agamenon* y de la *Hécuba triste*, imitando en esta la de Eurípides, y en aquella la *Electra* de Sófocles; el portugues Vasconcelos imitaba á Plauto, y nuestro infatigable Pedro Simon de Abril nos traduzia á Terenzio, el *Pluto* de Aristófanes, y la *Medea* de Eurípides. Mas esta tendencia, consecuencia de la que en general tenia entónces nuestra poesía en todos los géneros, empezó á esperimentar la resistencia que era un resultado de la inmensa variedad de circunstancias. Nuestra religion no consentia el Olimpo de los Griegos, ni el estado de sociedad podia permitir la licencia de Aristófanes, ni existia nada del antiguo mundo sino el suelo. La comedia antigua no podia ser pintura de la vida, que es en lo que consiste su utilidad y plazer, para hombres que tenian un modo de ser y de vivir enteramente diferente. En

---

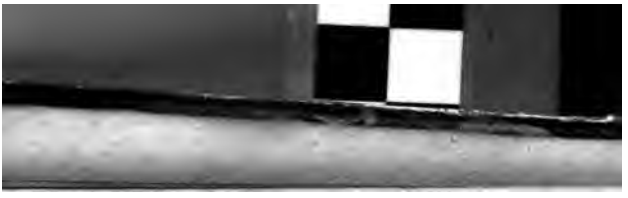
leccion no nos era posible considerarla como un género. Ella sola en tal caso habria ocupado por lo menos dos volúmenes, si no queriamos dar una idea muy mezquina, y muy indigna de los ingenios superiores que honran nuestro Parnaso dramático.

general las bellezas de Píndaro y Homero son de todos los tiempos y de todos los hombres; una gran parte de las de Plauto y Aristófanes, Terencio y Menandro, no podian convenir sino á la Atenas y Roma de los siglos en que escribieron sus autores. Aun entre hombres y épocas cuya conveniencia es bien diversa, el *Café* de nuestro Moratin por ejemplo, tan copioso en bellezas locales, no puede menos de perder muchas de sus gracias trasportado á Paris ó Viena, donde sin duda hay, como en todas partes, abundancia de poetas adozenados, pero que no tienen precisamente la fisonomía determinada y conozida de *D. Eleuterio*, y del *poeta Gallego*. Así que, esta resistencia al drama erudito (1), como le llama Luzan para distinguirle del popular, no era toda, como se ha dicho, efecto de la ignorancia y rudeza del tiempo, sino que en mucha parte estaba fundada en una razon, acaso no bien definida, pero justa y solidísima. Sintióla, y empezó á separarse de la antigua imitacion, esforzándose á acomodar la nueva pintura á los nuevos hombres, Bartolomé Torres Naharro en las ocho comedias (2) que con otras varias poesías componen su *Propaladia*. Siguiéronle en el mismo espíritu de modernizar ó popularizar este género de espectáculo, Lope de Rueda, otro Naharro toledano, Alonso de Vega, y un poco despues, Juan de la Cueba y Cristóbal de Virues. A esto alude el primero cuando, para justificar esta novedad, dice:

Esta mudanza fué de hombres prudentes,

(1) Lib. 3.° cap. 1.° de su *Poética*.

(2) Nicolas Antonio se equivocó diciendo que no eran mas que siete, á no ser que lo hiziese por no considerar como tal la *Trofea*, que es una composicion ó loa en honor del Rey D. Manuel de Portugal, y de los descubrimientos de los Portugueses en la India.



Aplicando á las nuevas condiciones
Nuevas cosas, que son las convenientes.

y Virues, cuando dijo que se proponia conciliar

..... las finezas
Del arte antiguo y del moderno uso.

En este estado, durando la incertidumbre y la lucha, y cuando la poesía dramática no tenia todavía una fisonomía determinada, pareció sobre la escena el asombroso Lope, nazido, como todos los hombres estraordinarios, mas para dictar leyes, que para recibirlas. Desde entónces la cuestion quedó resuelta en este sentido: acabó de generalizarse la opinion, que proscribia todo género de imitacion, y se nazionalizó por el ejemplo del irresistible Lope una especie de drama cuyo mérito consistia principalmente en la complicacion de la fábula, en el interes siempre creciente de la intriga, en la vida, el movimiento y multiplicados episodios de la accion, y en que ocupan un lugar subalterno aquellas otras calidades á que hubiera conduzido la imitacion de los antiguos, tales por ejemplo como la propriedad y fuerza del diálogo, la verdad y feliz eleccion de los caractéres, la regularidad y la tendencia moral, sin la cual queda como reduzido á la clase de un agradable pasatiempo. Era muy difízil que al fijarse el gusto nazional, en este tránsito de una servil imitacion á un nuevo órden de cosas, dejase de suceder á este la absoluta licencia. En el órden moral, el medio es la distancia mayor de cada uno de los estremos: tócanse estos inmediatamente, y del uno al otro el paso es muy resbaladizo. Así es como hemos visto tambien pasar á los hombres en un período bien corto desde el fanatismo á la impiedad, desde prácticas ridículas y austeras al desprecio absoluto de la virtud, y desde el despotismo á la anarquía; y

solo despues de muchas y tristes lecciones que corrijen los escesos, empezamos ahora á clamar : *religion sin furor; virtud sin afectacion ni contorsiones; imperio sin arbitrariedad;* que es, si no nos engañamos, la divisa del siglo, el último producto del estado actual de civilizazion.

Siguieron el impulso dado por Lope, con mérito distinguido, sus contemporaneos el Dr. Ramon, el Lizenziado Miguel Sanchez, el Doctor Mira de Mescua, el canónigo Tarrega, Guillen de Castro, Velez de Guevara, D. Antonio de Galarza, Gaspar de Avila, Perez de Montalban y varios otros; y como la novedad fijada, estendida por Lope y sostenida por tantos ingenios eminentes presentaba en el drama, aunque algo á espensas de las otras, la primera, la mas esencial de sus bellezas, aquella cuya falta ni aun los grandes maestros pueden suplir por todas las demas, es decir, la invencion, el interes de la accion : que en este punto habia tanto que admirar y estudiar en Lope y sus contemporaneos: que las demas naziones de Europa no podian oponernos, particularmente en la comedia, nada que pudiese sostener el paralelo con Lope, y que á todo esto se reunia la preponderancia política que ejerziamos sobre ella, aun la Italia misma, en posesion hasta entónces de dictar leyes, empezó á recibirlas de nosotros. Nuestra lengua tomó el ascendiente, nuestros autores fueron mirados como clásicos en la materia, y á nuestro ejemplo y á nuestra riqueza dramática deben la suya las demas naziones del continente. Continuó todavía largo tiempo nuestro imperio, y debió continuar mientras duró aquel diluvio de felizes ingenios que produjo el reynado de Felipe IV : particularmente un Calderon, un Moreto, un Rojas, á quienes siguieron de cerca Tirso de Molina, D. Juan de la Hoz, Mendoza, Belmonte, Coello, Enciso y tantos otros cuya lista sola ocuparia muchas páginas.

Muchos de los estranjeros han reconozido y confesado esta antigua deuda, y no pueden ser tachados ni de injusticia ni de ingratitud. « El teatro español tuvo por su fecundidad é invencion la gloria de servir de modelo á las demas naziones », dice un célebre crítico italiano. « Il faut avouer que nous devons à l'Espagne la première tragédie touchante, et la première comédie de caractère, qui aient illustré la France », dice el célebre comentador de Corneille, aludiendo al *Embustero* y al *Cid*.

No ostante, á consultar el modo que tienen de esplicarle algunos otros escritores, el teatro frances nada nos debe sino lo malo, y cuando se trasladaba á él el *Amo Criado* y el *Venceslao* de Rojas, *No siempre lo peor es cierto*, de Calderon, el *Heraclio* del mismo, la *Nise lastimosa* de Bermudez, el *Amor al uso* de Solis, el *Palacio confuso*, la *Verdad sospechosa*, el *Cid*, el *Desden con el desden*, el *Convidado de Piedra* y tantas otras, ni Rotrou, ni Corneille, ni Molière por ejemplo, debieron nada á Rojas, Moreto, ni Guillen de Castro. Si esta pequeña injusticia no estuviese sobradamente reparada por servicios de mayor importancia, y si no se tratase mas que de mortificar el amor propio de este pequeño número de ingratos, les diriamos con Iriarte :

..... Presumis en vano
De esas composiciones peregrinas;
¡ Gracias al que nos trajo las gallinas!

En Bánces Cándamo, Zamora y Cañizares pareció acabarse bajo el reinado de Carlos II, en que se acabó todo, la semilla de los grandes ingenios que habian anteriormente ilustrado nuestro teatro. Duró este letargo hasta la segunda mitad del siglo pasado, desde cuyo tiempo algunos ingenios han manifestado que Racine y Molière pueden hallar entre nosotros dignos imitadores. A parte algunos chanflones que

han tenido el tino de tomar de todos lo peor, y la gracia de amalgamar la probreza y frialdad de los preceptistas con los mayores absurdos y estravagancias de los antiguos, nuestra dramática en esta resurreccion, se presenta esenta de aquellos defectos monstruosos, que pudieron acaso pasar por bellezas en siglos eminentemente poéticos, pero que se han hecho insoportables en este, cuya tendencia tiene mucho mas de filosófica que de otra cosa, en que el juizio estiende su imperio, y reduze el de la imaginacion á sus justos límites, y en que la crítica en materia de buen gusto haze, como en todas las otras, mas progresos que los que quisieran aquellos que se obstinan en reduzir la razon y el universo entero á un estado de completa inmovilidad.

El silencio que nos hemos propuesto observar sobre todo lo que sea ó se acerque á nuestros dias, nos priva de la grata satisfaczion de citar varios ingenios estimables, que hazen honor á nuestra dramática, y los estrechos límites de nuestra obrilla no nos permiten hazerlos conozer dignamente. Esta regla no tendrá sino dos solas escepciones indispensables, porque están hechas en favor de hombres cuyo ejemplo forma una verdadera época de feliz revolucion en nuestra literatura, y harto justas y que no tienen contra sí los inconvenientes que motivan por regla general nuestro silencio, como que se trata de hombres acerca de los cuales no hay ni puede haber divergencia de opiniones. Por otra parte ¿cómo desnudarnos de toda idea de amor nazional? ¿Cómo renunciar á la dulce satisfaczion de decir que la despreciada España, en el certámen poético de la ilustrada Europa, compareze en el siglo XIX sosteniendo sus antiguas glorias, y presentando en la lid, entre lo que nosotros conozemos, y de que podemos juzgar (1), el me-

(1) Conozemos hasta qué punto este temperamento reduze el elo-

... mejores discípulos. ¡ Qué caractér
señados ! ¡ Qué viveza y fazilidad en el dialog
d ncia de sales cómicas ! ¡ Y qué respeto á la
Poco podrémos añadir á lo que hemos dic
rasgo : asi que, pongamos un término á su el
tras que uno que otro crítico severo, ocu
trono de la censura, rodeándose de todo e
su tediosa majestad, repartiendo con man
favores, cual si la imparcialidad consistiese e
del elogio cuando es merezido, pasando
mente sobre las bellezas del *Viejo* y la *Niña*
y del *Sí de las Niñas*, se ocupan en hallar per
dro, *D. Juan* y *D. Diego*, y hasta las señorit
le averiguan lo que en el acto 3.° de la prime
Británico de Racine, de que ciertamente no
en tal momento; nosotros abandonándonos sin
admiracion que nos causa su mérito, confesar
poeta cómico Moratin es para nosotros un objet
que si bien no pueda degenerar en una devocio
envuelto y asociado con otras afecciones, picar

io; pero sin traspasar las leyes de una justa modestia,
er permitido esplicarnos

algo de idolatría. Ni se crea que es solo eminente en la comedia. Díganlo las composiciones suyas que de otros géneros insertamos en nuestra coleccion. Su *Granada rendida* tiene mucho mérito, sus *Trovas* mucha gracia, y su *Leccion poética* es en la sátira un modelo acabado. Cuando el público conozca todos sus trabajos, tendrá sin duda mucho mas que admirar. ¡ Qué genio maligno, enemigo de la sana razon y del buen gusto le haria decir á Bouterwek, hablando de Moratin : « se cita como á uno de sus émulos á D. Luziano Comella, poeta muy fecundo y que se acerca mas al gusto antiguo! » Sin duda que habló de oidas, y no vió por sí mismo ni una escena, ni dos solos versos de uno ni otro; pero aun asi y todo no acabamos de volver de nuestra estrañeza. ¿Quien pudo darle una idea tan equivocada? Comella será el émulo de Moratin, cuando Escarron lo sea de Virgilio ó de Molière; y en cuanto á acercarse al gusto antiguo, si por esto se entiende los antiguos defectos que Moratin ha evitado, estamos de acuerdo.

Algunos de nuestros lectores habrán sin duda observado que no hemos hablado de Cervántes ni como poeta cómico, ni como poeta lírico. El gran Cervántes aunque una que otra vez no haya sido enteramente desgraciado, en general no puede ser citado, cuando se trate de poesía, sino como la prueba mas convinzente de que en materia de gracia poética, el pelagianismo y semipelagianismo son en el Parnaso (1) no menos herejías que en la Iglesia de Dios. Cervántes hizo lo que pudo *viribus naturæ;* pero Apolo, sin mas razon que la alteza insondable de sus designios, *Cervántes odio habuit, Herrera autem elegit.*

(1) Entiéndase que hablamos del Parnaso y del Apolo de los versificadores; por lo demas y en su prosa, Cervántes es, como decia el estudiante de Esquivias, *el regocijo de las Musas*, y ocupa en el Parnaso, cual ya hemos indicado, un lugar muy eminente y sin competidor.

De nuestra poesía desde Góngora en adelante.

En los reduzidos límites de un discurso no nos era dado adoptar la division por géneros que pedia descender á menudas subdivisiones y por consecuencia mas latitud, y hemos tenido que contentarnos con designar solo aquellas épocas que por serlo de la historia de la lengua poética, son de impulso general, se estienden á todos los géneros, haziéndose notables por la perfeczion ó el vicio en el manejo de esta.

Este último orígen tiene por desgracia la época de que vamos á ocuparnos, y que reconoze á Góngora por dogmatizador y corifeo. La Academia de los Anelantes de Zaragoza, segun refiere Luzan, llamó al Caballero Juan Bautista Marino el Góngora de Italia, y este rasgo mirado entónces como el mayor elogio, define exactamente á entrambos, y nos da una idea del estrago que estos dos hombres, reforzados por los Malvezzis y Paravicinos, hizieron en el gusto y la literatura de las dos naziones.

No es posible ni concebir ni esplicar toda la estravagancia de Góngora. Despues de habernos dicho que es de una hinchazon sin igual, que usa de las metáforas mas violentas, de las mas exageradas hipérboles, que pareze se propuso traer á la lengua en continua tortura para darle una novedad ridícula, que perdido él mismo en las elevadas regiones á donde le arrebata su encrespado estilo, acaba por ser de una oscuridad impenetrable, enfin completamente ininteligible, todavía para formar una idea cabal de lo que es efectivamente, es necesario leerle. Solo él se describe á sí mismo. Su *Polifemo*, sus *Soledades*, y en general todo lo que escribió en el género heroico, pareze escrito en otros tantos accesos frenéticos. Sirvan de breve muestra los dos trozos siguientes, principio el uno de su cancion á la toma

de Larache, y fin el otro de su *Polifemo*. Y no se crea que estos trozos son raros en él, no hazen sino parezerse á todos los demas de su género.

A la toma de Larache.

« En roscas de cristal serpiente breve,
Por la arena desnuda el Luzeo yerra,
El Luzeo que con lengua al fin vibrante,
Si no niega el tributo, intima guerra
Al mar, que el nombre con razon le bebe,
Y las faldas besarle haze de Atlante.
Desta pues siempre abierta, siempre tirante,
Y siempre armada boca,
(Cual dos colmillos de una y otra roca)
Africa (ó ya sean cuernos de la Luna,
O ya de su elefante sean colmillos)
Ofreze al gran Felipo los castillos,
(Caiga hasta que de hoy mas militar pompa)
Y del fiero animal hecha la trompa
Clarin ya de la fama, oye la cuna,
La tumba ve del sol, señas de España
Los muros coronar que el Luzeo baña.
Las garras puas las presas españolas
Del Rey de fieras, no de nuevos mundos
Ostenta el rio, y gloriosamente
Arrojándose márgenes segundos,
En ver de escamas de cristal sus olas
Guedejas visten ya de oro luziente.
Brama y menospreciándolo serpiente
Leoniano pagano
Lo admira reverente el Océano.
Brama, y cuantas la Libia engendra fieras
Que lo escuchaban elefante apenas,
Surcando ahora piélagos de arenas,

así á la necesidad de delirar tambien. Lope de Vega, Quevedo y Jaúregui particularmente, se aprovecharon de la leccion, y aun el segundo añadió á la hinchazon el afeite, sembrando los piropos de Góngora con los conceptos azicalados y sutiles, y con toda la metralla de antítesis, paronomasias y retruécanos, no queriendo desmentir como poeta lo que hemos dicho de él como autor prosaico.

Bien consultada la historia del mundo, nos pareze que es necesario convenir en que el espíritu humano presenta en cada siglo un aspecto diferente, que es el resultado de causas generales que le dan mas bien una tendencia que otra, contra la cual pueden bien poco los que la contradicen, por grandes que sean, y en cuyo favor arrastran y precipitan los que se ponen al frente de ella y la protejen. No pretendemos por esto disculpar enteramente á Góngora ni á los que se le parezen. Siempre serán culpables los que han delirado con un siglo dispuesto á delirar; pero nos proponemos disminuir hasta cierto punto su culpabilidad, y mas aun, hazer observar á nuestros lectores, que en la investigacion filosófica de estos fenómenos morales, debemos subir al exámen de las causas que han produzido aquella disposicion general, que ha hecho muchas vezes que un loco se apodere de su siglo; mientras que los hombres de juizio han sido desoidos, despreciados, y ¡pluguiese al cielo que no se hubiese pasado de aquí!

En medio de esta infeczion y contagiados por ella, ademas de Góngora y Quevedo, brillaron todavía con mérito no poco distinguido, un Jaúregui, un Príncipe de Esquilache, Rioja y Villegas.

Distinguióse Jaúregui en el principio por su fázil y armoniosa versificazion, y por aquella correccion y gusto que le hizo escribir su *Discurso poético contra el hablar culto y oscuro*, satirizar á Quevedo y ser el antagonista mas intré-

pido de cultos y conceptistas. Mantuvo el honor de esta lucha en sus *Rimas* y en su justamente celebrada traduccion del *Aminta* del Taso; cedió al torrente de su siglo en su *Orfeo* y su traduccion de la Farsalia, afeando algunas vezes las bellezas de aquel y de esta con los mismos vicios que tan gloriosamente habia hasta entónces combatido y evitado.

Fué el Príncipe de Esquilache amigo de los Argensolas, y uno de los hombres mas sensatos de su siglo, no menos dotado de talento poético, que de sólido juizio. Nególe sus favores la intratable Caliope, y fué poco feliz en su *Nápoles recuperada;* pero en cambio, sus romances y otras composiciones hazen ver cuanto se esmeró en prodigarle sus gracias la jovial y lijera Erato. Enemigo constante y declarado de los cultos, aprovechó todas las ocasiones de clamar contra tal desórden. En el prólogo de aquel poema, manifestando que se propone huir de palabras ásperas y de ruido, « son espanto, dice, de los ignorantes, y risa de los cuerdos, pues con ellas se falta á la dulzura y al número, y mezcladas despues con oscuridad, hazen intolerable la locucion, y aborrezible la sentencia ». Mas á pesar de todo, no pudo escusarse de pagar á su siglo el tributo de algunas hipérboles desmedidas, y de algunos pensamientos alambicados.

Francisco de Rioja es sin duda el poeta que haze mas honor al reinado de Felipe IV, y el que mas se preservó del contajio de su siglo. Es bien estraño que el Bouterwek le haya confundido con Mello, el Conde de Villamediana, y otros que dice « desprovistos de gusto, y que no hizieron mas que seguir el torrente de su siglo. » Si hubiera leido el número, por desgracia pequeño, de composiciones suyas que poseemos, habria visto que Rioja es uno de nuestros primeros versificadores, que por su

talento descriptivo, por la grandeza de su imaginacion y la correccion de su gusto, ocupa un lugar al lado de Herrera y del Mro Leon, y disputa con ellos la primazía lírica. Nicolas Antonio ni aun parezió conozerle como poeta; así es que, sin decir nada de sus poesías, solo habla de su *Aristarco*, su tratado de la *Concepcion de Nuestra Señora*, unos avisos á Predicadores, y otros varios trabajos, que están bien distantes de poderle dar la reputacion, que tan de justicia se debe al autor de la cancion á las ruinas de Itálica, de algunas silvas, y de la epístola moral á Fabio.

Para conservar en el juizio crítico de Villegas la debida imparcialidad, es necesario olvidar su orgullo, su indiscreta jactancia y sobre todo, sus groseros insultos, nada menos que á un Cervántes; mas hecho esto, y depuesta así toda especie de prevencion, no es posible dejar de hazer justicia, no menos á la asombrosa precozidad de su talento, que al mérito eminente que le distingue donde no le arrastra la manía de su siglo, ó separándose de su verdadera vocacion, habla por su boca un falso Apolo. Es bien estraño que habiendo sido discípulo de Bartolomé Leonardo de Argensola, renunciase á tan buena escuela, y no se supiese preservar de la algarabía culta: nueva prueba de lo que anteriormente hemos indicado sobre la débil influencia que los Argensolas ejerzieron sobre sus contemporaneos. Es Villegas el poeta del amor jugueton y festivo, y uno de los mas aventajados imitadores de Anacreonte. Sus composiciones de este género, abundantes en imágenes risueñas, tienen toda le soltura, la gracia, la lijereza de su voluptuoso modelo, y si no mereze, como ha querido uno de nuestros críticos, *la palma de la poesía lírica*, con harta mas justicia que á Castillejo hubiera podido dársele, en su tiempo, el renombre de Príncipe de los poetas anacreónticos. Quiso Villegas introduzir en nuestra poesía nove-

dades importantes, y sus tentativas fueron harto felizes paraque se hubiesen debido desmayar los ingenios que le han sucedido. Sus exámetros, y sus sáficos particularmente, prueban hasta qué punto puede aproximarse nuestra lengua á la perfeczion de la latina, y nos hazen desear que no se abandone una empresa en que tanto ganarian la lengua y la poesía. Ademas de sus traducciones é imitaciones de Horacio y de Anacreonte, compuso una sátira, hizo una traduczion del *Hipólito* de Eurípides, otra del tratado de *Consolatione* de Boecio, y otras varias cosas de menos importancia. Alcanzó ya la minoridad de Carlos II, como que murió en 1669.

Nada tenemos que añadir á lo dicho en la primera parte de nuestro discurso para caracterizar esta época aciaga de nuestra historia. Bajo del reinado de este monarca pusilánime, á escepcion de Talía que, como ya hemos indicado, habló aun por la boca de Solis, Cándamo, Zamora y Cañizares, todas las Musas quedaron reduzidas al silencio, ó mas bien trasportadas de repente á las orillas del Sena, en las del Manzanares y el Guadalquivir no resonó por largo tiempo, sino el ingrato chillido de las metamorfoseadas hijas de Pierio.

Pasóse el reinado de Felipe V en guerras y agitaciones interiores, y no hizo poco este soberano estableziendo en medio de ellas la Real Biblioteca de Madrid, y fundando la Academia de la Historia y la de la Lengua, á quienes se deben trabajos recomendables, y preparando la que mas adelante se llamó de S. Fernando, destinada al fomento de las nobles artes.

Bajo el reinado del pazífico Fernando VI, empezaron á parezer de nuevo las ahuyentadas Musas, no ya con el talar ondeante y majestuoso, si bien algo embarazoso é irregular con que salieron de nuestro suelo, sino con los trajes ajustados que habian vestido en la corte victoriosa

de Luis XIV. En el año de 1749 se formó en Madrid una academia poética con el nombre del *Buen gusto*, presidida por la señora Condesa de Lemos, entónces viuda, y posteriormente Marquesa de Sarria, en donde se reunieron, entre otros ingenios, el Conde de Torrepalma, D. Agustin Montiano, D. Ignacio Luzan, D. José Porcel, y D. Luis Velazquez, á quienes por la influencia del ejemplo y de las doctrinas debemos en gran parte esta época de nueva restauracion. El Conde de Torrepalma por su *Deucalion*, Montiano por su *Virginia* y su *Ataulfo*, Porcel por sus églogas, Velazquez por los vastos conozimientos, y escojida erudicion y crítica que manifestó en sus *Orígenes de la poesía* española, y mas que todos aun, Luzan con su *Poética* y sus composiciones, formaron una especie de escuela en que la rigidez mas escrupulosa sucedió al desarreglo y descabellada licencia de los cultos y conceptistas: las tres unidades á la embrollada multiplizidad de acciones, tiempos y lugares: en fin, la escuela francesa con todos sus preceptos, á la abjuracion completa de toda regla y de toda razon. Entre estos dos estremos puede haber un justo medio. Si el genio, por libre y disparatado, degenera en estravagante y pueril, tambien, enervado y sujeto, se haze apocado, desabrido, insustancial y tedioso.

Nuestra poesía en estos últimos tiempos empieza á presentar un aspecto que pareze conciliarlo todo, y en que ni la imaginacion es frenética, ni el genio esclavo de una servil imitacion. Los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX no serán en verdad indiferentes en los anales de nuestra poesía. Grandes y señalados ingenios han preparado y distinguen en el dia esta época, de cuyo nuevo impulso y carácter, bellezas y defectos podrán ocuparse los que escriban pasado algun tiempo, cuando ya no se conozca de los autores mas que sus obras. Sin embargo, por la influencia que ha ejerzido sobre sus contemporaneos,

por la singularidad de su asombroso mérito, y por tantas otras cosas, séanos permitido derramar algunas flores sobre la pobre losa que cubre los ilustres restos del cantor del Tórmes, del Anacreon y del Tibulo del siglo XIX. Dulcísimo Melendez! cuando ya no se oiga el lenguaje rencoroso de encarnizadas pasiones, cuando la razon recobre su imperio, y la impasible Clio empieze á poner en la desquiziada Europa de nuestros dias á todos los hombres y todas las cosas en su verdadero lugar, el que tú ocupes será sin duda digno de tu celebridad y tus virtudes. Tus versos, cual tú mismo dijiste, aunque con diversa aplicacion, tus versos opuestos á la murmuracion y á la ignorancia para vindicarte y defenderte, responderán á todo. En ellos está pintada la tierna sensibilidad de tu alma candorosa, tu honrado pensar y tu encendido patriotismo, con un lenguaje que en vano querria contrahazer quien le sintiese menos.

Al terminar este reduzido y defectuoso cuadro, permítasenos manifestar, que no hemos pensado hablar ni dirijirnos á los verdaderos sabios, á los hombres instruidos para quienes esto es tan poco, y á cuyo lado no tenemos otra pretension que la de oir con docilidad y con gusto sus útiles lecciones: no á los necios que se lo saben todo, porque ya sabemos que en la medicina del entendimiento, el síntoma de la presuncion reduze la ignorancia á la clase de las enfermedades incurables, sino á los jóvenes que se proponen aprender lo que no saben ni creen saber, y á los estranjeros poco versados en nuestra literatura. Para esto hemos querido reunir en un punto, lo que diseminado en muchos volúmenes han escrito plumas mas felizes, nuestros mejores ingenios, á quienes pedimos perdon, si contando con aquella indulgencia que caracteriza al sabio verdadero, nos hemos atrevido á censurar, contradecir sus opiniones, y á decir las nuestras con aquella franca libertad de hombres que desean hazer algun uso de

su propia razon; pero que están persuadidos, que entre todos el mas noble que pueden hazer de ella, es el de abjurar el error conozido, y oir con docilidad y respeto á los que quieran tener la bondad y tomarse el trabajo de correjirlos y enseñarlos.

Debemos añadir, consiguientes á las miras que en la publicacion de esta obra nos hemos propuesto, y que hemos indicado en el principio, que nuestra coleccion no podia reduzirse á un apuradísimo estracto de quintas esencias y perfeczion. Se ha tratado en ella de dar una idea bastante estensa y cabal de nuestra literatura, para vindicarla de injustos desprecios, deseando al mismo tiempo que pueda servir de testo á una enseñanza, donde el maestro debe hallar ejemplos abundantes en todos los géneros para establezer entre los mismos modelos la debida graduacion, y enseñar á distinguir, no solo lo malo (que no necesita colecciones) de lo bueno, sino entre lo bueno lo mejor. Bien incompleta seria la idea que se formara de la literatura francesa, el que no leyese sino un pequeño volúmen donde estuviese recojido lo mas depurado y brillante de Lafontaine y de Boileau, de Moliere y de Racine. Hay pues en nuestra coleccion trozos, que sin dejar de ser selectos pues que son de aquellos *ubi plura nitent*, llevan no ostante el sello de esta triste humanidad, y á los cuales hemos tenido que aplicar el

. . . . . *non ego paucis*
Offendar maculis, quas aut incuria fudit
Aut humana parum cavit natura.

Consultando el mismo espíritu, hemos tirado á que nuestro discurso preliminar presente un cuadro histórico de nuestra literatura, en que recorriendo las épocas mas notables, y hablando, aunque con mucha rapidez, de las obras y de los autores, los hemos calificado por las bellezas mas

generales que los distinguen, y como que se trata de presentar una coleccion selecta, de dar de nuestra literatura una idea, que sin dejar de ser justa, sea ventajosa; todo en nuestro discurso tiene una tendencia acomodada á este objeto. Otro habria sido nuestro trabajo, diferente su division, si nos hubieramos propuesto llenar el vacío de un curso de literatura de que carezemos, y sobre lo cual tal vez, si nuestra situacion venidera lo permite, aventurarémos alguna tentativa, aunque no sea mas que con la idea de provocar á mejores trabajos á los que se sientan con mayores fuerzas. Entónces será cuando, sin poner *à côté des décisions de la critique l'échafaudage insipide employé pour les former*, como dice con mucha gracia Condorcet, hablarémos de los defectos con franqueza y de las bellezas, si no con entusiasmo, con calor por lo menos; entónces analizarémos menudamente las producciones todas que forman el caudal de nuestra literatura, y entónces será la ocasion de describir su fisonomía particular, buscando en nuestra historia las causas morales y políticas que la han determinado, y que por la naturaleza de nuestro trabajo nos hemos visto precisados á trazar solamente por pinzeladas muy rápidas. Un conjunto de observaciones, por curiosas que fuesen, un trabajo incompleto en esta línea hubiera dejado mucho qué desear, y el que medianamente haya de satisfazer á tanto objeto es obra de mas de un dia y pide mas de un volúmen. No ostante, rogamos á nuestros lectores que por via de escepcion, y apurando el caudal de su paciencia, lean, ademas del resúmen, las observaciones que contiene el capítulo siguiente y que *sibi constant*, pues que conspiran á dulzificar la escesiva yel de amargas censuras, y á hazer ver que reduzidos nuestros defectos á su verdadero tamaño, en medio de ellos somos mas dignos de la compasion que de la burla, de la admiracion que del desprecio. Con un viento contrario en los campos de Castilla el 23 de Abril de

1521, cambia tal vez enteramente la suerte de la España. ¡Cual nos prodiga la naturaleza sus lecciones de moderacion! En los individuos como en las naciones ¡de cuan poco dependen las diferencias que nos distinguen! Si las examinamos en su orígen, no puede menos de quedar bien corrida nuestra ridícula vanidad.

Consultando las tres [illegible] rales en que hemos dividido nuestra poesía, [illegible] os en los caractéres que hemos asignado á ca[illegible] s, sus bellezas y sus defectos propios. Es en [illegible] pesiva, natural y sencilla; pero ruda, pobre, [illegible] Hízese despues grave, docta y sonora, hasta deg[illegible] n afectada, pedantesca y enigmática. Es al fin grande, [illegible] jestuosa y sublime, armoniosa y dulce, y acaba por hin[illegible] ada, estrepitosa y sutil. Su última restauracion es el impulso existente, no bien fijado todavía, y cuyos caractéres por consecuencia no pueden ser determinados.

Primera Observacion.

Los estranjeros nos acusan de hinchazon y desarreglo. No negamos que hasta cierto punto esta acusacion puede ser justa. Con efecto, de cualquiera manera que nos examinemos, parece que se descubre en nosotros una cierta disposicion á la exajeracion y á la hipérbole, cierta tendencia á dar á los objetos proporciones gigantescas y colosales, y si en las producciones del espíritu nada nos gusta en su verdadero tamaño, en las empresas del ánimo nada nos tienta sino lo que es desmesurado é inconcebible. Así es como un puñado de hombres, tristes poseedores de un reduzido rincon de áridas breñas y de escarpadas rocas, casi sin mas medios que su desesperacion y sus manos, concibieron el proyecto de lanzar de nuestro suelo las invenzibles legiones Romanas y de Calais, de Irak y de Siria, de Palestina y

de Damasco, y dieron realizado este imposible por una lucha de ochocientos años. Así es como en 1492 acojimos á un hombre arrojado de todas las cortes por un visionario, protejimos un proyecto reputado por un delirio, y descubrimos la segunda mitad del planeta que habitamos. Así fué como en seguida, sobre este nuevo emisferio un pequeño número de hombres, que estaban con sus enemigos en la proporcion de uno á centenares de miles, derrocaron los vastos imperios de Motezuma y de los Incas, y parezieron sobre la cordillera de los Andes como para intimar al mundo atónito, que se preparase á respetar sus leyes; y se diria que si no se las hizimos reconozer despues, es porque una vez demostrada la posibilidad de hazerlo, el verificarlo entraba ya en la clase de los sucesos comunes. El dia que Cortes incendiando sus naves, privó á los hombres que le acompañaban de los recursos ordinarios en caso de resistencia ó adversa fortuna, y convirtió su empresa de atrevida en imposible y frenética, aquel dia dió resuelto el problema de la conquista de América. Solo reconoziendo esta disposicion, pueden esplicarse en nuestra historia una porcion de fenómenos estraordinarios. Se nos ha visto sucumbir á males ó proyectos que para resistidos no pedian sino esfuerzos comunes, y levantarnos en seguida del seno de la nada, de la impotencia y de la degradacion misma, para asombrar al universo; y todo esto, abandonándonos á movimientos sin cálculo, sin ninguna razon de utilidad, acaso alguna vez para forjar nuestras propias cadenas y aumentar nuestras desgracias, y solo como seduzidos por la grandeza y la imposibilidad de la obra; viniendo á suceder que la misma disposicion, el mismo principio que ha llevado la pluma de un poeta á una metáfora atrevida, á una desmedida hipérbole (de que tal vez habrá quien diga que se resiente tambien aun alguno de los rasgos de esta página) es el que en las situaciones mas críticas, sobre

nuestros intereses mas preciosos ha decidido de todo. Tan cierto es que existen en el hombre disposiciones primitivas y determinantes, ó efectos de las variedades de nuestra organizacion, ó resultados de la naturaleza de las impresiones constantes de los objetos que nos rodean: disposiciones que la influencia de los hábitos morales puede templar ó corregir, pero no estinguir, pues que las vemos parezer por intervalos, y esplicar su [illegible] derancia cuando menos lo esperábamos.

Mas despues de conve[illegible] esta especie de disposicion, sobre cuya verdadera natu[illegible] no nos equivocamos tampoco, pues sabemos que [illegible] conduzir á lo mas bueno y lo mas malo, ¿hay en l[illegible] us[illegible] n toda la verdad que creen los que la intentan? En gener[illegible] pueden ser los estranjeros justos apreciadores del punto en donde verdaderamente empieza esa decantada hinchazon y desarreglo? Reflexionemos.

La hinchazon en el estilo resulta de la desproporcion entre la grandeza de las palabras ó los pensamientos, y el verdadero tamaño de los objetos ó de las cosas. Tiene pues por medida la magnitud misma de las cosas ú objetos, que varía inmensamente en la naturaleza. El Rin y el Danubio, el Ródano y el Sena, el Támesis y el Humber, que para nosotros son mares, podrian con dificultad merezer el nombre de ríos á los ojos de un americano familiarizado con el espectáculo asombroso que presentan el San Lorenzo y el Misisipí, el Marañon ó el Orinoco: y en general, cuando la América produzca oradores y poetas, sus descripciones que no hacen sino pintar la grandeza de los objetos que hieren sus sentidos, parecerán á los habitantes de la mezquina Europa abultadas hipérbolas. ¿Podrán pintar con los mismos colores la refulgencia del astro del dia el Escita ó el Sármata, como el Cordobes ó el Granadino: los que con pié seguro conculcan las heladas márgenes del Oby, ó los que be-

ben las templadas aguas del Betis ó del Turia? Aun mas: la magnitud de los objetos para nosotros es la de su impresion, y sobre esta pueden influir, hasta diferenciarla notablemente, las variedades de nuestra organizacion, sobre todo en cuanto diga relacion con nuestros afectos, con nuestras pasiones. Dependientes estas de nuestra sensibilidad, ó no siendo por mejor decir sino las modificaciones de ella, deben presentar en el lenguaje que sirve á su espresion la inmensa diferencia que hay desde el apuesto, ardiente é impetuoso Africano, hasta el encojido é inerte Lapon. Apenas hay metáfora que parezca atrevida, apenas pensamientos ni palabras que alcanzen á espresar todo lo que siente el primero; las espresiones mas desmayadas y débiles sobran para pintar la apática indiferencia del segundo. La imaginacion de los habitantes de una atmósfera húmeda, de un sol dulce, de una inmensa y monotona llanura, cederá mas dócilmente al imperio del juizio, se resentirá siempre de aquel estado de uniforme inalterabilidad á que la reduze su delicioso clima: será mas regular, pero menos variada y poética: no hablará de los objetos sino despues de haber medido con el compas sus contornos; mientras que el habitante de un suelo donde la naturaleza presenta un espectáculo alternado, que respira una atmósfera seca, y recibe la inquieta influencia de un sol encendido y ardiente, se abandona á toda la ilusion óptica de sus sentidos, y á la diferencia de los objetos viene á unirse la disposicion animada, ó si se quiere exaltada de sus órganos. Las diferencias que caracterizan el genio de las lenguas, no son sino el producto de estas variedades, reunidas á la influencia de mil otras causas físicas que se sustraen á nuestras observaciones, y de la combinacion de las causas morales que vienen á favorezer ó correjir su imperio, á variar su intensidad, su carácter de mil y mil maneras. Unase á esto que identifi-

cada nuestra facultad de pensar con el sistema de los signos, que sirven á la espresion del pensamiento hasta el punto de que no nos es dado pensar sino por ellos, estos, por una reaccion moral, vienen á ejerzer una influencia casi despótica sobre nuestra facultad de sentir, á darle determinaciones casi esclusivas, que, sobre todo cuando las lenguas han llegado á fijarse, cegándonos por una parte sobre la estravagancia absurda de muchas de nuestras locuciones, de nuestras metáforas y de nuestras hipérboles, nos inspiran una prevencion fuerte contra todo lo que no es nuestro. ¿Cómo pues podrán tener una medida comun hombres á quienes la naturaleza se presenta bajo un aspecto diferente, en quienes ha variado la fuerza y la energía de sus órganos, y á quienes en la espresion de sus ideas diferencia un diverso sistema de signos? ¿Cuantas vezes no se espondrá á declarar por hinchado lo que no haze sino presentar estas variedades, el crítico que esclavizado tal vez por una lengua de demasiada regularidad, y aun acaso hasta esencialmente anti-poética, se permite aventurar un juizio sobre las bellezas de otra lengua cuyo genio es enteramente opuesto? Españoles! no nos olvidemos en el interior de nuestra familia de la necesidad de correjir el defecto que nos vemos forzados á confesar. Estranjeros! cuando por el contacto que hemos tenido, la utilidad ó la necesidad del estudio comparativo de nuestra literatura os ponga en la precision de juzgarla, pesad en la balanza de la filosofia y la justicia la fuerza de estas reflexiones; tal vez se templará mucho la severidad de vuestra critica, y por ser indulgentes con los otros no perderá nada la gloria de vuestros triunfos.

En cuanto al desarreglo, aunque los principios que deben consultarse en este punto dependen mas directamente del juizio, no nos olvidemos de que la imaginacion no puede nunca dejar de ejerzer su imperio cuando se trata de buenas

letras y bellas artes, y que por consiguiente aun en esta materia la regla cuya transgresion produze el desarreglo, mas ó menos, no puede dejar de estar siempre sometida á la influencia de aquellas variedades. No se crea que autorizamos por esto el desórden, ni que á título de diferencias locales queremos entronizar la confusion y el delirio; no nos proponemos sino excitar en los críticos que juzgan desde lejos, terrores saludables que los obliguen á ser circunspectos, y aun mas todavía provocar entre los de casa este género de investigaciones en que debemos necesariamente encontrar los verdaderos principios, las verdaderas reglas hasta aquí formadas por una imitacion, mas de una vez infundada y servil. Cierto es que, para pensar como Sócrates ó demostrar como Euclídes, no nos queda á todos mas recurso que repetir sus raziozinios. Homero y Virgilio, Píndaro y Horacio son los modelos que debemos consultar para formar nuestro gusto; mas no se crea que estos apuraron todos los modos de agradar, y que despues de ellos nos veamos tambien precisados á repetirlos. La verdad y la belleza están en la misma relacion que las dos líneas que las caracterizan, y que pudiéramos llamar la línea de la necesidad y la del plazer; es infinito el número de curbas que pueden tirarse entre dos puntos dados, donde no puede haber lugar sino á una sola recta. Convenimos desde luego en aquellos principios que establezen en toda composicion la unidad, ó de la idea ó de la accion, la distribucion conveniente de las partes, la relacion de ellas al todo; mas no nos olvidemos de este espectáculo asombroso que presenta la especie humana dividida en grupos, diferenciados por el genio de las lenguas, por una música, una pintura, una elocuencia y una poesía, cuyos caractéres particulares son el resultado de causas locales, que no nos permiten ni consienten que seamos enteramente Griegos, Romanos, Italianos ni Franceses. No nos esclavizemos por

cuyo carácter es la elevacion, sublimidad y grandeza? ¿De donde proviene tan inesplicable contradiccion...? De donde proviene entre nosotros nuestro atraso, nuestra pobreza y nuestra inferioridad en todo. Ya lo hemos dicho: el ingenio se ha visto reduzido á un pequeño número de desaogos, porque *mientras que al esterior nuestro poder se estendia fuera de todo límite, el de nuestra libertad política, el de nuestras ideas se circunscribia á términos muy precisos.* (1) En vano algunos escritores, ó por aduladores ó por cortos de vista, han designado como causas las que no son sino efectos. En vano se ha dicho que el mal ha estado en la falta de reuniones que hayan podido servir de teatro y de estímulo al ingenio, en el atraso del arte crítica, y en la influencia del escolasticismo. Todas estas cosas no son sino efectos de una sola causa, variaciones de un mismo tema, y este tema ha sido la naturaleza dura de nuestras instituciones opresivas. Para mantenerlas fué necesario encadenar el pensamiento, y los talentos y el ingenio no solo quedaron sin proteccion y sin estímulo, sino que empezaron á ser un don funesto. Donde la actividad del espíritu humano no ha sido comprimida por esfuerzos tan estudiados y violentos, la razon y el genio, aunque luchando con algunos ostáculos, han podido estender la esfera de sus conozimientos, y continuar marchando en una progresion siempre creziente; mas donde la primera y el segundo se han visto circunscritos á una estension determinada, recorrida esta, como lo fué en poco tiempo la que á nosotros nos dejaron, acosados dentro de una barrera impenetrable, ¿qué podiamos hacer sino retrogradar y decaer, ó bregar y forzejar, convirtiendo la energía y la fuerza en hinchazon y violencia, los movimientos fáziles y nobles en ridículas contorsiones? ¿Cómo hemos podido sobresalir en aquellos géneros cuyo carácter es la elevacion,

(1) Pag. XCIX de nuestro Discurso, tom. I°.

la sublimidad, mientras se sustraian al imperio de la razon y del ingenio casi todas las ideas á que por su dignidad y su importancia están vinculadas aquellas calidades? ¿Cómo podiamos ser grandes, mientras no nos ha sido dado tratar ni discutir sino intereses mezquinos? De aquí nuestra hinchazon. Dispuestos por la naturaleza á sentir con veemencia, y luchando con la pequeñez de los objetos, abultamos sus estravagantes proporciones. No pudiendo andar adelante, no nos quedaba mas partido que el de trepar y encaramarnos. De aquí, que el escolasticismo, si bien obra de un impulso general, se perpetuase entre nosotros, estendiese su influencia, y aun conserve una gran parte de su imperio. Mientras no podamos ser verdaderamente grandes, corre mucho peligro que no dejemos de ser ridículamente sutiles.

Si nos han faltado aquellas reuniones que sirven de teatro á los talentos, ¿no ha nazido esto del mismo principio? No es el resultado de aquel carácter suspicaz y asombradizo, que naze en los agentes de la opresion del convenzimiento interior de su propia violencia? ¿Qué tiene que temer un buen padre de la reunion de sus hijos? ¿Pueden acaso hazer otra cosa que hablar con entusiasmo de sus bondades, estrechar entre sí sus fraternales vínculos, y fortificarse mutuamente en las ideas de amor filial y de respeto? ¡Mas cuanto no tienen que temer los que oprimen de la reunion de los oprimidos, sobre todo si se reunen á perfeccionar su razon, y por consecuencia á pensar sobre su situacion y sus desgracias!

Si el arte crítica no ha hecho entre nosotros grandes progresos en ningun ramo, ¿cual ha sido la causa? Hijo de la lógica, ó por mejor decir, no siendo mas que la aplicacion de esta á las diferentes materias que distinguen las ciencias, no ha podido hazer progresos parciales: forzado á representar el estado de estas, no podia elevarse á la perfeccion en

la literatura por ejemplo, mientras que apenas podia ejercitarse sobre la historia, la filosofía, la legislacion y la política. Las gentes interesadas en que nada se profundizase, tuvieron que crear un mundo de autoridad y de rutina, y para conservarle, fué indispensable perseguir de muerte á los que manejasen esta arma descubridora de verdades perdidas.

Con efecto, no es posible ni engañarse ni engañarnos. Soberanos ó s[illegible] [illegible]ulares ó gobernados hemos podido hasta a[illegible] y equivocarnos de buena fe; pero en el dia [illegible]. Si con la lengua mas hermosa nuestra [illegible] rescate los primeros épicos, trágicos y ordi[illegible]opa, si con la propiedad de México y de Lima [illegible] mas floreciente y opulenta que ofrece la [illegible] mundo: en fin, si el trono de España no es el primero [illegible] los tronos, todo es una consecuencia del estado de inmovilidad á que quedó reducida la razon, cuando se organizó en medio de nosotros una fuerza opresiva del pensamiento, que casi paralizó enteramente su accion.

¿Por qué falso raziozinio, por qué equivocacion funesta, los Príncipes que hubieran debido disputarse á porfía el glorioso título de protectores de las luzes, han armado no pocas vezes contra ellas su terrible brazo abandonándose á sistemas tan absurdos, tan contrarios á sus verdaderos intereses? Si, como se esfuerzan á persuadirles y á persuadirnos, la ilustracion es un mal, la verdad es la enemiga de la virtud, ¿á qué vendrán á reduzirse entónces nuestras ideas de moral y de justicia? Señores de la tierra! réflexionad. Es cierto que las luzes, al combatir los demas errores, no han respetado á aquellos que hazian de vuestra omnipotencia un dogma, y que este abuso funesto ha sido rem-
[illegible] por la idea de la libertad política de las naziones;
[illegible] es preferible la franca adesion, el amor respe-
[illegible] hombres libres, á la humillacion indecente, á la

pérfida disimulacion del esclavo?... Cierto es que facciones sanguinarias han manchado alguna vez el ara santa de una justa y moderada libertad; mas la verdadera ilustracion ha mirado siempre con horror tales violencias, y ha sido la primera en delatar la anarquía demagógica como la mayor calamidad de las naziones: sus proscripciones, sus venganzas y sus suplicios, como otros tantos ultrajes hechos á aquella deidad toda órden, tutela y proteccion. Cierto es que el fanatismo de la libertad ha derribado los altares; mas la ilustracion proclama hoy como nunca la necesidad de una religion dulce y tolerante, no menos distante de la impiedad y la licencia, que de la credulidad necia, de la virtud mentida del hipócrita y del turbulento y sanguinario zelo del fanático. Si aun existen entre vosotros algunos á quienes aflija el ver estenderse y consolidarse cada dia el imperio de la verdad, que se consuelen reflexionando y calculando mejor sobre su propio interes. Si cerrando por un momento el oido á las sugestiones del orgullo, meditan en la calma de las pasiones, hallarán que lejos de estar escluidos de la conveniencia general, á ellos como á todos importan los progresos de la razon: que esas luzes que tanto temen son las únicas que pueden salvarlos, si ya no es que á fuerza de empeñarse en comprimirlas, vienen á ser la víctima de su detonacion: que no hay ninguna conveniencia entre el furor insensato del terrorismo, que no es mas que la infame bajeza de la esclavitud, esplicada en el momento de la licencia, y las verdades pazíficas de una filosofía sin exaltacion, que no respira sino fraternidad y concordia: y que en fin, solo al triunfo de esta será cuando, situados para siempre sobre un punto inaccesible, sin perder nada de su majestad, dejarán de luchar como hasta aquí entre un despotismo brutal y la feroz venganza de un jenízaro, entre el veneno y el mando, entre el puñal y el trono. ¡Hombres falazes! No son las luzes las

que los han derrocado, sino el empeño de mantener la oscuridad y las tinieblas. No la virtud de Lucrecia ni el pundonor de Virginio, sino la lascivia del adúltero é incestuoso Sesto y la impudente procazidad de Apio Claudio, derribaron el trono de los Tarquinos y echaron por tierra la autoridad de los Decemviros. ¡Príncipes! cuando sobre este punto la lógica artera y sofística de vuestros aduladores ó cortesanos quiera hazeros admitir una figura de retórica por una realidad, un paralogismo por un razio-zinio, cerrad vuestros oidos á sus pérfidos consejos. Su interes se los dicta, y el vuestro los contradice. La manía de repúblicas es una ilusion abandonada. Los pueblos quieren soberanos, y el sistema mas perfeccionado y cuya utilidad está ya comprobada por el ejemplo, os saca de la clase de simples mortales para elevaros á la de semidioses, y rodeándoos de una majestad augusta, os haze invulnerables; pero esta ventaja os es enteramente personal, y vuestros favoritos conozen todo lo que pierden. Su detestable ambicion, su vil codicia, so color de amor á vuestra persona y zelo de vuestra autoridad, busca en vuestro despotismo el suyo, en vuestra inviolabilidad la impunidad de sus dilapidaciones, y en la oscuridad y las tinieblas, los medios de perpetuar tales horrores.

¡Quiera el Cielo ¡o cara Patria! á tí entre todas preservarte por sabios consejos, por la prevision y la prudencia, de los horribles males con que otras han comprado tan á costa suya el conozimiento de estas verdades.....! Tal es la ferviente súplica que le dirijen lejos de tí, y á pesar de tu desden, dos de tus hijos, cuyo corazon no ha concebido nunca un deseo, cuyos labios no se han manchado, ni se mancharán jamas con otro voto que el de tu prosperidad y tu gloria.

BIBLIOTECA

SELECTA

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

POESIA.

LIBRO PRIMERO.

POESIA LIRICA.

Musa dedit fidibus Divos, puerosque Deorum,
Et pugilem victorem, et equum certamine primum,
Et juvenum curas, et libera vina referre.

LIRICO ANACREONTICO.

De D. Estevan Manuel de Villegas.

A Drusila.

En tanto que el cabello
Resplandeciente y bello
Luze en tu altiva frente
De cristal trasparente,
Y en tu blanca mejilla
La púrpura que brilla,

La púrpura que al labio
No quiso hacerle agravio;
Goza tu abril, Drusila,
En esta edad tranquila.
Coge, coge tu rosa,
Muchacha desdeñosa,
Antes que menos viva
Vejez te lo prohiba.
Porque si te rodea
Y en tí su horror emplea,
Quizá lo hará de suerte,
Que llegues á no verte,
Por no verte tan fea.

A Lesbia.

Al son de las castañas,
Que saltan en el fuego
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos.
Siquiera el Capricornio
Tire lanzas de hielo,
Mal agüero á casados,
Buen auspicio á solteros.
Enemigo de Baco,
Cuando estaba en el suelo,
Destrozándole vides,
Rumiándole sarmientos,
Y agora no tan dócil,
Que no procure vernos,
Aguados con mil aguas,
Y helados con mil hielos.
Yo apostaré, mi Lesbia,
Que si le diese el Cielo
Poder en causa propia,
Que nos hiziese yermos.

¡ O como el insolente
Diera fin al viñedo,
Y juntamente en Darro
Con todos los sedientos!
Porque daños mayores
Se le siguen al cuerpo
Beber tus aguas, Tajo,
Que echarse en las del Ebro.
Pero ya que los astros
Mejor que esto lo hizieron;
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos.

A sus Amigos.

Ya de los altos montes
Las encumbradas nieves,
A valles hondos bajan
Desesperadamente.
Ya llegan á ser rios
Las que ántes eran fuentes,
Corridas de ver mares
Los arroyuelos breves.
Ya las campañas secas
Empiezan á ser verdes,
Y porque no beodas,
Aguadas enloquezen.
Ya del Liceo monte
Se escuchan los rabeles
Al paso de las cabras,
Que Títiro defiende.
Pues ea, compañeros,
Vivamos dulcemente,
Que todas son señales,
De que el verano viene.
La cantimplora salga,

La cítara se temple,
Y beba el que bailare,
Y baile el que bebiere.

De sí mismo.

Dícenme las muchachas:
¿Qué será, D. Estevan,
Que siempre de amor cantas,
Y nunca de la guerra?
Pero yo les respondo:
Muchachas bachilleras,
El ser los hombres feos,
Y el ser vosotras bellas.
¿De qué sirve que cante
Al son de la trompeta,
Del otro embarazado
Con el paves acuestas?
¿Qué placeres me guisa
Un árbol, pica seca,
Cargado de mil hojas
Sin una fruta en ellas?
Quien gusta de los parches,
Que muchos parches tenga;
Y quien de los escudos,
Que nunca los posea.
Que yo de los guerreros
No trato las peleas,
Sino las de las niñas,
Porque estas son mis guerras.

Al Invierno.

Basta que das, Invierno,
En ser nuestro enemigo,
Ya con nieves y barros,

Ya con lluvias y frios,
Cuando encaneces campos,
Cuando detienes rios.
. . . . . .
Destruyes los ganados
Agostas los ejidos,
Y al fin, de tus rigores
Se quejan los armiños.
. . . . . .
Las fieras en sus chozas,
Las aves en sus nidos
Te llaman insolente
Con quejas y bramidos.
Solo contra mí solo
No tienes poderío,
Donde hay cítara y canto,
Donde hay hogar y vino.

De un Médico.

Sobre un achaque viejo
Temido á par de muerte
De un Médico asturiano
Hize experiencia un juéves.
Preguntéle el remedio,
Y aplicóme una fuente,
Que mane los vapores
Que el vino da á las sienes.
Pero yo, mas airado
Que mefítica sierpe,
Tiréle estas palabras,
Que holgara flechas fuesen:
Galenillo de á cuarto,
Mediquillo de á trece,
Desapazible á Baco,

A Venus y á las nueve,
. . . . . .
Vete, vete á la Scitia,
Donde continuamente
Se hielan hondos rios,
Se cuajan altas nieves,
O donde el gran Boótes
El látigo revuelve,
Y á los siete Triones
Castiga acerbamente.
Y vase ya; y yo luego
Le digo: amigo, vuelve;
Y si te dan licencia
Tus aforismos breves
De que una fuente hagas
Por donde el vino entre,
Mis brazos te encomiendo:
Toma pues, hazme veinte.

De D. José Cadalso.

De un Sueño.

Despues de haber bebido
Anoche como suelo,
Dormido en tiernas parras
Tuve un gustoso sueño.
Soñé que el gran Dios Baco,
Por dilatar su imperio,
El Parnaso queria
Ganar á sangre y fuego.
Cierta queja alegaba
De que Virgilio, Homero,
Taso, Milton y Ercilla

No le ofrecen sus versos,
Del todo dedicados
A poemas guerreros,
De elevados asuntos,
Y de pomposos metros.
Juntó de sus Bacantes
Muchos trozos soberbios,
Que esgrimian sus tirsos
Al son de sus panderos,
Y llenas de aquel fuego
Que en Málaga han dispuesto
Las manos de las ninfas
De aquel bello terreno,
Ya daban fieros gritos,
Y amenazas al eco,
Y con forzadas danzas
Disponian los cuerpos.
Rodëado de Faunos
Vino el viejo Sileno,
Para mas animarlos
Con su rostro y acento.
Dijo del Dios del vino
Los animosos hechos,
Cuando triunfó del Indio
Con sus armas y estruendo.
Y á cada verso suyo
Ardia en nuevo fuego
La tropa, deseosa
De algun nuevo trofeo.
Del mismo Dios el carro
Llegó al campo ligero;
Tiraban de él dos tigres
Ferozes y sangrientos.
A la falda del monte
Con furia acometieron

Pero salió al camino
El anciano Anacrëon,
Y mirándole Baco
Detuvo á sus guerreros,
Y les dijo : por este
A todos perdonemos.
Y en alabanza suya
Cantó coplas el viejo,
Y todos le abrazaron,
Y cantando se fueron.

A su Retratista.

Discípulo de Apéles,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro,
No me pongas ceñudo
Con iracundos ojos,
En la diestra el estoque
De Toledo famoso,
Y en la siniestra el freno
De algun bélico monstruo,
Ardiente como el rayo,
Ligero como el soplo :
Ni en el pecho la insignia,
Que en los siglos gloriosos
Alentaba á los nuestros,
Aterraba á los Moros :
Ni cubras este cuerpo
Con militar adorno,
Metal de nuestras Indias,
Color azul y rojo :
Ni tampoco me pongas
Con vanidad de docto,

Entre libros y planos,
Entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
Para los nobles locos,
Que honores solicitan
En los siglos remotos.
A mí que solo aspiro
A vivir con reposo
De nuestra frágil vida
Estos instantes cortos;
La quietud de mi pecho
Representa en mi rostro,
La alegría en la frente,
En mis labios el gozo.
Cíñeme la cabeza
Con tomillo oloroso,
Con amoroso mirto,
Con pámpano beodo.
El cabello esparcido
Cubriéndome los hombros,
Y descubierto al aire
El pecho bondadoso.
En esta diestra un vaso
Muy grande, y lleno todo
De jerezano néctar,
O de manchego mosto.
En la siniestra un tirso,
Que es bacanal adorno,
Y en postura de baile,
El cuerpo chico y gordo:
O bien junto á mi Filis
Con semblante amoroso,
Y en cadenas floridas
Prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,

De este sencillo modo,
Y no de otra manera,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro.

De sí mismo.

¿Quien es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa,
De pámpanos y yedra
La cabeza ceñida,
Cercado de zagales,
Rodeado de Ninfas,
Que al son de los panderos
Dan vozes de alegría,
Celebran sus hazañas
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco
El padre de las viñas;
Pues no, que es el Poeta
Autor de esta letrilla.

El Néctar.

Unos sabios gritaban
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jove,
En las celestes mesas
Convidados los Dioses,
Suspensos los luzeros
Y admirados los hombres.

Y yo dije á mi Filis:
Déjales que den vozes;
El nombre nada importa,
Y del sabor responde,
Que será el que tú dejas,
Cuando los labios pones,
En la copa en que bebes
Los béticos licores,
Cuando contigo bebo
Cuando conmigo comes;
Y déjales que griten
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jove.

De D. José Iglesias de la Casa.

Los Ojos de su Amante.

Un colorin hermoso
Que en torno revolaba
De un arrayan frondoso,
Donde mi amante estaba
Dormida en dulce sueño,
Luego que de mi dueño
Sintió la compañía,
Un punto no queria
Partirse de su lado;
Y así regocijado
Dulce la saludaba,
Y halagos mil la hacia.
Ya en su halda se ponia,
Ya de ella se apartaba;
A su seno volvia,

Y en su mano posaba;
Ya esforzando su acento,
Segun dulce trinaba,
Parece que contaba
A mi bien su contento
No lejos de su oido.
Mas ella con el ruido
Abrió sus ojos bellos,
Y el pájaro que de ellos
La hermosa lumbre vido,
Cayó en su falda herido.

El Banquete.

Debajo de aquel árbol
De ramas bulliciosas,
Donde las auras suenan,
Donde el favonio sopla;
Donde sabrosos trinos
El ruiseñor entona,
Y entre guijuelas rie
La fuente sonorosa:
La mesa, ó Nise, ponme
Sobre las frescas rosas,
Y de sabroso vino
Llena, llena la copa.
Y bebamos alegres
Brindando en sed beoda
Sin penas, sin cuidados,
Sin sustos, sin congojas;
Y deja que en la corte,
Los Grandes, en buen hora,
De adulacion servidos
Con mil cuidados coman.

El Cabello de Nise.

Cortó un cabello Nise
De sus doradas trenzas,
Y con él ambas manos
Me ligaba halagüeña.
Yo me reí creyendo
Que fácil cosa fuera,
Quebrantar las lazadas
Con que amarrarme intenta.
Mas despues lloré triste,
Cuando al querer romperlas,
Aquel blando cabello
Le hallé dura cadena.

Su Deseo.

No busco de Alejandro
Los prósperos sucesos,
No envidio sus haberes
Al opulento Creso.
No á Adonis su hermosura,
No á Alcídes el esfuerzo,
No, no á Platon su ciencia,
No, no su lira á Orfeo.
Solo la dulce vista
De la que me ama quiero,
Que estimo en mas sus ojos
Que todo el orbe entero.

De D. Juan Melendez Valdes.

De las Ciencias.

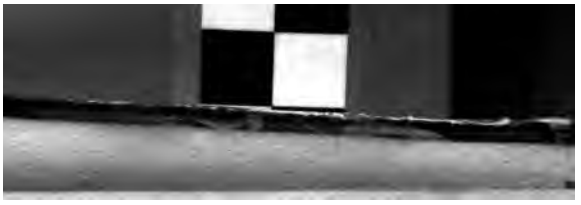
Apliquéme á las ciencias,
Creyendo en sus verdades

Hallar fácil alívio
Para todos mis males.
¡ O ! que engaño tan necio !
¡ O ! cuan caro me sale !
A mis versos me torno
Y á mis juegos y bailes.
Por cierto que la vida
Tiene pocos afanes,
Para darle otros nuevos,
Y añadirle pesares.
Aténgome á mi Baco,
Que es risueño y afable,
Pues los sabios, Dorila,
Ser felizes no saben.
¿ Que me importa que fijo
Cual un bello diamante
El sol esté en el cielo,
Como él nazca á alumbrarme ?
La luna está poblada...
Mas que tenga millares
De vivientes, pues que ellos
Ningun daño me hacen.
Quita allá las historias.
Que del Danubio al Ganges
Furioso sus banderas
El Macedon llevase,
¿ Qué nos hará, Dorila,
Si por mucho que pasten,
Sobra á nuestras corderas
La mitad de este valle ?
Pues sino á la justicia...
Venga un sorbo al instante,
Que en nombrando esta Diosa
Me estremezco cobarde.
Los que estudian padecen

Mil molestias y achaques,
Desvelados y tristes,
Silenciosos y graves.
¿ Y qué sacan ? mil dudas;
Y de estas luego nacen
Otros nuevos desvelos,
Que otras dudas les traen.
Así pasan la vida
¡ Vida cierto envidiable !
En disputas y en odios,
Sin jamas concertarse.
Dame vino, zagala;
Que como él no me falte,
No hayas miedo que cesen
Mis alegres cantares.

Los Hoyuelos.

¿ Sabes, dí, quien te hiziera,
Idolatrada mia,
Los graciosos hoyuelos
De tus frescas mejillas ?
¿ Esos hoyos que loco
Me vuelven, que convidan
Al deseo y al labio
Cual copa de delicias ?
Amor, Amor los hizo,
Cuando al verte mas linda
Que las Gracias, por ellas
Besarte quiso un dia.
Mas tú que fuerás siempre,
Aun de inocente niña,
Del rapaz á los juegos
Insensible y esquiva,
La cabeza tornabas



Y sus besos huias;
Y él doblando con esto
Mas y mas la porfía,
Apretó con las manos
En su inquietud festiva
La tez llena, süave;
Y así quedara hundida.
De entónces, como á centro
De la amable sonrisa,
En ellos mil vivazes
Cupidillos se anidan.
¡Ah! si yo en uno de ellos
Transformado!... su fina
Púrpura no, no ajara
Con mis sueltas alitas.
Pero tú, aleve, ries;
Y con la risa misma
Mas donosos los haces,
Y mi sed mas irritas.

Donde hallé al Amor.

De mi donosa al lado,
Seguia, de amor ciego,
De sus amables ojos
El dulce movimiento.
Que ora en llamas vivazes
Centellaban inquietos;
Y cual rayos agudos
Traspasaban mi pecho.
Ora al paso á los mios
Salian halagüeños,
Mi espíritu inundando
De celestial contento.
Ora en giro voluble

Se perdieran traviesos,
Huyendo de mis fieles
Pupilas el encuentro.
Ora hallarlas querian,
Y ora en lánguido fuego,
Sobre mí se fijaban
Desmayados y tiernos.
Entónces ¡ ay ! entónces
Mi crédulo deseo
Ver pensó deslumbrado
Al niño Amor en ellos.
Y alentado del mismo,
Atrevido, sin seso,
Todo su númen quise
Trasladar á mi seno.
Emperó mis amores
Donosa sonriendo,
¡ Ay ! dijo : no en mis ojos
Está el Amor ¡ o necio !
Sino en mi boca : y blanda,
Los labios entreabiertos
De rosa, de armonía
Llenó su voz el viento.
Yo al oirla, encantado
Corrí loco á su encuentro :
Y hallé al fin venturoso
Al rapaz ceguezuelo.
Halléle de sus trinos
En el almo embeleso,
Y en sus purpúreos labios
Y en su fragante aliento.
Así feliz de entónces,
Cuando á Amor hallar quiero,
Corro á su amable boca
Y allí, allí le sorprendo.

El Amor Mariposa.

Viendo el amor un dia,
Que mil lindas zagalas
Huian dél medrosas
Por mirarle con armas,
Dicen que de picado
Les juró la venganza,
Y una burla les hizo,
Como suya extremada.
Tornóse en mariposa,
Los brazitos en alas,
Y los pies ternezuelos
En patitas doradas.
¡ O ! ¡ qué bien que parece !
¡ O ! ¡ qué suelto que vaga,
Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nácar !
Ya en el valle se pierde :
Ya en una flor se para :
Ya otra besa festivo,
Y otra ronda y halaga.
Las zagalas al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan,
Y en seguirle no tardan.
Una á cogerle llega,
Y él la burla y se escapa :
Otra en pos va corriendo ;
Y otra simple le llama.
Ya que juntas las mira,
En un punto mudada
La forma, Amor se muestra,
Y á todas las abrasa.
Mas las alas ligeras
En los hombros por gala

Se guardó el fementido,
Y así á todos alcanza.
Tambien de mariposa
Le quedó la inconstancia:
Llega, hiere y de un pecho
A herir otro se pasa.

A un Pintor.

En esta breve tabla,
Discípulo de Apéles,
Cual yo te la pintare,
Retrátame mi ausente.
Retrátala, cual sale
Cuando el Alba en Oriente
Rie, tras sus corderas
Al valle á entretenerse.
Sueltas las trenzas de oro;
Y al zéfiro que leve,
Licencioso volando,
Las ondea y revuelve.
Encima una guirnalda
De rosas, que releven
El contraste agraciado
De las cándidas sienes:
De do con aire hermoso
De sencillez alegre,
La tersa frente asome,
Cual plata reluziente.
Mas paraque la gracia
Le des con que se tiende,
La fragante azuzena
Te prestará su nieve.
Luego en las negras cejas
Tu habilidad ordene
La majestad del arco,

Que nace cuando llueve;
Y al traidor Cupidillo
Podrás tambien ponerme,
Que en medio esté asentado,
Y á todos vivaz flecha.
Los ojos de paloma
Que á su pichon se vuelve
Rendida ya de amores,
Y un beso le promete.
De llama las pupilas
Que bullan y se alegren;
Mil lindos Amorcitos
Jugando en torno vuelen.
Y porque el fuego apague
Que sus rayos encienden,
La nariz proporciona
Tornátil y de nieve.
Tras esto entre los labios
Deshoja mil claveles,
Que nunca puedes dárles
La púrpura que tienen.
Su boca... Pero aguarda,
Los pequeñuelos dientes
Haz de menudo aljófar,
Que unidos no discrepen.
Y dentro, si á ello alcanzas,
Cuando la lengua mueve,
Dulce un panal, que afuera
Destile hibleas mieles.
Como abejas las Gracias,
Que con susurro leve
Volando en el verano,
En torno van y vienen.
Dos virginales rosas
Las mejillas, cual suelen

Brillar cuando mil perlas
La Aurora en ellas vierte.
Cargando todo aquesto
Con proporcion decente
Sobre el enhiesto cuello,
Que mil corales cerquen.
Los hombros dél se aparten,
Y en el hoyuelo empieze
El relevado pecho,
Tan albo que embelese.
Pon al sediento labio
En sus pomas turgentes,
Dos veneros del néctar
De la mansion celeste.
La vestidura airosa
De armiños esplendentes,
Los cabos arrastrando
Que el valle reflorecen.
Un leonado pellico
Por cima, y que le cuelguen
Mil trenzas de oro y seda
Que su opulencia ostenten.
Pero ¡ ah ! cesa, profano,
Que las gracias ofendes
De mi ausente adorable
Con tus rudos pinceles.
Y yo á sus brazos corro,
Donde el Amor me ofrece
El premio de mis ansias,
Y el colmo de sus bienes.

El Amor fugitivo.

Por morar en mi pecho
El traidor Cupidillo,

Del seno de su madre
Se ha escapado de Gnido.
Sus hermanos le lloran,
Y tres besos divinos
Dar promete Dione,
Si le entregan el hijo.
Mil amantes le buscan;
Pero nadie ha podido
Saber, Dorila, en donde
Se esconde el fugitivo.
¿Daréle yo á Citéres?
¿Le dejaré en su asilo?
¿O iré á gozar el premio
De besos ofrecidos?
¡Ay! tú, á quien por su madre
Tendrá el alado niño,
Dame, dame uno solo,
Y tómale, bien mio.

La Paloma de Filis.

Donosa palomita,
Así su pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso,
Que me digas, pues moras
De Filis en el seno,
¿Si entre su nieve sientes,
De amor el dulce fuego?
¿Dime, dime si gusta
Del néctar de Liëo?
¿O si sus labios tocan
La copa con rezelo?
Tú á sus blandos convites
Asistes y á sus juegos;

En su seno te duermes,
Y respiras su aliento.
¿Se querella? ¿Suspira
Turbada? ¿En el silencio
Del valle con frecuencia
Los ojos vuelve al cielo?
Cuando con blandas alas
Te enlazas á su cuello,
Ave feliz, di ¿sientes
Su corazon inquieto?
¡Ay! dímelo, paloma,
Así tu pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso.

Despues que hubo gustado
De Filis la paloma
El regalado néctar
De sus labios de rosa,
La deja, y de un vuelito
Al hombro se me posa,
Y de allí lo destila
Con su pico en mi boca.
Yo apurélo inocente:
Pero ¡ay! ella traidora
Me dió del amor ciego
Mezclada tal ponzoña,
Que el pecho se me abrasa
En ansias y zozobras,
Despues que hubo gustado
De Filis la paloma.

Inquieta palomita,
Que vuelas y revuelas

Desde el hombro de Filis
A su halda de azuzenas:
Si yo la inmensa dicha
Que tú gozas tuviera,
No de lugar mudara,
Ni fuera tan inquieta;
Mas desde el halda al seno
Solo un vuelito diera,
Y allí hallara descanso,
Y allí mi nido hiziera.

No, no por inocente
Te me disculpes, Filì,
Que en los sencillos pechos
Mas bien amor se imprime.
El con los años viene:
Tal algun tiempo viste
Huir del pichon bello
Tu palomita simple.
Pues mira ya cual oye
Sus ansias apazible;
Y en el ardiente arrullo
Cómo con él compite.
Ya le llama, si tarda:
Ya si vuela, le sigue;
Ni sus tiernos halagos
Desdeñosa resiste.
Mira cómo se besan:
Cual se dan y reciben.
Mil lascivas picadas
En cariñosas lides.
El placer sus plumajes
Encrespa, el suelo miden
Con la cola, su cuello

Mil cambiantes despide.
Ya con rápido vuelo
Burlando se dividen:
Ya vuelven: ya imperioso
Su ardor los manda unirse.
¡ Gozad, gozad mil vezes
En lazada felize,
Las delicias que guarda
Amor á quien le sirve!
Y tú, pues las palomas
Con su candor se rinden,
No, no por inocente
Tu me disculpes, Fili.

Si yo trocar pudiera
Con mágicos hechizos
Mi ser, ó transformarme
Segun el gusto mio;
Yo me mudara ¡ o Fili!
En tu paloma, y nido
Hiziera donde mora
Cautivo el albedrío.
El candor inocente
De mi pecho sencillo
En el tuyo ablandara
Los desdenes altivos.
Entónces ¡ o ventura
Inefable! ¡ o destino
De tu paloma! ¡ o suerte
Que mil vezes envidio!
Yo me viera en tu falda,
Y al punto de un vuelito
A posar en tu seno
Me subiera atrevido.

En él ¡ ay ! me durmiera;
Las alas por cubrirlo
Tendiendo, cual si fuesen
Mis tiernos pichoncillos.
De allí las dos mejillas
Que Amor de rosas hizo,
Con el pico mil vezes
Las hiriera atrevido.
Luego en el hombro puesto,
Con ardientes suspiros
El perdon ó la muerte
Te pidiera rendido:
Y al punto á los ojuelos
Volando, con mil giros
Alegres divirtiera
Mi ciego desvarío.
De tu purpúrea boca
Tomara con el pico
La ambrosía mas pura,
De tus manos el trigo.
Tal vez tú me halagaras;
O al seno en mis deliquios
Me aplicaras, y oyeras
Mi arrullo y mis quejidos.
¡ O dicha imponderable !
¡ O paloma ! ¡ o cariño
Mal gastado ! ¡ quien fuera
Lo que necio imagino !

LIRICO AMATORIO.

Cristobal de Castillejo.

Del Amor.

Dicen los sabios Dotores
Los expertos y leidos,
Que todos los hoy nacidos
Tienen su punta de amores;
De la cual
Se desapega muy mal
La nuestra carne mezquina,
Porque á ello nos inclina
La inclinacion natural
Que tenemos.
. . . . . .
Contra lo cual no es bastante
El seso ni la razon,
Porque cuantas cosas son
Codician su semejante
De contino;
Y tenemos por vecino
Al natural apetito,
En el cual, como en garlito,
Caen por este camino
Los sentidos.
Todos van de amor heridos
Dice un famoso Dotor;
A las leyes del Amor
Todos están sometidos

Cuantos heridos están
En busca de quien los hiere
. . . . . .
El toro sigue bramando
A la vaca por la sierra,
El perro va tras la perra
A las vezes arrastrando
Por el lodo.
. . . . . .
Ved cuanto ciervo se mata
En el tiempo de la brama,
Y el gamo va tras la gama,
Y el raton busca la rata
Por el suelo.
Las avecitas del cielo
Heridas sienten amores,
Con ansia los ruiseñores
Cantan cantares de duelo
Dulcemente;
Con lengua muy elocuente
Se quejan las golondrinas,
Y el gallo con las gallinas
De zeloso es diligente
Y lozano.

La hembra por el varon
Ansias en su pecho siembra,
Y el varon ha por la hembra
En sus entrañas pasion.
. . . . . .
Cuyo ardor
Es un amargo dulzor,
Que por honrarle han querido
Los Dotores de Cupido,
Que lo llamemos amor.
Y este es ciego,
Que aunque se metá en el fuego
No sabe por do saltar,
Antes quiere allí quedar
Por vasallo solariego.
Mas mirad
Que para su ceguedad,
Tiene un mozo que le adiestra,
Que se llama en lengua nuestra
Por su nombre voluntad,
Que le guia.
Esta es sorda todavía,
Que á ninguno oye ni cree,
Y el Amor como no vee
Va tras ella en compañía
Zanqueando,
En sus piernas tropezando,
Y la razon desdichada
A vezes de importunada
Va con ellos cojëando.
. . . . . .
Do redunda,
Que quien sobre amor se funda,
Ha de vivir so su ley
Sometiendo como buey . . . . .

La cabeza á la coyunda,
Y al arado.
. . . . . .
Todo va
De esta suerte por allá;
Amores son los que reynan.
¡ Cuantos se pulen y peinan
Que tienen arrugas ya!
Porque amor
Es tan gran Rey y Señor,
Que á cualquier parte que vais,
Hallaréis, si lo buscais,
Sus angustias y dolor
Lastimero.
Todos le debemos fuero
Por que es Señor absoluto,
Y á pagar este tributo
El mas hidalgo es pechero
Sometido;
Vasallo bien poseido
Pero mal gratificado:
Esclavo nunca aborrado,
Por mucho que haya servido.

De Julia.

Con la blanca nieve fria
Me tiró Julia certera;
Yo loco nunca creyera
Que en la nieve fuego habia,
Mas aquella fuego era.
. . . . . .
¿ Qué lugar ó parte habrá
De las insidias segura,
. . . . . .

Si el fuego metido está
En el agua helada dura?
Tú, Julia, sola mejor
Puedes, teniéndome duelo,
Matar mis llamas de amor,
No con nieve ni con hielo,
Sino con igual ardor.

De un Sueño.

Yo, Señora, me soñaba
Un sueño que no debiera,
Que por Mayo me hallaba
En un lugar, do miraba
Una muy linda ribera,
Tan verde, florida y bella,
Que de miralla y de vella
Mil cuidados deseché,
Y con solo uno quedé
Muy grande por gozar della.
Sin temer que allí podria
Haber pesares ni enojos,
Cuanto mas dentro me via,
Tanto mas me parecia
Que se gozaban mis ojos.
Entre las rosas y flores
Cantaban los ruiseñores,
Las calandrias y otras aves
Con sones dulces süaves,
Pregonando sus amores.
Agua muy clara corria,
Muy serena al parecer,
Tan dulce, si se bebia,
Que mayor sed me ponia
Acabada de beber.

Apartéme del camino,
Y hallé para holgar
Un muy sabroso lugar
A la sombra de un espino;
De tanto placer sentí,
Y tan contento me vi,
Que diré que sus espinas
En rosas y clavellinas
Se volvieron para mí.
Enfin, que ninguna cosa
De placer y de alegría,
Agradable ni sabrosa
En esta fresca y hermosa
Ribera me fallecía.
Yo con sueño no liviano,
Tan alegre y tan ufano
Y seguro me sentía,
Que nunca pensé que había
De acabar allí el verano.
Lejos de mi pensamiento
Dende á poco me hallé,
Que así durmiendo contento,
A la voz de mi tormento
El dulce sueño quebré;
Y hallé que la ribera

El Amor Preso.

Por unas huertas hermosas
Vagando muy linda Lida,
Tejió de lirios y rosas
Blancas, frescas y olorosas
Una guirnalda florida.
Y andando en esta labor,
Viendo á deshora al Amor
En las rosas escondido,
Con las que ella había cogido
Le prendió como á traidor.
El muchacho no domado
Que nunca pensó prenderse,
Viéndose preso y atado,
Al principio muy airado
Pugnaba por defenderse.
Y en sus alas estribando
Forcejeaba peleando,
Y tentaba, aunque desnudo,
De desatarse del nudo
Para valerse volando.
Pero viendo la blancura
Que sus pechos descubrian
Como leche fresca y pura,
Que á su madre en hermosura
Ventaja no conocian;
Y su rostro que á encender
Era bastante, y mover
Con su mucha lozanía
Los mismos Dioses, pedia (1)
Para dejarse vencer.
Vuelto á Venus á la hora,

(1) En sentido de *rogaba*, *imploraba*.

Que habiendo yo de reynar,
Este es el propio lugar
En que se ponga mi silla.

Garcilaso de la Vega.

A LA FLOR DE GNIDO.

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el son, que en un mom
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento:
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneziese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los trujese;
No pienses que cantado
Sería de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
A muerte convertido,
De polvo y sangre, y de sudor teñido:
Ni aquellos Capitanes,

Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad seria cantada,
Y alguna vez con ella
Tambien seria notada
El aspereza de que estás armada.
Y cómo por tí sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en vïola,
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.
Hablo de aquel cautivo
De quien tener se debe mas cuidado;
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.
Por tí, como solia,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.
Por tí con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.
Por tí su blanda Musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.
Por tí el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso.
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fuí su puerto y su reposo;

Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temida.
No fuiste tú engendrada
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.
Hágate temerosa
El caso de Anaxárete, y cobarde,
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde,
Y así su alma con su mármol arde.
Estábase alegrando
Del mal ageno el pecho empedernido,
Cuando abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante allí tendido:
Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazon cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna punicion agena.
Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
¡ O tarde arrepentirse !
¡ O última terneza !
¿ Cómo te sucedió mayor dureza ?
Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron,
Los huesos se tornaron
Mas duros, y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron.

Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura:
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo, y su natura.
Hasta que finalmente,
En duro mármol vuelta y transformada,
Hizo de sí la gente
No tan maravillada,
Cuanto de aquella ingratitud vengada.
No quieras tú, Señora,
De Némesis airada las saetas
Probar, por Dios, agora;
Baste que tus perfetas
Obras y hermosura á los poetas
Den inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable,
Que por tí pase triste y miserable.

D. Diego Hurtado de Mendoza.

Contra el Amor.

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino.
Errado el camino,

No pudo volver
El que por amores
Se quiso prender.
. . . . . .
Entró simple y ciego,
Mas no sin razon,
Hízose aficion
De lo que era juego.
El encendió el fuego
En que habia de arder,
Cuando por amores
Se quiso prender.
Sufra disfavores
Hechos por antojo,
Háganse del ojo
Sus competidores,
Y los miradores
Echenlo de ver;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
Si acaso algun dia
Habla con su Dama,
Mire ella al que ama
Y con él se ria.
De envidia y porfía
Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.
Diga su cuidado,
No sea creido,
Antes que sea oido
Sea condenado.
Quiera ser mirado,

No le quieran ver
Al que por amores
Se dejó prender.

Br. Francisco de la Torre.

A Filis.

Mira, Filis, furiosa
Onda que sigue, y huye la ribera,
Y torna presurosa,
Echando al punto fuera
Del agua el peso de la nao ligera.
Aquellas despojadas
Plantas que son estériles abrojos,
Solian adornadas
De cárdenos y rojos
Ramos, luzir ante tus bellos ojos.
Vino del Austro frio
Invierno yerto, y abrasó la hermosa
Gloria del valle umbrío,
Y derribó la hojosa
Corona de los árboles umbrosa.
Agora que el oriente
De tu belleza reverbera, agora
Que el rayo trasparente
De la rosada Aurora
Abre tus ojos y tu frente dora:
Antes que la dorada
Cumbre de reluzientes llamas de oro,
Húmeda y argentada
Quede inútil tesoro
Consagrado al errante y fijo coro,
Goza, Filis, del aura

Que la concha de Venus hiere, dado
Que apenas se restaura
El contento pasado,
Como el dia de ayer y el no gozado.
Vendrá la temerosa
Noche, de niebla y de vientos llena;
Marchitará la rosa
Purpú[illegible]
Nevad[illegible]rá de amena.

[illegible]

¡Tirsi[illegible]uelve y enderezas
Tu nave[illegible]a y frágil
A la sega[illegible]ta; mira
Q[illegible]l cielo.
El feio Boreas y [illegible]ente Noto,
Apoderados de la mar insana,
Amegrava agora en este piélago
Una dichosa nave.
Cuando la gente misera, y el cielo
Escondió los clamores y gemidos,
Entre los rayos y espantosos truenos
De su turbada cara.
¿Ay que me dice tu animoso pecho,
Que tus atrevimientos mal regulos
Te ordenan algun caso desastrado
Al romper de tu ocasion?
¿No ves, cuitado, que el hinchado Noto
Trae en sus remolinos poderosos
Las antenas mal seguras sus
De un atrevido mozo?
¿No ves que la tormenta rigurosa
Viene del airado monte, donde
Hace murmurio vano el manantial

Encélado y Tifeo?
Conoce, desdichado, tu fortuna,
Y preven á tu mal, que la desdicha
Prevenida con tiempo no penetra
Tanto como la súbita.
¡Ay que te pierdes! vuelve, Tirsis, vuelve:
Tierra, tierra, que brama tu navio,
Hecho prision y cueva sonorosa
De los hinchados vientos.
Allá se avenga el mar, allá se avengan
Los mal regidos súbditos del fiero
Eolo con soberbios navegantes,
Que su furor desprecian.
Miremos la tormenta rigurosa
Dende la playa, que el airado cielo
Menos se encruelece de continuo
Con quien se anima menos.

A Filis rigurosa.

¿Viste, Filis, herida
Cierva de la saeta, que temiendo
Nuevo daño, la vida
Cara pierde, vertiendo
La roja sangre que dilata huyendo?
¿Viste resplandeciente
Cielo, del cuerpo de las nubes suelto
Turbarse, y el ardiente
Soplo de Boreas vuelto,
Dejar el mundo en sombra y agua envuelto?
¿Viste de la empinada
Cumbre sacar á Febo la cabeza
Roja, y acelerada
Noche con gran tristeza
Salir escureciendo su belleza?

¿ Viste volando hermosa
Garza señoreárse deste cielo,
Y salir de la odiosa
Mano, torciendo el vuelo,
Sacre que la derriba por el suelo?
¿ Luzidas flores viste,
A quien ¡ o Aurora! fuiste su Luzina,
Y vi[illegible]e,
Y á,
La c[illegible] nortecina?
As[illegible],
Y así [illegible] ser tu suerte:
No v[illegible]
Del n[illegible] la muerte
No h[illegible]me que sea fuerte.
Cuando sup[illegible]ura
A las alturas de la humilde tierra,
Jamas alcanza su ira
Al valle, que en la sierra
Yace penando quien le armó la guerra.
El aire se embraveze,
Y entre los verdes árboles bramando
Cobra fuerzas y crece;
Sopla y está silvando,
Y en el suelo las flores regalando.

A LA MISMA.

Sale de la sagrada
Cipro la soberana ninfa Flora,
Vestida y adornada
Del color de la aurora,
Con que pinta la tierra, el cielo dora.
De la nevada y llana
Frente del levantado monte, arroja

La cabellera cana
Del viejo invierno, y moja
El nuevo fruto en esperanza y hoja.
Deslízase corriendo
Por los hermosos mármoles de Paro,
Las alturas huyendo,
Un arroyuelo claro,
De la cuesta beldad, del valle amparo.
Corre bramando, y salta,
Y codiciosamente procurando
Adelantarse, esmalta
De plata el cristal blando,
Con la espuma que cuaja golpëando.
Viste y ensoberbece
Con diferentes hojas la corona
De plantas, y florece
Las que apenas perdona
Furioso rayo de la ardiente zona.
El regalado aliento
Del bullicioso zéfiro encerrado
En las hojas, el viento
Enriqueze, y el prado,
Este de flor, y aquel de olor sagrado.
Y reducido cuanto
Baña el mar, tiene el suelo, el cielo cria,
Y mas bien con el llanto,
Que al asomar del dia,
Viene haciendo la Aurora húmida y fria;
Todo brota, y extiende
Ramas, hojas y flores, nardo y rosa:
La vid enlaza, y prende
El olmo, y la hermosa
Yedra sube tras ella presurosa.
Yo triste, el Cielo quiere
Que yerto invierno ocupe el alma mia,

Y que si rayo viere
De aquella luz del dia,
Furioso sea y no como solía.
Renueva, Filis, esta
Esperanza marchita, que la helada
Aura de tu respuesta
Tiene desalentada:
Ven, primavera, ven, mi flor amada.
Ven, Filis, y del grato
Invidiado contento del aldea
Goza, que el pecho ingrato
Que tu beldad afea,
Aquí tendrá el descanso que desea.

De su Ninfa.

Bella es mi Ninfa, si los lazos de oro
Al apazible viento desordena:
Bella, si de sus ojos enagena
El altivo desden que siempre lloro:
Bella, si con la luz que sola adoro,
La tempestad del viento y mar serena:
Bella, si á la dureza de mi pena
Vuelve las gracias del celeste coro.
Bella si mansa, bella si terrible,
Bella si cruda, bella esquiva, y bella
Si vuelve grave aquella luz del cielo;
Cuya beldad humana y apazible,
Ni se puede saber lo que es sin vella,
Ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

Romancero.

Zaida a su Amante.

Mira, Zaide, que te aviso
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis mugeres,
Ni con mis cautivos trates:
Ni preguntes en qué entiendo,
Ni quien viene á visitarme,
Ni qué fiestas me dan gusto,
Ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Corrida de haber mirado
Moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
Que rajas, hiendes y partes,
Y que has muerto mas Cristianos
Que tienes gotas de sangre:
Que eres gallardo ginete,
Y que danzas, cantas, tañes,
Gentilhombre, bien criado,
Cuanto puede imaginarse:
Blanco, rubio por extremo,
Esclarecido en linaje,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donaires:
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo,
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de dejarte,
Que eres pródigo de lengua,

A quien novedad aplace,
Mas son tales mis desdichas,
Que ya aun lo imposible hacen.
Hanme puesto en tal estrecho,
Que el bien tengo por ultraje,
Y alábasme por hacerme
La nata de los pesares.
Yo [illegible] lo en perderte,
Y ga[illegible] ganarte,
Y a[illegible] n mi ofensa,
No [illegible] rte.
Dice[illegible] mudo,
Fu[illegible] arme;
Si e[illegible] o he sido,
Enmu[illegible] ulparme.
¿ Hate ofen[illegible] mi vida ?
¿ Quieres, Señora, matarme?
Basta decir que yo hablé
Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales;
Mi boca, la del silencio
Que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales,
Mas de favores hacerlo
Solo pertenece á infames.
Zaida cruel, hasme dicho
Que no supe conservarte;
Mejor supe yo quererte,
Que tú supiste pagarme.
Mienten los Moros y Moras,
Y miente el villano Atarfe,
Que si yo le amenazara,
Bastara para matarle.

Este perro mal nacido,
A quien yo mostré el turbante,
No le fio yo secretos
Que en bajo pecho no caben.
Yo he de quitarle la vida,
Y he de escribir con su sangre
Lo que tú, Zaida, replicas:
Quien tal hace que tal pague.

El Amor Herido.

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido
Entre las rosas y flores
Jugando con otros niños.
Cual trepa por algun sauze
Presumiendo buscar nidos,
Cual cogiendo el fresco viento
Por coger los pajarillos.
Cual hace jaulas de juncos,
Cual hace palacios ricos
En los huecos de los fresnos
Y troncos de los olivos;
Cuando, cubiertas de abejas,
Halló el travieso Cupido
Dos colmenas en un roble
Con mil panales nativos.
Metió la mano el primero
Llamando á los otros niños;
Picóle en ella una abeja,
Y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos,
El rapaz pierde el sentido,
Vase corriendo á su madre,
A quien lastimado dijo:

Madre mia, una avecita
Que casi no tiene pico,
Me ha dado mayor dolor
Que pudiera un basilisco.
La madre que lo conoce,
Vengada de verle herido
De cuando la hirió de amores
De Adonis, que tanto quiso,
Medio riendo le dice:
De poco te admiras, hijo,
Siendo tú y esa avecita
Semejantes en el pico.

Al Viento.

Ventecico murmurador
Que lo gozas y andas todo,
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.
Hoy, ventecico süave,
Has de dar reposo á quien
Sabe desvelar mi bien,
Y dormir mi mal no sabe.
Procura tú mi favor,
Pues lo gozas y andas todo;
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.
Tú que entre las verdes hojas
Andas alegre, y murmuras
De mis pasadas venturas,
De mis presentes congojas,
fresco, manso y bullidor,
Que lo gozas y andas todo,
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.

LAS NIÑAS GUARDADAS.

Soledad que aflige tanto,
¿ Qué pecho habrá que te sufra ?
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca.
Por una parte paredes,
Por otras rejas tan juntas,
Que ni el sol por ellas entra,
Ni las penetra la luna.
En los balcones candados,
En las puertas llaves duras,
Y dura la condicion,
Que nos cierra y que nos culpa.
El invierno en lo sombrío,
En verano en las estufas,
Medio encantados los ojos,
Y la lengua casi muda,
De pesares todo el año,
De placer hora ninguna.
Soledad que aflige tanto,
¿ Qué pecho habrá que te sufra ?
A los discretos nos niegan,
Y cuando necios nos buscan,
Nos sacan á que nos muelan
Con razones importunas.
Eternos son nuestros males,
Nuestros bienes de fortuna.
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca.
Aquesto cantaban
A sus almohadillas
Dos niñas, labrando
Pechos de camisa.
Cerrólas su madre,

Fuése por la villa
A dar parabienes,
Y á consolar viudas.
¿Que ha visto en el tiempo,
Dijo la mas chica,
Señora, que cierra
Lo que no solia?
¿Quien canta de noche?
¿Quien habla de dia?
¿Quien hay que nos lea?
¿Quien que nos escriba?
Estrechura tanta
Plegue á Dios no sirva,
De que el sufrimiento
Desespere aprisa.
En corrillos andan
Todas las vecinas
Sembrando sospechas,
Cogiendo malicias.
El gusto pasado
Se trocó en acibar,
La soltura en carcel,
En llanto la risa.
A lo que es recato
Llamaran caida,
Que ha dado el honor
Ligera y altiva.
Madre la mi madre,
Miedo guarda viña,
Mas hace quien ruega,
Que no quien castiga.
Si la planta nace
De suyo torcida,
Tarde se enderezan
Varas que la arriman.

Escuchais consejas
De dueñas valdías,
Que en la iglesia pasan
Cuentas y mentiras.
Y sobre nosotras,
Vuestras enemigas,
Pareceis nublado
Que atruena y graniza.
Yo de mi cosecha
Me soy teatina,
Medrosa de engaños,
Y esperanzas tibias.
No echeis tantas llaves,
Por que no se diga,
Que no hay que fiar
De quien no se fia.

El Ramillete.

Fertiliza tu vega,
Dichoso Tórmes,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
De la fértil vega
Y el estéril bosque
Los vecinos campos
Matizen y broten
Lirios y claveles
De varios colores,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
Vierta el alba perlas
Desde sus balcones,
Que prados amenos
Matizen y broten:

Y el sol envidioso
Pare el rubio coche,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
El zéfiro blando
Sus yerbas retoze,
Y en las frescas ramas
Claros ruiseñores
Saluden el dia
Con sus dulces vozes:
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.

El Escarmien

Blanca y bella niña
De los ojos bellos,
Huye los peligros
Del hijo de Venus.
Los oidos tapa
A sus mensajeros,
Como el aspid libio
Al sabio hechizero.
No digas: soy libre,
Resistille puedo;
Que muchas cautivas
Lo mismo dijeron.
Eres delicada,
Y él fuerte en extremo;
No están dél seguros
Los muros del cielo.
Mira cómo siguen
Su triunfo soberbio
Salomones sabios,
Davides guerreros;

Y el que solo mata
Los mil Filisteos,
Un rapaz desnudo
Le corta el cabello.
Ante el carro suyo
En mil formas puesto,
Va el supremo Jove
Aherrojado y preso:
Danle las coronas
Vasallaje y sueldo,
Y sus leyes siguen
Los que las hizieron.
Ciérrale la vista,
Que ella es el comienzo
Por donde á las almas
Camina su fuego;
Que amor, como Ulíses
A los Polifemos,
La luz de los ojos
Les ciega primero.
Son los gustos suyos,
Cuando los contemplo,
Engañosas aguas,
Dorado veneno.
Míranse sus daños
Los ojos abiertos,
Sus dichas y glorias
Pasan entre sueños.
Vívora en el vientre
Son sus pensamientos,
Matan á la madre
Que los tuvo dentro.
Traen sus bienes alas,
Pártense ligeros,
Y sus males plomo

Para estar de asiento.
Mil placeres suyos,
Dijo un sabio de ellos,
A montar no llegan
Un solo tormento.
¿ Pues qué si á tu alma
Martirizan zelos?
Líbrete amor, niña,
De tan duro infierno.
Coge el labrador
Del arado suelo
El fruto del grano,
Que escondió en su seno:
Si recibe trigo,
Trigo da á su tiempo;
Y si flor, da flores
El campo risueño.
Mal haya semilla
Que da el fruto avieso,
Y mal haya fruto
Della tan ageno.
Acá sembrarás
Amor verdadero,
Cogerás olvido
De un ingrato pecho.
A la niña hermosa
Del rubio cabello
Una escarmentada
La da este consejo.
Ella de ser libre
La hizo juramento,
Y Amor que la escucha
Se queda riendo.

La Separacion.

El alba nos mira,
Y el dia amanece;
Antes que te sientan
Levántate y vete.
Deja los blandos regazos,
Aunque el sueño te detenga,
Antes que á la tierra venga
El sol desparciendo abrazos.
No hay gusto sin embarazos,
No hay contento sin pasion,
Y á los cuerdos la ocasion
Jamas les negó el copete;
Levántate y vete.
Si mi amor tu pecho inflama
Con honroso intento justo,
Por darle á mi alma gusto
Olvida los de la cama;
Que mi fama está en tu fama,
Y mi honor está en tu honor.
Levántate, que el temor
Ya que aquí estés no consiente;
Levántate y vete.
Aunque con el sueño luchas,
Es justo que fin le des,
Porque el gusto de una vez
Podamos gozarle en muchas.
Es gran razon que te acuerdes,
Que el gusto que ahora pierdes
Mayor gusto nos promete.
Antes que te sientan
Levántate y vete.

Fr. Luis de Leon.

A una desdeñosa.

Vuestra tirana esencion,
Y ese vuestro cuello erguido,
Estoy cierto que Cupido
Pondrá en dura sujecion.
Vivid esquiva y esenta,
Que á mi cuenta
Vos serviréis al amor,
Cuando de vuestro dolor
Ninguno quiera hacer cuenta.
Cuando la dorada cumbre
Fuere de nieve esparcida,
Y las dos luzes de vida
Recogieren ya su lumbre:
Cuando la ruga enojosa
En la hermosa
Frente y cara se mostrare,
Y el tiempo que vuela helare,
Esa fresca y linda rosa.
Cuando os viéredes perdida,
Os perderéis por querer,
Sentiréis que es padecer,
Querer y no ser querida.
Diréis con dolor, Señora,
Cada hora:
¡Quién tuviera, ay sin ventura!
O agora aquella hermosura,
O entónces el amor de hora!
A mil gentes que agraviadas
Teneis con vuestra porfía,
Dejaréis en aquel dia
Alegres y bien vengadas;

Y por mil partes volando,
Publicando
El Amor irá este cuento,
Para aviso y escarmiento
De quien no sigue su bando.
¡ Ay! por Dios, Señora bella,
Mirad por vos mientras dura
Esa flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella:
Y pues no menos discreta
Y perfeta
Sois, que bella y desdeñosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay, que á amor no esté sujeta.
El amor gobierna el cielo,
Con ley dulce eternamente;
¿Y quereis vos ser valiente
Contra él? Acá en el suelo,
Da movimiento y viveza
A la belleza
El amor, y es dulce vida,
Y la suerte mas valida
Sin él es pobre tristeza.
¿Qué vale el beber en oro,
el vestir seda y brocado,
El techo rico labrado,
Y los montes del tesoro?
¿Y qué vale, si á derecho,
Os da pecho
El mundo todo y adora,
Si á la fin dormís, Señora,
En el solo y frio lecho?

Miguel de Cervantes.

La Confianza.

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y sudores,
Sigues firme la via,
Que tú misma te fueres y alcanzas,
No te desmaye el verte
A cada paso junto al de tu muerte.
No alcanzan personas
Honrados triunfos ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosas
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias vende
Cierto, es gran razon y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto;
Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfias
Tal vez alcanzan imposibles cosas,
Y ansi, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

La Precaucion Inútil.

Madre, la mi madre,
Guardas me poneis,
Que si yo no me guardo
No me guardareis.

Dicen que está escrito,
Y con gran razon,
Ser la privacion
Causa de apetito.
Crece en infinito
Encerrado amor;
Por eso es mejor
Que no me encerreis,
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.
Si la voluntad
Por sí no se guarda,
No la harán guardar,
Miedo ú calidad;
Romperá en verdad
Por la misma muerte,
Hasta hallar la suerte
Que vos no entendeis,
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.
Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa
Se irá tras la lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan,
Y aunque mas propongan
De hacer lo que haceis.
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.
Es de tal manera
La fuerza amorosa,
Que á la mas hermosa
La vuelve en quimera,
El pecho de cera,

LIRICO

De fuego la gana,
Lás manos de lana,
De fieltro los pies.
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.

Lope de Vega.

Al Amor.

Amor poderoso en el cielo y tierra,
Dulcísima guerra de aquestos sentidos,
¡O cuantos perdidos con vida inquïeta
Tu imperio sujeta!
Con vanos deleites y locos empleos,
Ardientes deseos y helados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Usurpas los años.
Tirano violento de tiernas edades,
El bien persüades y el mal precipitas,
El fin solicitas del mismo á quien quieres:
¡Tan bárbaro eres!
Huid sus engaños, haced resistencia
A tanta violencia ¡o locos amantes!
Que son semejantes al aspid en flores
Sus vanos favores.
Templa las flechas en agua de olvido,
Amor bien nacido, de iguales extremos,
Porque cantemos tus loores divinos
En sáficos himnos.

Cancion Americana.

Piraguamonte, Piragua,
Piragua, Jerizarizagua.

En una Piragua bella
Toda la popa dorada,
Los remos de rojo y negro,
La proa de azul y plata,
Iba la madre de Amor
Y el dulce niño á sus plantas:
El arco en las manos lleva,
Flechas al aire dispara;
El rio se vuelve fuego,
De las ondas salen llamas.
A la tierra, hermosas Indias,
Que anda el Amor en el agua.
Piraguamonte, Piragua,
Piragua, Jerizarizagua;
Bio, Bio,
Que mi tambo le tengo en el rio.
Yo me era niña pequeña,
Y enviáronme un Domingo
A mariscar por la playa
Del rio de Bio Bio:
Cestillo al brazo llevaba
De plata y oro tejido;
Hallárame yo una concha,
Abríla con mi cuchillo,
Dentro estaba el niño Amor
Entre unas perlas metido.
Asióme el dedo y mordióme,
Como era niña, dí gritos.
Bio, Bio,
Que mi tambo le tengo en el rio,
Piraguamonte, Piragua,
Piragua, Jerizarizagua.
Entra, niña, en mi canoa,
Y daréte una guirnalda,
Que lleve el sol qué decir

Cuando amanezca en España;
Irémos al tambo mio,
Cuyas paredes de plata
Cubrirán paños de plumas
De pavos y guacamayas.
No tengas miedo al Amor,
Porque ya dicen las Damas,
Que los quiebra el interes
Todos los rayos que fragua.
Piraguamonte, Piragua,
Piragua, Jerizarizagua;
Bio, Bio,
Que mi tambo le tengo en el rio.
La blanca niña en cabello
Salió una mañana al rio:
Descalzó sus pies pequeños,
Comenzó á quebrar sus vidrios;
Andaba nadando Amor,
Y acercándose quedito,
Asióla del uno dellos,
A quien llorando le dijo:
Deja el pie, toma el cabello,
Pues que la ocasion ha sido,
Y porque mejor la gozes,
Vente á mi tambo conmigo.
Bio, Bio,
Que mi tambo le tengo en el rio:
Piraguamonte, Piragua,
Piragua, Jerizarizagua.

El triunfo de Cupido.

Por la florida orilla
De un claro y manso rio
De salvia y de verbena coronado,
Al tiempo que se humilla

Al planeta mas frio
Con templado calor el sol dorado,
Libre, solo y armado
De azero, olvido y nieve,
Pasaba peregrino
Ya fuera del camino
Del juvenil ardor que el pecho mueve;
Cuando, al salir Apolo,
Un niño ví venir desnudo y solo.
Rubio el cabello de oro
Con una cinta preso,
Que los hermosos ojos le cubria,
Y como Alarbe ó Moro,
De innumerable peso
Un carcax que del cuello le pendia,
Y como quien vivia
De saltëar los hombres,
Un arco puesto á punto.
Mas cuando le pregunto
Que me diga sus titulos y nombres,
Respóndeme arrogante,
Niño en la vista, y en la voz gigante:
Yo soy aquel que suelo
Con apazible guerra,
Con alegre dolor y dulces males,
Desde el supremo cielo
Hasta la baja tierra,
Herir los Dioses, hombres y animales.
Transformaciones tales
Jamas Circe las supo,
Porque un hechizo formo,
Con que mudo y transformo
Cualquiera ser que de mi fuego ocupo;
Y al alma que condeno
La hago yo vivir en cuerpo ageno.

Fácil tengo la entrada,
Difícil la salida,
Ablándame el desprecio y cansa el ruego;
Ni hay alma tan helada,
O en piedra convertida,
Que no enternezca mi amoroso fuego.
Por eso rinde luego
Las armas arrogantes
De que vas victorioso:
Que el rayo mas furioso
Se templa con mis flechas penetrantes,
Y lloran mis agravios
Igualmente los fuertes y los sabios.
Yo respondíle entónces:
Mal me conoces, niño;
Mira que soy un Capitan valiente
Que en mármoles y bronces,
Con esta que me ciño,
Hago escribir mis hechos á la gente.
¿Cómo tu fuego ardiente,
O tus blandos suspiros
Pueden temer los brazos
Que han visto en mil pedazos
Burlar tanto escuadron entre los tiros
De la pólvora fiera,
Que vence el fuego de su misma esfera?
Yo al duro helado invierno,
Y al verano abrasado
De iguales armas y valor vestido,
Llevando á mi gobierno
El escuadron formado,
Tanta varia nacion he combatido,
Que tengo convertido
En duro azero el pecho;
Por eso en paz te torna,

Que mi espada no adorna
Las puertas de tu templo sin provecho,
Ni pueden tales ojos
Humillarse á tus lágrimas y enojos.
Así le replicaba,
Cuando de entre unas yedras
Una hermosura celestial salia,
Que no lo que miraba,
Pero las mismas piedras
En ceniza amorosa convertia.
Amor que ya me via
Con pensamientos vanos
Apercibir defensa,
A la primera ofensa,
Me derribó la espada de las manos,
Y en viéndome tan ciego,
Lloré, rendíme y abraséme luego.
En esto al verde llano
Un carro victorioso
Dos tigres ya domésticos trajeron.
Asió el Amor la mano
De aquel rostro amoroso,
Y juntos á su trono se subieron;
Y los que allí me vieron,
Entre sus pies me ataron,
Y al fin sus ruedas fieras
Mis armas y banderas
Por despojos vencidos adornaron,
Llevándome cautivo
Adonde agora lloro, muero y vivo.
Mas todo vencimiento es mas victoria,
Y aquesta pena es gloria,
Con solo que me mire Isbella un dia,
Y entre sus ojos arda el alma mia,

A Lidia ya vieja.

Ya mis ruegos oyeron,
Lidia, los Cielos, y mis votos justos
Alegre fin tuvieron,
Pues truecas en disgustos
Tus verdes años y tus verdes gustos.
En fin envejeziste,
En fin llegó el estío de tus años:
La fama que tuviste
En propios y en extraños
Creció nuestras venganzas y tus daños.
Amanecia en tu cara
Un sol, que el mundo en vivo fuego ardia,
Corrió la edad avara,
Pasó ligero el dia,
Y vino en su lugar la noche fria.
Cerróse el lirio ufano
Con la tiniebla del oscuro cielo,
Y el almendro temprano,
Marchito con el hielo,
Sembró de flores el desierto suelo.
Esfuérzaste lozana
A parecer muchacha á los que miras;
Mas ya tu frente cana
Nos dice que suspiras,
Cuando al espejo miras, y te admiras.
Ha hecho diferentes
La edad, que sola el alma inmortaliza,
Tu bella boca y dientes,
Y el ver atemoriza
Carbon las perlas, y el coral ceniza.
¿Adonde huyó la nieve
Que derretia el fuego de tus ojos?
Mas ¡ay! que el tiempo breve,
Sellando tus despojos,
Pasó la nieve á los cabellos rojos.

La grana en Tiro sola
Vencieron tus mejillas; ya no vences
La inútil amapola,
Paraque te avergüenzes
De tus engaños, y á llorar comienzes.
La cándida azuzena,
La tersa plata y el marfil bruñido,
La limpia y blanca arena,
Al cuerpo que has tenido
Comparadas, dejaron ofendido.
Mas ya todo lo pierdes,
Y allí tus esperanzas se perdieron,
Porque si de hojas verdes
Las plantas se vistieron,
Los hombres nunca son lo que ántes fueron.
Podrás, hermosa Lidia,
Que de tus gustos es remedio en parte,
De Circe y de Canidia,
Si quieres enseñarte,
Cobrar la fama, y aprender el arte.
Y ya que la hermosura
No tiene aquí poder, cuya violencia
Volvió de piedra dura
Tanta mortal presencia,
Lo que hizo la hermosura hará la ciencia.
Que ya los que penamos
Por esos ojos que ninguno crea,
Con risa nos vengamos
De la sierpe Lernea,
Que Hércules mató, y el tiempo afea.

El Poder del Lloro.

Daba sustento á un pajarillo un dia
Lucinda, y por los hierros del portillo

Fuésele de la jaula el pajarillo
Al libre viento en que vivir solia.
Con un suspiro á la ocasion tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dijo (y de sus mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardia)
» ¿Adonde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora?»
Oyóla el pajarillo enternezido,
Y á la antigua prision volvió las alas;
Que tanto puede una muger que llora.

Los Zelos.

Canta pájaro alegre en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto al cazador, que con desvelo
Le está azechando, la ballesta armada.
Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico convertida en hielo,
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo,
Por no alejarse de la prenda amada.
Desta suerte el amor canta en el nido;
Mas luego que los zelos que rezela
Le tiran flechas de temor de olvido,
Huye, teme, sospecha, inquiere, zela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

Gaspar Gil Polo.

Melisea a Narciso.

Zagal vuelve sobre tí,
Que por excusar dolor,
Ni quiero matar de amor,
Ni que amor me mate á mí.
Pues yo viviré sin verte,
Tú por amarme no mueras,
Que ni quiero que me quieras
Ni determino quererte.
Que pues tú dices que ansí
Se muere el triste amador,
Ni quiero matar de amor,
Ni que amor me mate á mí.

Respuesta de Narciso.

Si os pesa de ser querida
Yo no puedo no os querer;
Pesar habréis de tener
Mientras yo tuviere vida.
Sufrid que pueda quejarme,
Pues que sufro un tal tormento,
O cumplid vuestro contento,
Con acabar de matarme.
Que segun sois descreida,
Y os ofende mi querer,
Pesar habréis de tener
Mientras yo tuviere vida.
Si pudiendo conoceros
Pudiera dejar de amaros,
Quisiera, por no enojaros,
Poder dejar de quereros;

Mas pues vos seréis querida,
Mientras yo podré querer,
Pesar habréis de tener
Mientras yo tuviere vida.

Del Amor.

No es ciego Amor; mas yo lo soy que guio
Mi voluntad camino del tormento.
No es niño Amor; mas yo que en un momento,
Espero y tengo miedo y lloro y rio.
Nombrar llamas de Amor es desvarío;
Su fuego es el ardiente y vivo intento,
Sus alas son mi altivo pensamiento,
Y la esperanza vana en que me fio.
No tiene Amor cadenas ni saetas
Para prender y herir libres y sanos,
Que en él no hay mas poder del que le damos;
Porque es Amor mentira de Poetas,
Sueño de locos, ídolo de vanos.
¡ Mirad qué negro Dios el que adoramos !

Luis Martin.

El Amor Satisfecho.

Iba cogiendo flores,
Y guardando en la falda
Mi Ninfa, para hacer una guirnalda ;
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores.
Y estaba por su bien entre una rosa
Una abeja escondida,

Su dulce humor hurtando:
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuése volando.

Gutierre de Cetina.

A Unos Ojos.

Ojos claros serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿ Porqué si me mirais, mirais airados?
Si cuanto mas piadosos,
Mas bellos pareceis á quien os mira,
¿ Porqué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.

A Dorida.

De tus rubios cabellos,
Dorida ingrata mia,
Hizo el Amor la cuerda
Para el arco homicida.
Ahora verás si burlas
De mi poder, decia:
Y tomando una flecha,
Quiso á mí dirigirla.
Yo le dije: muchacho,
Arco y arpon retira;
Con esas nuevas armas
¿ Quien hay que te resista?

Lupercio Leonardo de Argensola.

Tiranía de Amor.

Llevó tras sí los pámpanos Octubre,
Y con las grandes lluvias insolente,
No sufre Ibero márgenes ni puente,
Mas ántes los vecinos campos cubre.
Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente,
Y el sol apenas vemos en Oriente,
Cuando la dura tierra nos lo encubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña;
Y Fabio en el umbral de Tais tendido,
Con vergonzosas lágrimas lo baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

Al Sueño.

Imágen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
O al rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto:
El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa, ó con violento insulto;
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

Villegas.

Al Amor.

Yo que te miro y toco
Echo de ver, Amor, que no eres loco;
Y juntamente niego
Que ni eres loco, ni naciste ciego.
A Lidia amartelaste,
Y luego á mí me heriste y nos juntaste;
Pues, Amor, si no vieras,
Juntar así dos almas no pudieras.
Quien dice que eres ciego,
Muera ciego de amor y ardiendo en fuego.
Quien dice que eres loco,
Sin seso adore y disimule poco.
Por tí me quiere Lidia,
Por tí doy zelos y acreciento envidia,
Por tí con mil excesos,
Me ofrece mil abrazos y mil besos.
Por tí, niño Cupido,
Lidia, siendo muger, tan firme ha sido;
Y por tí, siendo bella,
Humilde sigue mi amorosa huella.
Amor, yo de mí digo
Que has sido cuerdo y verdadero amigo;
Y en lograr mi sosiego,
Lince y cuerdo, mi amor, no loco y ciego.

Al Zéfiro.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
Zéfiro blando.

Quisiste un tiempo; mas agora temo,
Temo sus iras.
Así los Dioses con amor paterno,
Así los Cielos con amor benigno,
Nieguen al tiempo que feliz volares,
Nieve á la tierra.
Jamas el peso de la nube parda,
Cuando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

D. Luis de Góngora.

A Clori Fugitiva.

Corzilla temerosa,
Cuando sacudir siente
Al soberbio aquilon con fuerza fiera
La verde selva umbrosa,
O murmurar corriente
Entre la yerba, corre tan ligera,
Que al viento desafía
Su voladora planta.

El viento delicado
Hace de sus cabellos
Mil crespos nudos por la blanca espalda,
Y habiéndose abrigado
Lascivamente en ellos,
A luchar baja un poco con la falda:
Donde no sin decoro,
Por brújula, aunque breve,
Muestra la blanca nieve,
Entre los lazos del coturno de oro;
Y así en tantos enojos,
Se trabajan los pies, gozan los ojos.
Yo, pues, ciego y turbado,
Viéndola como mide
Con mas ligeros pies el verde llano,
Que del arco encorvado
La saeta despide
Del Parto fiero la robusta mano;
Y viendo que en mí mengua
Lo que á ella le sobra,
Pues nuevas fuerzas cobra,
Apelo de los pies para la lengua,
Y en alta voz le digo:
No huyas, Ninfa, pues que no te sigo.
Enfrena ¡o Clori! el vuelo,
Pues ves que el rubio Apolo
Pone ya fin á su carrera ardiente:
Ten de tí mesma duelo,
Deponga un rato solo
El honesto sudor tu blanca frente:
Bastante muestra has dado
De cruel y ligera,
Pues en tan gran carrera
Tu bellísimo pie nunca ha dejado
Estampa en el arena,
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.

... de aviso
En tu curso, el de aquella,
No tan cruda ni bella,
A quien ya sabes que el pastor de Anf
Con pie menos ligero
La siguió ninfa, y la alcanzó madero.
Quedate aquí, cancion, y pon silenci
Al fugitivo canto,
Que razon es parar quien corrió tanto.

A una Tortola.

Vuelas ¡ o tortolilla !
Y al tierno esposo dejas
En soledad y quejas :
Vuelves despues gimiendo,
Recíbete arrullando,
Lasciva tú, si él blando.
¡Dichosa tú mil vezes,
Que con el pico haces
Dulces guerras de amor y dulces pazes !
Testigo fué á tu amante
Aquel vestido tronco
De algun arrullo ronco :

Y tálamo fué luego;
Arbol que tanto fué, perdone el fuego.
Mi piedad una á una
Contó, aves dichosas,
Vuestras quejas sabrosas;
Mi envidia ciento á ciento
Contó, dichosas aves,
Vuestros besos süaves.
Quien besos contó y quejas,
Las flores cuente á mayo,
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.
Injuria es de las gentes
Que de una tortolilla
Amor tenga mancilla,
Y que de un tierno amante
Escuche sordo el ruego,
Y mire el daño ciego.
Al fin, es Dios alado,
Y plumas no son malas
Para lisonjëar á un Dios con alas.

La Recompensa.

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó la alba luziente,
Tejidos en guirnalda
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden, con ser flores,
Blanco á tu seno, y á tu boca olores.
Guarda destos jazmines
De abejas era un escuadron volante,
Ronco sí de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;
Púselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.

Mas, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desatado,
Y mas besos te pido,
Que abejas tuvo el escuadron armado.
Lisonjas son iguales
Servir yo flores, pagar tú en panales.

El veneno de Amor.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no envidiar aquel licor sagrado,
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida,
Amantes, no toqueis, si quereis vida;
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas que á la Aurora
Diréis que aljofaradas y olorosas
Se le cayeron del purpúreo seno;
Manzanas son de Tántalo y no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora,
Y solo del amor queda el veneno.

Al Sol.

Raya, dorado Sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca Aurora;
Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando, al esparcir tu nueva lumbre,
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora,
Paraque desta vega el campo raso
Borde saliendo Flérida de flores;
Mas si no hubiere de salir acaso,

Ni el monte rayes, ornes, ni colores,
Ni sigas de la aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores.

A una Insensible.

Castillo de San Cervántes,
Tú que estás junto á Toledo,
Y fundó el Rey D. Alonso
Sobre las aguas de Tajo,
. . . . . .
Cuando la bella terrible,
Hermosa como los cielos,
Y por decillo mejor,
Aspera como su pueblo,
Alguna tarde saliere
A desfrutar los almendros,
Verdes primicias del año,
Y dulcísimo alimento,
Si de las aguas del Tajo
Hace á su beldad espejo,
Ofrécele tus rüinas
A su altivez por ejemplo.
Háblale mudo mil cosas,
Que bien sabrás, pues sabemos
Que á palabras de edificios
Orejas los ojos fueron.
Dirásle que con tus años
Regule sus pensamientos,
Que es verdugo de murallas,
Y de bellezas el tiempo.
Que no créan á las aguas
Sus bellos ojos serenos,
Pues no la han lisonjëado,
Cuando la murmuran luego,

[illegible],
Y del arrepentimiento.
Y abrirá entónces la pobre
Los ojos (ya no tan bellos,
Para bailar con su sombra,
Pues no quiso con su cuerpo.
. . . . . .

La Despedida del Soldado.

Servia en Oran al Rey
Un Español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda Africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche,
Cuando tocaron al arma.
Trescientos Zenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas.
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos.

De las trompas y las cajas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para;
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejalla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
Salid al campo, Señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será tambien
Sin vos campo de batalla.
Vestíos, salid apriesa,
Que el General os aguarda;
Yo os hago á vos mucha sobra,
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de azero el pecho,
Y no habeis menester armas.
Viendo el Español brioso
Cuanto le detiene y habla,
Le dice así: mi Señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya,
Vaya á los Moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mio,
Licencia paraque salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.

D. Francisco de Quevedo Villegas.

Los Zelos.

¿ Ves con el polvo de la lid sangrienta
Crecer el suelo, y acortarse el dia
En la zelosa y dura valentía
De aquellos toros que el amor violenta ?
¿ No ves la sangre que el manchado alienta,
Y el humo que de la ancha frente envia
El toro negro, y la tenaz porfía
Con que el amante corazon ostenta ?
Pues si lo ves ¡ o Lisi ! ¿ porqué admiras
Que cuando amor enjuga mis entrañas
Y mis venas, volcan rebiente en iras ?
Son los toros capazes de sus sañas,
¿ Y no permites, cuando á Bato miras,
Que yo ensordezca en llanto las montañas ?

Príncipe de Esquilache.

El Buen Consejo.

Niñas de mi aldea,
Que vais á la fuente
Por agua las menos,
Las mas, porque quieren,
Si el amor os lleva,
Y el pesar os vuelve,
El verdad os dice,
Y el amor os miente.
No son buenas prendas
Plumas y papeles

Para dar el gusto
Quien libre le tiene.
Mirad que en la vida
Son quien mas defiende
De asaltos de amores,
Armas de desdenes.
Mirad el peligro,
Porque á las mugeres
Verdad y mentira
Dañan igualmente.
En las que se engañan,
Y en las que se pierden,
Mal los pocos años
Aconsejan siempre.
Mirad cómo el árbol,
Cuando está mas verde,
En Abril un zierzo
Le burla y ofende.
No os engañen, niñas,
Los floridos meses,
Que al paso de Mayo
Camina Diziembre.
¿ No veis que las manos
Del tiempo convierten
Las rubias espigas
En nevadas mieses?
Los alegres años
No espereis que vuelen,
Y los tristes vengàn,
Que jamas se vuelven.
. . . . . .
¿ Visteis las que hollando
Tiempos diferentes
Causaron envidias?
Ya á lástima mueven.

Vuestro engaño vive,
Pues cuando os desmiente,
Lo que lloran unas,
Otras no lo creen.
Son de las mas bellas
En su blanco oriente,
Rostros cuando salen,
Gestos al ponerse.
Oid mis consejos,
Mirad que os advierten,
Pues los años vuelan,
Que el engaño vuele.

Don Antonio Mira de Amescua.

La Temeridad.

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya;
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pajiza y baya:
Y zeloso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus zelos y amor junto,
Y al ramillo, y al prado, y á las flores,
Libre y ufano cuenta sus amores.
¡ Mas ay ! que en este estado,
El cazador cruel de astucia armado,
Escondido le azecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto en sangre en tierra le derriba.

¡ Ay vida malograda,
Retrato de mi suerte desdichada !
De la custodia del amor materno
El corderillo jugueton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores;
Y por la libertad del pasto tierno
El cándido licor olvida y deja,
Por quien hizo á su madre mil amores:
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
¡ Mas ay ! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnizero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus vorazes dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el dorado vellozino.
¡ O inocencia ofendida,
Breve bien, caro pasto, corta vida !
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca con ligero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas;
Y puliendo sus negros martinetes,
Procura ser allá cerca del cielo
La reyna sola de las aves bellas:
Y por ser ella de ellas
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta,
A los ojos del lince mas atentos,
Y se contempla reyna de los vientos.
¡ Mas ay ! que en la alta nube
El águila se vió y al cielo sube,
Donde con pico y garra

I al retumbar el sonoroso parche,
Formó escuadron el Capitan gallard
Con relinchos, bufidos y corbetas
Pidió el caballo que la gente marche
Trocando el paso de veloz en tardo:
Sonó el clarin bastardo
La esperada señal de arremetida,
Y en batalla rompida,
Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyó á su gente, que cantó victoria.
¡ Mas ay ! que el desconcierto
Del Capitan bisoño y poco experto,
Por no observar el órden,
Causó en su gente general desórden,
Y la ocasion perdida,
El vencedor perdió victoria y vida.
¡ Ay fortuna voltaria,
En mis prósperos fines siempre varia !
Al cristalino y mudo lisonjero
La bella Dama en su beldad se goza,
Contemplándose Venus en la tierra;
Y al mas rebelde corazon de azero
Con su vista enterneze y alboroza,
Y es de las libertades dulce guerra:

¡ Mas ay ! que un accidente,
Apenas puso el pulso intercadente,
Cuando cubrió de manchas,
Cárdenas ronchas, y viruelas anchas
El bello rostro hermoso,
Y lo trocó en horrible y asqueroso.
¡ Ay beldad malograda,
Muerta luz, turbio sol y flor pisada !
Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo débil de la mar son carros,
El mercader surcó sus claras olas;
Llegó á la India, y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas españolas :
Tremoló banderolas,
Flámulas, estandartes, gallardetes,
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto.
¡ Mas ay ! que estaba ignoto
A la experiencia y ciencia del piloto
En la barra un peñasco,
Donde tocando de la nave el casco,
Dió á fondo, hecho mil piezas,
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡ Pobre bajel, figura
Del que anegó mi próspera ventura !
Mi pensamiento con ligero vuelo
Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Sin conocer temores la memoria,
Se remontó, Señora, hasta tu cielo;
Y contrastando tu desden airado,
Triunfó mi amor, cantó mi fé victoria,
Y en la sublime gloria
De esa beldad se contempló mi alma,

Y el mar de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda tropa.
¡ Mas ay ! que mi contento
Fué el pajarillo y corderillo esento,
Fué la garza altanera,
Fué el Capitan, que la victoria espera,
Fué la Venus del mundo,
Fué la nave del piélago profundo;
Pues por diversos modos
Todos los males padecí de todos.

Mro. Fr. Diego Gonzalez.

El Murciélago Alevoso.

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento
Con gracioso talento
Una tierna cancion; y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fe dudaba,
Con vehemente expresion le encarecia
El fuego que en su casto pecho ardia.
Y estando divertida,
Un murciélago fiero ¡ suerte insana !
Entró por la ventana :
Mirta dejó la pluma sorprendida,
Temió, gimió, dió vozes, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la cancion, los versos bellos
De borrones llenó, por recogellos.

Y Delio noticioso
Del caso que en su daño habia pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que habia la cancion interrumpido
Y á su Mirta afligido;
En cólera y furor se consumia,
Y así al ave funesta maldecia:
¡ O monstruo de ave y bruto
Que cifras lo pëor de bruto y ave,
Vision nocturna grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fria!
¿ Qué tienes tú que hacer donde está el dia?
Tus obras y figura
Maldigan de comun las otras aves,
Que cánticos süaves
Tributan cada dia á la alba pura;
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y á su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda,
Que á un murciélago vil suceder pueda.
La lluvia repetida
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan sola reservada
A las noches, se oponga á tu salida;
O el relámpago pronto reluziente
Te ciegue y amedrente;
O soplando del Norte recio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.
La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue inadvertida

Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe;
Y al ver que bulle y vive
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.
  Y luego sobrevenga
El jugueton gatillo bullicioso;
Y primero medroso
Al verte, se retire y se contenga,
Y bufe, y se espeluze horrorizado,
Y alze el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los pies apenas toque al suelo.
  Mas luego recobrado,
Y del primer horror convalecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra, observe atento;
Y cada movimiento
Que en tí llegue á notar su perspicazia,
Le provoque al asalto y le dé audazia.
  En fin sobre tí venga,
Te acometa y ultraje sin rezelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga;
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas vezes á lo alto.
  Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos,
Que á todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,

Hasta que la edad ó la cultura
Nos dan humanidad y mas cordura.
Entre con algazara
La pueril tropa al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oirte chillar, alzen el grito,
Y te llamen *¡maldito!*
Y creyéndote al fin del diablo imágen,
Te abominen, te escupan y te ultrajen.
Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hozico te apliquen candelillas,
Y se rian con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y á tus tristes querellas ponderadas,
Correspondan con fiesta y carcajadas.
Y todos bien armados
De piedras, de navajas, de aguijones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados,
De diversion y fiesta ya rendidos,
Te embistan atrevidos,
Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.
Te punzen y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan; te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen.

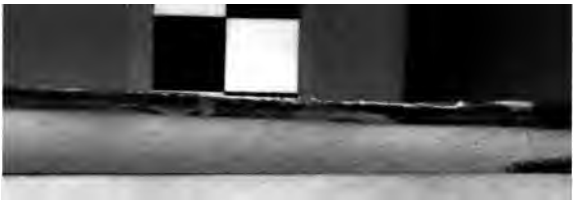
Y las supersticiones
De las viejas, creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones,
Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo sin cordura,
Que verán en el aire culebrinas,
Y otras tristes visiones peregrinas.
Muerto ya, te dispongan
El entierro; te lleven arrastrando,
Gori, Gori cantando,
Y en dos filas delante se compongan;
Y otros fingiendo vozes lastimeras,
Sigan de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso,
Al muladar mas sucio y asqueroso.
Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

Epitafio.

Aquí yace el murciélago alevoso,
Que al sol horrorizó y ahuyentó el dia;
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía.
No sigas, caminante presuroso,
Hasta decir sobre esta losa fria:
« Acontezca tal fin y tal estrella
A aquel que mal hiziere á Mirta bella ».

A Melisa.

Yo ví una fuentecilla
De manantial tan lento y tan escaso,
Que toda el agua pura que encerraba
Pudiera reducilla
Al recinto brevísimo de un vaso.
Del pequeño arroyuelo que formaba,
Por ver en qué paraba,
El curso perezoso fuí siguiendo,
Y ví que sin cesar iba creciendo
Con el socorro de agua pasajera,
En tal forma y manera,
Que cuando lo he intentado,
Ya no pude pasar del otro lado.
Yo ví una centellita
Que por caso á mi puerta habia caido,
Y de su pequeñez no haciendo cuento,
Me fuí á dormir sin cuita;
Y estando ya en el sueño sumergido,
A deshoras ¡ ay cielos! sopla el viento,
Y excita en un momento
Tal incendio, que el humo me dispierta.
La llama se apodera de mi puerta,
Y mis ajuares quema sin tardanza;
Y yo sin esperanza
Confuso y chamuscado,
Solo pude salir por el tejado.
Yo ví un vapor ligero,
Que al impulso del sol se levantaba
De la tierra, do apenas sombra hacia.
No hize caso primero,
Mas ví que por momentos se aumentaba;
Y luego cubrió el cielo, robó el dia,



Y al suelo descendia
En gruesos hilos de agua, que inundaron
Mis campos, y las mieses me robaron;
Y á mí que en su socorro fuí á la era
Me llevó á la ribera,
Do hubiera perecido,
Si no me hubiese de una zarza asido.
En fin, yo ví en mi pecho
Nacer tu amor, Melisa, y fácil fuera
En el principio haberlo contenido;
Mas poco satisfecho
Con ver su orígen, quise ver cual era
Su fin, y de mi daño no advertido,
Hallo un rio crecido,
Que á toda libertad me corta el paso,
Hallo un voraz incendio en que me abraso,
Hallo una tempestad que me arrebata,
Y de anegarme trata.
¡ Ay ! ¡ con cuanta inclemencia
Cupido castigó mi negligencia !

Melendez Valdes.

La Flor del Zurguen.

Parad airecillos,
No inquietos voleis,
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.
Parad, y de rosas
Tejedme un dosel,
Do del sol se guarde
La flor del Zurguen.

Parad airecillos,
Parad, y vereis
A aquella que ciego
De amor os canté:
A aquella que aflige
Mi echo cruel,
La gloria del Tórmes,
La flor del Zurguen.
Sus ojos luzeros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas,
Sus trenzas la red,
Do diestro Amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
La flor del Zurguen.
Volad á los valles;
Velozes traed
La esencia mas pura
Que sus flores den.
Vereis, zefirillos,
Con cuanto placer
Respira su aroma
La flor del Zurguen.
Soplad ese velo,
Sopladlo, y veré
Cual late y se agita
Su seno con él:
El seno turgente,
Do tanta esquivez
Abriga en mi daño
La flor del Zurguen.
¡ Ay cándido seno !
¡ Quien sola una vez
Dolido te hallase

De su padecer!
Mas ¡ oh! ¡ cuan en vano
Mi súplica es!
Que es cruda cual bella
La flor del Zurguen.
La ruego, y mis ansias
Altiva no cree;
Suspiro, y desdeña
Mi voz atender.
Decidme, airecillos,
Decidme ¿ qué haré,
Paraque me escuche
La flor del Zurguen?
Vosotros felizes,
Con vuelo cortes
Llegad y besadle
Por mí el albo pie.
Llegad y al oido
Decidle mi fe;
Quizá os oiga afable
La flor del Zurguen.
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa,
Su altivo desden.
Llegad y piadosos,
De un triste os doled;
Así os dé su seno
La flor del Zurguen.

D. José Mor de Fuentes.

La Complacencia.

Idolatrada Silvia,
No mas, no mas finezas;
Deja que yo respire,
¡ Ay ! déjame, y no temas
Que en mi pecho abrasado
El amor desfallezca.
Por fin tras la borrasca
De zozobras y penas
Que mi ánimo aquejaban,
La bonanza risueña,
Posándose en tu seno,
Me colmó de ternezas
Y bañó en mil placeres.
¡ O ! si dado me fuera
Tributarte en retorno
Cuanta preciosa ofrenda
Los mas finos amantes
A sus dueños hizieran!
En ansias y suspiros
Te la entregara envuelta,
Y no mas fiel dejando
Los vergeles la abeja,
Vertiera en sus panales
De las flores el néctar;
Ni el cautivo á su dueño
Que rompió sus cadenas,
Le enjugó los sudores
Y partió sus tareas,
Con afan mas constante
Y rendido sirviera.

Tú mis pasos dirige,
Tú inspira mis ideas
Y mi espíritu todo
Cual tuyo señorea.
Mira cómo á tu influjo
En pláticas amenas
Exhala de su llama
La concentrada fuerza;
O bien cual de tus ojos
Pendiente se desvela,
Por descifrar las cuitas
Que en tu pecho se albergan,
Y solícito corre
Buscando por do quiera
Mil medios exquisitos
Que aliviártelas puedan;
O tal vez contemplando
La afectuosa inocencia
Con que en mi fe confias,
Con que á mi amor te entregas,
Ufano con sus dichas,
Tan solo se querella
De que rápidas vuelen...
¡ Feliz yo si pudiera
Encadenar del tiempo
La disparada rueda,
Y en invariable gloria
Tu voluntad suprema
Acatando, empaparme
En tu plácido aliento
Y en tu risa halagüeña,
Olvidado del mundo
Y de la envidia ciega !

D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos.

Mis Transformaciones.

¡ O ! si á elegir los cielos
Me diesen una gracia !
Ni honores pediria,
Ni montes de oro y plata :
Ni ver el orbe entero
Postrado ante mis plantas
Despues de cien victorias
Sangrientas é inhumanas :
Ni de laurel ceñido,
Al templo de la fama,
Con una estéril ciencia
Orgulloso, me alzara.
Gozen de tales dones
Los que infelizes aman
Comprar con su reposo
Los sueños de esperanzas.
Yo, que mis dias cuento
Por mis amantes ansias,
A mi placer pidiera
Que mi ser se mudara.
Cuando mi bien al valle
Desciende en la alborada,
Allí al pasar me viera
Rosita aljofarada.
Rosita, que modesta
Con süave fragancia
Atrayendo, á sus manos
Me diera sin picarla.
Y luego allá en su pecho
¡ Cuan gozosa y ufana
La nieve de sus pomas

Con mi ardor realzara!
Despues... Despues ¿ qué hiziera?
Sombra fugaz y vana,
Un sol no mas seria
Mi gloria y mi esperanza.
Tan pasajeros gozos
No, rosas, no me agradan.
A Dios, que al aire tiendo
Mis rozagantes alas.
Mariposilla alegre,
Imágen de la infancia,
En inquietud eterna
Iré girando vaga.
Bien como el iris bella,
Frente á mi dulce Laura
En un boton de rosa
Me quedaré posada.
Ella querrá cogerme,
Y con callada planta
Vendrá, y huiré, y traviesa
La dejaré burlada.
¿ Y si el rocio moja
Mis tiernezitas alas?
Me sigue, soy perdida,
Me prende, y me maltrata.
¡ Si al menos espirando
Con trémulas palabras
Pudiese venturoso
Decirle, *yo te amaba!*
No: aliviillo suelto
Volaré á refrescarla.
Cuando el ardiente Agosto
Las praderas abrasa.
Ya enredaré jugando
Sus trenzas ondeadas;

Ya besaré al descuido
Sus mejillas de nácar.
Hora en eternos giros
Cercando su garganta,
En sus hibleos labios
Empaparé mis alas.
O bien, si allá en la siesta
Dormida en paz descansa,
Yo soplaré en su frente
Mis mas süaves auras,
Y cuando mas se pierda
Su fantasía vaga,
Umbrátil sueñecito
Me iré á ofrecer á su alma.
¡ O cuanta dulce imágen,
Cuantas tiernas palabras
Allí diré, que el labio
Quiere decirle, y calla !
Mas favorable acaso
Que pienso yo, á mis ansias
Sonreirá : ¿ quien sabe
Si mis cariños paga ?
¡ O si á mi amor eterno
Correspondieses, Laura !
Por todo el universo
Mi dicha no trocara.
Idolo de mis ojos,
Diosa de toda mi alma,
¡ Pagárasme ! y al punto
Cesaran mis mudanzas.

El Propósito.

¡ Salve, mi querido albergue !
¡ Salve, mansion solitaria,

Nido feliz, do las Musas
El gozo y la paz me guardan!
¿Que en fin á tu dulce abrigo
Torno otra vez? ¡cuantas ansias
Probó enagenado el pecho
Que jamas en tí probara!
El amor... ¿qué no ha perdido
El amor? ¡Ah! todo es tramas,
Todo falsedad y engaños,
Todo doblez é inconstancia.
Me habló, le creí, le sigo,
Y ¡ay! que al dolor me guiaba.
¡Crédulo yo! ¿qué valieron
Mis experiencias pasadas?
¿Fué acaso la vez primera
Que, al mar del amor lanzada,
Solo naufragios terribles
Halló mi perdida barca?
Me acuerdo que en otro tiempo,
Saliendo de una borrasca,
A Dios para siempre, dije
A las fluctuantes aguas,
Mi ebriedad, mi inocencia
Y mis amigos me bastan.
No mas amor, que las hembras
Todas son unas y engañan.
Esto decia, y ya entonces
De lejos me preparaba
El amor en nuevas lazos
Nuevas y nuevas desgracias.
Le ve, resiste, no puede...
¡Es tan tiernecita mi alma!
Juro no amar cada dia,
Y cada dia mas ama.
Mas dolal, creo, ¡que mucho,

Si contra mí guerrëaban
Mi gratitud, mi ternura
Y las lágrimas de Laura!
Vióme sensible, y al punto
Sus elocuentes miradas
Amor, amor, me dijeron;
Y yo las via y callaba.
Do quier de mi faz pendiente,
Su sonreir, sus palabras,
Su seriedad, su silencio,
En todo y toda me amaba.
Yo en su pesar me afligia,
Pero inflexible exclamaba:
No mas amor, que las hembras
Todas son unas y engañan.
Mil y mil lágrimas tristes
La ví ocultar con sus palmas,
Y escuché mil sordos ayes
Espirar en su garganta.
No sé, pero triste imágen
De un dolor sin esperanza,
Parece que me decia:
Yo moriré, y tú me matas:
Eres piadoso, ¿y permites
Que á tu rigor me deshaga,
Bien como al hielo del cierzo
La amable rosa temprana?
¿Hay resistencia que dure
Al eco de estas palabras?
Téngala allá quien no albergue
Mis compasivas entrañas.
¿Yo resistir? ¡Ah! ¡perezca
Quien duro el oido aparta
De los dolorosos ayes
Que él mismo tal vez arranca!

No soy así : yo no puedo
Ver padecer, y trocara
Por las desdichas agenas
Mis placeres y esperanzas.
Respira, infeliz amante,
Enjuga tus llantos, Laura;
Yo te amo; ¡ y á Dios de nuevo
Propósitos y palabras!
Al fin la amé; y en el punto
Que yo mi fé le juraba,
Con otro amante en silencio
Ella cautelosa y falsa...
¡ Gran Dios ! ¿ y porqué la tierra
Sufre tan pérfidas almas ?
¡ O, salve, chozita mia !
De tí mi afliccion se ampara.
¡ O, salve, salve mil vezes !
A tu silenciosa calma
Torno al fin, y para siempre
Al amor daré la espalda.
¡ O libros ! ¡ o amigos dulces
En que mis penas descansan !
Fuera de vos, ya la tierra
Es para mis ojos nada.
Ya no hay verdad en el mundo,
Ni fé, ni amor... ¡ Laura, Laura !
¿ Así de un pecho sencillo
El fiel cariño se paga ?
En vano, en vano confusa
En llanto cruel ahogada,
Me buscarás implorando
Con voz humilde mi gracia.
Si débil fuí, ya soy firme,
Impío, cruel. ¡ O Laura !
Mucho te amé... ¡ Si á lo menos

Alguna disculpa hallaras!
Yo te ayudaré: adormece
Mis justas desconfianzas;
Deslúmbrame, y te perdono,
Y te amaré cual te amaba.
¿Qué digo, infeliz? ¿es esta
Mi entereza y mi constancia?
Huyamos. Albergue mio,
Apaga oficioso, apaga
El fuego en que ardo, y responde,
Si viene á turbarme Laura:
No mas amor, que las hembras
Todas son unas y engañan.

La Violacion del Propósito.

En vano, en vano rabioso
Las duras cadenas muerdo
Que amor, déspota inhumano,
Ató á mi rebelde cuello.
Qué vale que por romperlas
Sude en afanoso esfuerzo,
Si á cada triste conato
Un eslabon les aumento?
¿Do estás, propósito mio!
¿Do estás á Dios postrimero
Que ayer al amor y á Laura
Dije con brioso aliento?
¿Así la voz imperiosa
De mis vengativos zelos
Enmudeció, y solo ahora
Habla el amor en mi pecho?
¡Ay, que jamas tan tirano
Me subyugó! Todo entero,
Con toda su ardiente llama

Va por mis venas corriendo.
Palpito, tiemblo, mis ojos
Lágrimas brotan de fuego,
Y mil fugitivos ayes
Abrasan mis labios secos.
Yo me ardo, yo me ardo: Laura,
Laura, aquí estás, yo te veo;
Eres tú misma, á tus plantas
Imploro tu amor de nuevo.
Idola mio, perdona:
Si pude en injustos zelos
Dejarte, ya arrepentido
A ser tu esclavo me vuelvo.
Ni jamas, aunque quisiera,
Podria dejar de serlo:
¿ Qué fuera de mí sin Laura,
Si solo por ella aliento?
Mi vida, mi ser, mi todo,
¡ O Laura !... mi entendimiento,
Mi corazon, mis sentidos,
Todo en tí sola lo veo.
¡ A Dios, pasiones, que un dia
Fuisteis mi dulce embeleso!
Sed de saber, Musas, gloria,
Ya para mí todo es muerto.
Laura no mas, Laura, Laura
Es mi pasion, mi universo.
¡ O, viva con ella siempre,
Y muera con ella á un tiempo!

D. Juan Bautista Arriaza.

El No.

¡ Ay cuantas vezes á tus pies postrado,
En lágrimas el rostro sumergido,
A tus divinos labios he pedido
Un sí, cruel, que siempre me han negado!
Y pensando ya ver tu pecho helado,
De mi tormento á compasion movido,
En vez del *sí*; ay dolor! he recibido
Un *no* que mi esperanza ha devorado.
Mas si mi llanto no es de algun provecho,
Si contra mí tu indignacion descarga,
Y si una ley de aniquilarme has hecho;
Quítame de una vez pena tan larga,
Escóndeme un puñal en este pecho,
Y no me des un *no* que tanto amarga.

Venus Burlada.

Vió Venus en la alfombra de esmeralda
De un prado, á mi adorado bien dormido;
Y engañada, creyendo ser Cupido,
Alegremente le acogió en su falda.
La frente le ciñó de una guirnalda,
Y por hacer temible su descuido,
Pone en sus manos un arpon bruñido,
Y la aljaba le cuelga de la espalda.
Hijo, le iba á decir; mas despertando,
Mi Silvia le responde con enojos,
La aljaba y el arpon de sí arrojando:
« Toma, madre engañosa, esos despojos,
Porque me son inútiles, estando
Sin ellos hechos á vencer mis ojos ».

La Guarida de Amor.

Amor como se vió desnudo y ciego,
Pasando entre las gentes mil sonrojos,
Pensó en buscar unos hermosos ojòs
Donde vivir oculto y con sosiego.
Y vió los tuyos, Silvia; vió aquel fuego
Que rinde á tu beldad tantos despojos
Y hallando satisfechos sus antojos,
En ellos parte á refugiarse luego.
¡ Qué extraño es ver ya tantos corazones
Rendir, bien mio, los soberbios cuellos,
Y el yugo recibir que tú les pones,
Si á mas de que esos ojos son tan bellos
Está todo el amor con sus traiciones,
Haciéndonos la guerra dentro de ellos!

LIRICO HEROICO.

Romanceros.

Prueba de Valor en el Cid.

Cuidando Diego Laïnez
En la mengua de su casa
Fidalga, rica y antigua
Antes de Iñigo y Abarca:
Y viendo que le fallecen
Fuerzas para la venganza,
Porque por sus largos dias
Por sí no puede tomalla,
Non puede dormir de noche,
Nin gustar de las vïandas,
Ni alzar del suelo los ojos,
Ni osa salir de su casa,
Nin fablar con sus amigos;
Que ántes les niega la fabla,
Temiendo que los ofenda
El aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo
Con estas honrosas bascas,
Para usar de una experiencia,
Que no le salió contraria,
Mandó llamar á sus fijos,
Y sin decilles palabra,
Les fué apretando uno á uno
Las fidalgas tiernas palmas;
No para mirar en ellas

Las quirománticas rayas,
Que este fechizero abuso
No era nacido en España.
Mas prestando el honor fuerzas,
A pesar del tiempo y canas
A la fria sangre y venas,
Nervios y arterias beladas,
Les ap[illegible] nera
Que d[illegible] or, basta,
¿ Que intentas, ó qué pretendes ?
Suéltanos ya, que nos matas.
Mas cuando llegó á Rodrigo,
Casi muerta la esperanza
Del fruto que pretendia,
Que á do no piensan se halla,
Encarnizados los ojos
Cual furiosa tigre hircana,
Con mucha furia y denuedo
Le dice aquestas palabras :
Soltedes, padre, en mal hora,
Soltedes en hora mala,
Que á no ser padre, no hiziera
Satisfaccion de palabras;
Antes con la mano mesma
Vos sacara las entrañas,
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga.
Llorando de gozo el viejo,
Dice : « fijo de mi alma,
Tu enojo me desenoja,
Y tu indignacion me agrada.
Esos brazos, mi Rodrigo
Muéstralos en la demanda
De mi honor, que está perdido,
Si en tí no se cobra y gana.

Contóle su agravio, y dióle
Su bendicion y la espada,
Con que dió al Conde la muerte,
Y principió sus fazañas.

RESOLUCION DE RODRIGO.

Pensativo estaba el Cid,
Viéndose de pocos años
Para vengar á su padre
Matando al Conde Lozano.
Miraba el bando temido
Del poderoso contrario,
Que tenia en las montañas
Mil amigos Asturianos:
Miraba como en las Cortes
Del Rey de Léon Fernando
Era su voto el primero,
Y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco
Respeto de aquel agravio,
El primero que se ha fecho
A la sangre de Laín Calvo.
Al Cielo pide justicia,
Y á la tierra pide campo,
Y al viejo padre licencia,
Y á la honra esfuerzo y brazo.
Non cuida de su niñez,
Que en naciendo es costumbrado
A morir por casos de honra
El valiente fijodalgo.
Descolgó una espada vieja
De Mudarra el Castellano,
Que estaba vieja y mohosa
Por la muerte de su amo.

Y pensando que ella sola
Bastaba para el descargo,
Antes que se la ciñese,
Así le dice turbado:
« Faz cuenta, valiente espada,
Que es de Mudarra mi brazo,
Y que con su brazo riñes,
Porque suyo es el agravio.
Bien sé que te correrás
De verte así en la mi mano,
Mas no te podrás correr
De volver atras un paso.
Tan fuerte como tu acero
Me verás en campo armado:
Tan bueno como el primero
Segundo dueño has cobrado,
Y cuando alguno te venza,
Del torpe fecho enojado,
Fasta la cruz en mi pecho
Te esconderé muy airado.
Vamos al campo, que es hora
De dar al Conde Lozano
El castigo que merece
Tan infame lengua y mano ».
Determinado va el Cid,
Y va tan determinado,
Que en espacio de una hora
Quedó del Conde vengado.

Desafío con el Conde.

Non es de sesudos homes
Ni de Infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo,
Que es tenudo mas que vos.

Non los fuertes barraganes
Del vueso ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor.
Non son buenas fechorías
Que los homes de Lëon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un Infanzon.
Cuidaras que era mi padre
De Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
¿ Mas cómo vos atrevisteis
A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz nublasteis
Con nube de deshonor;
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol:
Que la sangre dispercude
Mancha que finca al honor;
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre de malhechor.
La vuestra, Conde tirano,
Lo será, pues su furor
Os movió á desaguisado
Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el Rey con furor,
Cuidá que lo denostasteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho fizisteis, Conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catád, pues vos atiendo,

Si me causaréis pavor.
Diego Laínez me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Yo probaré en vos mis fuerzas,
Y en vuesa mala intencion
No vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador,
Pues para me combatir
Traigo mi espada y troton.
Aquesto al Conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Que despues por sus fazañas
Este nombre mereció.
Diéle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

Quejas de Doña Jimena.

Sentado está el Señor Rey
En su silla de respaldo,
De su gente mal regida
Desavenencias juzgando.
Dadivoso y justiciero
Premia al bueno y pena al malo,
Que castigos y mercedes
Hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
Entraron treinta fidalgos,
Escuderos de Jimena,
Fija del Conde Lozano.
Despachados los mazeros,
Quedó suspenso el palacio.

Y así comenzó sus quejas
Humillada en sus estrados.
« Señor, hoy hace tres meses
Que murió mi padre á manos
De un muchacho, que las tuyas
Para matador criaron.
Cuatro vezes he venido
A tus pies, y todas cuatro
Alcanzé prometimientos,
Justicia jamas alcanzo.
Don Rodrigo de Vibar
Rapaz orgulloso y vano,
Profana tus justas leyes,
Y tú amparas un profano.
Tú le zelas, tú le encubres,
Y despues de puesto en salvo,
Castigas á tus merinos,
Porque no pueden prendallo.
Si de Dios los buenos reyes,
La semejanza y el cargo
Representan en la tierra
Con los humildes humanos,
Non debiera de ser Rey
Bien temido y bien amado,
Quien fallece en la justicia
Y esfuerza los desacatos.
Mal lo miras, mal lo piensas;
Perdona si mal te fablo,
Que la injuria en la muger
Vuelve el respeto en agravio ».
No haya mas gentil doncella,
Respondió el primer Fernando,
Que ablandarán vuestras quejas
Un pecho de azero y mármol.
Si yo guardo á D. Rodrigo,

Para vuesso bien le guardo;
Tiempo vendrá que por él
Convirtais el gusto en llanto.
En esto llega á la sala
De Doña Urraca un recado,
Asídla del brazo el Rey,
Donde está la Infanta entraron.

BODAS DEL CID CON JIMENA.

A Jimena y á Rodrigo
Prendió el Rey palabra y mano
De juntarlos para en uno
En presencia de Laín Calvo,
Las enemistades viejas
Con amor las confirmaron,
Que donde preside amor
Se olvidan quejas y agravios.
El Rey dió al Cid á Valdueruna
A Saldaña y Beltorado,
Y á S. Pedro de Cardeña
En su hacienda vincularon.
Entróse á vestir de boda
Rodrigo con sus hermanos.
Quitóse gala y arnes
Resplandeciente y grabado;
Púsose un medio botarga,
Con unos vivos morados,
Calzas valonas tudescas
De aquellos siglos dorados.
Eran de grana de polvo,
Y de baca unos zapatos,
Con dos hebillas por cintas
Que le apretaban los lados:
Camison redondo y justo.

Sin filetes ni recamos,
Que entónces el almidon
Era pan para muchachos.
Un jubon de raso negro,
Ancho de manga, estofado,
Que en tres ó cuatro batallas
Su padre lo habia sudado.
Una acuchillada cuera
Se puso encima del raso,
En remembranza y memoria
De las muchas que habia dado.
Una gorra de coutrai
Con una pluma de gallo;
Llevaba puesto un tudesco
En felpa todo aforrado.
La tizona rabitiesa,
Del mundo temor y espanto,
En tiros nuevos traia
Que costaron cuatro cuartos.
Mas galan que Gerineldos,
Baja el Cid famoso al patio,
Donde Rey, Obispo y Grandes
En pie estaban aguardando.
Tras esto bajó Jimena
Tocada en toca de trapos,
Y no con estas quimeras
Que agora llaman urracos.
De paño de Léndres fino
Era el vestido bordado,
Unas garnachas muy justas
Con un chapin colorado.
Un collar de ocho patenas
Con un San Miguel colgando,
Que apreciaron una villa
Solamente de las manos.

Llegaron juntos los novios,
Y al dar la mano y abrazo,
El Cid mirando á la novia,
La dijo todo turbado:
« Maté á tu padre, Jimena,
Pero no á desaguisado:
Matéle de hombre á hombre
Para vengar cierto agravio.
Maté hombre y hombre doy,
Aquí estoy á tu mandado,
Y en lugar del muerto padre,
Cobraste marido honrado ».
A todos pareció bien,
Su discrecion alabaron,
Y así se hizieron las bodas
De Rodrigo el Castellano.

Carta de Jimena al Rey.

En los solares de Burgos
A su Rodrigo aguardando,
Tan en cinta está Jimena,
Que muy cedo aguarda el parto,
Cuando ademas dolorida
Una mañana en Disanto,
Bañada en lágrimas tiernas
Tomó la pluma en la mano;
Y despues de haberle escrito
Mil quejas á su velado,
Bastantes á domeñar
Unas entrañas de mármol,
De nuevo tomó la pluma
Y de nuevo tornó al llanto,
Y de esta guisa le escribe
Al noble Rey Don Fernando:

A vos, mi Señor el Rey,
El bueno, el aventurado,
El magno, el conqueridor,
El agradecido, el sabio.
La vuesa sierva Jimena,
Fija del Conde Lozano,
A quien vos marido disteis,
Bien así como burlando
Desde Burgos os saluda,
Donde vive lacerando.
Las vuesas andanzas buenas
Llévevoslas Dios al cabo.
Perdonadme, mi Señor,
Si no os fablo muy en salvo,
Que si mal talante os tengo,
Non puedo disimulallo.
¿ Qué ley de Dios vos enseña,
Que podais por tiempo tanto,
Cuando afincais en las lides,
Descasar á los casados?
¿ Qué buena razon consiente
Que á un garzon bien domeñado,
Falagüeño y humildoso,
Le mostreis á ser leon bravo?
¿ Y que de noche y de dia
Le traigais atrailladó,
Sin soltalle para mí,
Sino una vez en el año?
Y esa que me le soltais,
Fasta los pies del caballo
Tan teñido en sangre viene,
Que pone pavor mirallo:
Y cuando mis brazos toca,
Luego se duerme en mis brazos.
En sueños gime y forceja,

Que cuida que está lidiando;
Y apenas el alba rompe,
Cuando le están acuciando
Las escuchas y adalides,
Paraque se vuelva al campo.
Llorando vos le pedí
En mi soledad; cuidando
De cobrar padre y marido,
Ni uno tengo, ni otro alcanzo,
Que como otro bien no tengo,
Y me lo habedes quitado,
En guisa le lloro vivo,
Cual si estuviera enterrado.
Si lo faceis por honralle,
Mi Rodrigo es tan honrado,
Que no tiene barba, y tiene
Cinco Reyes por vasallos.
Yo finco Señor, en cinta,
Que en nueve meses he entrado,
Y me podrán empezer
Las lágrimas que derramo.
No permitais se malogren
Prendas del mejor vasallo,
Que tiene cruzes bermejas,
Ni a Rey ha besado mano.
Respondedme en puridad
Con letras de vuesa mano,
Aunque al vueso mandadero
Le pague yo su aguinaldo.
Dad ese escrito á las llamas,
Non se faga de palacño,
Que a malos barrantadores
Non me sera bien contado.

RESPUESTA DEL REY.

Pidiendo á las diez del dia
Papel á su Secretario,
A la carta de Jimena
Responde el Rey por su mano.
Despues de facer la cruz
Con cuatro puntos y un rasgo,
Aquestas palabras finca
A guisa de cortesano:
A vos Jimena la noble,
La del marido envidiado,
La humildosa, la discreta,
La que cedo espera el parto,
El Rey, que nunca vos tuvo
Talante demesurado,
Vos envia sus saludes
En fe de quereros tanto.
Decisme que soy mal Rey,
Y que descaso casados,
Y que por los mios provechos,
Non cuido de vuesos daños:
Que estais de mí querellosa
Decís en vuesos despachos,
Que non vos suelto el marido,
Bien una vez en el año:
Y que cuando vos le suelto,
En lugar de falagaros,
En vuesos brazos se duerme,
Como viene tan cansado.
Si supiérades, Señora,
Que vos quitaba el velado
Por mis enamoramientos,
Fuera con razon quejaros;
Mas si solo vos le quito
Para lidiar en el campo

Pero si os tiene, Señora,
Con el brial levantado,
No se ha dormido en el lecho,
Si espera en vos mayorazgo.
Y si en el parto primero
Un marido os ha faltado,
No importa, que sobra un Rey
Que os fará cien mil regalos.
Non le escribades que venga,
Porque aunque esté á vueso lado,
En oyendo el atambor,
Será forzoso dejaros.
Si non hubiera yo puesto
Las mis huestes á su cargo,
Nin vos fuerais mas que dueña,
Ni él fuera mas que un fidalgo.
Decís que vueso Rodrigo
Tiene Reyes por vasallos,
¡ Ojalá como son cinco,
Fueran cinco vezes cuatro!
Porque teniéndolos él
Sujetos á su mandado,
Mis castillos y los vuesos
No hubieran tantos contrarios.

Dignas de los siete sabios,
Mejor es para mi archivo,
Que non para el fuego ingrato.
Y porque guardeis la mia,
Y non la fagais pedazos,
Por ella á lo que pariéredes
Prometo buen aguinaldo.
Si fijo, prometo dalle
Una espada y un caballo,
Y dos mil maravedís
Para ayuda de su gasto;
Si fija, para su dote
Prometo poner en cambio
Desde el dia que naciere,
De plata cuarenta marcos.
Con esto ceso, Señora,
Y no de estar suplicando
A la Vírgen, vos alumbre
En los peligros del parto.

CONTESTACION DEL CID Y EL ABAD BERMUDO.

Fablando estaban en el claustro
De San Pedro de Cardeña,
El buen Rey Alfonso al Cid,
Despues de misa una fiesta.
Trataban de las conquistas
De las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo,
Que amor disculpa y condéna.
Propuso el buen Rey al Cid
El ir á ganar á Cuenca,
Y Rodrigo mesurado
Le dice de esta manera:
Nuevo sois, el Rey Alfonso,

Bien estais afinojado,
Que es pavor véros enhiesto;
Asiento es asaz debido
El suelo, de los soberbios.
Descubierto estais mejor,
Despues que se han descubierto
De vuesas altanerías
Las mal guisados sucesos.
¿En qué os habeis empachado,
Que dende el pasado invierno
Non vos han visto en las Cortes,
Puesto que Cortes se han fecho?
¿Por qué, siendo cortesano,
Traeis la barba y cabello
Descompuesta y desviada
Como los padres del yermo?
Pues aunque vos lo pregunto,
Asaz que bien os entiendo,
Bien conozco vuesas mañas
Y el semblante falagüeño.
Quereis decir que cuidando
En mis tierras y pertrechos,
No cuidades de aliñarvos
La barba y cabello luengo.
Al de Alcalá contrariasteis
Mis treguas, paz y concierto,
Bien como si el querer mio
Tuviérades por muy vueso.
A los fronterizos moros
Diz que teneis por tan vuesos,
Que os adoran como á Dios;
Grandes algos habréis dellos.
Cuando en mi jura os hallasteis
Despues del triste suceso
Del Rey Don Sancho mi hermano,

Por Bellido traidor muerto,
Todos besaron mi mano
Y por Rey me obedecieron;
Solo vos me contrallasteis
Tomándome juramento.
En Santa Gadea lo fize
Sobre los cuatro Evangelios
En el balleston dorado,
Teniendo el cuadrillo al pecho.
Matárades á Bellido,
Si fizierais como bueno,
Que no ha faltado quien dijo
Que tuvisteis asaz tiempo.
Fasta el muro le seguisteis,
Y al entrar la puerta adentro,
Bien cerca estaba quien dijo,
Que non osasteis de miedo.
Y nunca fueron los mios
Tan astutos y mañeros,
Que cuidasen que Don Sancho
Muriese por mis consejos.
Murió, porque á Dios le plugo,
En su juïzio secreto,
Quizá porque de mi padre
Quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados,
Desavenencias y tuertos,
Con título de enemigo
De mis Reynos vos destierro.
Yo tendré vuesos condados
Fasta saber por entero,
Con acuerdo de los mios,
Si confiscárvoslos puedo.
No repliquedes palabra,
Que vos juro por San Pedro

Y por San Millan bendito,
Que vos enforcaré luego.
Estas palabras le dijo
El Rey Don Alonso el Sexto
Indocido de traidores,
Al Cid, honor de sus Reynos.

RESPUESTA DEL CID.

Téngovos de replicar,
Y de contrallarvos tengo,
Que no han pavor los valientes,
Ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
A manos de los denuestos,
Menos mal será enforcarme,
Que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra humildoso
A guisa de vueso siervo,
Que teniendo los mis brazos,
Cuido alzarme sin los vuesos.
Cúbranse y non vos acaten
Los ociosos falagüeños,
Que magüer yo no lo soy,
Me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo cortes,
Desde antaño por invierno;
Diz que por la pro comun,
O por los vuesos provechos.
Vos en Lëon las fizisteis;
Pero yo en los campos yermos
Faciendo las mias, desfize
Del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,
E non lo que fué primero,

Y es mal juzgador quien juzga
Sin notar todo el proceso.
Folgá que el Moro de allende
Respete mis fechos buenos,
Que si non me los respeta,
Non vos guardarán respeto.
Asaz me semejais blando,
Porque de tiempo tan luengo,
De apretarvos en la jura
Vos duele el escocimiento.
Mentirá el que me achacare
Del traidor Dolfos el tuerto,
Que sabedes lo que fué,
Y lo que no fué en el reto:
Ademas, que sin espuelas
Cabalgué entónces por yerro.
Vencen pesadas falsías
Al noble y sencillo pecho:
Y pues gasté mis haberes
En prez del servicio vueso,
Y de lo que hube ganado
Vos fize señor y dueño,
Non me lo confiscarédes
Vos ni vuesos compañeros,
Que mal podrédes tollerme
La facienda que no tengo.
De hoy mas seré facendoso,
Pues hoy de vos me destierro;
Y de hoy para mí me gano,
Pues hoy para vos me pierdo.
Estas palabras decia
El noble Cid, respondiendo
A las querellas injustas
Del Rey Don Alfonso el Sexto.

Caballeros de Valduerna,
Homes buenos de Villada,
Y Cristianos de Sansueña.
Escuchadme, si fincáredes
Con memoria, que mis quejas
Son fijas de vueso agravio
Y de vuesa culpa nietas.
Yo soy el Cid Campeador,
Que fincó sobre Consuegra,
Tan humilde al Rey Alfonso,
Cuanto á mi Doña Jimena.
Yo soy aquel que mis armas,
Toda la semana entera,
Non se quitan dos vegadas
Del cuerpo que las sustenta:
Y el que en las batallas crudas,
Con mi lanza y mi ballesta,
Soy el primero de todos,
Y que non duermo en las tienda
Non fago tuerto á los mios,
Magüer facerlo pudiera;
Antes les entrego junto
Los haberes y tenencias.
Peleo con la tizona,

Y por postre tengo asaltos,
Que son frutas que me alegran.
Non desentierro las vidas
De home bueno ó muger buena;
Nin digo si fué fidalgo,
Nin si ha pechado ó si pecha.
Non trato sobre comida
De facer á nadie ofensa,
Sinon de si han apretado
Bien las cinchas á Babieca.
Non me acuesto imaginando
Con mentiras quitar tierras;
Si acaso puedo, las gano,
Y si non, finco sin ellas:
Y conquistando un castillo,
Fago pintar en sus piedras
Las armas del Rey Alfonso,
Y yo humillado par dellas.
Lloro, cuando estoy á solas,
La mi consorte Jimena,
Que finca, cual tortolilla,
Sola y triste en tierra agena;
Que magüer es tierra suya,
Tiene enemigos muy cerca,
Que pues lo son de su esposo,
¿ Quien duda lo serán della ?
Pido justicia, y mis vozes
Cuido fasta el Cielo llegan,
Que como son vozes justas,
No dudo que llegar puedan.
Aquesto escribe Rodrigo
A los Condes, de Consuegra,
A los fidalgos y ricos
Sin honor y sin facienda.

Y con sus venturosas armas
Apenas las manchas secas
De la sangre de los Moros,
Que ha vencido en las fronteras
Que aun estaban los pendones
Tremolando en las almenas
De las soberbias murallas
Humilladas de Valencia;
Cuando para el Rey Alfonso
Un rico presente ordena
De cautivos y caballos,
De despojos y riquezas.
Todo lo despacha á Burgos,
Y á Alvar-Fañez que lo lleva,
Paraque lo diga al Rey
Le dice de esta manera.
Dile, amigo, al Rey Alfonso,
Que reciba su grandeza
De un fidalgo desterrado
La voluntad y la ofrenda;
Y que aquese don pequeño
Solamente tome en cuenta,
Que es comprado de los Moros
A precio de sangre buena;
Que con mi espada en dos años

Y que no juzgue á soberbia
Que con parias de otros reyes
Pague yo á mi Rey mis deudas;
Que pues él, como Señor,
Me pudo quitar mi hacienda,
Bien puedo yo, como pobre,
Pagar con hacienda agena;
Y que juzgue que en su dicha,
Son delante mis enseñas
Millaradas de enemigos
Como ante el sol las tinieblas:
Y espero en Dios que mi brazo
Ha de hacello rico, mientras
La mano apriete á tizona,
Y el talon fiera á Babieca.
Y en tanto mis envidiosos
Descansen, mientras les sea
Firme muralla mi pecho
De su vida y de sus tierras:
Y entreténganse en palacio,
Y guárdense non me vendan,
Que del tropel de los Moros
Soltaré una vez la presa,
Y llegará su avenida
A ver entre sus almenas,
Si defienden bien sus honras,
Como manchan las agenas.
Y si les diese en los ojos
Lo que les dió en las orejas,
Verán que el Cid no es tan malo,
Como son sus obras buenas:
Y si sirven á su Rey
En la paz como en la guerra,
Mentirosos, lisonjeros,
Con la espada ó con la lengua.

A los ojos del glorioso
Mi Príncipe de la Iglesia,
En señal que con su ayuda,
Apenas enhiestas quedan
En toda España otras tantas,
Y ya me parto por ellas.
Y le suplico me envie
Mis fijas y mi Jimena,
Desta alma sola afligida
Regalada y dulce prenda.
Que si non mi soledad,
La suya en menos le duela,
Porque de mi gloria goze,
Ganada en tan larga ausencia.
Mirad, Alvaro, no erreis,
Que en cada razon de aquestas
Llevais delante del Rey
Mi descargo y mi limpieza.
Decidlo con libertad,
Que bien sé que habrá en la rueda
Quien mis pensamientos mida,
Y vuesas palabras mesmas.
Procurad, que aunque les pese
A los que de mi bien pesa,

CONGRACIASE RODRIGO CON EL REY.

Ceñid los membrudos brazos
Al cuello, que bien os quiere,
Por ser asaz de tal dueño,
Que el mundo otro par no tiene.
Non rehuyais de abrazarme,
Que brazos de home tan fuerte
Desentollecen mis tierras,
Y las de Moros tollecen.
Facedlo, que bien podeis,
E cuidá non me manchedes,
Que aun finca en las vuesas armas
La sangre mora reciente.
No atendais tuertos que os fize,
Pues tan buen premio merecen,
Que no quise en mi servicio
Home á quien le sirven Reyes.
Si vos desterré, Rodrigo,
Fué porque á Moros, que crecen,
Desterreis sus fechorías
Y las vuesas alto vuelen.
Non vos eché de mi Reyno
Por falsos que vos mal quieren,
Sí, porque en tierras agenas
Por vos mi poder se muestre.
De Alvar-Fañez vueso primo
Recibí vueso presente,
No en feudo vueso, Rodrigo,
Sinon como de pariente.
Las banderas que ganasteis
A Sarracenos de allende,
Por vuesa mandadería
En san Pedro las verédes.
La vuesa Jimena Gomez,

[illegible] su presencia,
Que cuido que vos atiende
Mas ganosa de vos ver,
Que vos venides de verme:
Que si malos consejeros
Facen oficios que suelen,
En cambio de saludarme,
Atenderédes mi muerte.
Non atendais, home bueno,
Ansí os valga San Llorente,
Y riñas de por San Juan.
Sean paz que dure siempre.
Prended al cuello los brazos,
Que vuesos brazos bien pueden
Prender en paz vueso Rey,
Pues en guerra cinco prenden.
El Rey don Alfonso el Sexto
Le dice esto al Cid valiente,
Que de lidiar con los Moros
Victorioso á su Rey vuelve.

Que tras de sí deja al aire,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo el Alcaide:
Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.
Dejad los dulces regalos,
Y el blando lecho dejadle:
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba
Dejar el amor süave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.
Anteponed el honor
Al gusto, pues menos vale,
Que aquel que no le tuviere,
Hoy aquí podrá alcanzalle.
En honradas ocasiones
Y en peligros semejantes,
Se suelen premiar las armas
Conforme al brazo pujante.
Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.
Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfanje.
Haced rostro á la fortuna,
Tal ocasion no se escape;
Mostrad el robusto pecho
Al furor del fiero Marte.
Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

Siguiendo las banderas,
Van diciendo sin pararse :
Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.
Cual tímidas ovejuelas
Que ven al lobo delante,
Las bellas y hermosas Moras
Llenan de quejas el aire;
Y aunque con femenil pecho,
La que mas puede mas hace.
Pidiendo favor al Cielo,
Van diciendo por las calles :
Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.
Acudieron al asalto
Los Moros mas principales,
Formándose un escuadron
Del vulgo y particulares;
Y contra dos mil Cristianos,
Que están talando sus panes,
Toman las armas furiosos,
Repitiendo en su lenguaje :
Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

Aquel nuevo Apolo en pazes,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dejó memoria
De mil hazañas diversas,
Antes de apuntarle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza,
Que sus mesmos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la Fama
Le importa que se prevenga,
Para contar sus hazañas,
De mas alas y mas lenguas;
Zulema al fin, el valiente
Hijo del fuerte Zulema,
Que dejó en la gran Toledo
Fama y memoria perpetua,
No amando, sino galan,
Aunque armado mas lo era,
Fué á ver en Avila un dia
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que el ver en fiestas al Moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios rëales
Los Adalifes le ruegan
Que se asiente, aunque se temen
Que á todos los escurezca.
Bendiciéndole mil vezes
Su venida y su presencia,
Le dan las Damas asiento
Dentro en sus entrañas mesmas.
Pero al fin, Zulema en medio

Un toro en la plaza sueltan,
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensible y piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la mas gente de ella,
Solo algunos de á caballo,
Aunque le temen, le esperan.
Piensan hacer suerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro embiste,
Los maltrata y atropella.
No osan mirar á las Damas
De pura vergüenza de ellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera mas fiera.
A Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas,
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma,
De quien son los ojos lengua,
Que esquite aquellos azares
Con alguna [illegible]

Salta del andamio luego,
Mas no salta, sino vuela;
Que amor le prestó sus alas
Como es suya aquesta empresa.
Cuando ve que á un hombre el toro
Con pies y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre,
Agora al hombre sujeta.
A pie se parte á librarle,
Y aunque todos le vozean,
No lo deja, porque sabe
Que está su victoria cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfanje,
Haciéndole mil ofensas.
Retírase el toro atras,
Líbrase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,
Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas.
Brama, bufa, escarba, huele,
Anda al rededor, patea,
Vuelve á mirar quien le ofende,
Y de temelle da muestra.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma,
De coraje y sangre hecha.
Pero ya cansado el Moro
De verle durar, le acierta
Un golpe por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta.

Las Damas le envian el alma
A darle la enhorabuena.
La Fama toca su trompa,
Y rompiendo el aire vuela,
Apolo toma la pluma,
Yo acabo, y su gloria empieza.

Fr. Luis de Leon.

A Santiago.

Las selvas conmoviera,
Las fieras alimañas, como Orfeo,
Si ya mi canto fuera
Igual á mi deseo,
Cantando el nombre Santo Zebedeo.
Y fueran sus hazañas
Por mí con voz eterna celebradas,
Por quien son las Españas
Del yugo desatadas
Del bárbaro furor, y libertadas.
Y aquella nao dichosa
Del cielo esclarecer merecedora,
Que joya tan preciosa

Estaba á tí ordenada
La primera corona, y consagrada.
La fe que á Cristo diste
Con presta diligencia has ya cumplido,
De su cáliz bebiste,
Apenas que subido
Al cielo retornó de tí partido.
No sufre larga ausencia,
No sufre, no, el amor que es verdadero;
La muerte y su inclemencia
Tiene por muy ligero
Medio, por ver al dulce compañero.
Cual suele el fiel sirviente,
Si en medio la jornada le han dejado,
Que haciendo prestamente
Lo que le fué mandado,
Torna buscando al amo ya alejado;
Ansí entregado al viento
Del mar Egeo al mar de Atlante vuela,
Do puesto el fundamento
De la cristiana escuela,
Torna buscando á Cristo á remo y vela.
Allí por la maldita
Mano el sagrado cuello fué cortado.
Camina en paz, bendita
Alma, que ya has llegado
Al término por tí tan deseado.
A España, á quien amaste,
(Que siempre al buen principio el fin responde)
Tu cuerpo le envïaste,
Para dar luz adonde
El sol su claridad cubre y esconde.
Por los tendidos mares
La rica navecilla va cortando;
Nereidas á millares,

Del agua el pecho alzando,
Turbadas entre sí la van mirando.
Y dellas hubo alguna,
Que con las manos, de la nave àsida,
La aguija con la una,
Y con la otra tendida,
A las demas que lleguen las convida.
Ya pasa del Egeo,
Ya vuela por el Jonio, atras ya deja
El puerto Lilibeo,
De Córcega se aleja,
Y por llegar al nuestro mar se aqueja.
Esfuerza viento, esfuerza,
Hinche la santa vela, embiste en popa
El viento, haz que no tuerza
Do Abila casi topa
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.
Y tú, España, segura
Del mal y cautiverio que te espera,
Con fe y voluntad pura
Ocupa la ribera,
Recibirás tu guarda verdadera;
Que tiempo será cuando
De innumerables huestes rodëada,
Del cetro real y mando
Te verás derrocada,
En sangre, en llanto y en dolor bañada.
De hácia el Mediodia
Oyo ya que la voz amarga suena;
La mar de Berbería
De flotas veo llena,
Hierve la costa en gente, en sol la arena.
Con voluntad conforme
Las proas contra tí se dan al viento,
Y con clamor deforme

De pavoroso acento,
Avivan de remar el movimiento.
Y la infernal Meguera,
La frente de ponzoña coronada,
Guia la delantera
De la morisca armada,
De fuego, de furor, de muerte armada.
Cielos, so cuyo amparo
España está á merced, en tanta afrenta,
Si ya este suelo caro
Os fué, nunca consienta
Vuestra piedad, que mal tan crudo sienta.
¡Mas ay! que la sentencia
En tabla de diamante está esculpida!
Del Godo la potencia
Por el suelo caida,
España en breve tiempo es destruida.
¿Cual rio caudaloso
Que los opuestos muelles ha rompido
Con sonido espantoso,
Por los campos tendido
Tan presto y tan feroz jamas se vido?
Mas cese el triste llanto,
Recobre el Español su bravo pecho,
Que ya el Apóstol santo,
Un otro Marte hecho,
Del cielo viene á dalle su derecho.
¿Vesle de limpio azero
Cercado, y con espada relumbrante,
Como rayo ligero,
Cuanto le va delante
Destroza y desbarata en un instante?
De grave espanto herido
Los rayos de su vista no sostiene
El Moro descreido;

Por valiente se tiene
Cualquier que para huir ánimo tiene.
Huye, si puedes tanto,
Huye; mas por demas, que no hay huida:
Bebe dolor y llanto
Por la mesma medida,
Con que ya España fué de tí medida.
Como lëon hambiento
Sigue, teñida en sangre espada y mano,
De mas sangre sediento
Al Moro que huye en vano;
De muertos queda lleno el monte y llano.
¡O gloria! ¡o gran prez nuestra!
¡Escudo fiel! ¡o celestial guerrero!
Vencido ya se muestra
El Africano fiero
Por tí, tan orgulloso de primero.
Por tí del vituperio,
Por tí de la afrentosa servidumbre
Y triste cautiverio
Libres, en clara lumbre
Y de la gloria estamos en la cumbre.
Siempre venció tu espada,
O fuese de tu mano poderosa,
O fuese menëada
De aquella generosa
Que sigue tu milicia religiosa.
De tu virtud divina
La fama que resuena en toda parte,
Siquiera sea vecina,
Siquiera mas se aparte,
A la gente conduce á visitarte.
El áspero camino
Vence con devocion, y al fin te adora
El Franco, el peregrino

Que Libia descolora,
El que en Poniente, el que en Levante mora.

Profezía del Tajo.

Folgaba el Rey Rodrigo
Con la hermosa Caba en la ribera
Del Tajo sin testigo;
El pecho sacó fuera
El Rio, y le habló de esta manera:
En mal punto te gozes,
Injusto forzador, que ya el sonido
Oyo ya, y las vozes
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
¡Ay! esa tu alegría
¡Qué llantos acarrea! y esa hermosa
Que vió el sol en mal dia,
A España ¡ay! cuan llorosa,
Y al cetro de los Godos cuan costosa!
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales.
A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitaña,
A toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cadiz llama
El injuriado Conde, á la venganza
Atento y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.

Oye que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El Moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
La lanza ya blandea
El Arabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea,
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el dia y le escurece.
¡Ay! que ya presurosos
Suben las largas naves; ¡ay! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden.
El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el Hercúleo estrecho
Con la punta azerada
El gran padre Neptuno da á la armada.
¡Ay triste! ¿y aun te tiene
El mal dulce regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

¡Ay cuanto de fatiga!
¡Ay cuanto de dolor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y caballos juntamente!
Y tú, Betis divino,
De sangre agena y tuya amancillado,
Darás al mar vecino,
¡Cuanto yelmo quebrado!
¡Cuanto cuerpo de nobles destrozado!
El furibundo Marte
Cinco luzes las hazes desordena
Igual á cada parte;
La sexta ¡ay! te condena,
¡O cara Patria! á bárbara cadena.

Fernando de Herrera.

A Don Juan de Austria.

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetüoso,
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso;
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde, quebrantada
Desamparó la guerra,
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada;
En el sereno polo
Con la süave cítara presente,
Cantó el crinado Apolo
Entónces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.

La canora armonía
Suspendia de Dioses el Senado;
Y el Cielo que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enagenado.
Halagaba el sonido
Al piélago sañudo, al raudo viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las Musas consonaban á su intento.
Cantaba la victoria
Del ejército etéreo y fortaleza,
Que engrandezió su gloria;
El horror y aspereza
De la Titania estirpe y su fiereza.
De Palas Atenea
El Gorgóneo terror, la ardiente lanza;
Del Rey de la onda Egea
La indómita pujanza,
Y del Hercúleo brazo la venganza.
Mas del Bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra,
Que á la Flégrea hueste fué siniestra.
A tí decia, escudo,
A tí del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo
El escuadron sañoso,
Con sierpes enroscadas espantoso.
Tú solo á Oromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte,
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu asta fuerte.

¡ O hijo esclarecido
De Juno ! ¡ O duro y no cansado pecho ,
Por quien cayó vencido ,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué deshecho !
Tú , cubierto de azero ,
Tú , estrago de los hombres indignado ,
Con sangre hórrido y fiero ,
Rompiste acelerado
Del ancho muro el torrëon alzado.
A tí libre ya debe
De rezelo Saturnio , que el profano
Linaje , que se atreve
A alzar la osada mano,
Sienta su bravo orgullo salir vano.
Mas aunque resplandezca
Esta victoria tuya conocida
Con gloria que merezca
Gozar eterna vida ,
Sin que yaga en tinieblas ofendida ;
Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido, y la termine ;
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine
Que ante él desmaye el tuyo , y se le incline.
Y el fértil Occidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña ,
Descubrirá presente
Con prez y honor de España
La lumbre singular de esta hazaña.
Que el Cielo le concede
A aquel ramo de César invencible ,
Que su valor herede ,
Paraque al Turco horrible
Derribe el corazon y ardor terrible.

Vese el pérfido bando
En la fragosa, yerta, aérea cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre.
Y allí, de miedo ageno,
Corre cual suelta cabra, y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus odios la venganza.
Mas despues que aparece
El jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpeze
Al rebelde, y atierra
Con espanto y con muerte la ímpia guerra.
Cual tempestad ondosa
Con horrísono estruendo se levanta,
Y la nave medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre peñascos ásperos quebranta;
O cual de cerco estrecho
El flamígero rayo se desata
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su ímpetu arrebata.
La Fama alzará luego
Y con las alas de oro la victoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria
Con puro lampo de inmortal memoria.
Y extenderá su nombre
Por do Zéfiro espira en blando vuelo,
Con ínclito renombre
Al remoto indio suelo,
Y á do esparce el rigor helado el cielo.

Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
El solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía,
Tu esfuerzo acrecentaras y osadía.
Si este al Cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance rezelara
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.
Traed, Cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacïoso,
Que oprime deteniendo
El curso glorïoso:
Haced que se adelante presuroso.
Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno, y resplandece,
Y Mavorte dudoso se escurece.

Lope de Vega.

Judit.

Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Betulia, en vano
Despidió contra sí rayos al Cielo.
Revuelto con el ansia el rojo velo
Del pabellon á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.

Vertido Baco el fuerte harnes afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen las guardas que tan mal emplea;
Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israel, la casta Hebrea
Con la cabeza resplandece armada.

D. Ignacio de Luzan.

A la conquista de Oran.

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos
El arco y cuerdas, y de nuestro canto
Se oiga la voz por todo el hemisferio;
Las vencedoras sienes coronemos
Del sagrado laurel al que es espanto
Del infiel Mauritano, al Marte Ibero.
¿Ya para cuando quiero
Los himnos de alegría y las canciones,
Premio no vil que el coro de las nueve
A las fatigas debe,
Y al valor de esforzados corazones?
¿Para cuando estará, Musas, guardado
Aquel furor que bebe
Con las ondas suavísimas mezclado
De la Castalia fuente, el labio solo
De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?
Una selva de pinos y de abetes
Cubrió la mar, angosta á tanta quilla:
Para henchir tanta vela faltó viento:
De flámulas el aire y gallardetes
Poblado, divisó desde la orilla
Pálido el Africano y sin aliento:
Del húmedo elemento

Dividiendo los líquidos cristales,
Y blandiendo Neptuno el gran tridente,
Alzó airado la frente
De ovas coronada y de corales.
¿Quien me agobia con tanta pesadumbre
La espalda? ¿Hay quien intente
Poner tal vez en nueva servidumbre
Mi libre imperio? ¿O por ventura alguno
Me le quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?
Así decia el Dios: las españolas
Proras en tanto del undoso seno
Iban cortando la salada espuma.
Humildes retirábanse las olas,
Zéfiro por el cielo ya sereno
Batia en torno su ligera pluma.
¿Adonde irá la suma
De tanto alado pino? ¿Hay otro mundo
Que el Español intrépido someta?
¿Hay otros que acometa
Riesgos por el Océano profundo?
¿Si es que al soberbio Ingles moverá guerra,
O si verá otra vez la Etnisia tierra?
¿Adonde ha de ir, sino es donde le llama
La santa fe, la verdadera fama?
Estremecióse el africano suelo,
Y temblaron de Oran torres y almenas
Del formidable vencedor á vista:
En vano á la mezquita erróneo zelo
Trae madres y esposas, de horror llenas,
A rogar que Mahoma les asista.
No hay poder que resista
Al ímpetu y ardor del leon de España,
Que vino, vió y venció; y el Agareno
Probó, de susto lleno,
A un tiempo amago y golpe de su saña;

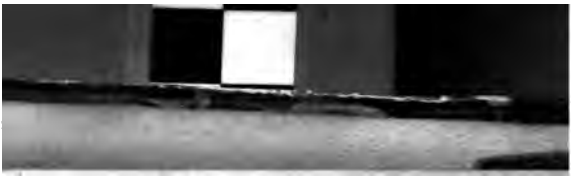
Los ilustres ejemplos, Patria mia.
Lejos del ocio y de estranjera pompa,
Ame el fuerte mancebo armas y lides,
Y en vez de afeminada melodía,
Guste solo del parche y de la trompa.
Ambos hijares rompa
Con la espuela al bridon: con pecho fuerte
Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,
Y por la brecha ascienda
A buscar y vencer la misma muerte.
O aprenda á domeñar del mar la furia,
O á moderar la rienda
Del gobierno político en la curia,
Dejando en guerra y paz clara memoria:
Así se sube al templo de la gloria.
Pues ya tanto tu vuelo se remonta,
Cancion ligera y pronta,
Ve de Oran á la playa,
Y allá tambien contigo al campo vaya
Este aplauso primero:
Y di en mi nombre al vencedor Ibero,
Que si por dicha tanto
Como ya su valor puede mi canto,
Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,
Será eterna su fama en todo el orbe.

Iglesias.

En loor de los Héroes Españoles.

¿Cuál Héroe invicto, ¡ó sacra Melpomene!
Qué hazaña portentosa
Del Ibero valor querrás piadosa,
Que en mi agitada cítara resuene;

Siquiera incauto zelo
Me instigue, y la pasion al patrio suelo?
Ora mi acento al Ródope aplaudido
Del zéfiro llevado
Se vea en donde Orfeo, el encrespado
Cabello de laurel y oro ceñido,
Cantando en docta lira
Del oso y del lëon domó la ira.
Cuando el cristal mil Náyades rompieron
Por oir la hechizera
Música de su voz, y en la carrera
Las mas rápidas ondas se tuvieron,
Y los vientos veloces
Enfrenaron sus impetus ferozes.
Allí donde los plátanos mostraron,
Y fecundos olivos
Dar aplauso á su son, cuando festivos
Sus pomposas guirnaldas reclinaron;
Los ramos estendian,
Y atentamente pareció que oian.
¿Mas cual furor mi espíritu levanta?
¿De cual númen llevado,
Que en el globo inmortal jamas tocado
De otros mortales pies fijo la planta,
Y el mundo abandonando,
Por los campos etéreos voy vagando?
¿Qué no vista palestra, qué estandarte,
Qué bélico alboroto
De inmensos escuadrones miro y noto?
¿No es este el reyno del sangriento Marte?
¿No oygo de sus inquietas
Cajas el son, y horrísonas trompetas?
Sobre un carro agilísimo rodante
Descubro al Dios horrendo,
Sus ferozes cuadrigas impeliendo;



De pie á cabeza armado de diamante:
Tras la lanza el membrudo
Brazo blandiendo el fulminante escudo.
La Virtud militar, su rostro hermoso
El fuego al sol hurtando,
Las garzas del morrion al viento ondeando,
Valor infunde al ánimo fogoso,
A sus atletas fieles
Mil triunfos prometiendo, y mil laureles.
Seguida de varones esforzados,
A los demas cual soles
Los deslumbran los claros Españoles
En la sublime rueda colocados;
Y atónitos los miran
Los que los eternales cercos giran.
Mi pecho enardecido en viva llama
Del antiguo deseo
De celebrar las glorias, en que hoy veo
El ejemplo feroz que tanto inflama
La hispana valentía,
Con nueva agitacion así decia:
Salve, ínclitos Iberos no domados,
Cuyos fuertes pendones
Dieron del frio Sur á los Triones
Sombra y asombro en pueblos ignorados,
Poniendo justo freno
Del fin del orbe al mas oculto seno!
A vos la tierra se postró rendida,
Sus límites abriendo;
Por hijos os juzgó de Jove horrendo
Dejando su estension estremecida,
Y absorta en la pujanza
Con que mil rayos vuestra diestra lanza.
Así yo enardecido prorrumpia,
Absorto en los campeones

De nuestra Patria indómitos leones;
Cuando desfalleciendo mi osadía,
Advierto que oso en vano
Subir donde no osara orgullo humano.
Que si aquel globo altísimo defiende
En sus etéreos techos
La inmortal gloria de los altos pechos,
Que en bélico furor Mavorte enciende;
En vano humana lira
A competir su eternidad conspira.
Y si una empresa tan difícil y alta
De baxo al númen culpa,
Solo intentarla basta por disculpa,
Cuando la fuerza y no el deseo falta;
Y yo en haberla osado
Seré con gloria en otra edad nombrado.

D. Manuel José Quintana.

A la Invencion de la Imprenta.

¿Será que siempre la ambicion sangrienta,
O del solio el poder pronuncie solo,
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria
¿Serán tal vez del nombre á quien daria
Eterno oprobio ó maldicion la historia?
¡Oh! despertad: el humillado acento
Con majestad no usada,
Suba á las nubes penetrando el viento:
Y si quereis que el universo os crea

Dignos del lauro en que ceñis la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.
No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad; siempre las aras
De la invencion sublime,
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivífica mies descubre al suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste tambien, tú que allá un dia
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras, detuviste
La palabra veloz que antes huia?
Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste; el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenia.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que antes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡O gloriosa ventura!
Goza, Genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza y los honores,
Que á tu invencion magnífica se deben.
Contémplala brillar; y cual si sola
A ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura,
De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
Le plugo hacer de sí, y el Rin helado
Nacer vió á *Guttemberg* « ¡ Con que es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase escribiéndole á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento
En letargosa oscuridad se olvida!
No basta un vaso á contener las olas
Del férvido Océano,
Ni en solo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano:
¿ Qué les falta? ¿ volar? pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invencion la siga;
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse ».
Dijo, y la imprenta fué; y en un momento
Vieras la Europa atónita agitada
con el estruendo sordo y formidable,
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador, que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡ Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcan reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿ Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo,
Que abortó el Dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?
Dura sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.

Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra;
Su albergue en ella y su defensa hizieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada,
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Despues abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinosa, todavía
La aterradora faz que ántes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece y cae:
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros; y entre tanto
Es escarnio y baldon de la comarca
La que antes fué su escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienes
Ornó de la razon, mientras osada,
Sedienta de saber la inteligencia,
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable ántes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso,
Que da á torrentes su esplendor al dia.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar: la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetüosos,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Neuton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

¡ Ah ! ¿ qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable lúz, y hasta en la tierra
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal ? Mente ambiciosa,
Vuélvete al hombre. Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignacion en sus clamores.
« ¡ Con que el mundo moral todo es horrores !
¡ Con que la atroz cadena
Que forjó en su furor la tiranía,
De polo á polo inexorable suena,
Y los hombres condena
De la vil servidumbre á la agonía !
¡ Oh ! no sea tal ». Los déspotas lo oyeron,
Y el cuchillo y el fuego á la defensa
En su diestra nefaria apercibieron.
¡ O insensatos ! ¿ Qué haceis ? Esas hogueras
Que á devorarme horribles se presentan,
Y en arrancarme á la verdad porfian,
Fanales son que á su esplendor me guian,
Antorchas son que su victoria ostentan.
En su amor anhelante
Mi corazon extático la adora,
Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.
No : ni el hierro ni el fuego amenazante
Posible es ya que á vacilar me obliguen.
¿ Soy dueño por ventura
De volver el pie atras ? Nunca las ondas
Tornan del Tajo á su primera fuente,
Si una vez hácia el mar se arrebataron :
Las tierras, los peñascos su camino
Se cruzan á atajar ; pero es en vano,
Que el venceder destino
Las impele bramando al Océano.

Llegó pues el gran dia,
En que un mortal divino sacudiendo
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente
Dijo á la faz del mundo: *El hombre es libre;*
Y esta sagrada aclamacion saliendo,
No en los estrechos límites hundida
Se vió de una region; el eco grande
Que inventó *Guttemberg* la alza en sus alas;
Y en ellas conducida,
Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la extension del vago viento:
Y sin que el trono ó su furor la asombre,
Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razon: *Libre es el hombre.*
Libre, sí, libre; ¡ o dulce voz! mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el númen que me agita
De tu sagrada inspiracion henchido,
A la region olímpica se eleva,
Y en sus alas flamígeras me lleva.
¿ Donde quedais, mortales,
Que mi canto escuchais? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los siglos romperse, y descubrirse
Cuanto será: ¡ o placer! no es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardieron
La implacable ambicion, la horrible guerra.
Ambas gimiendo para siempre huyeron,
Como la peste y las borrascas huyen
De la afligida zona, que destruyen,
Si los vientos del polo aparecieron.
Los hombres todos su igualdad sintieron,

Y á recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.
No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos:
Que amor y paz el universo llenan,
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan.
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los aires tiende;
Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envia.
¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran coluna,
El magnífico y bello monumento
Que á mi atónita vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombre entre opresion granjea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe á *Guttemberg* tributa;
Breve homenaje á su favor inmenso.
¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró, sobre ella alzando
A la alma inteligencia!
¡Gloria al que en triunfo la verdad llevando
Su influjo eternizó libre y fecundo!
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

Aquí vive el contento,
Aquí reyna la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamas anochece;
Eterna primavera aquí florece.
¡O campos verdaderos!
¡O prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡O deleitosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

A Felipe Ruiz.

¿Cuando será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo,
Felipe; y en la rueda,
Que huye mas del suelo,
Contemplar la verdad pura sin duelo?
Allí á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido
Veré distinto y junto
Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio propio y ascondido.
Entónces veré cómo
La soberana mano echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Destable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento.
Veré las inmortales
Colunas do la tierra está fundada,

Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La Providencia tiene aprisionada.
Porqué tiembla la tierra,
Porqué las hondas mares se embravezen,
Do sale á mover guerra
El cierzo, y porqué crecen
La aguas del Océano, y descrecen:
De do manan las fuentes,
Quien ceba y quien bastece de los rios
Las perpetuas corrientes;
De los helados frios
Veré las causas, y de los estíos:
Las soberanas aguas
Del aire en la region quien las sostiene,
De los rayos las fraguas,
Do los tesoros tiene
De nieve Dios, y el trueno donde viene.
¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano?
El dia se ennegreze,
Sopla el gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano:
Y entre las nubes mueve
Su carro Dios, ligero y reluziente;
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente:
La lluvia baña el techo,
Envian largos rios los collados,
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores espantados.
Y de allí levantado
Veré los movimientos celestiales,

Así el arrebatado,
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.
Quien sigue las estrellas
Verá, y quien las enciende con hermosas
Y eficaces centellas;
Porqué están las dos Ogas
De buña [illegible] siempre medrosas.
Verá [illegible] o,
Fuente [illegible] do se mantiene;
Y porqu[illegible]
Tan presuroso [illegible]
Quien en [illegible] rgas le detiene.
Verá [illegible]
En la mas alta [illegible] as moradas
Del goso y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

A la Ascension.

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
Los ántes bien hadados,
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos
¿A do convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?

¿Aqueste mar turbado
Quien le pondrá ya freno? ¿quien concierto
Al viento fiero airado?
¿Estando tú cubierto,
Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo ¿qué te aquejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuan rica tú te alejas!
¡Cuan pobres y cuan ciegos ¡ay! nos dejas!

Herrera.

A LA BATALLA DE LEPANTO.

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Traze fiero.
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
T ro mpiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero.
Sus escogidos Príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron,
Cual piedra, en el profundo; y tu ira luego
Los tragó, como arista seca el fuego.
El soberbio tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas excelsos de la cima;
Y el árbol que mas yerto se sublima,
Bebiendo agenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños confundidos
Del impio furor suyo, alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Esperias que el mar baña;
Porque en tí confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdeñoso:
¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el Ungaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quien los pudo librar, quien de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallos de mi diestra vencedora?
. . . . . .
Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan por salvarse ya la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luzes cayendo se oscurecen,
Sus fuertes á la muerte ya caminan;
Sus vírgenes están en cautiverio;
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio;
Del Nilo á Eufrátes fértil é Istro frio,
Cuanto el sol alto mira, todo es mio.
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima
Prevaleciendo en vanidad y en ira,
Este soberbio mira

Que tus aras afea en su victoria;
No dejes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos cruel, las fieras cebe
Y en su esparcida sangre el odio pruebe:
Que hechos ya su oprobio, dice: ¿ donde
El Dios de estos está? ¿ de quien se asconde?

. . . . . .

Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene, en nuestro estrago;
Juntó el consejo, y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
Venid, dijeron, y en el mar ondoso
Hagamos un gran lago;
Destruyamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente,
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.
Vinieron de Asia y portensa Egito
Los Arabes y leves Africanos;
Y los que en Grecia junta mal con ellos
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito;
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines, y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar, y la luz de ellas.
Ocuparon del piélago los senos,
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de Sarracenos
El Señor eligiendo nueva guerra,
Se opuso el Jóven de Austria generoso
Con el claro Español y beliceso;

Que Dios no sufre ya, en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.
Cual lëon á la presa apercibido,
Sin rezelo los ímpios esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo,
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco azerado, y con la espada,
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda
Como la arista queda,
Al ímpetu del viento á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,
Y sus brazos terribles no vencidos,
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silbando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
De tu lëon temiendo las hazañas,
Que saliendo de España, dió un rugido,
Y le dejó asombrado y aturdido.
Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza,
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;

Que tu dia es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cérviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egipto amedrentada,
Temerá el fuego y la asta vïolenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo,
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egipcia, y gloria de su confïanza:
Triste, que á ella pareces no temiendo
A Dios, y á tu remedio no atendiendo,
¿Porqué, ingrata, tus hijas ayuntaste
En adulterio infame á una ímpia gente,
Que deseaba profanar tus frutos;
Y con ojos enjutos
Sus odïosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente?
Dios vengará sus iras en tu muerte,
Qué llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya. ¿Quien, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar: tú, excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa,
Y el término espantabas de la tierra,
Y si movias guerra,
De temor la cubrias con suspiro;
¿Cómo acabaste fiera y orgullosa?
¿Quien lanzó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto.

Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.
  Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quien ya tendrá de tí lastima alguna,
Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quien [illegible] riano sentimiento?
¿Quien [illegible] Que á Dios enciende
Tu ira, [illegible] que le ofende;
Y tus vie[illegible] danza
Han vuelt[illegible] edir venganza.
  Los qu[illegible] azos quebrantados
Y de tus [illegible] desnudo,
Que sus [illegible] n y llanura,
Viendo tu muerte oscura,
Dirán de tus estragos quebrantados:
¿Quien contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano
Por la fe de su Príncipe cristiano,
Y por el nombre santo de su gloria,
A su España concede esta victoria.
  Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos:
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre ¡o nuestro Dios, nuestro consuelo!
Y la cerviz rebelde condenada
Perezca en breves llamas abrasada.

Lope de Vega.

Vida libre.

¡O libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra!
Mas rica y mas gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del Sur entre su nácar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas
Conquistado en el mundo!
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas:
En tí solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.
Cuando de las humanas
Tinieblas ví del cielo
La luz, principio de mis dulces dias,
Aquellas tres hermanas,
Que nuestro humano velo
Tejiendo llevan por inciertas vias,
Las duras penas mias
Trocaron en la gloria,
Que en libertad poseo
Con siempre igual deseo;
Donde verá por mi dichosa historia,
Quien mas leyere en ella,
Que es dulce libertad lo menos della.
Yo pues, señor esento
De esta montaña y prado,
Gozo la gloria y libertad que tengo.
Soberbio pensamiento
Jamas ha derribado

La vida humilde y pobre que entretengo.
Cuando á las manos vengo
Con el muchacho ciego,
Haciendo rostro enhisto,
Venzo, triunfo y resisto
La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
Y con libre albedrío
Lloro el ageno mal, y espanto el mio.
Cuando la aurora baña
Con helado rozío
De aljófar celestial el monte y prado,
Salgo de mi cabaña
Riberas de este rio
A dar el nuevo pasto á mi ganado;
Y cuando el sol dorado
Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debajo un sauze ó pino,
Oyendo el son de las parleras aves,
O ya gozando el aura,
Donde el perdido aliento se restaura.
Cuando la noche oscura
Con su estrellado manto
El claro dia en su tiniebla encierra,
Y suena en la espesura
El tenebroso canto
De los nocturnos hijos de la tierra,
Al pie de aquesta sierra
Con rústicas palabras
Mi ganadillo cuento,
Y el corazon contento
Del gobierno de ovejas y de cabras,
La temerosa cuenta
Del cuidadoso Rey me representa.
Aquí la verde pera

Con la manzana hermosa
De gualda y roja sangre matizada,
Y de color de cera
La cermeña olorosa
Tengo, y la endrina de color morada:
Aquí de la enramada
Parra que el olmo enlaza
Melosas ubas cojo,
Y en cantidad recojo,
Al tiempo que las ramas desenlaza
El caluroso estío,
Membrillos que coronan este río.
No me da descontento
El hábito costoso
Que de lascivo el pecho noble infama:
Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama:
Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas,
Que algun Rey la envidiara;
Y de tí, fuente clara,
Que bullendo el arena y agua arrojas,
Estos cristales puros:
Sustentos pobres, pero bien seguros.
Estése el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento:
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento:
Viva y muera sediento
Por el honroso oficio;
Y goze yo del suelo
Al aire, al sol, al hielo

Ocupado en mi rústico ejercicio,
Que mas vale pobreza
En paz, que en guerra misera riqueza.
Ni temo al poderoso,
Ni al rico lisonjeo,
Ni soy camaleon del que gobierna:
Ni me tiene envidioso
La ambicion y deseo
De agena gloria, ni de fama eterna.
Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel dia,
En prado, en fuente fria,
Halla un pastor con hambre fatigado;
Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.

Cristobal Suarez de Figueroa.

Felizidad de la Vida.

¡ O bien feliz el que la vida pasa
Sin ver del que gobierna el aposento,
Y mas quien deja el cortesano asiento
Por la humildad de la pajiza casa!
Que nunca teme una fortuna escasa,
De agena envidia el ponzoñoso aliento;
A la planta mayor persigue el viento,
A la torre mas alta el rayo abrasa.
Contento estoy de mi mediana suerte;
El poderoso en su deidad resida:
Mayor felizidad yo no procuro,
Pues la quietud sagrada al hombre advierte

Ser para el corto espacio de la vida
El mas humilde estado mas seguro.

D. Juan de Jaúregui.

Vana Grandeza.

¡ Ay de cuan poco sirve al arrogante
El edificio, que soberbio empina
Sobre pilastras de Tenaro, y fina
De mármol piedra y de color cambiante!
Pues cuanto mas del suelo se levante
Máquina excelsa al cielo convecina,
Tanto mas cerca atiende á su rüina,
Tanto mas cerca al rayo del Tonante.
Consumirá en los jaspes su tesoro,
Y consumidos de la propia suerte
Ellos serán en término ligero.
Y por ventura entre alabastros y oro
Del alto capitel, verá su muerte
Pobre y desnudo el sucesor primero.

D. Juan de Arguijo.

Las Estaciones.

Vierte alegre la copia en que atesora
Bienes la Primavera, da colores
Al campo, y esperanza á los pastores
Del premio de su fe la bella Flora:
Pasa ligero el sol adonde mora
El Cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora.

Sigue el húmido Otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere;
Luego el Invierno en su rigor se extrema.
¡ O variedad comun ! ¡ mudanza cierta !
¿ Quien habrá que en sus males no te espere ?
¿ Quien habrá que en sus bienes no te tema ?

La Tempestad y la Calma.

Yo ví del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desfallece
Su alegre faz, y en torno se oscurece
El aire con tiniebla de horror llena :
El Austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo, y con espanto truena.
Mas luego ví romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia ;
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dije : ¿ quien sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia ?

Pedro Padilla.

Mi Deseo.

Procure el que quisiere los favores,
Las pompas, los regalos engañosos
Del mundo, y los palacios suntüosos,
Donde solo hay cuidados y dolores.
Yo solo el prado lleno de mil flores,
Y estos arroyos frescos deleitosos

Quiero por mi descanso, y los sabrosos
Lamentos dulces de los ruiseñores.
Quiero sin ambicion pasar la vida,
Y agena suerte no envidiar ninguna,
Ni dejarme llevar de devaneos;
Y la vana esperanza despedida,
Burlar de las mudanzas de fortuna,
Hecho Rey y Señor de mis deseos.

Lupercio Leonardo de Argensola.

La Esperanza.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del Agosto abrasado,
Y en los lagares ricos del Octubre:
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.
Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro,
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas cuando se destierra,
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.
La vida al mar confia
Y á dos tablas delgadas
El otro que del oro está sediento;
Escóndesele el dia,

Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento;
El quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro lo pone y en la mina.
Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto:
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida,
Y tiene de su afan por premio justo
Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras,
En vano cautas, fuertes y ligeras.
Premio y cierto fin tiene
Cualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene
La opinion del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Cuando todos huyeron para el cielo.
. . . . . .

El labrador.

Tras importunas lluvias amanece
Coronando los montes el sol claro,
Salta del lecho el labrador avaro
Que las horas ociosas aborrece.
La torva frente al duro yugo ofrece
El animal que á Europa fué tan caro:
Sale de su familia firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece.

Vuelve de noche á su muger honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
Y el enjambre de hijuelos le rodea.
Fáciles cosas cena con gran fiesta,
El sueño sin envidia le recibe:
¡ O corte! ¡ o confusion! ¡ quien te desea!

Bartolomé Argensola.

Premio y Castigo de la otra vida.

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Porqué ha de permitir tu providencia,
Que arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
¿ Quien da fuerzas al brazo, que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia,
Y que el zelo que mas las reverencia
Gima á los pies del vencedor injusto?
Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicas, la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decia yo, cuando riendo
Celestial Ninfa apareció y me dijo:
Ciego ¿ es la tierra el centro de las almas?

Agustin de Tejada Paez.

El Varon Constante.

. . . . . .
Vese este tal entre salobres ondas,
Que al cielo se levantan,
Y que en peñascos cóncavos quebrantan

En muerte envueltas las arenas hondas;
Mas sacando su aliento,
Calma el mar, rinde el tiempo, enfrena el viento.
Vese este tal donde el furioso Escita
Entre escarchada nieve,
Sangre espumosa de caballos bebe,
Y va ante él, aunque mas su furia incita,
Mas seguro y con
Que ante el la [illegible] caminante.
Y si por caso, [illegible] trio muro
El contrario avasalla
La libertad á [illegible] alla,
Entre el despo[illegible] á seguro,
Burla de su ener[illegible]
Porque sus bienes llevará consigo.
Dichoso el tal, dichoso, pues que puede
Su trofeo divino
Colgar de cualquier roble ó cualquier pino,
Sin que fuerza ó envidia se lo vede,
Pues nunca á su esperanza
El tiempo volador hizo mudanza.
Sale hermosa del rosado Oriente
La aljofarada Aurora,
Que el cielo de oro y bermellon colora;
Y sale, al caer el sol en Occidente,
La noche de su gruta,
Que alza el mar, cubre el mundo, el cielo enluta.
Viene el verano, y de pintadas flores
Y verdes esmeraldas
Borda del campo las tendidas faldas;
Y tras dél, de humedad, frio y temblores
Luego el invierno marcha,
Que hojas bate, flor quema, campo escarcha.
Arenas de oro entre cristal luziente
Mezclando el claro rio,

Va á descansar al mar su fuerza y brio;
Pero no siempre lleva una corriente
Por una misma tierra,
Que ya lo impide un valle, ya una sierra.
No siempre el justo Cielo favorece
Los intentos humanos,
Porque penetra bien que son livianos;
Y que cualquier favor los desvanece;
Y por ello fortuna
Imita en sus mudanzas á la luna.
¡ Qué de vezes se vió en noche serena,
Lleno el rostro hermoso
De blanca plata y resplandor lustroso,
Llenos los cuernos de la luna llena,
Y despedir centellas claras y rutilantes las estrellas!
¡ Y qué de vezes en un punto luego
Se vió triste y nublada,
Botos los cuernos y la luz menguada,
Amarilla su plata, muerto el fuego,
Y las centellas muertas,
Y las estrellas de humedad cubiertas!
Sécase el rio, el manso mar se altera,
Eclípsase la luna,
Truécase el tiempo, mudase fortuna,
Pasa el dia, la noche se aligera
Y todo nos molesta;
¡ O santo cielo! ¡ qué mudanza es esta!
Solo el sabio se ve firme y constante
Entre mudanzas tantas,
Porque tiene firmísimas las plantas
Sobre duras colunas de diamante.
¿ Mas quien será este sabio?
En su alabanza moveré mi labio.
¡ O salve! le diré, tú que seguro
De las injurias largas

Del tiempo, tan mudables como amargas,
Burlas dellas y dél, firme cual muro!
Tus pies humilde beso,
Pues para tanto te ha bastado el seso.

. . . . . .

---

de Perea.

DESI[illegible]ANIDAD MUNDANA.

Por cu[illegible]ado
Aquel pr[illegible]
Que con [illegible]está contento,
Pues viv[illegible],
Sin mas entremeterse
En honras vanas, que se lleva el viento.
Alegre en su aposento,
No envidia de los Reyes
Los levantados techos
De cedro y nogal hechos,
Que están quitando y añadiendo leyes;
Ni de sus tronos reales
Los diamantes, zafiros y cristales.
Con un pobre sustento
Está mas satisfecho,
Que los Grandes con todos sus banquetes:
Cualquier mantenimiento
Le entra en mas provecho,
Que á ellos las dulces salsas y sainetes;
Ni llegan los molletes
De la leche cuajados
Al pan grande y moreno,
Revuelto con centeno:
Pues le son mas sabrosos sus bocados

Que todas sus perdizes,
Pavos, pollas, capones, codornizes.
. . . . . .
Las salas entoldadas
De sedas y brocados,
Las anchas casas y soberbias puertas
De jaspe fabricadas,
Los costosos estrados,
Las bajillas de plata descubiertas,
Las ricas antepuertas,
No pueden igualarse
Al poco ajuar que tiene;
Pues solo le conviene
Aquello con que puede sustentarse:
Y aunque nada le sobre,
Contento vive, sin mirar que es pobre.
. . . . . .
Aquellas camas blandas
De la delgada pluma,
Las colchas y las sábanas delgadas
Con encajes de randas
No se igualan en suma
A sus bastos colchones y frazadas,
Ni á las pobres almoadas,
Pues en ellas reposa;
Pero el rico de fama
Da vuelços en la cama,
Como la mala vida allí le acosa,
Y la triste conciencia
Aun en sueños le llama á penitencia.
Aquellas reverencias
Tan largas y çumplidas
El hablarles hincada la rodilla,
Con tantas advertencias
En uso recibidas
Del que leyó del mundo la cartilla:

¡ O mundana polilla
Que tanto mal has hecho !
Pero el pobre en sus dias
No quiere fantasías,
Pues cuando tenga levantado el pecho,
Y la vela en la mano,
Irá sin estos cargos mas liviano.
La capilla adornada
De armas y blasones,
Los túmulos de jaspe fabricados,
La losa rotulada,
Los antiguos pendones
De Moros y de Alárabes ganados,
Los bultos bien labrados
De mármol tan costoso,
Que se ven por defuera,
Mas si alguno los viera
Por de dentro, quedara temeroso;
Y si otra vez entrara,
Los ojos, por no verlos se tapara.
La antigua casa y rica
De solar conocido,
De sus pasados los famosos hechos,
Que la fama publica,
Le traen desvanecido,
Como si acaso no fueren deshechos,
Polvo y ceniza hechos;
O mire las señales
Que quedan de su suerte
En manos de la muerte,
Por ser pension que pagan los mortales,
Los Reyes y villanos,
Ser hediondo manjar de los gusanos.
Cancion, si de este punto
Pasar el sentimiento me dejara,

Aun mas dijera junto,
Y con vos como pobre descansara;
Mas en tal pensamiento
Falta la voz, y cánsase el aliento.

Francisco de Rioja.

A la Pobreza.

Desde el infausto dia
Que visité con lágrimas primeras,
Me tienes ¡ o pobreza ! compañía.
Aunque tan buena como dicen fueras,
Por ser tanto de mí comunicada
Me vinieras á ser menospreciada.
Diré tus males sin que mucho ahonde
En ellos, que es muy raro
Lo que por glorias tuyas contar puedes.
Tal vez el que en su casa un monte asconde
De Numidia y de Paro
En arcos y paredes,
Cuando entre el blando lino se rodea,
Puesto de los cuidados en el fuego,
Sin conocerte alaba tu sosiego,
Y nunca aunque lo alaba lo desea;
Llegas á ser de alguno al fin loada,
Mas de ninguno apenas deseada.
Si eres tú de los males
El que nos trata con mayor crueza,
¿ Cómo podrá ninguno codiciarte ?
Despues que nació el oro
Y con él la grandeza,
Murió tu ser, murió tu igual decoro,
En otra edad divino.

Sí, por eso, Pobreza, en toda parte
Con enfermo color andas contino.
Con preciosos metales
Siempre veo levantado
Lo que tienes tú sola derribado.
¿ Qué ciudad populosa
Se sabe que por tí se haya fundado ?
¿ Qué fuerza ine[illegible]ble y espantosa
Por tí se h[illegible]
El suave color, [illegible]ura
Solo en tu [illegible] lustre dura.
Píntame la[illegible]
Mayor que [illegible]
Compuesta [illegible] de grana,
Si con vest[illegible] adornares
Su lustre pierde y gracia soberana.

. . . . . .

No hay voz, aunque de hierro, que bastante
Sea á decir los males que acarrean
Duras necesidades.
Los que pobres habitan las ciudades,
¿ Qué afrenta no padecen ?
Lo que por sus ingenios merecieron,
¡ O Pobreza ! por tí lo desmerecen.
¿ Qué pobre hubo discreto ?
¿ Cuando tuvo amistades,
Que aun con pequeño honor correspondieron ?
¿ Cuando con la pobreza algun respeto
Jamas se tuvo á las tendidas canas
Que tú, de blanca nieve, edad, coloras ?
¡ O mentes de la humana gente vanas !
No cuideis á despecho
De vuestra pobre y mísera fortuna,
Levantaros al cerco de la luna.
Mirad que cuantos hijos van saliendo

Del nunca en vano frecuentado lecho,
Tantos esclavos hoy os van creciendo,
Que ocupeis en mezquina servidumbre,
No sin tormento vuestro, no sin llanto.
¿ Qué vale ¡o pobres! levantaros tanto ?
Mirad que es necio error, necia costumbre
Soltar á la soberbia así la rienda,
Que yo apenas humilde y sin contienda
Puedo contar en paz algunas horas
De las que paso en el silencio oscuro,
Olvidado en pobreza y no seguro.

A la Riqueza.

¡ O mal seguro bien ! ¡ o cuidadosa
Riqueza ! y como á sombra de alegría
Y de sosiego engañas !
El que vela en tu alcanze, y se desvia
Del pobre estado y la quietud dichosa,
Ocio y seguridad pretende en vano.
Pues tras el largo errar de agua y montañas,
Cuando el metal precioso coja á mano,
No ha de ver sin cuidado abrir el dia.
No sin causa los Dioses te escondieron
En las entrañas de la tierra dura;
Mas ¿ qué halló difícil y encubierto
La sedienta codicia ?
Turbó la paz segura,
Con que en la antigua selva florecieron
El abeto y el pino,
Y trájolos al puerto
Y por campos de mar les dió camino.
Abrióse el mar, y abrióse
Altamente la tierra,
Y saliste del centro al aire claro,

Hija de la avaricia,
A hacer á los hombres cruda guerra.
Saliste tú, y perdióse
La piedad que no habita en pecho avaro.
Tantos daños, Riqueza,
Han venido contigo á los mortales,
Que aun cuando nos pagamos á la muerte
No cesan nuestros males;
Pues el cadáver que acompaña el oro
O el costoso vestido,
Solo por opulento es perseguido,
Y el último descanso y el reposo
Que tuviera en pobreza, le es negado,
Siendo de su sepulcro conmovido.
¡ A cuantos armó el oro de crueza !
¡ Y á cuantos ha dejado
En el último trance ! ¡ o dura suerte !
Pierde su flor la virginal pureza
Por tí, y vese manchado
Con adulterio el lecho no esperado.
Al menos animoso
Paraque te posea,
Das, Riqueza, ardimiento licencioso.
Ninguno hay que se vea
Por tí tan abastado y poderoso,
Que carezca de miedo.
¿ Qué cosa habrá de males tan cercada,
Pues ora pretendida, ora alcanzada,
Y aun estando en deseos,
Pena ocultan tus ciegos devaneos?
Pero cánsome en vano, decir puedo,
Que si sombras de bien en tí se vieran,
Los inmortales Dioses te tuvieran.

D. Francisco de Quevedo (1).

Inocencia de la edad dorada.

¡ O tres y cuatro vezes venturosa
Aquella edad dorada,
Que de sencilla, pura y no envidiosa
Vino á ser envidiada !
Sobre la bien nacida yerba daba
Alivio á sus cuidados
Tirsis, entanto que la tierra esclava
Vió abiertos sus dos lados;
Y con Amintas y con Bato hablando,
A la sombra tendidos,
No de trabajos largos descansando,
Cansaban sus sentidos.
Ya por el monte solitario daban
Al ciervo enamorado
Muerte, y con sus despojos adornaban
Mirto y pino sagrado;
Ya la ribera del sagrado Anfriso,
Con su canto halagando,
Refrenaban el ímpetu, que quiso
Febo amansar llorando.
Y por la tierra que le ciñe amena
De ovas, sauzes y cañas,
Desamparaban su caverna, llena
De juncos y espadañas,
Y sus mortales ojos y su humana
Mortal presencia, dina.
Hacia de la vista soberana
De su cara divina.

(1) El estilo de esta composicion nos hace recelar que es una de las varias de Francisco de la Torre, atribuidas á Quevedo por los poco versados en poesía.

La madre universal de lo criado
No era madrastra dura,
Como despues que Enzélado abrasado
Cayó en la gruta escura.
Este deseo de venganza hizo
Descubrir á la tierra
El seno de metal que satisfizo
A la enc
El pin la montaña,
La haya, honor ,
Nunca na la saña
Del alter
Salve, salve dichoso
Tiempo
De este i por glorioso,
Pero no ap do.

Conde de Noroña.

A LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795.

La Discordia levanta su cabeza
De víboras crinada;
Las mueve, las sacude, y agitada
Retiembla la mansion de la tristeza;
La turbia Estigia crece,
Y el tenebroso Averno se estremece.
A su voz, semejante al despedido
Trueno de parda nube,
La muerte horrible con presteza sube
En su carro fatal; y conducida
Por la espantosa Guerra,
Hace gemir los polos de la tierra.
En pos de ella caminan la hambre fiera,
La miseria afanosa,
La devorante fiebre, la ambiciosa

Gloria, el furor y rabia carnizera,
Y todos cuantos males
Comprimen con la Guerra á los mortales.
En medio eleva su orgullosa frente
Desnuda y descarnada;
De fuego y hierro la derecha armada,
La mueve en derredor rápidamente;
Y las riendas tomando,
A sus negros caballos va incitando.
Tascan el freno, y con rabiosa espuma
Bañan el ancho pecho;
Tiran, se afanan, corren con despecho,
Que el látigo sonante los abruma:
Su intrépida carrera
Enciende el eje cual si arista fuera.
Todo es fuego y furor; todo se llena
De horrorosa matanza.
Ya en medio de la Galia se abalanza,
Con sangre humana enrojeziendo el Sena;
Ya en su centro se irrita,
Desploma el templo, el trono precipita.
Ya revuelve su carro fulminante
Hácia el Belga animoso;
No le deja un momento de reposo,
Le estrecha, apremia, oprime y arrogante
Le arranca en solo un dia
Lo que ántes en cien años no podia.
Ya de la altiva Albion derriba al suelo
Las huestes sanguinosas,
Que ganando las playas arenosas,
Al mar se arrojan con medroso anhelo,
Y en sus naves veleras
Abandonan confusas sus riberas.
Ya los muros de hielo, que á su paso
El Bátavo le opone,
Osada pisa, y en su suelo pone

Velado en luz te asientas,
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
La humilde yerbecilla
Que huello, el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta,
Y esconde en el abismo su honda planta;
El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,
Y el sol que en la alta cima
Del cielo ardiendo, el universo anima;
Me claman que en la llama
Brillas del sol: que sobre el raudo viento
Con ala voladora
Cruzas del occidente hasta la aurora:
Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su nevada cima:
Y que la yerba crece
Por tu soplo vivífico, y florece.
Tu inmensidad lo llena
Todo, Señor, y mas; del invisible
Insecto al elefante,
Del átomo al cometa rutilante.
Tú á la tiniebla oscura
Das su pardo capuz: y el sutil velo
A la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana.
Y cuando primavera
Desciende al ancho mundo, afable ries
Entre sus gayas flores,
Y te aspiro en sus plácidos olores.
Y cuando el inflamado
Sirio mas arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves, y su ardor mitigas.
Si entonce al bosque umbrío

Corro, en su sombra estás, y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio á mi espíritu cansado.
Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita:
En este misterioso
Silencio mora, adórale humildoso.
Pero á par en las ondas
Te hallo del hondo mar: los vientos llamas,
Y á su saña lo entregas;
O si te place, su furor sosiegas.
Por do quiera infinito
Te encuentro y siento: en el florido prado,
Y en el luziente velo
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.
Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del sol: del gusanillo
Que en el vil lodo mora,
Del ángel puro que tu lumbre adora.
Igual sus himnos oyes,
Y oyes mi humilde voz, de la cordera
El plácido balido,
Y del lëon el hórrido rugido.
Y á todos dadivoso
Acorres, Dios inmenso, en todas partes
Y por siempre presente.
¡Ay¡ oye á un hijo en su rogar ferviente.
Oyele blando y mira
Mi deleznable ser: dignos mis pasos
De tu presencia sean,
Y do quier tu deidad mis ojos vean.
Hinche el corazon mio
De un ardor celestial, que á cuanto existe
Como tú se derrame,
Y ¡o Dios de amor! en tu universo te ame.

Todos tus hijos somos:
El Tártaro, el Lapon, el Indio rudo;
El tostado Africano
Es un hombre, es tu imágen y es mi hermano.

El Fanatismo.

Tronó indignado el cielo,
Y sus polos altísimos temblaron
Contra el ciego mortal, que en torpe rito
Mancillara en el suelo
La imágen soberana
De su autor infinito.
Al Dios del universo abandonaron
Sus hijos por la vana
Deidad, que impíos de su mano hizieran,
Y nuevos cultos crédulos le dieran.
Aquí acatar se via
La piedra bruta, mientras allí abrasado
Entre los brazos del helado viejo
El infante gemia.
En el remoto Nilo
Con infame cortejo
Iba en danzas y cánticos llevado
El feroz cocodrilo,
Y la casta matrona incienso daba
Al adulterio que su pecho odiaba.
Tronó el cielo en oscura
Noche y en tempestad hórrida y fiera,
Y á la tierra el sangriento Fanatismo
Lanzó en su desventura.
Las cadenas crujieron
Del pavoroso abismo,
Tembló llorosa la verdad sincera,
Los justos se escondieron,

Triunfando en tanto en júbilo indecente
El fraude oscuro y la ambicion ardiente.
  El monstruo cae, y llama
Al Zelo y al Error; sopla en su seno,
Y á ambos al punto en bárbaros furores
Su torpe aliento inflama.
La tierra ardiendo en ira
Se agita en sus clamores;
Iluso el hombre y de su peste lleno,
Guerra y sangre respira;
Y envuelta en una nube tenebrosa,
O no habla la razon, ó habla medrosa.
  Y él va, y crece y se estiende
Del suelo en la ancha faz; los altos cielos
La frente toca, la soberbia planta
Al abismo desciende.
Con su cetro pesado
Los imperios quebranta:
De pálidos espectros, de rezelos
Y llamas rodëado,
El orbe cual un dios ciego le implora,
Y sus leyes de sangre humilde adora.
  Entónces fuera cuando
Aquí á un iluso estático se via
Vuelta la inmóvil faz al rubio Oriente,
Su tardo Dios llamando;
En sangre allí teñido
Al Bonzo penitente;
Sumido á aquel en una gruta umbría;
Y el rostro enfurezido,
Señalar otro al vulgo fascinado
Lo futuro, en la trípode sentado.
  Do quier un nuevo rito,
Y un presagio fatal que horrible llena
La tierra de mil pánicos terrores;

Confundido el delito
Con la virtud gloriosa;
Coronada de flores
La infeliz vírgen que á morir condena
La cazadora Diosa;
Y en medio un pueblo que su zelo admira,
La Indiana alegre en la inflamada pira.
Así el monstruo batiendo
Las insolentes palmas, en su umbroso
Trono domina el orbe consternado,
Cual con fragor tremendo
Su hondo seno estremece
El Vesubio inflamado;
El cielo envuelto en humo pavoroso
Su alba faz oscurece,
Y cubre un ancho mar de ardiente lava
El rico suelo do Pompeya estaba.
De puñales sangrientos
Armó de sus ministros, y luzientes
Hachas, la diestra fiel: ellos clamaron,
Y los pueblos atentos
A sus horribles vozes
Corriendo van: temblaron
Los infelizes Reyes, impotentes
A sus fuerzas atrozes;
Y ¡ay! en nombre de Dios gimió la tierra
En odio infando, en execrable guerra.
Cada cual le ve ciego
En su delirio atroz: oir le parece
Su omnipotente voz, y armar su mano
Siente del crudo fuego
De su ira justiciera;
Del hermano el hermano,
Del hijo el padre víctima perece,
Y en la encendida hoguera

Lanza el esposo á la inocente esposa :
Ni un ¡ ay ! su alma feroz despedir osa.
¿ Que es esto, Autor eterno
Del triste mundo ? ¿ Tu sublime nombre
Que en él se ultraje á moderar no alcanzas ?
¿ Desdeñas el gobierno
Ya de sus criaturas ?
¿ Y á infelizes venganzas,
Y sangre y muerte has destinado el hombre ?
¿ A tantas desventuras
Ningun término pones ? ¿ O el odioso
Monstruo por siempre triunfará orgulloso ?
Vuelve, y á tu divina
Nuda verdad en su pureza estenta
Al pavorido suelo : el azorado
Mortal su luz benina
Goze y ledo respire :
No tiemble, no, tu cólera sangrienta
Cuando tu cielo mire.
Dios del bien, vuelve, y al Averno oscuro
Derroca omnipotente el monstruo impuro.
¡ Ay ! que toma la insana
Ambicion su disfraz, y ardiente irrita
Su rabia asoladora y sus furores.
¡ La cuadrilla inhumana
Cual vaga ! ¡ qué encendido
El rostro, y qué clamores !
¡ Cómo á abrasar, á devastar se incita !
Y en tremendo rüido
Corre vibrando la sonante llama,
Y al Dios de paz en sus horrores llama !
Vedla, vedla regida
Del fiero Mahomet, cual un torrente
Que ondisonante la anchurosa tierra
Devasta sumerjida,

De la Arabia abrasada
Con la llorosa guerra
Precipitarse en el tranquilo Oriente:
En la diestra la espada,
Y el Alcoran en la siniestra alzando,
Muere ó cree, frenética clamando.
De allí de luto llena
El Africa infeliz, y tu luz clara
En su ira ardiente ¡ o España! ¡ o Patria mia!
A esclavitud condena.
El trono de oro hecho
Y rica pedrería,
Que opulenta Toledo un tiempo alzara,
En polvo cae deshecho.
Alcázares, ciudades, templos, todo
Se hunde ¡ o dolor! con el poder del Godo.
El de Ismael domina
Del indo al mar cantábrico, y la mora
Llama en el ancho suelo arde ligera.
En medio la rüina
Del orbe amedrentado,
La ominosa bandera
Se encumbra de la luna triunfadora;
Y ¡ ay! en tigre mudado,
Ciego el Califa en su sangriento zelo,
Despuebla el mundo por vengar el cielo.
De repente una oscura
Niebla inundó la tierra desolada,
Y el genio y las virtudes se apagaron:
Su divina hermosura
Las ciencias congojosas
Entre sombras lloraron
A manos del error vilmente ajada;
Y de mil pavorosas
Supersticiones la conciencia llena,
Se dobló el hombre su infeliz cadena.

AD DE LAS QUEJAS DEL HOMBRE CONTRA SU HACEDOR.

« ¿ Es el orgullo, es la razon quejosa
La que airada se vuelve, y cuenta pide
Al Hacedor divino
De su fábrica hermosa,
Y la grandeza de sus obras mide ?
¿ En este todo inmenso y peregrino
Porqué el grado mas dino
Al linaje del hombre no fué dado ?
¿ Porqué fue echado en el humilde suelo ?
¿ No es rey universal de lo criado ?
Pues suba y more el cristalino cielo.
¿ La luna platëada para él solo
No recibe la luz que al suelo envia ?
¿ Las fulgentes estrellas
Del uno al otro polo
Sus esclavas no son ? ¿ y el albo dia
Por él no baña con sus luzes bellas
El sol, cuando huyen ellas ?
Una pues, una su grandeza cuanto
Llevan los seres todos repartido :
Sus quejas cesen y su justo llanto,
Y sea en el mundo cual Señor servido ».
El hombre osado en su soberbio pecho
Se queja así de Dios, y romper quiere,
Vasallo rebelado,
Aquel vínculo estrecho
Que cada parte á su lugar refiere,
Y ata y sostiene cuanto está creado.
« Yo fuí, dice, formado
Por término de todo : el fin primero
Del universo soy : á mí es debida
La luz del sol, el brillo del luzero,
Y la tierra de yerba y flor vestida ».

¿Y no se debe al ave el raudo viento,
Presa al lobo rapaz, pasto á la oveja,
Lluvias al verde prado?
¿El líquido elemento
Al pez no se le debe? ¿donde deja
El Hacedor ni un átomo olvidado?
. . . . . .
¿Del infinito en medio y de la nada
Qué es el hombre ignorante? ¿quien serena
Las borrascas, ó enfrena
Los bravos huracanes? ¿á las aves
Quien enseña á surcar el vago viento,
Y á sus lenguas los cánticos suaves?
¿O quien dió al árbol hojas y alimento?
Entónces, cuando el hombre alcanzar pueda
Qué es la hoguera del sol, de donde viene
La lluvia y el rozío,
Qué fuerza impele á la celeste rueda,
Donde suspenso el universo tiene
De Dios el infinito poderío;
Podrá en su orgullo impío
A los seres decir: á tí te toca
Llenar este lugar: á tí este grado;
Y así adular á su soberbia loca
En el centro de todos colocado.
. . . . . .
¡Hijo del polvo, si elevarla osas,
Alza la vista al cielo, y ve la esfera
De estrellas tachonada,
Todas á par hermosas!
¿Es solo para tí tanta lumbrera?
Acaso cada cual será emplëada
En bañar con dorada
Llama, como acá el sol, otro gran suelo;
Y los que el globo de Saturno moran,

Tan lejos como tú miran el cielo,
Y que tú habitas este punto ignoran.
Los ojos vuelve hácia la baja tierra,
Y á sus vivientes llega á tu despecho:
El mas imperceptible
Mil otros en sí encierra.
Del mosquito sutil ¡ qué inmenso trecho
Al que apenas la lente hace visible!
¿ Y acaso no es posible
Descender aun de aquel? pues él contiene
Dentro en sí otros, que á vivir dispone:
Cada cual movimiento y partes tiene,
Y cada parte de otras se compone.
El hombre comparado, generoso
Amigo, al universo, es cual el punto
Con la tendida esfera,
O un ola al mar undoso.
Su saber es que empieza y muere junto,
Y menos que un instante su carrera;
Mas años mil viviera,
Jamas otros misterios sondaria.
Las cosas todas en la nada nacen,
Y en lo infinito paran: quien las cria
Contará solo los guarismos que hacen.
Hombre mortal, escucha: el órden mira
Del todo; el órden es la ley primera
Del cielo soberano;
La inmensidad admira
Del universo, y gózate en tu esfera,
Que tu felizidad está en tu mano.
Deja de anhelar vano
Por el lugar del ángel: á él subiendo,
Tambien al tuyo el bruto ascenderia,
La planta al animal fuera impeliendo,
Y del órden por tí todo saldria.

La Providencia es justa : á tí te ha dado
En suerte la virtud, y al tosco bruto
El deleite grosero.
No estés, no, mal hallado
Con la augusta virtud : su dulce fruto
Es del alma la paz, y el verdadero
Gozo su compañero,
Que nada acá en la tierra darte puede.
¿ Qué en ella ó en los cielos comparable
Merece ser al justo ? ¿ quien le excede,
O es hechura de Dios mas admirable ?

. . . . . .

De la verdadera paz.

Delio, cuantos al Cielo
Importunan con súplicas, bañando
En lloro amargo el suelo,
Van dulce paz buscando,
Y á Dios la están contino demandando.
Las manos estendidas,
En su hogar pobre el labrador la implora,
Y entre las combatidas
Olas de la sonora
Mar, la demanda el mercader que llora.
¿ Porqué el feroz soldado
Rompiendo el fuerte muro, á muerte dura
Pone su pecho osado ?
¡ Ay Delio ! así asegura
El ocio blando que la paz procura.
Todos la paz desean,
Todos se afanan en buscarla y gimen ;
Mas por artes que emplean,
Las ansias no redimen
Que el apenado corazon comprimen.

¿Porque no el verdadero
Descanso hallarte puede ni en el oro,
Ni en el rico granero,
Ni en el eco sonoro
Del bélico clarin, causa de lloro;
Sino solo en la pura
Conciencia, de esperanzas y temores
Altamente segura,
Que ni bienes mayores
Anela, ni del aula los favores;
Mas consigo contenta
En grata y no envidiada medianía,
A su deber atenta,
Solo en el Señor fia,
Y vezes mil le ensalza cada dia?
Cuando de nieve y grana
Pintando asoma el sonrosado Oriente
La risueña mañana,
Cuando en su trono ardiente
Se ostenta el sol en el zenit fulgente;
O cuando el velo umbroso
Corre la augusta noche, y al rendido
Mundo llama al reposo,
Y el escuadron luzido
De estrellas llena el ánimo embebido;
Ensálzalo y le entona,
Humilde en feudo, el cántico agradable
Que su bondad pregona,
Su ley santa inefable
Con faz obedeciendo inalterable.
¡ O vida! ¡ o sazonado
Fruto de la virtud! ¡ de la del cielo
Remedo acá empezado!
¡ Cuando el hombre en el suelo
Podrá seguirte con derecho vuelo!

¡ Cuando será que deje
El suspirar, temer y el congojoso
Mandar, ó que se aleje
Del oro, á su reposo
Muy mas letal que el aspid ponzoñoso !
Entónces tornaria
Al lagrimoso suelo la sagrada
Alma paz, y seria
Tan fácil, Delio, hallada,
Cuan hora es ¡ ay ! en vano procurada.

PROSPERIDAD APARENTE DE LOS MALOS.

En medio de su gloria así decia
El pecador : « en vano
Tender puede el Señor su débil mano
Sobre la suerte mia.
A las nubes mi frente se levanta
Y en el cielo se esconde.
¿ Donde está el justo ? ¿ las promesas donde
Del Dios que humilde canta ?
Hiel es su pan, y miel es mi comida,
Y espinas son su lecho :
¿ Con su inútil virtud qué fruto ha hecho ?
Insidiemos su vida.
A hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades,
Y ellos mi ínclita fama á las edades
Lleven mas apartadas.
Que el nombre de los buenos como nube
Se deshace en muriendo ;
Solo el del poderoso va creciendo,
Y á las estrellas sube.
Caiga, caiga en mis redes su simpleza ».
El habló, yo pasaba ;

Mas al tornar por verle la cabeza,
Ya no hallé donde estaba.
Su gloria se deshizo, sus tesoros
Carbones se volvieron,
Sus hijos al abismo descendieron
Sus risas fueron lloros.
La confusion y el pasmo en su alegría
Los pasos le tomaron,
Y entre los lazos mismos le enredaron
Que al bueno prevenia.
. . . . . .
La muerte le amenaza, los disgustos
Le esperan en el lecho,
Contino un aspid le devora el pecho,
Contino vive en sustos.
Amanece, y la luz le da temores;
La noche en sombras crece,
Y á solas del Averno le parece
Sentir ya los horrores.
Dará, huyendo del fuego, en las espadas;
El Señor le hará guerra,
Y caerán sus maldades, á la tierra
Del Cielo reveladas.
. . . . . .
Su edad será marchita como el heno:
Su juventud florida
Caerá cual rosa del granizo herida
En medio el valle ameno.
Tal es, gran Dios, del pecador la suerte;
Pero al justo que fia
En tu promesa y por tu ley se guia,
Jamas llega la muerte.
Sus años correrán cual bullicioso
Arroyo en verde prado,
Y cual fresno á sus márgenes plantado,
Se estendera dichoso.

En un convite de amigos desgraciados. *(Inédita)*

Al viento las penas
Las copas llenad,
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.
¡O socios amados
Que en tanta agonía
La fortuna impía
Combatiendo ve!
Jamas degradados,
Adore inclinada
Nuestra frente honrada
Su orgulloso pie.
Al viento la penas, etc.
Ella se complace
En hollar odiosa
La virtud gloriosa
Y el sagrado honor;
Pero inútil hace
El Justo su empeño,
Y con noble ceño
Burla su furor.
Al viento las penas, etc.
La batida nave
De borrasca fiera
Se pierde velera
Por el ancho mar,
Y cuando mas grave
Su riesgo parece,
El sol que amanece
La sale á salvar.
Al viento las penas, etc.
Dejad que ora truene
La calumnia infame,

Que cuanto ella trame
Sin fruto ha de ser.
Que el vulgo resuene,
Que el error se agite,
Que el zelo se irrite,
Nada hay que temer.
Al viento las penas, etc.
Clamarán que huimos
Nuestra dulce España;
Su bárbara saña
Debimos huir:
Sus puñales vimos,
Y España en tal duelo,
Cual madre, á otro suelo
Nos hizo partir.
Al viento las penas, etc.
Desde él doloridos
Nuestros ojos miran
Do fieles suspiran
Las almas tornar:
Y en tiernos gemidos
La lengua apenada
¡ Ay Patria adorada !
Clama sin cesar.
Al viento las penas, etc.
Volveréis, amigos,
A sus faustos lares,
De indignos pesares
Libre el corazon:
Sagrados testigos
De nuestra justicia
Contra vil malicia,
Dios y la razon.
Al viento las penas, etc.
En hermandad santa

En tanto los pechos
Juntad con estrechos
Vínculos de amor.
Baco á dicha tanta
Aplauda riente,
Y otra copa aumente
Su plácido ardor.
Al viento las penas, etc.
Amigos queridos,
Desde estos mis brazos
En mutuos abrazos
A uniros corred;
De la mano asidos
Juradme y juremos,
Que hermanos serémos,
Y á un tiempo bebed.
Al viento las penas,
Las copas llenad,
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.

LIBRO SECUNDO.

POESIA ELEGIACA.

... ad humum mœrore gravi deducit et angit.

ELEGIAS AMATORIAS.

El Marques de Santillana.

QUERELLA DE AMOR.

Ya la gran noche pasaba
E la luna se escondia,
La clara lumbre del dia
Radïante se mostraba.
Al tiempo que reposaba
De mis trabajos é pena,
Oí triste cantilena
Que tal cancion pronunciaba.
Amor cruel é brioso,
Mal haya la tu alteza,
Pues no faces igualeza
Seyendo tan poderoso.
Desperté como espantado,
E miré donde sonaba
El que de amor se quejaba

Bien como damnificado;
Ví un home ser llagado
De gran golpe de una flecha,
E cantaba tal endecha
Con semblante atribulado:
De ledo que era, triste
¡ Ay amor ! tú me tornaste,
La hora que me tiraste
La Señora que me diste.
Pregunté: ¿ porqué facedes
Señor, tan esquivo duelo;
O si puede haber consuelo
La cuita que padescedes ?
Respondióme: non curedes,
Señor, de me consolar,
Ca mi vida es querellar
Cantando ansí como vedes:
Pues me fallesció ventura
En el tiempo del placer,
Non espero haber folgura,
Mas por siempre entristezer.
Díjele: segun paresce,
El dolor que vos aqueja
Es alguna que vos deja,
E de vos no se adolesce.
Respondióme: quien padesce
Cruel paga por amar,
Tal cancion debe cantar
Jamas, pues le pertenesce.
. . . . . .
Díjele: non vos quejedes,
Que non sois vos el primero,
Nin seréis el postrimero,
Que sabe del mal que habedes.
Respondióme: fallaredes

Que mi cuïta es tan esquiva,
Que jamas, en cuanto viva,
Cantaré, segun veredes.
¿ No puede ser al sabido,
Repliqùe, de vuestro mal,
Nin de la causa especial
Porqué ansí fuistes ferído ?
Respondió : trueque y olvido
Me fueron ansí ferir,
Por do me convien decir
Este cantar dolorido.

. . . . . .

Su cantar ya no sonaba
Segun ántes, nin se oia,
Mas manifiesto se via
Que la muerte le aquejaba ;
Pero jamas non cesaba,
Nin cesó con gran quebranto
Este dolorido canto
A la sazon que espiraba :
Pero te sirvo sin arte,
¡ Ay amor, amor, amor !
Gran cüita de mí nunca se parte.
Pon ende quien me creyere
Castigue en cabeza agena,
E no entre en tal cadena,
Do no salga si quisiere.

Juan Boscan.

La Ausencia.

Claros y frescos rios,
Que mansamente vais
Siguiendo vuestro natural camino,

Desiertos montes mios,
Que en un estado estais
De soledad muy triste de contino,
. . . . . .
Oidme juntamente
Mi voz amarga, ronca y tan doliente.
Pues quiso mi ventura
Que hubiese de apartarme
De quien jamas osé pensar partirme,
En tanta desventura
Conviene consolarme,
Que no es agora tiempo de morirme.
El alma ha de estar firme,
Que en un tan bajo estado
Vergonzosa es la muerte;
Si acabo en mal tan fuerte,
Todos dirán que voy desesperado,
Y quien tan bien amó
No es bien que digan que tan mal murió.
He de querer la vida
Fingiéndome esperanza,
Y engañar mal que tanto desengaña;
Fortuna tan perdida
Ha de traer bonanza,
No durará dolor que tanto daña:
Un mal que así se ensaña
Amansará, sí, espero.
A donde voy iré,
Y en fin yo volveré
A ver mi bien, si triste no me muero;
¿Pero quien pasará
Este tiempo que mucho durará?
. . . . . .
Las horas estoy viendo
En ella, y los momentos

Y cada cosa pongo en su sazon:
Conmigo acá lo entiendo,
Pienso sus pensamientos,
Por mí saco los suyos cuales son.
Díceme el corazon
(Y pienso yo que acierta)
Ya está alegre, ya triste,
Ya sale, ya se viste,
Ahora duerme, ahora está despierta;
El seso y el amor
Andan por quien la pintará mejor.
Viéneme á la memoria
Donde la ví primero,
Y aquel lugar do comenzé de amalla,
Y náceme tal gloria
De ver cómo la quiero,
Que es ya mejor que el vella el contemplalla;
En el contemplar halla
Mi alma un gozo extraño.
Pienso estalla mirando,
Despues en mí tornando,
Pésame que duró poco el engaño.
No pido otra alegría,
Sino engaña mi triste fantasía.

. . . . . .

Tengo en el alma puesto
Su gesto tan hermoso,
Y aquel saber estar adonde quiera;
De recoger honesto
El alegre reposo,
El no sé qué, de no se qué manera,
Y con llaneza entera
El saber descansado
El dulce trato hablando,
El acudir callando,
Y aquel grave mirar disimulado.

Todo esto se halla ausente,
Y otro tiempo lo tuve muy presente!
Contando estoy los dias
Que paso no sé cómo:
Con los pasados no oso entrar en cuenta;
Acuden fantasías,
Allí á llorar me tomo
De ver tanta flaqueza en tanta afrenta.
Allí se me presenta
La llaga del penar;
Hácenseme mil años
Las horas de mis daños:
Por otra parte el siempre imaginar
Me hace parecer
Que cuanto he pasado fué ayer.
Algunas cosas miro
Por ocuparme un rato,
Y ver si de vivir terné esperanza;
Entónces mas sospiro,
Porque en cuanto yo trato
Hallo allí de mi bien la semejanza.
Por do quiera me alcanza
Amor con su vitoria:
Mientras mas lejos huyo,
Mas recio me destruyo,
Que allí me representa la memoria
Mi bien á cada instante
Por su forma contraria ó semejante.
Cuanto veo me carga,
Y muestro holgar con ello
Por pasar y vivir entre la gente;
Si cayo con la carga,
Levanto y no querello,
Y sabe Dios lo que mi vida siente.
Mas tan crudo acidente

¿ Porqué no se resiste ?
¿ Porqué mi sufrimiento
No esfuerza el sentimiento ?
Cobra buen corazon, mi alma triste,
Que yo la veré presto,
Y miraré aquel cuerpo y aquel gesto.
Cancion, bien sé donde volver querrias,
Y la que ver deseas;
Pero no quiero que sin mí la veas.

El Amante Rendido.

Dejadme en paz ¡ o duros pensamientos !
Básteos el daño y la vergüenza hecha;
Si todo lo he pasado ¿ qué aprovecha
Inventar sobre mí nuevos tormentos ?
Natura en mí perdió sus movimientos,
El alma ya á los pies del dolor se echa;
Tiene por bien en regla tan estrecha
A tantos casos tantos sufrimientos.
Amor, fortuna y muerte que es presente
Me llevan á la fin por sus jornadas,
Y á mi cuenta, debria ser llegado.
Yo, cuando acaso afloja el acidente,
Si vuelvo el rostro y miro las pisadas,
Tiemblo de ver por donde me han pasado.

Fuerza de Amor.

¡ O gran fuerza de amor, que así enflaquezes
Los que nacidos son para ser fuertes,
Y les truecas así todas las suertes !
¡ Qué presto los mas ricos empobrezes !
¡ O piélago de mar que te enriquezes
Con los despojos de infinitas muertes !

Trágalos, y despues luego los vertes,
Porque nunca en un punto permaneces.
¡O rayo cuyo efecto no entendemos,
Que de dentro nos dejas abrasados,
Y de fuera sin mal sanos nos vemos!
¡O dolencia mortal, cuyos extremos
Son menos conocidos y alcanzados
Por los tristes que mas los padecemos!

Garcilaso de la Vega.

Dolencia Amorosa.

Como la tierna madre, que el doliente
Hijo le está con lágrimas pidiendo
Alguna cosa, de la cual comiendo
Sabe que ha de doblarse el mal que siente,
Y aquel piadoso amor no le consiente
Que considere el daño que haciendo
Lo que le pide, hace: va corriendo,
Aplaca el llanto y dobla el acidente;
Así á mi enfermo y loco pensamiento,
Que en su daño os me pide, yo querria
Quitalle este mortal mantenimiento.
Mas pídemelo y llora cada dia
Tanto, que cuanto quiere le consiento,
Olvidando su muerte y aun la mia.

A las Ninfas.

Hermosas Ninfas, que en el rio metidas,
Contentas habitais en las moradas,
De reluzientes piedras fabricadas,
Y en colunas de vidrio sostenidas;

Agora esteis labrando embebecidas,
O tejiendo las telas delicadas:
Agora unas con otras apartadas
Contándoos los amores y las vidas;
Dejad un rato la labor, alzando
Vuestras rubias cabezas á mirarme;
Y no os detendréis mucho segun ando,
Que no podréis de lástima escucharme:
O convertido en agua aquí llorando,
Podréis allá despacio consolarme.

Recuerdos Tristes.

¡O dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria!
Juntas estais en la memoria mia,
Y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quien me dijera, cuando las pasadas
Horas en tanto bien por vos me via,
Que me habiais de ser en algun dia
Con tan grave dolor representadas?
Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes;
Sino sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

El Amante Sano.

Gracias al Cielo doy que ya del cuello
Del todo el grave yugo he sacudido,
Y que del viento el mar embravezido
Veré desde la tierra sin temello.
Veré colgada de un sutil cabello

La vida del amante embebecido
En su error, y en su engaño adormecido,
Sordo á las vozes que le avisan dello.
Alegraráme el mal de los mortales;
Mas no es mi corazon tan inhumano
En aqueste mi error, como parece:
Porque yo huelgo, como huelga el sano,
No de ver á [illegible] los males,
Sino de ver [illegible] carece.

[illegible]

[illegible]oza.

TRISTEZA [illegible] SOLEDAD.

Ya el sol revuelve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra via,
Acabando la mas corta carrera:
Ya calienta, ya da nueva alegria
De la estrella mas fria el tibio seno:
. . . . . .
La ira del cruel y duro invierno
Huye so tierra, y los rabiosos vientos
No suenan ya por bosque ni montaña:
El cielo da los dias ya contentos.
Ya sale á retozar por la campaña
La graciosa compaña
Del viento delicado;
Yo ausente y olvidado,
No mengua mi tristeza y desconsuelo,
Antes rompo las peñas con mi duelo,
Y los montes de duelo suspirando;
Mas poco cura el cielo
Que viva el triste desamado amando.
La verde yerba coronando viene

De varias flores la pintada tierra,
Que al estrellado cielo se parece:
Los tiernos ramos no tienen mas guerra
Con el soberbio viento, ni conviene
Temor del duro hielo que entorpeze.
Ya ninguna perece
De las espesas hojas;
Y tú, fortuna, arrojas
Tanto dolor en mí, tanta agonía,
Cuanto ellos hora tienen de alegría.
Cada cosa en su tiempo fin alcanza;
Y en la tristeza mia
No hay tiempo que remedie mi esperanza.
En el mar sosegado al manso viento
Tiende la vela alegre el marinero,
Seguro ya de la cruel tormenta:
En alta popa con navío ligero
Corta la agua espumosa y va contento,
Sin tener con las ciegas nubes cuenta,
Ni espera mas afrenta;
Y en mi vida importuna
Cualquier tiempo es fortuna:
Siempre me veo cubierto de cuidados,
Que en lágrimas quebrantan sus nublados.
¡ O enemiga fortuna! ¡ o cruda suerte!
No son unos pasados,
Cuando me llegan otros á la muerte.
El pastor amoroso embebezido
En la cumbre del monte está cantando,
O en la fresca arboleda y verde prado,
Y con sabrosa flauta remedando
La viva voz, ó ya el dulce sonido
Del agua clara y viento delicado,
Presente su ganado
Que escucha sus querellas;

Yo triste que con ellas
Vivo solo en lugar adonde oidas
No pueden ser de nadie, ni sentidas,
Paso mi vida en doloroso llanto:
Y si hubiese mil vidas
Todas las pasaria en otro tanto.
. . . . . .

Francisco de la Torre.

A una Tórtola.

Tórtola solitaria, que llorando
Tu bien pasado y tu dolor presente,
Ensordezes la selva con gemidos:
Cuyo ánimo doliente
Se mitiga penando
Bienes asegurados y perdidos;
Si inclinas los oidos
A las piadosas y dolientes quejas
De un espíritu amargo
(Breve consuelo de un dolor tan largo)
Con quien amarga soledad me aquejas,
Yo con tu compañía;
Y acaso á tí te aliviará la mia.
La rigurosa mano, que me aparta
Como á tí de tu bien, á mí del mio,
Cargada va de triunfos y victorias.
Sábelo el monte y rio,
Que está cansada y harta
De marchitar en flor mis dulces glorias;
Y si eran transitorias,
Acabarálas golpe de fortuna:
No viera yo cubierto

De turbias nubes cielo que ví abierto
En la fuerza mayor de mi fortuna;
Que acabado con ellas,
Acabaran mis llantos y querellas.
Parece que me escuchas, y parece
Que te cuento tu mal, que roncamente
Lloras tu compañía, desdichada:
Al ánimo doliente,
Que el dolor apetece
Por un alivio de su suerte airada,
La mas apasionada
Mas agradable le parece, en tanto
Que el alma dolorosa,
Llorando su desdicha rigurosa,
Baña los ojos con eterno llanto;
Cuya pasion afloja
La vida al cuerpo, al al[illegible]
¿No regalaste con tus q[illegible]
Por solitarios y desiertos prados,
Hombres y fieras, cielos y elementos?
¿Lloraste tus cuidados
Con lágrimas eternas,
Duras, y encomendadas á los vientos?
¿No son tus sentimientos
De tanta compasion y tan dolientes,
Que enternezen los pechos
A rigurosas sinrazones hechos,
Que los hacen crueles de clementes?
¿En qué ofendiste tanto,
Cuitada, que te sigue miedo y llanto?
Quien te ve por los montes solitarios
Mustia y enmudezida, y elevada
De los casados árboles huyendo,
Sola y desemparada
A los fieros contrarios,

Que te tienen en vida padeciendo:
Señal de agüero horrendo
Mostrarian tus ojos añublados
Con las cerradas nieblas,
Que levantó la muerte y las tinieblas
De tus bienes supremos y pasados.
Llora cuitada, llora
Al venir de la noche y de la Aurora.
Llora, desventurada, llora cuando
Vieres resplandecer la soberana
Lámpara del oriente luminoso:
Cuando su blanca hermana
Muestra su rostro blando
Al pastorcillo de su sol quejoso,
Y con llanto piadoso
Quéjate á las estrellas reluzientes:
Regálate con ellas,
Que ellas tambien amaron bien, y dellas
Padecieron mortales acidentes:
No temas que tu llanto
Esconda el Cielo en el noturno espanto.
¿Donde vas avecilla desdichada?
¿Donde puedes estar mas afligida?
Hágote compañía con mi llanto.
¿Busco yo nueva vida,
Que la desventurada
Que me persigue y que te aflige tanto?
Mira que mi quebranto,
Por ser como tu pena rigurosa,
Busca tu compañía:
No menosprecies la doliente mia
Por menos fatigada y dolorosa,
Que si te persuadieras,
Con la dureza de mi mal vivieras.
Vuelas al fin, y al fin te vas llorando;

El Cielo te defienda, y acrecienté
Tu soledad, y tu dolor eterno.
Avecilla doliente,
Andes la selva errando
Con el sonido de tu arrullo tierno:
Y cuando el sempiterno
Cielo cerrare tus cansados ojos,
Llórete Filomena,
Ya regalada un tiempo con tu pena,
Sus hijos hechos míseros despojos
Del azor atrevido,
Que adulteró su regalado nido.
Cancion, en la corteza de este roble,
Solo y desamparado . . .
De verdes hojas, verde vid y verde
Yedra, quedad; que el hado
Que mi ventura pierde,
Mas estéril y solo se me ha dado.

La Cierva Herida.

Doliente cierva, que el herido lado
De ponzoñosa y cruda yerba lleno,
Buscas el agua de la fuente pura,
Con el cansado aliento y con el seno
Bello de la corriente sangre hinchado,
Débil, y descaida tu hermosura:
¡Ay que la mano dura,
Que tu nevado pecho
Ha puesto en tal estrecho,
Gozosa va con tu desdicha, cuando,
Cierva mortal, viviendo, estás penando
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado y blando
Pecho pasado del veloz montero!

Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados á tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
La beldad, que la cruda mano esconde
Delante de la nube de la muerte:
Que el paso duro y fuerte,
Ya forzoso y terrible,
No puede ser posible
Que le excusen los Cielos; permitiendo
Crudos astros, que mueras padeciendo
Las asechanzas de un montero crudo,
Que te vino siguiendo
Por los desiertos de este campo mudo.
Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente
Muerte, que en tu sangriento pecho lleves,
Del crudo amor vencido y maltratado.
Tú con el fatigado aliento pruebas
A rendir el espíritu doliente
En la corriente de este valle amado,
Que el ciervo desangrado,
Que contigo la vida
Tuvo por bien perdida,
No fué tan poco de tu bien querido,
Que habiendo tan cruelmente padecido,
Quieras vivir sin él, cuando pudieras
Librar el pecho herido
De crudas llagas y memorias fieras.
Cuando por la espesura de este prado,
Como tórtolas solas y queridas,
Solos y acompañados anduvistes:
Cuando de verde mirto y de floridas
Violetas, tierno acanto y lauro amado,
Vuestras sienes bellísimas ceñistes:
Cuando las horas tristes,

Ausentes y queridos,
Con mil mustios bramidos
Ensordezistes la ribera umbrosa
Del claro Tajó, rica y venturosa
Con vuestro bien, con vuestro mal sentida,
Cuya muerte penosa
No deja rastro de contenta vida;
Agora el uno, cuerpo muerto lleno
De desden y de espanto, quien solia
Ser ornamento de la selva umbrosa:
Tú quebrantada y mustia, al agonía
De la muerte rendida, el bello seno
Agonizando, el alma congojosa;
Cuya muerte gloriosa,
En los ojos de aquellos
Cuyos despojos bellos
Son victorias del crudo amór furioso,
Martirio fué de amor; triunfo glorioso
Con que corona y premia dos amantes,
Que del siempre rabioso
Trance mortal salieron muy triunfantes.
Cancion, fábula un tiempo, y caso agora
De una cierva doliente, que la dura
Flecha del cazador dejó sin vida:
Errad por la espesura
Del monte, que de gloria tan perdida,
No hay sino lamentar su desventura.

Dolor Pertinaz.

Vuelve Zéfiro, brotá, viste y cria
Flores, plantas y yerbas olorosas;
El cielo dora, y de purpúreas rosas,
Blancas y rojas teje selva umbría.
Al rio claro y á la mansa y fria

Aura, templanza, y á las sonorosas
Aves, el canto restituye, ociosas
Cuando el invierno el cielo les cubria;
Y nunca ¡o tiempo! por mi mal rogado
Traes una primavera deseada
A la seca esperanza de mi vida.
Teman otros mudanzas de tu estado,
Que solo tu firmeza porfiada
Puede ser de mi espíritu temida.

Crueldad de Filis.

Filis rigurosa
Sobre cuantas cria
La ribera fria
De Jarama hermosa;
Y á mi fiel lamento
Mas endurezida,
Que montaña herida
De alterado viento:
¡Ay! que la razon
Que á llorar me fuerza;
Tu rigor la esfuerza,
Como á mi pasion!
Si Cielo piadoso
Por mí permitiera,
Que no me doliera
Tu desden rabioso;
Quejas inhumanas
No te endurezieran,
Porque á humana fueran
Canciones humanas.
Mas pues duro Cielo
Con mi fe y mi llanto
Te endureze tanto,

No me sufra el suelo.
Mi dolor te canse,
Mi razon te indine,
Y el Cielo se incline
Contra quien te amanse.
Triste y apartado
En esta ribera,
Piedra, planta ó fiera
Quede transformado.
Mis penas y enojos
Rompan con mi amor,
Y no haya pastor,
Que cierre mis ojos.
Que tú, que mi vida
Tienes ya de suerte,
Que desea la muerte
Por aborrecida,
Tu dirás en vano,
¡ Ay pecho nevado,
Qué mal que has tratado
Su amor soberano!
Tú, que con tu amor
Sueles piadosa
Por la selva umbrosa
Templar su dolor:
Y en sus ojos frios,
Ya para tí hermosos,
Volver los furiosos
Que lloran los mios;
Tú los fijarás
En la piedra escura
De mi sepultura,
Cuando no querrás.
Cuando la razon,
Que á llorar te obligue,

Aun no te mitigue
Con igual pasion.
Cuando fuentes frias
Laven el error,
Que causó el rigor
De mis agonías.
Cuando coronando
Mi sepulcro triste
Con la flor que viste
Flora el campo blando,
Suspiros despidas,
Quejas te oiga el Cielo,
Que este es el consuelo
De glorias perdidas.
Mas ¡ ay Filis! temo
Tu visto rigor,
Que de mi dolor
No es el bien supremo.
Cualquiera contento
Fuera bien crecido;
Pero lo sufrido
No tiene descuento.
Ni tú tratarás
De aliviar mi llanto,
Tú á quien mi quebranto
No movió jamas:
Que pues tanta muerte
Nunca te ha movido,
La que tú has querido
No podrá moverte.

Romancero.

Gazul Desdeñado.

Sale la estrella de Venus
Al tiempo que el sol se pone
Y la enemiga del dia
Su negro manto desooje:
Y con ella un fuerte Moro
Semejante á Rodamonte,
Sale de Sidonia armado.
De Jerez la vega corre
Por do entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
De Santa Maria el puerto
Recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
Que aunque es de linaje noble,
Le deja su Dama ingrata
Porque se suena que es pobre,
Y aquella noche se casa
Con un Moro feo y torpe,
Que es Alcaide de Sevilla,
Del Alcázar y la Torre.
Quejábase gravemente
De un agravio tan enorme,
Y á sus palabras la vega
Con el eco le responde.
Zaida, dice, mas airada
Que el mar que las naves sorbe,
Mas dura é inexorable
Que las entrañas de un monte;
¿Cómo permites, cruel,
Despues de tantos favores,
Que de prendas que son mias

Agenas manos se adornen?
¿Es posible que te abrumes
A las cortezas de un roble
Y dejes el árbol tuyo
Desnudo de fruto y flores?
¿Dejas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escojes,
Y las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones?
¿Dejas al noble Gazul,
Dejas seis años de amores,
Y das la mano á Albenzaide
Cuando apenas le conoces?
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,
Que por zelos le suspires,
Y por ausencia le llores:
Y que de noche no duermas,
Y de dia no reposes,
Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojes:
Y en las fiestas y en las zambras
No se vista tus colores,
Ni aun para verle permita
Que á la ventana te asomes.
Y menosprecie en las cañas,
Paraque mas te alborotes,
El almaizar que le labres,
Y la manga que le bordes,
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
A quien le dé los cautivos
Cuando de la guerra torne.
Y en batalla de Cristianos
De velle muerto te asombres;

Y plegue á Alá que suceda
Cuando la mano le tomes.
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le gozes,
Que es la mayor maldicion
Que pueden darte los hombres.
Con esto llegó á Jerez
A la mitad de la noche,
Halló el palacio cubierto
De luminarias y vozes,
Y los Moros fronterizos
Que por todas partes corren
Con mil hachas encendidas
Y las libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos se pone,
Que tambien anda á caballo
Por honra de aquella noche.
Arrojado le ha una lanza,
De á parte á parte pasóle:
Alborotóse la plaza,
Desnudó el Moro su estoque,
Y por en medio de todos
Para Medina volvióse.

ADALIFA ZELOSA.

Así no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
Donde podré ver á Zaida.
La forastera te digo,
Aquella recien casada,
La de los rubios cabellos,
Y mas que cabellos gracias.

Aquella que en menosprecio
De las Damas cortesanas,
Celebran los Moros nobles
Con gloriosas alabanzas.
Voy por ella á la mezquita,
Por ella voy á las zambras,
Y aunque tan caro me cuesta,
No puedo velle la cara.
Encúbrese de mis ojos,
Cierta señal que me agravia,
Y aunque mas, Tarfe, me digas,
No tengo zelos sin causa.
Despues que á Granada vine,
¡ Nunca viniera á Granada !
Sale mi Alcaide de noche,
Y aun no viene á la mañana.
Enfádanle mis caricias,
Y estar conmigo le enfada;
No es mucho que yo le cause
Si en otra parte descansa.
Si está en el jardin conmigo,
Si está conmigo en la cama,
No solo las obras niega,
Mas me niega las palabras.
Si le digo *vida mia*,
Me responde *mis entrañas*;
Pero con una tibieza
Y un hielo, que me las rasga.
Y mientras mas le regalo,
Como trae vestida el alma
De pensamientos traidores,
Enséñame las espaldas.
Si me enlazo de su cuello,
Baja los ojos, y baja
La cabeza, y de mis brazos

Da vuelta y se desenlaza;
Arrojando unos suspiros
Del infierno de sus ansias,
Que mis sospechas enciende,
Y mis contentos abrasa.
Si la causa le pregunto,
Dice que yo soy la causa;
Y miente, que allí me tiene
Ociosa y enamorada.
Pues decir que le he ofendido?
En infiernos de amor arda,
Si despues que le conozco
Me he asomado á la ventana,
Si he tomado mano agena,
Si he visto toros ni cañas,
Y si en parte sospechosa
Se han estampado mis plantas.
Y Mahoma me maldiga,
Si, por guardarse en mi casa
La ley de su gusto sola,
Las del Alcoran se guardan.
¿ Mas paraqué gasto tiempo
En darte cuentas tan largas,
Si el alcanze que le he hecho
Tú lo sabes y lo callas?
No jures, que no te creo:
¡ Aquella muger mal haya,
Que de vuestros juramentos
Redes para el gusto labra!
¡ Qué traidores son los hombres!
¡ Cómo sus promesas falsas,
Muerto el fuego, desparecen
Como escritas en el agua!
¡ Ay Dios! que me acuerdo cuando...
Aquí el aliento me falta,

Una congoja me viene:
Tenme, Tarfe, no me caiga.
Dijo llorando Adalifa
Zelosa de su Abenámar,
Y en brazos del moro Tarfe
Se ha quedado desmayada.

El Despecho.

Redüan, anoche supe,
Que un vil Atarfe me ofende,
Y en un infierno insufrible
Trocada mi gloria tiene:
Que un pecho que fué diamante
En blanda cera lo vuelve,
Mis contentos en pesares,
Y en favores sus desdenes.
Tanto pudo su porfía,
Y mi ausencia tanto puede,
Que es ya lo que nunca ha sido,
Y yo no lo que fuí siempre.
¡ Qué de abrazos que la debo!
¡ Qué de suspiros me debe,
Que ardiendo van de mi pecho
Y se hielan en su nieve!
Gloria la daban mis prendas,
Y consuelo mis papeles,
Lo que mi lengua decia
Eran inviolables leyes.
Pasó este tiempo dichoso,
Por ser dichoso, tan breve,
Y en mil pesares y enojos
Se trocaron mis placeres.
¡ Quien tal creyera! olvidóme;
Y olvidado, me aborrece
Por un Moro advenedizo,

Que no sé de quien desciende.
Huélgate, Mora enemiga,
Aunque á mi pesar te huelgues,
Entra ufana en Vibarrambla,
Donde mis penas te alegren.
Aquese infame Morillo,
Que aborrezco y favoreces,
Atale al brazo tu toca,
Paraque las cañas juegue,
Que por Alá que has de verla
Teñida en su sangre aleve:
Y en la tuya la tiñera,
Mas soy hombre, y muger eres.
Por Mahoma, que estoy loco,
Mi sangre en las venas hierve,
La paciencia se me acaba,
Y mi jüizio se pierde.
Pero no me tenga el mundo
Por el Alcaide de Velez,
Ni me favorezca el Cielo,
Ni la tierra me conserve,
El mas cobarde me mate,
Sin que tenga quien me vengue;
Si á esta ciudad, si á este infierno
Adonde mi honra muere,
No la escandalizo, y vengo
Mis agravios con la muerte
De ese Morillo cobarde,
Que es infame y se me atreve;
A quien quitaré la vida,
Y mil vidas, si mil tiene.
Resuelto estoy, Redüan,
De vengarme, ó de perderme;
Que un noble, si está ofendido,
Fácilmente se resuelve.

Herrera.

La Separacion.

Pues la luz que escojí por cierta guia
Sombra oscura del cielo me defiende,
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
Ya sobre mi nubloso horror desciende,
Y me aflige la suerte y rinde á llanto,
Que el fuego que me abrasa airado enciende.
En lágrimas deshago el triste canto,
Y en ellas que debria estar deshecho,
El duro corazon que sufre tanto.
¿Qué aspera condicion de fiero pecho
En tan siniestro caso me levanta,
Y me tuerce á sufrir tan impio hecho?
¿Cómo explicar podré congoja tanta,
Si faltan las palabras, si el efeto
Triste el sentido mísero quebranta?
. . . . . .
¿A do el favor antiguo? ¿á do la gloria
De mi pasado tiempo y venturoso?
¿A do tantos despojos y vitoria?
Collados altos, bosque deleitoso,
Fuente abundosa y agradable puesto,
Testigos de mi bien y mi reposo;
¿A do las luzes y el semblante honesto,
El oro en rico cerco recogido
Con bello error en torno ó descompuesto?
¿A do el coral lustroso y encendido,
Y el color dulce de süave rosa
Tiernamente tal vez descolorido?
¿A do la blanca mano y generosa
Que el yugo puso blandamente al cuello,
Y fué prenda á mi alma dolorosa?

¿A do el ardor luziente del cabello?
¿A do mas que marfil y no tocada
Nieve, del pecho tierno el candor bello?
¿A do la perfeccion, nunca imitada,
De aquella imágen viva y hermosura
Con envidia de todas admirada?
¿Qué fuerza de astro, qué cruel ventura
Puede apartarme el bien de mi deseo?
De mi grave temor ¿quien me asegura?
En un mesmo lugar estó, y no veo
La luz que á el alma da virtud crecida,
Y pierdo el bien que siempre ver deseo,
¡Grande dolor! Pero en cuitada vida
Bien lo debe abrazar quien lo consiente,
Y sufre sustentar esta caida.
Si donde el sol se asconde de la gente,
O á do en rosado carro va la Aurora
Con purpúreo celaje y blanca frente,
Fortuna, de mi daño causadora,
Me llevase esta luz serena y bella
Que humilde reconozco por Señora;
Aunque mil muertes me ofreciese en ella,
Por la tiniebla y claridad del dia
Buscando iria mi fatal estrella.
Y ahora una enemiga compañía
El paso al bien abierto me deshace!
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
. . . . . .
Escrita mi infelize historia quede
En bronce y llore de mi gloria muerta
Quejoso el mal, que á tanto bien sucede.
Si algun amante en esta parte incierta
Llegare, lleno de mortal fatiga,
Y con dolor herido y cuita cierta,
Señale en esta arena y mustio diga:

Aquí no entra quien no es desdichado,
Y aquí la suerte á todo afan obliga.
En tanto que se acerca el ímpio hado,
Y nos escucha esta ribera fria,
Lloremos, ojos, mi dichoso estado.
Llore Betis los versos que me oia;
Y tú que no te ofendes de mis males,
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
Las aves con sus cantos desiguales
Acompañen la voz de mi lamento,
Y de esta fuente rotos los cristales.
No es mi queja mayor que mi tormento,
Que el corazon que tengo es bien bastante
Para cualquier profundo sentimiento;
Mas este que padezco va delante
A todos cuantos tiene el amor fiero,
Ni puede alguno ser su semejante.
Desconfio, aborrezco, amo, espero,
Y llega á tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero, ó si no quiero.
Testigo es de mis males el desierto
Que me ve en su desnuda y roja arena
Vencido de dolor y casi muerto.
Cándida Luna, que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mio,
¿Has visto en otro amante otra igual pena?
Mírame en este solo y hondo rio
Lamentando mi mal con su rüido,
Y me cubre del cielo el manto frio.
. . . . . .
Mas pues Diana sigue su alta via,
Y acogida á mis lágrimas me niega,
Llora conmigo, Amor, la pena mia.
Ya que mudanza á tanto mal no llega,
Y roto del mar negro en la onda fiera,
Cruel fortuna á lástimas me entrega;

De este sonante rio en la ribera,
Esperaré, si soy de tal bien dino,
Que mi esquiva pasion conmigo muera:
Y seré en esta tierra triste, indino
Ejemplo del dolor, que amor presenta
Al mas dichoso amante y mas mezquino.
Cubrirá mi sepulcro esta sedienta
Arena que el sol hiere en luengo dia,
Y un verso que declare así mi afrenta:
« Dió ausencia y soledad, siendo su guia,
A un mísero amador injusta muerte;
Amor que siempre fué en su compañía
Yace con él en una misma suerte ».

En la Muerte de Eliodora.

Bien debes asconder, sereno cielo,
Tus luzes, y tejer de oscuro manto
En torno luengamente el ancho velo,
Y España deshacerse en mustio llanto,
Y volver en un triste sentimiento
Siempre la dulce voz y alegre canto;
Y Betis remover del hondo asiento
Negras ondas, creciendo el mar hinchado
El curso de su mísero lamento.
Pues ¡ o dolor tarde temido ! el hado
Pudo airado robar la luz hermosa
Al suelo eternamente despojado.
Perpetua sombra y niebla tenebrosa
Desconorte los pechos, espantados
De dureza tan áspera y llorosa.
Acábense con este los cuidados,
Las congojas antiguas, y el gemido
Por todos los sucesos desdichados.
El sol de hermosura esclarecido,

Rayo de la divina hermosura
Yace en fria tiniebla oscurecido.
Quien pudo ver la luz süave y pura,
Clarísima Eliodora, de tus ojos,
Nunca esperó tan grande desventura.
Las ricas hebras, lúzidos manojos
De oro terso, sutil y ensortijado,
Son ya [illegible] ros despojos.
Vese [illegible] mortiguado,
Y sin vigor la [illegible] lanca frente,
Y queda el [illegible] sto derribado.
El bl[illegible] corazon clemente,
La graci[illegible] ros [illegible] rtesía,
La fe y [illegible] tia y la [illegible] irtud presente,
Entr[illegible] an desdi[illegible] do y cruel dia
En duros brazos de [illegible] muerte fiera,
Cuando menos al miedo se debia.
Esta engañosa vida lisonjera,
Desierta y en confuso error perdida,
Despues de tanto mal, ¿ qué bien espera ?
Con esta triste y última partida
Es dulce vida ya la amarga muerte,
Y amarga muerte ya la dulce vida.
Ningun caso tan áspero, ó tan fuerte
Estrago, y ningun ímpetu sañoso
Del cielo que contrasta nuestra suerte,
Puede, aunque quebrantando proceloso,
Arranque gruesos muros bien trabados,
Y se confunda el orbe temeroso,
Rendir los corazones levantados;
Que el valor glorïoso los alienta,
Entre peligros mil nunca turbados;
Mas esta que enemiga se presenta,
Y deshace cruel con ímpia mano
La verde flor, indina de esta afrenta,

Al mas excelso pecho y sobrehumano
Desnuda de la usada fortaleza,
Que contra su rigor se opone en vano.
Terrible mal, pero comun tristeza,
Que desbarata la ambicion profana,
Freno de vanas pompas y grandeza.
Contra esta furia, rígida tirana,
Solo finca un reparo no ofendido,
Que es la ardiente virtud y soberana.
Rompa el cielo, en mil rayos encendido,
Y con pavor horrísono cayendo,
Se despedaze en hórrido estampido;
Tal es, que este furor y horror tremendo,
Y cuanto conspirare por su daño,
Rendidó ante ella quedará gimiendo.
Bien puede el hombre ciego y della extraño,
Enflaquezer, y su memoria injusta
Acabar del olvido en lento engaño;
Mas nunca podrá haber vitoria justa
De quien se aparta, y singular contino
Sigue, y alcanza al bien con gloria augusta.
¡ Dichoso aquel espíritu divino,
Que la alta frente descubrió seguro,
Sin temer el comun peligro indino,
Y al estrellado claustro y ardor puro
Encumbró el fácil vuelo en paz, purgado
De corteza mortal y error oscuro!
Si amor de la virtud jamas cansado,
Si piedad, si corazon honesto,
Si sufrimiento, apenas enseñado,
Y si ánimo humillado y bien dispuesto,
Si trabajos de inmenso sentimiento,
Si á santas obras pecho firme y puesto,
Pueden de este apartado y grave asiento
Colocarte ¡ o sin par bella Eliodora!
En los giros de eterno movimiento;

Tú serás en el cielo nueva Aurora
Antes luciente sol, que muestre al dia
La riqueza y valor que en ti atesora.
Y cuando la demanda noche fria
Oscurezca el fulgor, serás lucero
Que descubra en su horror serena via.
Y viendo el color tuyo verdadero,
Bañado en la púrpura y la nieve,
Y el oro que igual nunca vió el Ibero,
Dirá quien te mirare, si osar debe
En tanto m[illegible] á tu belleza,
¿El impío [illegible] hom se atreve?
Tú jamas des[illegible] en la estrechez
Que tu alma ofendia, y padeciste
Dolor, y siempre afanes y tristeza.
No quiso el claro Olimpo, ni pudiste
Ya esperar mas trabajos, y dejaste
Alegre al cielo todo, á España triste.
Contigo arrebatado nos llevaste
El deseo de amor honesto y santo,
Con el que en nuestros pechos inflamaste.
Yo canté tu valor, y ahora canto
El premio merecido de tu gloria,
Aunque á la voz impide el tierno llanto.
Mas en mí no desmaya la memoria
De tu virtud, de quien el tibio olvido
Desespere ganar jamas vitoria,
Y veo que es el llanto mal perdido;
Porque descansas libre ya y segura,
Y la ocasion de mi dolor olvido.
No podia tu inmensa hermosura,
Tu valor, tu divino entendimiento
Contento sosegar en sombra oscura:
Y desdeñando el duro ligamento,
Deslázaste, y en leve vuelo suelta,
Pisas el c[illegible] etéreo y firme asiento

Si puede renovarte alguna vuelta
La memoria del suelo despreciado,
En dichosa alegría y bien envuelta,
Da esfuerzo á este mi espíritu cuitado,
Para sufrir la acerba y luenga pena,
De esta vida la lástima y cuidado,
Que ya de la esperanza se enagena,
Ya su intento engáñado y error siente,
Y en tormento molesto se condena;
Que en tu honra inclinado el Occidente,
El frio Ebro, el Tajo caudaloso
Venerará este dia humildemente.
El Betis que contigo fué dichoso,
Pero ya desdichado que te pierde,
Y triste y sin el ancho curso hondoso,
En medio de su fértil campo verde
Hará que el coro todo se levante
De Ninfas, que con dulce voz concuerde;
Y metiendo en el piélago de Atlante
La frente por su abierto y hondo seno
Con ímpetu extendido resonante,
Dará ocasion que el mar de peñas lleno
Alze el canto en tu gloria, rodëando
Sus bandas, de otra alguna voz ageno;
Hasta que el claro son multiplicando,
Entre, volviendo el paso, en el Egeo,
Y en el último Euxino repasando.
Yo, si el Cielo, presente á mi deseo,
No corta el hilo frágil de esta vida,
Y al canto aspira espíritu Febeo;
Espero tu memoria esclarecida
Hacer insigne ejemplo de la fama,
Prenda solo á mis lágrimas debida.
Y quien oir pudiere de tu llama
Viva el puro esplendor, y la belleza
Que por cuanto el sol cerca se derrama;

Culpará de sus hados la dureza,
Que le negó admirar en este suelo
La luz excelsa de ínclita grandeza.
Alma dichosa, tú que el alto cielo
Enriquezes alegre, y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sutil velo;
Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida, que de bien ya agena,
Yace en terreno afeto congojosa.
Esta triste ribera, de afan llena,
Que vió desparecer su blanca Aurora,
Con mustio verso murmurando suena:
« La sublime y bellísima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frio,
Abrasada en la eterna luz que adora,
Es tutela del sacro Esperio Rio ».

Gaspar Gil Polo.

Diana enamorada.

Madruga un poco luz del claro dia,
Con apazible y blanda mansedumbre,
Para engañar un alma entristezida.
Extiende, hermoso Apolo, aquella lumbre,
Que á los desiertos campos da alegría,
Y á las muy secas plantas fuerza y vida.
En esta amena silva que convida
A muy dulce reposo,
Verás de un congojoso
Dolor mi corazon atormentado,
Por verse ansí olvidado,
De quien mil quejas daba de mi olvido.
La culpa es de Cupido,

Que aposta, quita y da aborrecimiento
Do ve que ha de causar mayor tormento.
¿Qué fiera no enternece un triste canto?
¿Y qué piedra no ablandan los gemidos
Que suele dar un fatigado pecho?
¿Qué tigres ó leones conducidos
No fueran á piedad, oyendo el llanto
Que casi tiene mi ánimo deshecho?
Solo á Sireno cuento sin provecho
Mi triste desventura,
Que della tanto cura,
Como el furioso viento en mar insano
Las lágrimas que en vano
Derrama el congojado marinero,
Pues cuanto mas le ruega, mas es fiero.
No ha sido fino amor, Sireno mio,
El que por estos campos me mostrabas,
Pues un descuido mio ansí lo ofende.
Acuérdate, traidor, lo que jurabas
Sentado en este bosque y junto al rio.
¿Pues tu dureza agora qué pretende?
¿No bastará que el simple olvido enmiende
Con un amor sobrado?
Y tal, que si al pasado
Olvido no aventaja de gran parte,
Pues mas no puedo amarte,
Ni con mayor ardor satisfacerte,
Por remedio tomar quiero la muerte.
Mas viva yo en tal pena, pues la siento
Por tí que haces menor toda tristura,
Aunque mas dañe el ánima mezquina.
Porque tener presente tu figura
Da gusto aventajado al pensamiento
De quien por tí penando en tí imagina.
Mas tú á mi ruego ardiente un poco inclina

El corazon altivo,
Pues ves que en penas vivo,
Con un solo deseo sostenida
De oir de tí en mi vida
Si quiera un no, en aquello que mas quiero.
¿ Mas qué se ha de esperar de hombre tan fiero?
¿ Cómo agradeces, díme, los favores
De aquel tiempo pasado que tenias
Mas blando el corazon, duro Sireno?
Cuando, traidor, por causa mia hacias
Morir de pura envidia pastores....
¡ Ay tiempo de alegria! ay tiempo bueno!
Será testigo el valle y prado ameno,
A do de blancas rosas
Y flores olorosas,
Guirnalda á tu cabeza componia,
Do á vezes añadia,
Por solo contentarte, algun cabello,
Que muero de dolor pensando en ello.
Agora andas esento aborreciendo
La que por tí en tal pena se consume.
Pues guarte de las mañas de Cupido,
Que el corazon soberbio que presume
Del bravo amor estarse defendiendo,
Cuanto mas armas hace, es mas vencido.
Yo ruego que tan preso y tan herido
Estés como me veo.
Mas siempre á mi deseo
No desẽar el bien le es buen aviso,
Pues cuantas cosas quiso,
Por mas que tierra y cielos importuna,
Se las negó el amor y la fortuna.
Cancion en algun pino ó dura encina,
No quise señalarte,
Mas ántes entregarte

Al sordo campo y al mudable viento,
Porque de mi tormento
Se pierda la notiéia y la memoria,
Pues ya perdida está mi vida y gloria.

Arguijo.

Ariadna abandonada.

¿A quien me quejaré del cruel engaño,
Arboles mudos, en mi triste duelo?
¡ Sordo mar ! ¡ tierra extraña ! ¡ nuevo cielo !
¡ Fingido amor ! ¡ costoso desengaño !
Huye el pérfido autor de tanto daño,
Y quedo sola en peregrino suelo,
Do no espero á mis lágrimas consuelo,
Pues no permite alivio mal tamaño.
Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme os ruego del traidor Teseo.
Tal se quejaba Ariadna en importuno
Lamento al Cielo, y entretanto lleva
El mar su llanto, el viento su deseo.

Lope de Vega.

Cadena de Amor.

Con nuevos lazos como el mismo Apolo
Hallé en cabello á mi Luzinda un dia,
Tan hermosa, que al cielo parecia
En la risa del alba abriendo el polo.
Vino un aire sutil y desatólo
Con blando golpe por la frente mia,

Y dije á Amor, que paraqué tenia
Mil cuerdas juntas para un arco solo.
Pero él responde: fugitivo mio,
Que burlaste mis lazos, hoy aguardo
De nuevo echar prision á tu albedrío.
Yo triste que por ella muero y ardo,
La red quise romper: ¡ qué desvario!
Pues mas me enredo cuanto mas me guardo.

Lagrimas distantes.

Tened piedad de mí que muero ausente,
Hermosas Ninfas de ese blando rio,
Que bien os lo merece el llanto mio
Con que suelo aumentar vuestra corriente.
Saca la coronada y blanca frente,
Tórmes famoso, á ver mi desvarío;
Así jamas te mengüe el seco estío,
Y esta montaña tu cristal aumente.
¿Mas qué importa que el llanto me recibas
Si no vas á morir al Tajo, donde
Mis penas puede ver la causa dellas?
Tus Ninfas en tus ondas fugitivas,
Y tu cabeza coronada esconde,
Que basta que me escuchen las estrellas.

El Amante burlado.

Cual engañado niño, que contento
Pintado pajarillo tiene atado,
Y le deja, en la cuerda confiado,
Tender las alas por el manso viento:
Y cuanto mas en esta gloria atento,
Quebrándose el cordel quedó burlado,
Siguiéndole en sus lágrimas bañado
Con los ojos y el triste pensamiento;

Contigo he sido, Amor, que mi memoria
Dejé llevar de pensamientos vanos
Colgados de la fuerza de un cabello.
Llevóse el viento el pájaro y mi gloria,
Y dejóme el cordel entre las manos,
Que habrá por fuerza de servirme al cuello.

A la Barquilla.

Pobre Barquilla mia
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola.
¿ Adonde vas perdida?
¿ Adonde, dí, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas:
Que por la tierra propia

Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa,
Ni se estimó la perla
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿ Quien te engañó, Barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿ Qué jarcias te entretejen?
Qué ricas banderolas
Azote son del viento,
Y de las aguas sombra?
¿ En qué gabia descubres,
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva,
Del mar incultas orlas?
¿ En qué zelajes fundas
Que es bien echar la sonda,
Cuando perdido el rumbo
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,

¿ Qué sirve fama heroica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
. . . . . .
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El Zéfiro bullia
Y suspiraba aromas;
Ya fieros uracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas,
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes,
A la playa arenosa
Mojado me sacabas,
Pero vivo, ¿ qué importa?
Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la Aurora,
Mas pezes te llenaban,
Que ella lloraba aljófar.
Al bello sol que adoro,
Enjuta ya la ropa,
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia

Le bañó y le pasó el hierro
Con un hermoso jaez,
Rica labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,
La muchila de oro y negra.
Tan gallardo iba el caballo,
Que en grave y airoso huello
Con [illegible] [illegible]
Lo que hay de la [illegible] al suelo.
Sobre la [illegible] negra
Un blanco alban[illegible] se ha puesto,
Por ventilar los c[illegible]
De su inocencia y su duelo.
Bordó mil hierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
Lo acribiga una letra
Que dice: *Estas son mis yerros.*
Bonete lleva turquí
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas, presas
De un precioso cimacra.
No quiso salir sin plumas,
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
También no le quita el viento.
No lleva mas de un alfanje
Que le dió el Rey de Toledo,
Porque para un enemigo,
El le basta y su derecho.
De esta suerte sale el Moro
Con animoso denuedo,
En medio de los Alcaides
De Arjona y del Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,

Y las Damas por do pasa
Se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten ahora
De sus tristes ojos bellos,
Las que desde sus balcones
Aguas de olor le vertieron.
La bellísima Balaja,
Que llorosa en su aposento
Las sinrazones del Rey
Le pagaban sus cabellos;
Como tanto estruendo oyó
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dijo,
Dando vozes con silencio:
Vete en paz, que no vas solo,
Y en tu ausencia ten consuelo,
Que quien te echa de Jaen
No te echará de mi pecho.
El con mirar le responde:
Yo me voy, y no te dejo;
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.
En esto pasó la calle,
Los ojos atras volviendo
Cien mil vezes, y de Andújar
Tomó el camino derecho.

Libertad perdida.

Tú noche que alivias
Los cansados miembros,
Cuyas negras horas
Convidan á sueño:
. . . . . .
Tú en cuyo regazo

El grande y pequeño
Suspende la vida,
Y afloja el deseo;
  Aplica á mis quejas
El oido atento,
Pues dellas el dia
Y de mí va huyendo,
  Mie[illegible]ga
En el caso[illegible]
Duerme si[illegible]
De mis p[illegible]
. . . . . .
  Cuand[illegible]
Mas lí[illegible]
De mí [illegible] escu[illegible],
Solo á mi sujeto,
  Burlaba de amor
Y de sus pecheros,
Porque en mi opinion
Todos eran necios.
  Y no andaba errado,
Que quien sirve á un ciego,
O no tiene vista,
O es poco discreto.
  No cuidaba de ojos
Garzos ni risueños,
De tiernas palabras
Ni blandos rodeos.
  No me suspendian
Cejas ni cabellos,
Nariz afilada
Ni nevado pecho.
  No en fuego me helaba
Ni quemaba en hielo,
Ni me alborotaban
Temerarios zelos.

No me despertaban
Amorosos miedos,
Ni dueñas, ni doñas
Me traian suspenso.
No gastaba arengas
En dulces requiebros,
Ni lágrimas vivas,
Ni suspiros recios.
Nunca con mugeres
Hablaba con seso,
Porque me preciaba
De ser lisonjero.
Nunca me vió nadie
En anocheciendo,
Andar hecho trasgo
Cargado de hierro.
Estas prevenciones
Poco me valieron,
Que en fin vine á dar
Al despeñadero.
Víte una mañana,
Y quedé suspenso
De unas cejas negras,
Y unos ojos negros.
Perdíme de vista,
Y dejando el puerto,
Por el mar de amores
Me entré á vela y remo.
Comenzé á ser otro,
Descubríte el pecho,
Mas tú le cubriste
De amoroso fuego.
Hallóte mi amor
Falsa por extremo,
Las palabras cera,
Las obras azero.

Viva en mis trajedias,
Muerta en mis trofeos.
En presencia gloria,
En ausencia infierno,
En público oveja,
Y tigre en secreto.
Pues no eres eterna,
Ni el tiempo es eterno,
Ni tú serás moza,
Cuando yo sea viejo;
Si pasa tu flor
Quedarte has en seco,
Rica de desdenes,
Pobre de contento.
Llorarás entónces
Lo que no echas menos,
Y querrás comer
Y no habrá pan tierno.
Pero tente pluma,
Que aunque no me duerma,
Hablas con un roble
De esperanzas hecho.

LA PRETENSION.

[illegible]

Amorosos hurtos,
Y agradables penas:
. . . . . .
Agora, pues, aires,
Antes que las sierras
Coronen sus cumbres
De confusas nieblas,
Y que el Aquilon
Con dura inclemencia
Desnude las plantas,
Y vista la tierra:
. . . . . .
Y ántes que las nieves
Y el hielo conviertan
En cristal las rocas,
Y en vidrio las selvas;
Batid vuestras alas,
Y dad ya la vuelta
Al templado seno
Que alegre os espera.
Veréis de camino
Una Ninfa bella,
Que pisa orgullosa
Del Betis la arena;
Montaraz, gallarda,
Temida en la sierra,
Mas por su mirar,
Que por sus saetas.
Ahora la halleis
Entre la maleza
Del fragoso monte,
Siguiendo las fieras;
Ahora en el llano
Con planta ligera,
Fatigando el corzo
Que herido vuela,

Y [illegible] por se [illegible]
De [illegible] [illegible].
De quien ella toma
Lecciones de dureza;
. . . . . .
Decidle sincerillas:
Delicioso Lelio,
Gloria de los bosques,
Honor de la aldea,
Enfermo Dafino
Junto al Tajo queda
Con la muerte al lado
Y en manos de amorosa.
Suplicote humilde,
Antes que le vuelvan
Su fuego en cenizas,
Su destino en tierra,
En premio glorioso
De su amor, merezca,
Ya que no suspiros,
A lo menos letra,
. . . . . .

Cadalso.

Lamentos en la muerte de Filis.

Mi Filis ha muerto:
¡ Ay triste de mí!
¡ O Musa! (si acaso
La hay tan infeliz,
Que esté destinada
Para presidir
El llanto y gemido)
Venid, influid
El tono mas triste
Que se pueda oir;
Mi Filis ha muerto,
¡ Ay triste de mí!
Desde estos mis brazos,
En que yo la ví
En dias alegres
Mirarme y reir,
La muerte alevosa
Con sorpresa vil
Cortó de su vida
El hilo sutil.
Mi Filis ha muerto,
¡ Ay triste de mí!
Los labios muriendo
Procuraba abrir,
Para despedirse
Sin duda de mí,
Pero se secaron
Sin poder servir,
Cual rosa que muere
Pasado su abril.
Mi Filis ha muerto,
¡ Ay triste de mí!

[illegible]
¡ Ay triste de mí !
De sus lindos pechos
El blanco marfil
En pálida cera
Convertirse ví,
Y en tristes colores
Aquel carmesí,
Que de otras bellezas
Envidiado ví.
Mi Filis ha muerto,
¡ Ay triste de mí !
Decidme, Deidades
Tiranas, decid,
¿Sin la que fué mi alma
Cómo he de vivir?
La molesta vida
Que me conservais,
Despues de su muerte
Gastaré en decir:
Mi Filis ha muerto,
¡ Ay triste de mí !
Si vuestros rissores

Que baje sufrid
Con la sacra rama
Al campo feliz.
Mi Filis ha muerto,
¡ Ay triste de mí !
De mi amada prenda
La sombra sutil
Podré con mis brazos....
¡ Mas necio de mí !
Su sombra queria
Con el brazo asir,
Cual si fuera cuerpo;
¡ Ay qué frenesí !
Mi Filis ha muerto,
¡ Ay triste de mí !
Cerbero, Aqueronte,
Las Furias, en mí
No pondrán asombros;
Mi voz infeliz
Ablandará á todos,
Si me oyen decir:
Mi Filis ha muerto,
¡ Ay triste de mí !

Iglesias.

Aja Burlada.

En el anchuroso lago,
Cuyas hondas alborotan
De Orion uno y otro amago,
Cuando de la gran Cartago
La vecina playa azotan:
Zaide, huyendo de Aja bella,
Que mas que á su alma le amaba,

Su amor constante atropella;
Y para huir mejor de ella
Al ciego mar se entregaba.
Descubrióle sin cautela
Aja su ardiente pasion,
Cosa que al amante hiela,
Que al gusto da poca espuela
Gozar tan de valde un don.
Y dando la vela al viento
Deja la vecina playa,
Y en mas crecido tormento
A Aja, que su crudo intento
Desde una torre atalaya,
El rostro en perlas bañado,
Cual la luz de la mañana.
. . . . . .
Mirando huir al traidor,
Casi muerta su esperanza,
Sino la acabó el dolor,
Fué por dárselo mayor
De su amante la mudanza.
Viéndose de amor perdida
Los recatos echó fuera
Del miedo, y con voz subida
Del Moro infiel no atendida,
Le dijo de esta manera:
¡ O Moro que siempre fuiste
Para todos de provecho,
Y solo para mí triste!
En tormento te volviste
Saqueando mi amante pecho.
Si en el tuyo un torpe intento
No oculta el engaño injusto,
¿ Cómo, dí, tan pronto al viento
Das la fe y el juramento

Que era el colmo de mi gusto?
. . . . . .
Ya que tan poco mi amor
Merece á tu ingrato pecho
Que no ablande tu rigor,
No mires á mi dolor,
Sino á tu mismo provecho.
Deja el mar hondo é incierto,
Ven á gozar mis jardines,
Su suelo de flor cubierto;
Hallarás descanso cierto
Entre rosas y jazmines.
Ven, y á mi diestra sentado,
Goza del frescor ameno
De un sitio tan regalado
De casia y azar nevado,
Mirto y cinamomo lleno.
. . . . . .
Goza la tapizería
Que en bellos marcos de encajes
Te mostrarán á porfía
Fuentes, casa, montería,
Faunos, riscos y follajes.
Aquí en tropa voladora
Cisnes verás que á las flores
Les dan música sonora,
Y cual cantan á la Aurora
Calandrias y ruiseñores.
Si al fin el agua te es grata,
Aquí hay una dulce fuente,
Espejo hermoso de plata,
Que verás que al sol retrata,
Cuando te mire de frente.
Préndate de la hermosura
Que con bellos arreboles

Febo hace en esta frescura,
Tejiendo en su linfa pura
Nunca vistos tornasoles.
No la fe del casamiento
Que tu amor me prometia
Te pido, ni que en descuento
Dejes tu propio contento
Por sanar la pena mia.
Pero ¿ qué contento ¡ ay cielo !
Puede á tu pecho causar
Del hondo mar el rezelo ?
Aquí en varios cenadores
Sobre estanques cristalinos
Verás estatuas de Amores,
Burla y juego de pastores,
Y otros cuadros peregrinos.
En pebeteros de Oriente
Gozarás sirios olores,
Y en un concierto excelente
Tus hechos, Moro valiente,
Celebrarán mis cantores.
Ea, ven, que fe tan pura,
Cual la que Aja te ofrece
No te dará tu ventura;
Mas alguna ingrata y dura
Cual tu falsedad merece.
Pero en tu opinion altivo,
Sigues tu rumbo sonoro,
Y ¡ ay ! falso, infiel, vengativo,
Que huyes de mi fugitivo,
Porque ves cómo te adoro.

. . . . . .

Ese mar, como tú instable,
De ciega fortuna asiento,
Ahora te proteje afable,

Y con su soplo mudable
Ayuda tu falso intento;
Mas yo espero que él mudado
Tus intentos desvanezca,
Y dé, con tu barco airado,
Contra algun risco escarpado,
Que en cruel se te parezca.
. . . . . .
Dijo, y mucho mas dijera,
Si la pena mas aliento
Le diese en sazon tan fiera,
Y en un punto no perdiera
El habla y el movimiento.
Quedó marchita cual hoja
Del alelí mas pintado,
Y con la nueva congoja
Pálida la color roja,
Y yerto su albor rosado.
Desmayada así, en los brazos
De sus damas se arrojó;
Y el amante que los lazos
Huye, y sus dulces abrazos,
Su incierto rumbo siguió.

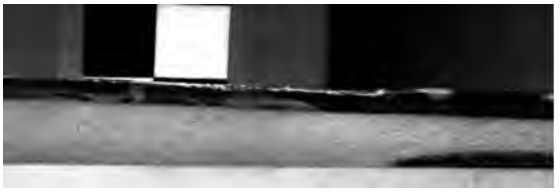
Melendez Valdes.

En la muerte de Filis.

¡O! rompa ya el silencio el dolor mio,
Y al labio salga en dolorido acento
La aguda pena en que morir porfio.
Con lastimeros ayes gima el viento,
Y entre suspiros y mortal quebranto
La falta de la voz supla el lamento.

Los ojos cieguen con su amargo llanto,
Y lejos de la luz, siempre en oscura
Noche, fenezcan en desastre tanto.
Truéqueseme la dicha en desventura,
Ni jamas bien alguno esperar pueda,
Pues me robó la muerte mi luz pura.
¡Filis! ¡amada Filis! ¡ay! ¿qué queda
Ya á mi dolor? ¿Faltaste, mi Señora?
¡Cómo la voz el sentimiento veda!
Allá volaste al cielo á ser aurora,
Dejando en llanto y sempiterno olvido
Esta alma triste que tu ausencia llora.
¿Qué? ¿ni mi dulce amor te ha detenido?
¿Ni la amarga orfandad en que me dejas?
¿Tan mal, querida Fili, te he servido?
¿Así de este infeliz, así te alejas?
Vuelve, adorada, vuelve á consolarme,
No mas desdeñes mis dolientes quejas,
Pero tú no pudiste abandonarme;
El golpe de la muerte, el golpe fiero
Solo de tu alma luz logró apartarme.
¡O muerte! ¡muerte! ¡o golpe lastimero!
¡Ay! ¿sabes, despiadada, lo que hiziste?
De todos tus delitos el postrero.
¿A quien con mano bárbara rompiste
El feliz hilo de la tierna vida,
Y en el sepulcro despiadada hundiste?
¿A Filis? ¿á mi Filis? ¿mi querida?
¿Mi inocente zagala? ¿Su ternura
En qué pudo ofenderte? ¡O fementida!
. . . . . .
Con tan cruel memoria mis dolores
Cual olas crecen de la mar: ¡cuitado!
¿Qué he de hacer sin mi bien, sin mis amores?
¡Que ya no gozaré su alegre lado!

¡ Ni he de oir sus suavísimas razones !
¡ Ni he de ver de su rostro el tierno agrado !
¡ Sus ojuelos, iman de corazones,
Aquellos ojos, cuya lumbre clara
Tras sí arrastraron tantas atenciones !
¡ Y aquella faz divina, hermosa y rara,
Que ya en eterna noche se oscurece !
¡ Ay muerte dura, de mi bien avara !
Mi llanto y mi dolor mas y mas crece;
Pero ¡ qué mucho ! si en mi acerba pena
Todo el orbe dolido se enterneze ?
Con horrísono silbo el aire suena,
Ni el agua corre ya como solia,
Ni la tierra es fructífera ni amena;
Ni arrebolado asoma el albo dia,
Ni es el sol en su cumbre refulgente,
Ni la luna en la noche húmida y fria.
El Tórmes el raudal de su corriente
Detiene por seguir mi amargo llanto,
De cipres coronada la ancha frente.
Con lúgubre aparato y triste canto
De sus Ninfas el coro le rodea;
¡ Ay ! ¡ cómo crece al verlas mi quebranto !
No ya el nácar sus cuellos hermosea,
Ni sembrado de perlas y corales,
Su cabello en los hombros libre ondea;
Mustio taray y tocas funerales
Hoy visten todas por la Filis mia,
De su agado pesar ciertas señales.
¡ O ! ¡ cual con ellas yo la ví algun dia
Del seco agosto en la enojosa llama
Triscar alegre en la corriente fria !
Hoy en llanto su pecho se derrama,
Y con doliente lúgubre alarido,
Cual si la oyese, cada cual la llama.



El raudo Tórmes con mortal quejido
Tambien las acompaña, y su lamento
Merece de Neptuno ser oido.

. . . . . .

¡ O dolor sobre todos el mas grave !
¡ O flor ! ¡ o breve bien ! ¡ o corta vida !
Quien en tí se confia poco sabe.
Apenas apareces, ya eres ida,
Dejando la esperanza en tí fundada,
Cual mustia flor del vastago partida.
¿Quien pudiera decirme que mi amada,
Mi tierna palomita, de repente
Así del seno me seria robada,
Cuando á aguardarla fuí junto á la fuente
La tarde ántes del aciago dia
En la márgen del Tórmes transparente?
¡Cómo me recibió! ¡con qué alegría
De mí burlando, mi temor culpaba,
Y fiel su eterna llama me ofrecia !
¡Con qué halagüeños ojos me miraba !
¡Y con cuantos dulcísimos favores
Mis dudas, mis zozobras alentaba!
¡O mi acabado bien! ¡o mis amores!
¿Quien entónces creyera tal fracaso,
Ni tras ventura tal estos dolores?
Viendo tu vida en el primero paso,
¿Quien rezelara que sú luz temprana
Corriera así tan súbita á su ocaso?

. . . . . .

¡Vida cual fugaz sombra pasajera!
Ya á la mia no queda sino llanto,
Prueba segura de mi fe sincera.
Crecerá siempre mi mortal quebranto,
Hasta que huyendo este nubloso suelo,
En lazo á tí me una eterno y santo.
Ni pienses, mis amores, que consuelo

Halle jamas mi espíritu abatido,
Que en tí el bien me dejó, con presto vuelo,
Y en lágrimas y penas sumerjido,
Tu imágen sola cada vez mas viva
Mi pecho ocupa de su amor herido.
La horrible parca que de tí me priva
No hará que yo te olvide, mi Señora,
Que mi llama en tu falta mas se aviva,
Y acuerda al alma triste en cada hora
Tu dulcísimo amor, tu fe sincera;
¡Cómo el pensarlo me atormenta ahora!
La delicada voz, la voz postrera
Que en tu labio sonó ya moribundo,
Jamas podré olvidarla aunque yo muera.
¡Pues qué, si el espectáculo profundo
Se me presenta de tu muerte aciaga!
En un mar de mis lágrimas me inundo.
¡Ay! déjame que ensellas me deshaga,
Y que en largos suspiros exhalado,
Mi espíritu á sus ansias satisfaga.
Paréceme mirarte en el cuitado
Trance de la postrera despedida,
Pálido el rostro, frio y demudado,
Del todo casi ya desfallecida,
Fijos en mí con gesto lastimero
Los ojos y su luz oscurecida,
Diciéndome: *Batilo, yo me muero;*
Y al quererme abrazar aun débilmente,
En mi boca lanzando el ¡ay! postrero.
¡O dolor! ¡cuanto estabas diferente
De aquella que ántes por tus gracias fuiste
El milagro de amor mas reverente!
¡O! no me aflijas mas, memoria triste!
Deja, deja acabarme en mi amargura:
Yo iré presto, mi bien, do tú subiste.

Mi fe, mi firme fe te lo asegura:
No puedo yo vivir de tí apartado,
Que el ansia de te ver mi vida apura.
Entónces de temores sosegado,
Y en mi amor casto, ardiente, verdadero,
Por siempre á tí me gozaré ayuntado.
¡Ay! ¿qué en la tierra, miserable, espero?
¡Muerte cruel, tan pronta con mi amada,
En mí ejecuta, en mí tu golpe fiero!
Arráncame esta vida quebrantada:
Llévame con mi Filis al sosiego
De que el ánima está necesitada.
Muévante ¡o cruda! mi infeliz ruego,
La vida que aquí paso dolorosa,
Y el largo llanto con que el campo riego.
No pienses, no, mostrarte rigurosa
Mi pecho hiriendo en ansias abismado,
Que ántes serás en tu rigor piadosa;
Pues yo de alivio ya desesperado,
Ni curo tener cuenta con mi vida,
Ni un breve alivio á mi infeliz cuidado.
Mis lágrimas son siempre sin medida,
Y á los suspiros con que canso el cielo
El alma se me arranca dolorida.
Ni para alimentarme hallo consuelo,
Ni es otra mi bebida que mi llanto,
Ni del sueño me alivia el vago vuelo:
Pues cuando al fin rendido en mi quebranto
Entre sus blandas alas me adormeze,
Luego despavorido me levanto;
Que mil sombras tristísimas me ofrece,
Tendiendo yo la mano arrebatado
Al bien que, niebla vana, desparece.
Tal es de mi vivir el triste estado,
Huyendo en torva faz siempre las gentes,

Y de ellas por sin seso baldonado.
Solo en mis ovejillas inocentes
Compasion halla mi amoroso anhelo,
Si es que cabe en mis ansias inclementes.
Ellas solas me siguen en mi duelo,
Y en torno rodëándome apiñadas
Doblan con su balar mi desconsuelo.
Las que tuve á mi Filis destinadas
Todas sin quedar una han fenecido.
¡ Ay corderas, cual ella desgraciadas!
A las otras el prado florezido
Jamas mueve á pazer, aunque acabando
Las miro con tristísimo balido.
Aquí las tiernas crias van quedando,
Las madres allí caen sin aliento,
Todas en cuanto mueren suspirando.
Mientras mi perro fiel su sentimiento
Me muestra lastimado en ronco aullido,
Los pies me lame y me contempla atento;
O ya el camino corre conocido
Que á la majada de mi Filis guia:
Torna, se para y cae sin sentido.
Su compasion enciende el alma mia,
¡ O ! fenezca esta vida desastrada,
Que de ir á acompañarte me desvia.
¡ O mi bien ! ¡ mis amores ! ¡ o eclipsada
Lumbre de estos mis ojos ! ¡ mi consuelo !
¡ Rosa en abril florido marchitada !
Llévame donde estás con presto vuelo;
Acabe, acabe mi mortal quebranto,
Y allá te abraze en el alegre cielo.
Pídeselo con ruego y tierno llanto
A aquel que inmóvil ve desde su altura
Mi firme amor y mi deseo santo.
Entónces sí, que libre de amargura

Mi honesta voluntad contigo unida
Gozará el lleno bien que acá la apura.
Entónces sí, que el ánima afligida
En tí descansará con paz gustosa,
Ya en todos sus deseos complacida;
Y con habla dulcísima y sabrosa,
Conversando contigo mano á mano,
Podrá llamarse sin temor dichosa.
¿Qué? ¿No te mueve mi dolor insano?
¿De tu Batilo, Filis, ya te olvidas?
¿Su voz desdeñas? ¿Su clamar es vano?
¿Do están las voluntades tan unidas?
¿Do están...? Mas no se cuida allá en la altura
De las cosas viviendo prometidas.
Y tú en eterna paz, libre y segura
De un infeliz en su dolor perdido
Las lágrimas no ves, ni la amargura.
Mas yo sobre tu losa aquí tendido
Besándola he de estar sin apartarme,
Ni templar ¡ay! el mísero gemido,
Hasta que mi dolor llegue á acabarme,
Y suba en vuelo alegre arrebatado
Donde pueda por siempre á tí juntarme,
Y gozar tu semblante regalado.

Cienfuegos.

El Rompimiento.

¿Será, será que osada,
¡O Filis inconstante!
Quieras aun señorëar cual Diosa
Mi mente avasallada?
Y yo, cual tierno infante

Que desvalido en su nutriz reposa,
Y ella es su amor primero,
Toda su dicha, su universo entero,
¿Cifraré mi ventura
En pender de tu pérfida hermosura?
En el silencio frio
De la noche callada,
Al rayo incierto de la opaca luna,
Yo ví, yo ví á ese impío;
Te ví, te ví abrazada
Con ese amante de mejor fortuna;
Tu acento fementido
Lleno de agravios resonó en mi oído,
Cuando infiel prometias
La fe que me juraste en otros dias.
Tú que en su amor ahora
Gozas ¡o mi enemigo!
¡Ay! breve, breve llegará el momento
Que en esa engañadora
Llores. Tambien testigo
Fué ese jardin de mi feliz contento,
Y murió en tus abrazos.
Húyela, que te miente, huye sus brazos,
De otra veraz te fia;
No te ama Filis, no, que toda es mia.
Es mia, yo la amaba,
Yo la amo aun inconstante....
No la amo; la aborrezco.. ¡La alevosa!
¡La pérfida! ¡engañaba
Al mas síncero amante!
Tanta promesa y esperanza hermosa,
Filis, ¿do están? ¿qué has hecho
De tanta fe como juró tu pecho
Cuando amarme ofrecia,
¡Cruel, cruel! hasta el postrero dia?

¿Porqué entónces callabas
Los agudos pesares
Que me guardaba tu querer tirano?
¿Sacrílega, esperabas
Profanar los altares,
Cubriendo tu deshonra con mi mano?
Jamas la augusta pompa
Rió en [illegible] pa, rompa
La funera[illegible]
Que á [illegible] ra [illegible] s que condena.
Caiga [illegible] o
El ídolo e[illegible]
Que ante [illegible] e miró abatido.
Arroje ya [illegible]
Error tan [illegible],
Y que odio sea cuanto amor ha sido.
¡O si feliz tornara
El tiempo que voló! Jamas manchara
Ese monstruo sangriento
Ni aun mis oidos con su torpe aliento.
¡Barbara! ¿Mereciste
Verte jamas señora
Del corazon que te entregué rendido?
Tú misma lo dijiste:
Que en cuanto Febo dora,
Nadie supo querer cual yo he querido.
Y ¿cual paga me has dado?
¡Ay! ¡Si me hubieras á la par amado
De mi pasion fogosa!
¡Si me amaras aun, ingrata hermosa!..
Huye, esperanza vana,
Huid, muertos amores:
Filis, eterno á Dios. Cuando mirares
Esa beldad tirana
Burlada de traidores;

Cuando pruebes los bárbaros pesares
Que á mí llorar me has hecho;
Cuando herido de amor tu infame pecho
Solo piedad implore,
Y eternamente ingratitudes llore;
Llegó, llegó el instante
De mi fatal venganza.
De soledad y desamores llena
Siempre verás delante
Esta aciaga mudanza;
Escucharás mi voz que te condena,
Y en cruel remordimiento,
Al despedir el postrimer aliento,
Ya tarde arrepentida,
Temblarás de mi imágen ofendida.

Quintana.

A Célida.

Hoy fué, ¡ mísero ! hoy fué, cuando irritado
Amor del ocio en que yacer me via,
Tornó á embestir mi corazon cuitado.
Era de mayo el mas hermoso dia,
Cuando naturaleza ostenta ufana
Toda su gentileza y bizarría;
Cuando mas vivo el sol reyna en la esfera,
Cuando en ramos la selva, el campo en flores,
En perfumes el aire, donde quiera
Todo respira amor y manda amores.
Entónces fué cuando á los ojos mios
Se presentó mi dulce vencedora.
¡ O cuán hermosa ! El mundo parecia

Que cuidadoso de aumentar su gloria,
De toda aquella pompa se vestia
Por festejar su triunfo y su victoria.
La ví, temblé, me estremecí: vencido
Ví ya que iba á quedar de tanto halago;
Pero no pude huir: su blando acento
Hasta el seno mas hondo y escondido
Llegó d[illegible]mpletó el estrago.
Sacude [illegible] la abrasadora
Antorch[illegible] terrible mano:
Arde, me[illegible]condió encendida
Toda en mi co[illegible]arde, esta llama
Que ora en ti [illegible] irresistible, inmensa,
Sea de hoy mas [illegible]nto de tu vida,
Y tambien tu deuda y recompensa.

Ya un giro ha dado con su carro de oro
Desde entónces el sol al alto cielo,
Y no cesa un momento el vivo anhelo
Que me arrebata tras la luz que adoro.
Crecen corriendo hácia la mar los rios,
Crece amando mi amor. Célida hermosa,
¿Cómo es posible que inmortal no sea
Este puro, este noble sentimiento,
Que todas mis potencias señorea,
Y es de mi ser el único alimento?
Tú le inspiraste, sí: mi alma abatida
Cubierta de afliccion sintió volverse
Por tí del bien á la ilusion perdida.
Tú le inspiraste, ¡o Dios! ¿qué no alcanzaba
En mi agitado pecho y mis sentidos
Tu poder celestial? Cuando halagüeña
Tus miradas tal vez á mi volvias,
Iris eras de paz que deshacias
El tormentoso horror de mis dolores,
Y yo sin defenderme, cada dia

Iba en tus ojos á beber amores,
Y en tu risa y tu hablar me embebecía.
Encantos ¡ ay ! por siempre vencedores,
¿ Qué importa que el destino á mis sentidos
Inhumano os esconda, si presentes
Siempre estais á mi ardiente fantasía ?
Aquí os tengo, aquí os miro, aquí os adoro,
Aun me embelesa el sin igual decoro,
Que siempre reyna en la nevada frente:
Aun contemplo la púrpura del alba
Vertida en su mejilla transparente;
Y respirando sin cesar me creo
Aquella pura y encendida rosa,
Aquel precioso aroma de las flores
En la boca gentil, nido de amores,
Donde la amable discrecion reposa.
Solo ya un Dios la centellante lumbre
Del sol desprender pudo, y en despojos
Darla por siempre á los celestes ojos;
Ojos que cuanto ven ceniza harian
Sin su inefable y grata mansedumbre.
¡ Dichoso aquel que sin cesar los vea !
¡ Y mas feliz quien de sus dulces rayos
Buscado, ansiado y regalado sea !
¿ Donde está, dílo, Amor, el que presume
Gloria tan alta ? ¡ Ah Célida ! quien sepa
En esa faz tan nítida y tan bella
Buscar, hallar la imperceptible huella
Del triste afan que dentro le consume,
El que presente te respete, y llore
Por volver á tus pies cuando esté ausente,
Si siente al fin como mi pecho siente,
Ese te ame feliz, ese te adore.
Vientos, en vuestras alas vagarosas
Llevadle ardiendo los suspiros mios :

Id, velozes venid, y en cambio al menos
Un recuerdo traed. Si ella me oyera
Pidiéndola á los campos, á las selvas,
Y á los mares tambien : dando á los aires
Su dulce nombre que repite el eco
Con el acento triste y lamentable
Con que le oye de mí : si ella me viera
Fijos los pies en la sonante playa,
Tender la vista á descubrir de lejos
De sus divinas luzes los reflejos;
Yo sé que á tierna compasion movida,
Venir dejara hácia su triste amante
Un rayo al menos de esperanza y vida.
  Paréceme á las vezes que sensible,
Compasiva á mi afan, este retiro
Viene á honrar con su vista, á hollar el prado,
A respirar el aire que respiro.
Dichoso entónces yo, voy á su lado
Al bosque, al campo, á la apazible orilla
Del amansado mar; y si descansa,
Tambien con ella á descansar me siento.
Del sol un árbol mismo nos defiende
Con su umbroso dosel, y de su acento
El sabroso raudal mi alma suspende :
No le hablo ya de amor, que amor la ofende;
Pero á par de ella estoy, y absorto y mudo
Contemplo á mi placer de su hermosura
La delicada flor, flor que no pudo
Ni aun ajar del dolor la mano dura.
Y enternezido : ¡ ay Célida ! prorumpo,
Tú sufres : un destino inexorable
El bien que indignamente á otros prodiga,
A tí te niega, y lleno de amargura
El cáliz del dolor tu labio apura.
Yo así le apuro : la inclemente mano

Del destino tambien á mí me oprime,
Y de un pesar recóndito y tirano
Tambien mi pecho destrozado gime.
¿ Temes acaso ? ¿ por ventura ignoras
Que el Cielo dió por bálsamo á las penas
Contarlas y llorar ?.... Célida hermosa,
No es mas puro el albor de la mañana
Que lo es mi ardor; ni amó con mas ternura,
El dulce hermano á su querida hermana,
El nuevo esposo á su inocente esposa.
Digo así, y entre tanto á la frondosa
Selva baja la noche, el sol apaga
Sus rayos en el mar, tú te levantas,
Y tierno y melancólico te sigo
Embebido, extasiado en la ventura
De andar, de hablar, de respirar contigo.
Los zéfiros entónces nos halagan
Con su grato frescor, y de las ondas
Sacan la frente las Nereidas bellas
Y nos saludan... ¡ Ay ! así otras vezes
Nos vieron juntos ir; nos saludaban
Así las Ninfas del undoso rio,
En cuya alegre y plácida ribera
Ví tu belleza por la vez primera,
Y rendí á tus encantos mi albedrío.
Hierve en tanto á mi vista el mar, y el viento
Su seno agita y amenaza airado :
Hierve tambien con él mi pensamiento,
Y en raudo torbellino arrebatado,
Vuelvo á ser de mis bárbaros pesares
A la antigua tormenta sacudido.
Angel consolador, ¿ donde te has ido ?
¿ Qué has hechó de aquel bálsamo süave,
Que sobre el triste corazon vertido,
Su acerba llaga mitigar solia ?

Contra [illegible]o el Cielo á la ventura mia
Me le r[illegible]bó, dejándome inclemente
Con est[illegible] amarga soledad presente
Acuerd[illegible]s tristes de mi bien perdido.
Angel [illegible]nsolador, ¿ donde te has ido?

[illegible]

Ya [illegible]ro,
Silvi[illegible],
Pues [illegible]da
Con e[illegible]
A darte e[illegible]ostrero
Llega ya tu tierno amante,
Lleno de llanto el semblante,
Y de angustia el corazon.
Llega tú, objeto divino,
Tiéndeme los brazos bellos,
Que si logro yo que en ellos
Dulce acojida me des,
No conseguirá el destino
El golpe que quiere darme,
Porque antes de separarme
Me verá muerto á tus pies.

. . . . . .

¿ Mas qué dices, Silvia mia,
Con ese tierno suspiro?
¿ Porqué entre lágrimas miro
Tus ojos resplandecer,
Cual nube que en claro dia
Opuesta al sol se deshace,
Y el sol con sus rayos hace
Brillar el agua al caer?

. . . . . .

Bien mio, por Dios te ruego,
Serena el triste quebranto;
No vale tan bello llanto
Cuanto el mundo encierra en sí:
Pasen por tí con sosiego
De amor las horas serenas,
Y aquellas de angustias llenas
Que se detengan en mí.
En mí, miserable y triste,
Por el Cielo destinado
Para soportar del hado
La bárbara crueldad;
No en tí, que hermosa naciste,
Llena de un poder divino
Para tener el destino
Sujeto á tu voluntad.
. . . . . .
Mas yo parto... ¡Ay Dios! mis penas
En la explicacion no caben,
Los Cielos solos las saben,
Que el fondo del alma ven;
Y vieron las horas llenas
De deliciosos recreos,
Que colmaron mis deseos
En los brazos de mi bien.
Ya las aguas blandamente
Mueve afable ventolina,
Y de la gente marina
Se oye la confusa voz;
Ya del ancla el corvo diente
Del fondo tenaz retiran,
Todos á darme conspiran
Una muerte mas veloz.
Ya con planta vacilante
Piso la débil barquilla,

Pronta á abandonar la orilla
Y llevarme al gran bajel.
  Silvia, á tu infeliz amante
En los últimos momentos
¡ Qué funestos pensamientos
No le asaltan de tropel !
. . . . . .
  Cuando solo se están viendo
En [illegible] es,
Con [illegible] s mortales
El [illegible] ;
  [illegible] orrendo
En [illegible] hondas,
Y [illegible] ias ondas
Se l[illegible] or:
  Cuando impetuoso del Noto
El soberbio mar Tirreno
Quiere desde su hondo seno
Las estrellas asaltar :
  Y emplea el triste piloto,
En vez de la ciencia el ruego,
Viendo ser su nave el juego
De la cólera del mar ;
  Entre los roncos clamores
De gente que atribulada
Ante sus ojos la espada
De la muerte vea luzir,
  Yo haré que de mis amores
Tan negro horror se despida
Y ¡ *á Dios, Silvia de mi vida !*
Se oirá en los vientos gemir.

ELEGIAS HEROICAS Y MORALES.

D. Jorje Manrique.

A LA MUERTE DE SU PADRE EL MAESTRE D. RODRIGO.

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.
Cuan presto se va el placer,
Cómo despues de acordado,
Da dolor;
Cómo á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.
Y pues vemos lo presente,
Cómo en un punto se es ido
Y acabado;
Si juzgamos sabiamente,
Darémos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Mas que duró lo que vió;
Porque todo ha de pasar
Por tal manera.
Nuestras vidas son los rios

[illegible] dar en la mar,
[illegible] morir.
[illegible] los señoríos
[illegible]chos á se acabar,
Y consumir:
Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos
Y [illegible]
[illegible] es
[illegible] s manos,
Y l[illegible]
E[illegible] camino
Par[illegible] motada
Sin [illegible]
Mas [illegible] buen tino,
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nascemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenescemos;
Así que cuando morimos,
Descansamos.
Ved de cuan poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos
En este mundo traidor;
Que aun primero que muramos
Las perdemos.
Dellas deshace la edad,
Dellas casos desastrados
Que acaescen,
Dellas por su calidad
En los mas altos estados,
Desfallecen.
Estos Reyes poderosos

Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Con casos tristes llorosos
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.
Así no hay cosa tan fuerte,
Que á Papas y Emperadores
Y Prelados,
Así los trata la muerte,
Como á los pobres pastores
De ganados.
Tantos Duques excelentes,
Tantos Marqueses y Condes
Y Barones
Como vimos tan potentes,
Dí, muerte, ¿do los escondes
Y traspones?
Y sus muy claras hazañas,
Que hizieron en las guerras
Y en las pazes,
Cuando tú, cruel, te ensañas,
Con tus fuerzas las aterras
Y deshaces.
Las huestes innumerables,
Los pendones, estandartes
Y banderas,
Los castillos impunables,
Los muros y baluartes
Y barreras,
La cava honda chapada,
O cualquier otro reparo
¿Qué aprovecha?
Que si tú vienes airada,
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.

Aquel de buenos abrigo,
Amado por virtüoso
De la gente,
El Maestre Don Rodrigo
Manrique, tan famoso
Y tan valiente,
Sus grandes hechos y claros,
No cumple que los alabe
Pues los vieron;
No los quiero hacer caros,
Pues el mundo todo sabe
Cuales fueron.
Amigo de sus amigos,
¡Qué señor para criados
Y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
Y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razon!
Muy benigno á los sujetos,
Y á los bravos y dañosos
Un Lëon.
. . . . . .

Garcilaso de la Vega.

PARA LA SEPULTURA DE SU HERMANO D. FERNANI DE GUZMAN.

No las francesas armas odïosas,
En contra puestas del airado pecho,
Ni en los guardados muros con pertrecho
Los tiros y saetas ponzoñosas:

No las escaramuzas peligrosas,
aquel fiero rüido contrahecho
aquel que para Júpiter fué hecho
por manos de Vulcano artificiosas,
Pudieron, aunque yo mas me ofrecia
los peligros de la dura guerra,
Quitar una hora sola de mi hado;
Mas inficion del aire en solo un dia
Me qüitó al mundo, y me ha en tí sepultado,
Parténope, tan lejos de mi tierra.

Romancero.

Al Tiempo.

Del tiempo infinito
La imágen anciana
Contempla Riselo,
Y aquesto le canta.
Oye mis desdichas,
Inventor de usanzas
Que lo crias todo,
Y todo lo acabas.
De tus alas libres
Pinzeles se sacan
Para el desengaño
Que es pintor de faltas.
Tu guadaña afilas
Entre las pizarras
De nuestros descuidos
Y de sus mudanzas.
Y luego con ella
Tan sin duelo talas
Arboles humildes,
Como altivas palmas.

Fugitivas sombras
De prisa señalan
Las noches que olvidas,
Los dias que gastas.
A la muerte entregas
Las desdichas largas,
Cuando el curso tuyo
No pudo estorbarlas.
Por los males nuestros
Vagaroso pasas,
Por el bien apenas
El aire te alcanza.
Del Indio remoto
Margaritas caras
Ciñeran tus sienes,
Luzieran tus alas:
Los metales ricos
Te dieran medallas,
Los pobres comunes
Eternas estatuas;
En tus aras vieras
Las jamas halladas
Preñezes ocultas
Y partos de Arabia:
El colmado cuerno
De sus abundancias,
Favor de la tierra,
Tesoro del agua,
Venerablemente
Amaltea sacra
Por mí le vertiera
En tus nobles canas;
Con tal que tu industria
Le diese á mi alma
Soltura en mi pecho

Prision en quien ama.
Para el pensamiento
No te pido nada,
Que yo le castigo
Si no me regala.
No será posible
Tiempo que me valgas,
Duros son mis hierros
Mas que tu guadaña.
Si la vida sobra,
Si la muerte falta,
Si penas consuelan,
Si consuelos cansan;
Que me otorgues quiero
Tus horas menguadas,
Y que de mi vida
Volando te vayas.

Herrera.

A LA PÉRDIDA DEL REY DON SEBASTIAN.

Voz de dolor y canto de gemido,
Y espíritu de miedo envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel dia fatal aborrecido,
Que Lusitania mísera suspira
Desnuda de valor, falta de gloria.
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste,
Dende el Africo Atlante y seno ardiente,
Hasta do el mar de otro color se viste;
Y do el límite rojo de Oriente,
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.

¡ Ay de los que pasaron confiados
En sus caballos y en la muchedumbre
De sus carros; en tí, Libia desierta !
Y en su vigor y fuerzas engañados,
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz; mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Vitoria, y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazon ufano,
Solo atendieron siempre á los despojos !
Y el santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro y el caballo y caballero !
Vino el dia cruel, el dia lleno
De indinacion, de ira y furor, que puso
En soledad y en un profundo llanto
De gente y de placer el reyno ageno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo sol, presago de mal tanto;
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes;
Y levantó los Bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro, mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.
Los impios y robustos indinados
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor; y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura;
Y con frente segura
Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.

La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza:
Cayó en unos vigor, cayó denuedo,
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los belígeros varones
Que conturbaron con furor la tierra?
Que sacudieron reynos poderosos?
Que domaron las hórridas naciones?
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar Indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Do el corazon seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heroico valor en solo un dia,
Y lejos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados?
Tales ya fueron estos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos y hojas con excelsa alteza:
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza,
Y extendiendo su sombra, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo:
Y en sus hojas las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamas árbol alguno á su figura;
Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima:
Por eso Dios lo derribó deshecho,

A los ímpios y agenos entregado,
Por la raiz cortado:
Que opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas, y desnudo,
Huyeron dél los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo:
En su ruina y ramos, cuantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reyno Lusitano,
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufanía llena,
Porque tu temerosa y flaca mano,
Hubo sin esperanza tal vitoria,
Indina de memoria;
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español coraje,
Despedazada con aguda lanza
Compensarás muriendo el hecho ultraje;
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de Africana sangre el censo.

Lope de Vega.

A LA PÉRDIDA DEL REY D. SEBASTIAN.

¡ O nunca fueras, Africa desierta,
En medio de los trópicos fundada,
Ni por el fértil Nilo coronada
Te viera el alba cuando el sol despierta!
¡ Nunca tu arena inculta descubierta
Se viera de cristiana planta honrada,
Ni abriera en tí la portuguesa espada
A tantos males tan sangrienta puerta!

Perdióse en tí de la mayor nobleza
De Lusitania una florida parte,
Perdióse su corona y su riqueza:
Pues tú que no mirabas su estandarte,
Sobre él los pies, levantas la cabeza,
Ceñida en torno del laurel de Marte.

D. Juan de Jaúregui.

En la muerte de la Reyna Dª. Margarita.

. . . . . .

¿Quien vió tal vez en áspera campaña
Arbol hermoso cuya rama y hoja
Cubre la tierra de verdor sombrío,
Donde el ganado cándido recoja
Alejado el pastor de su cabaña,
Y allí resista al caluroso estío?
La planta con ilustre señorío
Ofrece de su tronco, y de sus flores
Y de su hojoso toldo y fruto opimo,
Olor y dulce arrimo,
Sustento y sombra á ovejas y pastores;
Hasta que la segur de avara mano
Sus fértiles raízes desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno,
Por dar materia al edificio ageno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
Al caro albergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma balido ronco, y su lamento
Esparce ¡ ay triste! y su dolor al viento.
No de otra suerte ¡ o planta generosa
Que adornas los alcázares del cielo!

Prestaste arrimo, sombra y acogida
Al pueblo grato del Iberio suelo:
Dió tu heroica virtud, cual flor hermosa,
Olor que ha penetrado la extendida
Region etérea: así desposeida
Viéndose España de la prenda suya
Tembló al severo golpe de la parca,
Y en torno su comarca
Fué quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en tí gozaron tan colmada
Copia de frutos, sus ofensas miden
Con largas quejas, y á llorar forzados
Con espantables rostros, erizados,
Suspiros tantos de dolor despiden,
Que para su querella congojada
Ya faltan fuerzas á la voz cansada,
Y si reducen á llorar los brios,
Tambien para los ojos faltan rios.

. . . . . .

Por mas que el tiempo y la razon porfie
A divertir el ánimo aflijido
Del entrañable y vivo sentimiento,
No habrá razon, ó tiempo, ó largo olvido,
Que nuestro luto funeral desvie
Del siempre fatigado pensamiento.
Siempre al disgusto cederá el contento
En mísera contienda, y por despojos
Verás, sin tí, nuestros humildes pechos
Que en llanto ya deshechos,
El corazon destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos Chinos,
Los Indios negros y Alemanes rubios,
Que en tí perdieron su imperial grandeza:
Darúte el mundo con igual tristeza
Flébil tributo en lluvias y diluvios;

Porque si á los distantes y vecinos
Reynos tus ojos vuelves ya divinos,
Veas que te llora con amor profundo,
Si no cual debe, como puede el mundo.

Francisco de Rioja.

A LAS RUINAS DE ITALICA.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipïon la vencedora
Colonia fué; por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo.
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales!
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los Dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trájico teatro
¡O fábula del tiempo! representa
Cuanta fué su grandeza, y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena

El gran pueblo no suena?
¿Donde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿donde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
Vozes alegres en silencio mudo;
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confusos lo presente,
Que vozes de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felize, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino,
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada.
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,

Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡ O patria de los Dioses y los Reyes !
Y á tí, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas :
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades;
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡ Ay ! ni par sabia á tí, ni á tí por fuerte.
¿ Mas paraqué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento ?
Basta ejemplo menor, basta el presente;
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó *Itálica*, dice; y lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opone, resonando
Itálica; y el claro nombre oido
De Itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran rüina.
¡ Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!
. . . . . .

Quevedo.

El Desengaño.

¡ O tú, que con dudosos pasos mides,
Huésped fatal, del monte la alta frente,
Cuyo silencio impides,
No impedido jamas de humana gente !

Oh confuso vayas
Buscando el cielo, que las altas leyes
Te escondan en su cumbre,
O ya de alguna grave pesadumbre
Te alivies y consuelas,
Y con el suelto pensamiento vuelas
Delante de esta peña tosca y dura,
Que de naturaleza aborrecida
Envidia á aquellos prados la hermosura,
Detén los pies y tu camino olvida:
Oirás, si á detenerte te dignares,
De un vivo muerto voces y razones.
En esta cueva humilde y tenebrosa,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Mi espíritu reposa
Dentro en su mismo cuerpo sepultado:
Y todos mis sentidos
Con helada muerte adormecidos,
Libres de negra suerte
Duermen dispertos ya de largo sueño
De penas de la tierra.
Gozando llanos por tras dura guerra:
Hurtados para siempre á la grandeza,
A traiciones y bulicio cortesano,
A la Corte cruel de la riqueza,
Que en vano busca el mundo, y pena en vano.
¡Dichosos vi que vine á tan buena suerte!
Pues cuando muerto vivo, vivo muerto.
Yo soy aquel mortal, que por su llanto
Fue conocido mas que por su nombre,
Y por su nunca cierto
Mas ya soy sombra sin de aquel hombre,
Que nació en Manzanares
Para cisne de Tajo y de Henares.
Llamóme entonces Fabio,
Hurtóme el nombre el desengaño sabio.

Y llámome escarmiento.
Muy célebre habité con dulce acento
De Pisuerga en la orilla; mas agora
Canto mi libertad con mi silencio.

. . . . . .

Estos silvestres árboles frondosos,
Los pobres frutos que este monte cria,
Aunque pobres sabrosos,
Me ofrecen mesa franca noche y dia;
Sírvenme aquestas fuentes
De tazas de cristal resplandecientes.
Así que en esta sierra
Los agradecimientos de la tierra
A mi labor pasada
Me sustentan la vida trabajada.
Aquestos pajarillos en su canto
Imitan de los ángeles los tronos,
Reglando con mi gusto y con mi llanto
Ya los alegres, ya los tristes tonos:
A murmurar me ayudan estos rios
De la corte las pompas y atavíos.
No solicito el mar con remo y vela,
Ni temo al Turco la ambicion armada;
No en larga centinela
De azero muestro ser como mi espada,
Ni el ánima vendida,
Soy por un pobre sueldo mi homicida;
Ni á fortuna me entrego
De pasion loco y de esperanzas ciego,
Por cavar diligente
Los peligros preciosos del Oriente;
No de mi gula amenazada vive
La fenix del Arabia temerosa;
Ni ultrajes de mi arado en sí recibe
La tierra por ganancia codiciosa;

No de envidioso lloro todo el año
Mas el ageno bien que el propio daño.
  Llenos de paz mis gustos y sentidos,
Y la corte del alma sosegada;
Sujetos y vencidos
Los gustos de la carne amotinada;
Entre casos acerbos
Aguardo á que desate destos nierves
La muerte prevenida
El alma que añudada está en la vida,
Paraque en presto vuelo,
Horra del cautiverio de este suelo,
Coronando de lauro entrambas sienes,
Suba al supremo alcázar estrellado
A recibir alegres parabienes
De nueva libertad, de nuevo estado;
Aguardo á que se esconda desta guerra
Mi cuerpo en las entrañas de la tierra.
  Tú, pues, ¡ o caminante ! que me escuchas,
Si quieres escapar con la victoria
Del mundo con que luchas,
Manda que salga lejos tu memoria
A recibir la muerte,
Que viene en cada punto á deshacerte.
No hagas de tí caso,
Pues ves que huye la vida paso á paso,
Y que los bienes de ella
Mejor los goza aquel que mas los huella.
Cánsate ya, mortal, de fatigarte
En adquirir riquezas y tesoro,
Que últimamente el tiempo ha de heredarte,
Y al fin te han de dejar la plata y oro.
Vive para tí solo si pudieres,
Pues solo para tí si mueres, mueres.

Príncipe de Esquilache.

El Melancólico.

Entre dos montes soberbios
Está tan guardado un valle,
Que por él pregunta el sol,
Y donde vive no sabe.
Un solo manso arroyuelo
Su verde término parte,
Y riendo no consiente
Que otras aguas por él pasen.
Tantas sombras le acompañan,
Tan mudas pasan las aves,
Que en sus peñascos parece
Que el miedo y la noche nacen.
Ni en ellos cantan ni anidan
O suspensas ó cobardes,
Que en las casas de los tristes
No hay quien se alegre ni cante.
La diferencia que siente,
Cuando las estrellas salen,
Es que suenan en las guijas
Un poco mas los cristales.
De los árboles sombríos
El valle y los montes hacen,
Que para mas confusion
Las verdes ramas se abrazen.
Al verde horror que se encubre
Con un silencio tan grande,
Ni las mañanas le alumbran
Ni le escurece la tarde.
Y aunque esté tan triste y solo,
Sin peligro de engañarme,
Yo por las suyas trocara

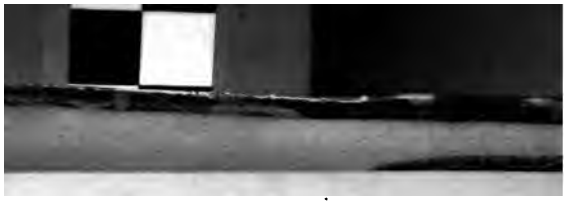
Mi tristeza y soledades.
El parece que está triste
Cuando yo lloro pesares,
Si él parece y yo padezco,
Diferentes son los males.
A verle voy, que es forzoso
Que un triste al otro acompañe,
Porque mis penas le alegren,
O sus tristezas me acaben.
¿ Mas porqué pierdo pasos en buscalle ;
Si es mi desdicha el mas confuso valle ?

Melendez Valdes.

A Las Musas.

Perdon, amables Musas; ya rendido
Vuelvo á implorar vuestro favor : el fuego
Gratas me dad con que cantaba un dia
Mis ansias de amor ciego,
O de la Ninfa mia
Las dulces burlas, el desden finjido,
Y aquel huir para rendirse luego.
El entusiasmo ardiente
Dadme, en que ya pintaba
La florida beldad del fresco prado,
La calma ya en que el ánimo embargaba
El escuadron fulgente,
Que en la noche serena
El ancho cielo de diamantes llena;
Deslizándose en tanto fugitivas
Las horas, y la cándida mañana
Sembrando el paso de arrebol y grana
A Febo luminoso.

¡ Ah Musas ! ¡ qué gozoso
Las canciones festivas
De las aves siguiera,
Saludando su luz el labio mio !
Ora mirando el platëado rio
Sesgar ondisonante en la ladera,
Ora en la siesta ardiente,
Bajo la sombra hojosa
De algun árbol copado,
Al raudal puro de risueña fuente,
Gozando en paz el soplo regalado
Del manso viento en las volubles ramas.
Ni allí loca ambicion en peligrosos
Falazes sueños embriagó el deseo,
Ni sus vorazes llamas
Sopló en el corazon el odio insano;
O en medio de desvelos congojosos
Insomne se azoró la vil codicia,
Cubriendo su oro con la yerta mano.
Miró el mas alto empleo
El alma sin envidia; los umbrales
Del magnate ignoró, y á la malicia
Jamas expuso su veraz franqueza.
De rústicos zagales
La inocente llaneza
Y sus sencillos fuegos y alegría,
De cuidados esento
Venturoso gozó, y el alma mia
Entró á la parte en su hermanal contento.
La hermosa juventud me sonreia,
Y de fugazes flores
Ornaba entónces mis tranquilas sienes;
Mientra el ardiente Baco me brindaba
Con sus dulces favores,
Y de natura al maternal acento



El corazon sensible,
En calma bonanzible,
Y en comun gozo y en comunes bienes,
De eterna bienandanza me saciaba.
¡ Dias alegres, de esperanza henchidos,
De ventura inmortal ! ¡ amables juegos
De la niñez ! ¡ memoria,
Grata memoria de los dulces fuegos
De amor ! ¿ donde sois idos ?
¿ Decidme, Musas, quien ajó su gloria ?
Huyó niñez con ignorado vuelo,
Y en el abismo hundió de lo pasado
El risueño placer. ¡ Desventurado !
En ruego inútil importuno el Cielo
Y que torne le imploro
La amable inexperiencia, la alegría,
El ingenuo candor, la paz dichosa,
Que ornaron ¡ ay ! mi primavera hermosa;
Mas nada alcanzo con mi amargo lloro.
La edad, la triste edad del alma mia
Lanzó tan hechizera
Magia, y á mil cuidados
Me condenó por siempre en faz severa.
Crudo decreto de malignos hados
Dióme de Temis la inflexible vara,
Y que mi blando pecho
Los yerros castigara
Del delincuente, pero hermano mio,
Astrea me ordenó : mi alegre frente
De torvo ceño oscureció inclemente,
Y de lúgubres ropas me vistiera.
Yo mudo, mas deshecho
En llanto triste, su decreto impío
Obedecí temblando;
Y subí al solio, y de la acerba Diosa

Las leyes pronuncié con voz medrosa.
¡O! ¡quien entónces el poder tuviera,
Musas, de resistir! ¡quien me volviese
Mi oscura medianía,
El deleite, el reir, el ocio blando,
Que imprudente perdí! ¡quien convirtiese
Mi toga en un pellico, la armonía
Tornando á mi rabel, con que sonaba
En la vegas de Otea,
De mis floridos años los ardores,
Y de Arcadio la voz le acompañaba
Bailando en torno alegres los pastores!
El que insano desea
El encumbrado puesto,
Goze en buen hora su esplendor funesto;
Yo viva humilde, oscuro,
De envidia vil, de adulacion seguro,
Entre el pellico y el honroso arado:
Y de fáciles bienes abastado,
En salud firme el cuerpo, sana el alma
De pasiones fatales,
Entre otros mis iguales,
En recíproco amor, entre oficiosos
Consuelos feliz muera
En venturosa calma,
Mi honrada probidad dejando al suelo,
Sin que otro nombre en rótulos pomposos
Mi losa al tiempo guarde lisonjera.
Pero! ¡ay Musas! que el Cielo
Por siempre me cerró la florecida
Senda del bien, y á la cadena dura
De insoportable obligacion atando
Mi congojada vida,
Alguna vez llorando
Puedo solo engañar mi desventura

Con vuestra voz y mágicos encantos,
Alguna vez en el silencio amigo
De la noche callada,
Puedo en sentidos cantos
Adormir mi dolor, y al crudo Cielo
Hago de ellos testigo,
Y en las memorias de mis dichas velo.
Musas, alguna vez! pues luego airada
Temis me increpa, y de pavor temblando,
Callo, y su imperio irresistible sigo,
Su augusto trono en lágrimas bañando.
Musas, amables Musas, de mis penas
Benignas os doled: vuestra armonía
Temple el son de las bárbaras cadenas,
Que arrastro miserable noche y dia.

Quintana.

Despedida de la Juventud.

Creced y floreced, plantas hermosas,
Creced y floreced, y alzando al cielo
Esas ramas sonantes y frondosas,
Bañad en dulce lobreguez el suelo;
Que yo angustiado á vuestra sombra amiga
Me acojeré, y en ella
Tendré un asilo al fin, donde no sienta
El vivo resplandor que el sol ostenta.
El en eterna juventud luziendo,
Vuela, y vuela sin fin: ¿qué son los años,
Qué los siglos ante él? Ruedan furiosos,
Y á contrastar su solio se amontonan,
Y en su feliz carrera
Nada marchita su beldad primera,
Todos su gloria y su esplendor coronan.

¡ O cuanta diferencia
Entre su fuerza y la flaqueza mia !
Sigue un dia á otro dia,
Y en su sorda inclemencia
Cada cual me amortigua, y me arrebata
Al término en que expira la alegría.
Vuelvo la vista, y angustiado miro
Yacer segadas de mi edad las flores;
Y la vida mostrárseme erizada
De espinas solamente y de dolores.
Tened ¡ ay ! compasion de mi amargura,
Que bien me la debeis, árboles bellos.
Decid : cuando los vientos bramadores
A la voz del Noviembre se desatan,
Y sacudiendo frio,
En su furor horrísono maltratan
Vuestro verdor sombrío,
Y anunciándoos vejez de angustia os llenan,
Y á desnudez tristísima os condenan;
¿ No sentis ? ¿ no llorais ? y estremecidos
¿ No os acordais de Abril, cuando halagüeñas
Las manos de natura engalanaban
Vuestras frentes risueñas,
Cuando el aura os besaba con ternura,
Y los ojos distantes que os miraban,
Cual templos de frescura
Y asilos de placer os saludaban ?
Tal de mi juventud y de mi gloria
Los venturosos dias
Se pintan tristemente en mi memoria,
Al tiempo que volando
Huyen lejos de mí, sin que mis ayes
Solo un momento detenerlos puedan.
A Dios, divino Amor, que desplegando
Las bellas alas de oro,

Me llevabas en ellas
Por senderos de flores,
Y el pecho y labio sin cesar colmabas
Del néctar celestial de tus favores.
A Dios: la cruda mano
Del tiempo, á mis delicias enemigo,
Te arrebata consigo.
Y ¡ó! cuantos otros bienes el tirano
Me arrebata tambien! ¿Con que la risa
Huyó por siempre de los labios mios,
Y la fiel confianza de mi frente?
Mis ojos ¡ay! de lágrimas vacíos,
¿Será que nunca á desahogar ya tornen
Mi triste corazon, y que se vean
Dél por siempre alejadas
Las esperanzas que halagüeñas rien,
Las ilusiones que sin fin recrean?
Contigo ¡o juventud! contigo nace
El entusiasmo ardiente
Que arrebata hácia el bien, contigo expira;
Y tras él la virtud mustia y doliente
Privar de fuerza y marchitar se mira.
¿Qué á tu ferviente anhelo
Cuestan jamas los sacrificios? Oyes
La voz de la amistad, sientes la llama
Del patriotismo que tu pecho agita,
O bien la gloria que en honor te inflama;
Partes entónces desalada, y corres
Impávida á tu fin; como en la selva
El volador caballo,
Cuando en dichosa libertad respira,
Orgulloso se lanza á la carrera.
El viento no le alcanza y vanamente
A intimidar su ardiente lozanía
Las ramblas y torrentes se presentan;

Las ramblas y torrentes acrecientan
Su generoso aliento y su osadía.
  Y en vez de tantos dones
Como en mi tierno corazon moraban,
Y en su luz generosa me ensalzaban,
¿Qué ofreces á mi vida,
Oscuro por venir? el triste freno
De la prudencia, y su compas helado:
Mientras que derramando su veneno
La vil sospecha, asida
Del funesto puñal del desengaño,
En cada halago temerá un peligro,
Tras cada bien me mostrará un engaño;
Y roto el velo á la ilusion, el mundo,
Que pintado en tan mágicos colores
A mi inocente espíritu reia,
Será de hoy mas á la tristeza mia
Yermo sin amistad y sin amores.
  Morir fuera mejor; mas ¡ay! que abiertas
Ya á devorarme aspiran
De la siguiente edad las negras puertas.
La vista estremecida
Duda, y se vuelve atras: deten la mano,
Y no de bronce la eternal barrera
Corras, que esconde mi estacion florida.
¡Dura necesidad! ¡oye mi ruego!...
Mas no me escucha, y la corrió, y yo ciego
Sin poderme valer, desconsolado,
Del carro del destino arrebatado,
A su imperiosa voluntad me entrego.

A LA MEMORIA DE D. JUAN MELENDEZ VALDES, QUE MURIÓ DESTERRADO EN FRANCIA EL AÑO 1817 (1).

Ninfas, la lira es esta que algun dia
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tórmes, cuya voz armoníosa
El curso de las aguas detenia.
Quede pendiente en esta selva fria
Del lauro mismo que la Cipria Diosa
Mil vezes desmudó, cuando amorosa
La docta frente á su cantor ceñia:
Intacta y muda, entre la pompa verde,
(Solo en sus fibras resonando el viento)
El claro nombre de su dueño acuerde;
Ya que la Patria en el comun lamento,
Feroz ignora la opinion que pierde
Negando á sus cenizas monumento.

(1) Publicado en la *Minerva Francesa.*

LIBRO TERCERO.

POESIA BUCOLICA.

..... Pastorem, Tityre, pingues
Pascere oportet oves, deductum dicere carmen.

Marques de Santillana.

LA VAQUERA DE LA FINOJOSA.

Moza tan fermosa
Non ví en la frontera,
Como una vaquera
De la Finojosa.
Faciendo la via
De Calateveño
A Santa María,
Vencido del sueño
Por tierra fragosa
Perdí la carrera,
Do ví la vaquera
De la Finojosa.
En un verde prado
De rosas é flores,
Guardando ganado
Con otros pastores
La ví tan fermosa,
Que apenas creyera
Que fuese vaquera
De la Finojosa.
Non creo las rosas

De la primavera
Sean tan fermosas
Nin de tal manera,
Fablanda sin glosa,
Si ántes supiera
Daquella vaquera
De la Finojosa.
Non tanto mirara
Su mucha beldad,
Porque me dejara
En mi libertad.
Mas dije: donosa,
Por saber quien era
Aquella vaquera
De la Finojosa.

Cristobal de Castillejo.

La Aldeana desdeñosa.

. . . . . .

Sabed que muero de amores
Rústicos y labradores,
Groseros y desabridos,
Mas lozanos y pulidos,
Y lindos como unas flores.
Es una moza aldëana,
Zahareña, desdeñosa,
Muy grave, sobre liviana,
Hermosa, pero villana,
Villana, pero hermosa.
Bien dispuesta á maravilla,
Rubia, blanca y colorada;
Pero tan desamorada,
Que querella ni servilla
Es cosa muy excusada.

Y esta gran contrariedad
Acrecienta mi fatiga,
Porque su mucha beldad
Convida mi voluntad;
Mas ella me es enemiga.
Y no solo no agradece
Lo que por ella padece
Mi penado corazon,
Mas por la misma razon
Me desama y aborrece.
Y magüer simple pastora,
No deja de conocer
Lo que es, ni menos ignora
La beldad que en ella mora
Que no se puede esconder;
Do viene que su simpleza,
Al olor de su lindeza,
La hace doblado esquiva
Despreciadora y altiva,
Preciando su gentileza.
Víla por desdicha mia
El dia de Santïago,
Que aunque es santísimo dia,
Segun yo peno, debria
Tenerlo por acïago.
Un corro de mozas bellas,
Y esta traidora con ellas,
Bailaban en unas bodas;
Mas sobrábalas á todas
Como el sol á las estrellas.
Miré que estaba vestida,
Por ser fiesta señalada,
De saya verde frunzida,
Con un tejillo ceñida,
Y una albanega labrada;

Sus zapatas coloradas
A media pierna arrugadas,
Su cabezon y gorguera,
Camisa blanca grosera,
Con las mangas apuntadas.
Bailaba con gran primor,
Cantando con gentil arte
Sus cantares á sabor,
A fuer de Villa Mayor
Seis á seis de cada parte.
Yo cuitado, por gozar
Lo que debiera excusar,
A mirallas me paré,
Y al punto que allí llegué,
Decian este cantar:
Aquí no hay
Sino ver y deseär:
Aquí no veo
Sino morir con deseo.
Madre, un Caballero
Que esta en este corro,
A cada vuelta
Hacíame del ojo;
Yo, como era bonica,
Teníaselo en poco.
Madre, un Escudero
Que está en esta baila
A cada vuelta
Asíame de la manga;
Yo, como soy bonica,
Teníaselo en nada.
Yo que bailar la miraba,
De que gran placer habia,
En la moza contemplaba,
Y cada vuelta que daba

El corazon me heria.
Y no bien amonestado
Del cantar atras contado,
Preso de su hermosura,
Queriéndolo así ventura,
Acordé de ser penado.
Y por mas no dilatar
Lo que el amor me pedia,
Determiné de esperar
Allí, para la hablar
Cuando á su casa volvia,
Y díjele : á fe, Señora,
Que sois gentil bailadora;
¡Dichoso quien os habrá!
Respondióme : Dios que ha!
En eso pensaba agora.
. . . . . .

Garcilaso de la Vega.

SALICIO, NEMOROSO, POETA.

POETA.

El dulce lamentar de dos pastores
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar sus quejas imitando;
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pazer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo;
Agora estés atento, solo y dado
Al ínclito gobierno del Estado,

Albano : agora vuelto á la otra parte
Resplandeciente, armado,
Representando en tierra al fiero Marte;
Agora de cuidados enojosos
Y de negocios libre, por ventura
Andes á caza el monte fatigando
En ardiente ginete, que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando;
Espera, que en tornando
A ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luego verás ejercitar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras,
Antes que me consuma
Faltando á tí, que á todo el mundo sobras.
En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un dia,
Que se debe á tu fama y á tu gloria,
Que es deuda general no solo mia,
Mas de cualquier ingenio peregrino,
Que celebra lo digno de memoria;
El árbol de vitoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente
Dé lugar á la yedra que se planta
Debajo de tu sombra, y se levanta
Poco á poco arrimada á tus loores;
Y en cuanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el altura
El sol, cuando Salicio recostado
Al pie de un alta haya en la verdura,

Por donde un agua clara con sonido
Atravesaba el verde y fresco prado :
El con canto acordado
Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba,
Se quejaba tan dulce y blandamente,
Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenia ;
Y así como presente,
Razonando con ella le decia :

SALICIO.

¡ O mas dura que mármol á mis quejas,
Y al encendido fuego en que me quemo
Mas helada que nieve Galatea !
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
Témola con razon, pues tú me dejas,
Que no hay sin tí el vivir paraqué sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado
De tí desemparado,
Y aun de mí mismo yo me corro agora.
¿ De un alma te desdeñas ser señora
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora ?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves, animales y la gente :
Cual por el aire claro va volando,
Cual por el verde prado ó alta cumbre
Paziendo va segura y libremente,
Cual con el sol presente
Va de nuevo al oficio,
Y al usado ejercicio

Do su natura ó menester le inclina;
Siempre está en llanto esta ánima mezquina,
Cuando la sombra el mundo va cubriendo,
O la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Y tú, de esta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por tí Salicio triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fe, que ser guardada
Eternamente solo á mí debiera.
¡ O Dios ! ¿ porqué siquiera,
Pues ves desde tu altura
Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del Cielo algun castigo ?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿ Qué hará el enemigo ?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba :
Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba.
¡ Ay cuanto me engañaba !
¡ Ay cuan diferente era
Y cuan de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia !
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja repitiendo
La desventura mia.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¡ Cuantas vezes durmiendo en la floresta,
Reputándolo yo por desvarío,

Ví mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba, por pasar allí la siesta,
A beber en el Tajo mi ganado;
Y despues de llegado,
Sin saber de cual arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Qué no se esperará de aquí adelante
Por difícil que sea y por incierto?
¿O qué discordia no será juntada?
¿Y juntamente qué terná por cierto,
O que de hoy mas no temerá el amante,
Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enajenada
De mí cuitado fuiste,
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el mas seguro tema con rezelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente,
Dando á quien diste el corazon malvado,
Quitándolo de mí con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,

Y con las simples aves sin rüido
Harán las bravas sierpes ya su nido;
Que mayor diferencia comprehendo
De tí al que has escojido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo; en mi majada
La manteca y el queso está sobrado;
De mi cantar pues yo te ví agradada
Tanto, que no pudiera el mantüano
Titiro ser de tí mas alabado.
No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo,
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura;
Y cierto no trocara mi figura
Con ese que de mí se está riendo.
¡ Trocara mi ventura !
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿ Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿ Cómo te fuí tan presto aborrecido ?
¿ Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condicion terrible,
Siempre fuera tenido de tí en precio
Y no viera este triste apartamiento.
¿ No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frio
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado Extremo en el invierno?
¿ Mas qué vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Con mi llorar las piedras enternezen
Su natural dureza, y la quebrantan;

Los árboles parece que se inclinan;
Las aves que me escuchan, cuando cantan
Con diferente voz se condolezen,
Y mi morir cantando me adivinan;
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado,
Dejan el sosegado
Sueño, por escuchar mi llanto triste;
Tú sola contra mí te endureziste,
Los ojos aun siquiera no volviendo
A lo que tú hiziste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste,
Que bien puedes venir de mí segura:
Yo dejaré el lugar do me dejaste.
Ven, si por solo esto te detienes;
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara
A quien de tí con lágrimas me quejo:
Quiza aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede,
Que pues el bien le dejo,
No es mucho que el lugar tambien le quede.

POETA.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y sospirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena

Casi cómo dolida
Y á compasion movida,
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
Decidlo vos, Piérides, que tanto
No puedo yo ni oso,
Que siento enflaquezer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Arboles, que os estais mirando en ellas,
Verde prado, de fresca sombra lleno,
Aves, que aquí sembrais vuestras querellas,
Yedra, que por las árboles caminas
Torziendo el paso por su verde seno;
Yo me ví tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba;
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.
Y en este mismo valle donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve yo contento y descansado.
¡ O bien caduco, vano y presuroso !
Acuerdome, durmiendo aquí algun hora,
Que despertando á Elisa ví á mi lado.
¡ O miserable hado !
¡ O tela delicada,
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte !
Mas convenible fuera aquesta suerte
A los cansados años de mi vida,

Que es mas que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.
¿ Do están agora aquellos claros ojos,
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima de quier que se volvian?
¿ Do está la blanca mano delicada
Llena de vencimientos y despojos,
Que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos que vian
Con gran desprecio al oro
Como á menor tesoro,
¿ A donde están? ¿ á donde el blanco pecho?
¿ Do la coluna, que el dorado techo
Con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mia,
En la fria, desierta y dura tierra!
¿ Quien me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cojiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia,
Que diese amargo fin á mis amores?
El Cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado:
Y lo que siento mas, es verme atado
A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego, sin lumbre en cárcel tenebrosa.
Despues que nos dejaste, nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude,

La mala yerba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelize avena;
La tierra que de buena
Gana nos producia
Flores, con que solia
Quitar en solo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rig[illegible] tratable;
Y yo hago [illegible]
Crecer llorando el [illegible] miserable.
Como al partir [illegible] a sombra crece,
Y en cayendo su [illegible] e levanta
La negra e[illegible] el mundo cubre,
De do vie[illegible] e nos espanta,
Y la med[illegible] que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine,
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.
Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse entre las hojas escondido,
Del duro labrador que cautamente
Le despojó su dulce y caro nido
De los tiernos hijuelos, entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente;
Y aquel dolor que siente,
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena;
Y la callada noche no refrena

Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas;
De esta manera suelto yo la rienda
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazon metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda,
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
Al cielo, y enojando
Con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo:
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.
Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
Que nunca de mi seno se me apartan;
Descójolos, y de un dolor tamaño
Enternezerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,
Mas que la llama ardientes,
Los enjugo del llanto, y de consuno
Casi los paso y cuento uno á uno:
Juntándolos con un cordon los ato;
Tras esto el importuno
Dolor me deja descansar un rato.
Mas luego á la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa, escura,
Que siempre aflije esta ánima mezquina
Con la memoria de mi desventura.

Verte presente agora me parece
En aquel duro tranze de Luzina;
Y aquella voz divina,
Con cuyo son y acentos
A los airados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda,
Me parece que oigo, que á la cruda
Inexorable Diosa demandabas
En aquel paso ayuda.
¿Y tú, rustica Diosa, donde estabas?
¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
Que conmovida á compasion, oido
A los votos y lágrimas no dieras,
Por no ver hecha tierra tal belleza?
¿O no ver la tristeza,
En que tu Nemoroso
Queda, que su reposo
Era seguir tu oficio, persiguiendo
Las fieras por los montes, y ofreciendo
A tus sagradas aras los despojos?
¡Y tú, ingrata, riendo
Dejas morir mi bien ante mis ojos!
Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales pies pisas y mides,
Y su mudanza ves estando queda;
¿Porqué de mí te olvidas y no pides,
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo y verme libre pueda?
Y en la tercera rueda,
Contigo mano á mano,
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y sombrios,

Do descansar, y siempre pueda verte
Ante los ojos mios,
Sin miedo y sobresalto de perderte?

POETA.

Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores, ni fueran acabadas
Las canciones que solo el monte oia,
Si mirando las nubes coloradas,
Al trasmontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el dia.
La sombra se veia
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte, y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol de luz escaso,
Su ganado llevando
Se fueron recojiendo paso á paso.

TIRRENO, ALCINO.

TIRRENO.

Flérida, para mí dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ajeno,
Mas blanca que la leche y mas hermosa
Que el prado por abril de flores lleno;
Si tú respondes pura y amorosa
Al verdadero amor de tu Tirreno,
A mi majada arribarás primero,
Que el cielo nos demuestre su luzero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto mas que la retama,

Y de tí despojado yo me vea
Cual queda el tronco de su verde rama;
Si mas que yo el murciélago desea
La escuridad, ni mas la luz desama,
Por ver el fin de un término tamaño
Del dia, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Cual suele acom[illegible]iada de su bando
Aparecer la [illegible]imavera,
Cuando Favonio y zefiro soplando,
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosas esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera;
En tal manera á mí, Flérida mia,
Viniendo, reverdezes mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento
Embravezido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento
Y los pinos altísimos atierra,
Y de tanto destrozo aun no contento,
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
A la de Filis con Alcino airada.

TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece,
Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado, el verde monte ofrece
A las fieras salvajes su gobierno:
A do quiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;

Mas todo se convertirá en abrojos,
Si de ello aparta Flérida sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el soto y el ganado,
La malicia del campo corrompido
Hace morir la yerba mal su grado:
Las aves ven su descubierto nido
Que ya de verdes hojas fué cercado;
Pero si Filis por aquí tornare,
Hará reverdezer cuanto mirare.

TIRRENO.

El álamo de Alcídes escojido
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo:
De la hermosa Venus fué tenido
En precio y en estima el mirto solo:
El verde sauz de Flérida es querido,
Y por suyo entre todos escojiólo;
Do quiera que de hoy mas sauzes se hallen,
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO.

El fresno por la selva en hermosura
Sabemos ya que sobre todos vaya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;
Mas el que la beldad da tu figura
Donde quiera mirado, Filis, haya,
Al fresno y á la haya en su aspereza
Confesará que vence tu belleza.

[redacted]

Acuérdome tambien que mi sustento
Era tu vista, y de esto se holgaba
Quien huelga ahora de mi perdimiento.
¡ Quien me dijera, cuando yo te daba
Cuenta tan larga de las ansias mias,
Que desventura tal se me guardaba!
¡ Quien me dijera, Silvia, que encubrias
So color de dolerte, la crueza
Que al fin acabará mis tristes dias!
No pienses que tendrá ya tu fiereza
Lugar en mí do pueda ejecutarse,
Que la fuerza que viste es ya flaqueza.
Mi vida es la que gana en acabarse,
Tú sola perderás en que se acabe,
Que yo no pierdo sino en dilatarse.
Este alto monte que mis ansias sabe
Por mi contino canto doloroso,
Sabe la crueldad que en Silvia cabe;
Y al son que hacen triste y tan lloroso
Las Ninfas del Tesin en su ribera,
Responden las del Po claro y famoso.
De este llano, do siempre primavera
Hallaban los pastores y el ganado,
Hora huye y se aparta toda fiera;
Solo Silvano el triste desdichado
A llorar su dolor y desventura
Quedó como en desierto desterrado.
¡ Cuan diferente ya en esta pastura
De aquel que ahora soy, me ví cantando,
No versos de dolor ni de tristura,
Sino de tal sujeto, que en tocando
La rústica zampoña, resonaba
Mi suerte y tus bellezas alabando!
Y de las dos riberas se juntaba
La mas sentida parte de pastores,
Que estimando mi canto me escuchaba.

Allí los mas penados amadores
A cantar comenzaban dulcemente
En amoroso verso sus dolores.
De sombra en sombra, de una en otra fuente,
En loar cada cual á su pastora
Procuraba mostrarse mas valiente;
Donde no se pasó jamas un hora
Que tu p[illegible]re no se oyese,
Tu nombr[illegible]or quien muero agora.
Ni pienso qu[illegible]olmo ó salze hubiese,
Do escrita de n[illegible] por tu gloria
Parte de tu valor [illegible] leyese.
Con esta simpl[illegible]oral historia
Procuraba dejar en e[illegible]os llanos
Inmortal para siempre tu memoria,
Porque del bien de nuestra edad ufanos,
Pudiesen en el tiempo venidero
Gozarte los pastores comarcanos.
Entónces tuve vida, ahora muero:
Entónces, Silvia, no menospreciabas
A tu pastor Silvano, aunque grosero:
Entónces ví que no te desdeñabas
De alegrar con tu vista estas riberas,
Sin mostrar que de verme te enojabas.
Gozábamos tu vista, tus maneras,
Tu habla, tus graciosos movimientos
Para hacer mil almas prisioneras;
Y todas mis congojas y tormentos
Con tu presencia así se deshacian,
Como la niebla con furiosos vientos.
Cuando estos campos tanto bien tenian,
Los árboles, las flores y los prados
De granizo ni piedra no temian;
Todos los frutos por aquí sembrados
Se vian de hora en hora levantarse,
Como por mano de natura alzados;

Y todas estas yerbas alegrarse,
Como se ven ahora, no te viendo,
Antes de tiempo y sin sazon secarse.
Pero cual yo te vi flores cojiendo
Por estos campos, es para sentirse
Solo en el alma, y voylo yo diciendo.
Al aire esos cabellos vi esparzirse,
En mil ñudos al aire esos cabellos,
Y luego de una nube el sol cubrirse
De corrimiento y pura envidia de ellos;
Hasta que tú, porque él se descubriese,
Tornabas á encubrillos y cojellos.
Si con el bien perdido se perdiese
La memoria que vive tan dañosa,
Aun pienso triste que vivir pudiese;
Pero con ella en ansia congojosa
Pasaré con dolor lo que me queda,
Que es poco, de esta vida trabajosa.
Volvió fortuna su mudable rueda,
Porque en estado triste y miserable
Quejarme siempre sin valerme pueda.
Y tú, Silvia cruel, fuiste mudable
Con quien tuvo y tendrá siempre contigo
Una fe y un amor tan entrañable.
Pues si tal crueldad usas conmigo,
Procurar siendo tuyo de acabarme,
¿Que mas puede esperar un enemigo?
En comenzando tú á desampararme,
Me faltó todo bien y la esperanza
Que en algun tiempo no solia faltarme.
Has mudado mi ser con tu mudanza,
Y sola una señal no me dejaste
De bien, en que tuviese confianza.
Y pienso que de ver que no acabaste

Esta sombra que queda de la vida,
Aun no juzgas mi mal tanto que baste.
Pues aunque tu belleza es tan subida,
No soy tal, si me miras, que merezca
Que de mí te desprecies ser querida.
Ni tan disforme soy, que do se ofrezca
Mostrarme con pastores mis iguales,
No pue[illegible] parezca;
Y tú misma [illegible]ros mayorales
Siempre viste [illegible] estimarse
Silvano, el que a[illegible] muere y no le vales.
Pues d[illegible]o que [illegible]astor debe preciarse
En nue[illegible]valle[illegible]gun otro veo
Que de [illegible]to aventajarse.
Mi canto ya [illegible]viste, y yo no creo
Que pudiera de tí ser mas loada
La musa de Damon y Alfesibeo.
Mas ¡ triste sin ventura ! todo es nada,
¿Qué vale fe en amor ni partes buenas
A pastor cuya vida es malhadada?
Antes ayudan á doblar las penas,
Que tanto mas las siente el que padece,
Cuanto mas le debieran ser ajenas;
Porque al pastor que menos lo merece,
La fortuna cruel se muestra amiga,
Y al que merece mas desfavorece.
No sé, Silvia, qué piense ó qué me diga,
Sino que ya no espero que se amanse
Tu enojo, ni que menos me persiga.
Mis dias hasta el fin vuelan y vanse,
Y pienso serán ántes consumidos,
Que vea un hora solo en que descanse.
¡ O si ahora mis versos doloridos
Con este triste son se levantasen,
Y pudiesen llegar á tus oidos!

Que ya que tu dureza no ablandasen
Yo sé que de mi mal alguna parte,
Que negar no pudieses, te mostrasen;
No porque vayan guarnezidos de arte,
Sino por ser el cuento simple y puro
Del dolor que conmigo amor reparte.
Versos movieron corazon muy duro;
Mas es el tuyo duro en tal extremo,
Que ni lo espero ya, ni lo procuro.
. . . . . .
Aquí llegó Silvano con su canto,
Dando por fuerza de pasion tamaña
Fin á los versos y principio al llanto.
Eco del centro de la gran montaña
Resuena en su favor ya por costumbre,
Con temerosa voz, triste y extraña.
Mas como Febo con su clara lumbre
Acabó de encubrirse y esconderse
Desamparando ya toda alta cumbre;
Y se alegraba Endimïon de verse
Cercano de gozar su bien tamaño,
Comenzó el pastor triste á recojerse,
Llevando á la majada su rebaño.

Francisco de la Torre.

Tirsi.

Al tiempo que la dulce primavera
A su primer estado reducia
El campo de belleza despojado,
Coronando de flores la ribera
Que el inclemente yerto invierno habi
Con sus hielos y nieves abrasado;

Bordando el verde prado
Con los vivos colores
De azules, blancas flores,
Vistiendo las desnudas plantas de hojas,
Cuales escuras verdes, cuales rojas,
Entretejiendo el arboleda umbrosa,
Yedra con roble, vid con olmo hermosa;
En las concavidades de una piedra,
Que el presto curso de las aguas hace
En la ribera del Tesin florido,
Ornada toda de verbena y yedra,
Que á pura fuerza de las olas nace,
En el yerto peñasco endurezido:
Lugar sacro ofrecido
A las Ninfas sagradas
De sus claras moradas;
Al tiempo que la luz del claro Apolo
El cóncavo orizonte deja solo,
Para gozar del presto movimiento
Del animoso y encendido viento;
Aquí donde la fuente resonaba,
El aire entre las flores se mezia,
Los valles resonaban sin aliento,
El viento su braveza suspendia,
Y las yerbas y rosas menëaba,
Dando á su perfeccion mas ornamento;
Donde el divino acento
De las bellas Sirenas
De las aguas serenas
Del cristalino rio sosegado
Detenian el ánimo pasmado,
Haciendo la caduca vida eterna
Al regalado son de la voz tierna;
Cuando la clara luz del rojo Apolo
Por el profundo reyno de Neptuno

Al reyno de la Aurora descendia,
Dejando al mundo con su ausencia solo
Del rayo reluziente, que importuno
Con mas ardor que su sazon heria;
Los vientos encendia,
Las aguas aumentaba
Con las que derramaba
Tirsis cuitado, de quien es temida
Mas que su muerte su cansada vida;
Cuya probada y rigurosa suerte
Le acrecienta la vida por la muerte.
De su dolor gravísimo vencido,
Tales extremos suspirando hacia,
Que los peñascos duros ablandara,
Si consistiera en ellos el sentido
Que en su Ninfa terrible consistia,
Filis sin duda su enemiga cara:
Cuya belleza rara
No á Tirsi pastor solo,
Mas al divino Apolo
Dejar hiziera su dorada esfera
Por su hermosura rigurosa y fiera;
Cuando cobrando su perdido aliento,
Asi soltó la triste voz al viento.
Agora que mi suerte me concede
Tiempo para llorar mi desventura,
Mayor ventura que del cielo espero,
Fuerza será que convertido quede
En una planta, en una piedra dura,
Pues que de mi remedio desespero.
Amor injusto y fiero,
Disimulado amigo,
Encubierto enemigo,
Que mi rendido y lastimado pecho
Un infierno de penas tienes hecho,

Por haberme mostrado escasamente
La gloria de tu cielo reluziente:
. . . . . .
Allá tu poderosa mano vuelve,
Donde por el rigor del mar helado
No se puede extender tu ardiente fuego;
Que si como la siento allí revuelve,
Poco será quedar tan abrasado,
Como yo de llorar mis males ciego.
Pasa encendiendo luego
Aquel esento pecho
Que niega tu derecho,
Despreciando soberbia y crudamente
La dulce ley de tu rigor clemente,
De cuyo rigoroso altivo brio
Tiene principio el grave llanto mio.
No pudo proseguir las justas quejas,
Que del injusto y fiero Amor formaba
El desdichado Tirsi desamado,
Por llegar resonando á sus orejas
Un ¡ay! de rato en rato, que arrancaba
El corazon mas libre de cuidado:
Y habiendo apresurado
Por entre lo escondido
De un valle florecido,
Siguiendo los suspiros dolorosos,
Los tardos pasos menos perezosos,
Hallando la ocasion de aquel estruendo,
Descuidado de sí quedó advirtiendo.
La mano de alabastro sustentando
El claro cielo al suelo reclinado,
Aljofarando el prado florecido,
Como queda la mustia Clicie, cuando
Su claro amante queda transportado,
Una Ninfa del sacro rio vido,

Cuyo dolor crecido
Vertido por los ojos,
Por últimos despojos
De la alma mas rendida que afligida,
Y mas aborrecida que rendida,
Declaraban la pena lamentable
Del espíritu suyo miserable.

. . . . . .

Y habiendo con suspiros dolorosos,
Con tristísimas lágrimas habiendo
Su gravísima pena declarado,
Deteniendo los vientos animosos,
Las sonorosas aguas deteniendo
Con un volver de ojos sosegado,
Al son dulce acordado
De una sonora lira
Amansando la ira
De los contrarios fieros elementos,
Revueltos de la furia de los vientos;
Dijo aquellas palabras lastimadas,
De un mar de llanto y penas escapadas.
Injustísimo Amor, ¿porqué consientes,
Que el triunfante contrario de mi vida
Desprecie los despojos ofrecidos?
Tú, que los rigurosos accidentes
Que el alma triste tienen consumida
Tienes injustamente concebidos,
Abrasa los sentidos
Mas helados que nieve
De un libre que se atreve,
En solo su flaqueza confiado,
Resistir tu poder jamas domado.
Basta morir contino lastimada,
Sin vivir juntamente despreciada.
Tú que los abrasados corazones

[redacted]

[redacted]

Ya tuviera tu mano cruda y fiera
Alabando el rigor del cruel tirano,
Que tu descuido tiene tan altivo.
Hasta el cuerpo cautivo,
Sin lugar tanto en vano
Al vencedor tirano,
Que desprecia de un alma la victoria
Que ser para su brio poca gloria,
Que ser ¡ay triste! de quien él desama;
Que a ti te puede dar un alma fama.
Las derramadas lágrimas ardientes,
El alarido del pecho levantado
Con las ansias del alma desamada,
Con otras mil contrarios accidentes
Que en un pecho de amor jamas tocado
Acrisaran la vida fatigada:
La triste voz cansada
Apenas despedida
Del alma entristecida,
Del aliento vital entorpecido.

El sentimiento sin ningun sentido,
Tanto con sus pasiones acabaron,
Que la divina Ninfa desmayaron.
  En el suelo cayó, como la rosa
Que habiendo sido en el florido prado
Del néctar de la Aurora sustentada
Apenas la sazon del año hermosa,
Que sustentó su tiempo florecido,
Tras el invierno yerto fué pasada,
Cuando tras ella entrada
La sazon inclemente
De la calor ardiente,
Los campos deleitosos abrasando,
Las sombras de los árboles negando,
Cuando de su color hermoso falta,
Reclina la corona de hojas alta.
  Y el cuitado pastor, que atento habia
Las dolorosas quejas escuchado
Con lágrimas de amor solemnizadas,
Viendo la Ninfa desmayada y fria,
El color de su rostro demudado,
Luego salió de aquellas enramadas;
Y con vozes turbadas:
Hermosa Ninfa, dice,
¿Qué fortuna infelize
Turbó la nieve, y el cristal, y el ostro,
Colores vivas de tu bello rostro,
Que muestras tu belleza milagrosa,
Perdido el vivo de su luz hermosa?
  Volvió luego la Ninfa suspirando,
Y al desamado Tirsi conociendo,
No desdeñó su dulce compañía;
Y los cansados miembros levantando,
Poco á poco se fueron recojiendo
A la parte del valle mas sombría;

Cuya caverna umbría
De plantas coronada,
De flores matizada,
Es deleitosa parte defendida
De la furia del aire embravecida,
De los ardientes rayos, que el verano
Apolo tiende por el monte y llano.
De d[illegible]noles de Paro
Como l[illegible]erra helada,
Una fuente [illegible]alia,
Cuyo cristal [illegible] vivo y claro
Que el agua de la [illegible] despeñada,
El alameda fresca [illegible]ucia.
Donde [illegible]ia
Por un [illegible]ado
Los árboles regado,
Por unos yertos riscos empinados
Del curso de las aguas quebrantados,
Haciendo un ronco son de peña en peña
En el sagrado rio se despeña.
Cuya rara belleza contemplando,
Del deleitoso valle convidados,
En torno de la fuente se sentaron;
Y sus penas gravísimas contando,
Uno del otro amante consolados,
El rigor de sus males aliviaron;
Cuando cerca escucharon
Un pastor lastimado,
De su bien apartado,
Que cantando divina y dulcemente
De aquella gloria que gozó presente,
A la fuente purísima venia,
Buscando su querida compañía.
Y á cantar incitados juntamente
Del mandamiento de la Ninfa hermosa,

Sus sonorosas liras acordadas,
Al rio deteniendo su corriente
Y al aura su presteza bulliziosa,
Dulcemente sonaron menëadas.
Las selvas admiradas
No resonaron tanto
Al sonoroso canto
Con que los dos pastores lastimados
Aliviaron cantando sus cuidados,
Como cuando las hiere Boreas crudo,
Noto furioso de piedad desnudo.
Pusieron fin al canto sonoroso,
Y el claro sol al espacioso dia,
Acaso por oillos detenido,
Y dejando la fuente y valle umbroso,
Se fueron recojiendo en compañía
A su comun albergue conocido.
Cuyo techo florido,
De plantas enramado
Habiéndose acabado,
La Ninfa se dejó llevar del rio
A su profundo cavernoso y frio,
Y los pastores, apartados della,
A su cabaña fresca, verde y bella.

Los Recuerdos.

Esta es, Tirsi, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi Filis bella:
Este el prado gentil, Tirsi, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñia.
Aquí, Tirsi, la ví cuando sàlia
Dando la luz de una y otra estrella;
Allí, Tirsi, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió, y así la via.

En esta cueva de este monte amado
Me dió la mano y me ciñó la frente
De verde yedra y de violetas tiernas.
Al prado y haya, y cueva y monte y fuente,
Y al cielo desparciendo olor sagrado,
Rindo por tanto bien gracias eternas.

La Reconvencion.

Viva yo siempre ansí con tan ceñido
Lazo, Filis, contigo, como aquesta
Yedra inmortal, en esta encina puesta,
Que le enreda su tronco envejezido.
Mira allí un olmo seco, y un florido
Junto á la fuente: una vid le presta
Hermosura y valor; y tú, dispuesta
A perseguirme, pónesme en olvido.
Por tí, cruel, olvido mi ganado,
Y le dejo sin guarda del ardiente
Lobo cruel. ¡Ganado que tú amaste!
Un cabritillo deste coronado
Monte ví yo llevar; lloré, y presente
A mi dolor, soberbia te gozaste.

Los Dones.

Filis, mas bella y mas resplandeciente,
Que el claro cielo y que el ameno prado,
Este gamo de flores coronado
Que á su madre quité, te ofrezco ausente.
Riéndoseme ahora dulcemente,
Me le pidió Testilis; mas cansado
Me tienen ya sus risas, y tu helado
Ceño me ha de perder eternamente.
A tí le doy, y á tí tambien te guardo

Dos tórtolas hermosas y una bella
Garza, que ayer cojí del monte al río.
Y si el amor de Tirsis por el mio
Quieres dejar, escoje tú de aquella
Manada mia un toro blanco y pardo.

Romancero.

El Pastor Zeloso.

Mal huyan mis ojos,
Madre, que los puse
En otros que abrasan
Negando su lumbre.
Fuérame yo, madre,
Al mercado un lúnes;
Miento, mártes era;
Mil azares tuve.
Compróme mi Pedro
Un dorado estuche,
Echéle mal grado
Cordones azules.
Sin mirar en ello,
Del mercado truje
Con hierros dorados
Zelos que me apuren.
Topóme el hidalgo,
Aquel que le rujen
Mucho los gregüescos,
Y tañe laúdes.
Díjome : serrana,
Los rayos ilustres
De tus bellos ojos
Mil bienes descubren.

Permite, si mandas,
Que mi fe se apure
Con las esperanzas
Que en la tuya puse.
Habló tan nublado,
Que aguardando estuve
Cuando me mojaran
Sus preñadas nu
Respondíle á
En otras procure
Emplëar s
Y en mí no se
Asióme la mano,
Soltar no me pude,
Que me adormecieron
Sus palabras dulces.
Pedro que nos vía
Maldades presume,
Que burlas en veras
Diz que no las sufre.
Llaméle yo triste,
Respondió: no busques
Voluntad villana,
Que la noble injurie.
De mis esperanzas
Ya llegó el octubre;
No quieras pastores,
Si atropellas Duques.
De mi vista, madre,
Con esto escabulle
El que en mis entrañas
Tan de asiento tuve.
¡Ay de mí que muero!
¡Ay que me destruyen
Sospechas de agravios,

Que hacer yo no supe!
Plegue á Dios, cuitado,
Pues tan mal me luzes,
Que porque te acabes
Viva me sepultes;
Y al hidalgo malo,
Pues por él me arguyen,
Que cautivo muera
En Argel ó en Túnez.
Madre, la mi madre,
No es justo que duren
Mis ansias, que tienen
Mortales vislumbres.
Busquen los mis ojos
Quien su llanto enjugue,
Sin que lloren tanto,
Que mi vida enturbien.
¡Ay malvados hombres
De ingratas costumbres!
El mejor de todos
Muera de arcabuzes.

Los Zarzillos.

La niña morena
Que yendo á la fuente
Perdió sus zarzillos,
¿Cual pena merece?
Diérame mi amado
Antes que se fuese,
Zarzillos dorados
Hoy hace tres meses.
Dos candados eran
Paraque no oyese
Palabras de amores,

Que otros me dijesen.
Perdílos lavando!
¿Qué dirá mi ausente
Sino que son unas
Todas las mugeres?
Dirá que no quise
Candados que cierren,
Sino falsas lle[illegible]
Mudanza y [illegible]
Dirá que me [illegible]
Cuantos van [illegible] en,
Y que somos [illegible]
Todas las mu[illegible]
Dirá [illegible] elgo
De que [illegible] ce
En misa el domingo,
Ni en mercado el juéves:
Que mi amor sencillo
Tiene mil doblezes,
Y que somos unas
Todas las mugeres.
Diráme: traidora,
Que con alfileres
Prendes de tu cofia
Lo que mi alma prende.
Cuando esto me diga,
Diréle que miente,
Que no somos unas
Todas las mugeres.
Diré que me agrada
Su pellico el verde,
Muy mas que el brocado
Que visten Marqueses:
Que su amor primero
Primero fué siempre,

Que no somos unas
Todas las mugeres.
Diréle que el tiempo
Que el mundo revuelve,
La verdad que digo
Verá si quisiere.
Amor de mis ojos,
Burlada me dejes,
Si yo me mudare
Como otras mugeres.

Las Tórtolas.

El tronco de ovas vestido
De un álamo verde y blanco
Entre espadañas y juncos
Bañaba el agua del Tajo,
Y las puntas de su altura
Del ardiente sol los rayos,
Y todo el árbol dos vides
Entre razimos y lazos.
Al son del agua y las ramas
Heria el zéfiro manso
En las platëadas hojas
Tronco, punta, vides y árbol.
Este con llorosos ojos
Mirando estaba Belardo,
Porque fué un tiempo su gloria,
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos tórtolas bellas
Tejido un nido en lo alto,
Y que con arrullos roncos
Los picos se están besando.
Tomó una piedra el Pastor,
Y esparzió en el aire vano

Ramas, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:
  Dejad la dulce acojida
Que la que el amor me dió
Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.
Piérdase vuestra amistad
Pues que se pe[illegible]mia,
Que no ha de [illegible]ompañía
Donde está mi s[illegible]d.
  Esto dicie[illegible]stor,
Desde el tronco [illegible]nirando
Adonde irán á[illegible]
Los amant[illegible]dos.
Y vió que en un verde pino
Otra vez se están besando;
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto:
  Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte
¿Quien habrá que las aparte
Si apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché
Y ya teneis compañía,
Quiero esperar que algun dia
Con Filis me juntaré.

CONSTANCIA DE ALBANO.

  En tanto que la tormenta
Del airado mar se amansa,
Y que se enjugan las redes
Y mi barquilla descansa,
Al son de las olas fieras,
Que en estas peñas desbravan,

A cuyos golpes se mueven
Mas que á mis males mi ingrata;
Quiero hacer un discurso
De mi vida lastimada;
Y cantar con voz de cisne,
Si es verdad que el cisne canta:
Agora pises la arena,
Soberbia y hermosa Glauca;
Desdeñando la tormenta
Como desdeñas mi alma;
Agora con tus amigas
Sobre las redes sentada;
Cuentes de los pescadores
Las enamoradas ansias;
Escucha las que padezco;
Hermosa ingrata, á tu causa;
Què bastarán á ablandarte
A no ser de piedra helada.
Apenas supo la lengua
Articular las palabras,
Cuando sembré por el aire
Mis quejas y tu alabanza;
Y tú sabes bien que apenas
Eché las redes al agua,
Cuando me enredé en tus hebras
Que son redes de esta playa.
Crecieron en mí los años,
Y subieron las desgracias
Al peso de mis desdichas
Que fueron siempre pesadas.
Nunca las puertas de oriente
Abrió tan hermosa el alba,
Cuando saca de alelíes
Las bellas sienes ornadas,
Que á los ojos de tu Albano

No le hizieses tú ventaja,
Con salir ella á dar luz,
Y tú á lastimar entrañas;
Ni jamás llegó la noche
Envuelta en sus negras alas,
Que de mis llorosos ojos
No quedases obligada.
Pa[illegible]erer,
Mil [illegible]ue bastan,
No [illegible]dores,
Mas [illegible] plantas.
El [illegible] oliva,
Y l[illegible] la palma,
La y[illegible] olmo
Con [illegible]e abrazan.
Sola tú, homicida mia,
Que tienes de roca el alma,
A los golpes amorosos
Ni te humillas ni te ablandas.
No hay piedra en estas riberas,
En cuyas duras entrañas
No estén por mi mano escritos
Los nombres de Albano y Glauca.
No hay piedra en ella tan dura
Como tu condicion brava,
Pues me dan el acojida
Que en tus entrañas me falta.
Desterráronme desdichas,
Que siempre son mis contrarias;
Cadenas ciñen el cuerpo,
Y tus desdenes el alma.
En la fe que te tenia
He vivido sin quebralla,
Que no desatan prisiones
Los nudos que atan el alma.

Pero si aquí me acabaren
Mis ausencias y tu saña,
Dejando á mis enemigos
En las manos la venganza;
A tí, desdeñosa mia,
Quiero suplicar que vayas
A hallarte en mis exequias,
Pues de ellas fuiste la causa.
Y con un suspiro mudo,
Con una lágrima falsa
Sobre el helado sepulcro
Honres la ceniza helada.

El Zagal desdeñado.

Al dulce y sabroso canto
De las aves placenteras,
Ya recaudaba la aurora
La escura nube desierta,
Cuando un Pastor desdichado
De ningun sueño recuerda,
Porque quien cuidados tiene,
¿Cómo es posible que duerma?
Y por hacer compañía
A las aves que se quejan
De algun agravio de amor,
Así tambien se querella:
Ingrato amor, Silvia ingrata,
Ciego amor, hermosa fiera,
Mas que las selvas doblada,
Y mas que las selvas bella:
Quien te dió de Silvia el nombre,
Bien dijo, pues que la selva
Las fieras bestias produce,
Osos y tigres alberga.

Tú dentro tu pecho hermoso
Desden y crueldad encierras,
Fieras mas duras y esquivas
Que tigres y que otras fieras;
Pues estas suelen moverse
A mansedumbre y clemencia,
Mas á tu rigor no pueden
[illegible] ofertas.
[illegible] o te envio
[illegible] nuevas,
[illegible] uizá
[illegible] y mas bellas.
Y [illegible] mas
T [illegible] echas,
Q [illegible] ermosas
Las de tu seno se muestran.
¡Triste! que cuando te ofrezco
La dulce miel, la desprecias,
Quizá por ser mas sabrosa
La que tus labios encierran.
Pero si no puedo darte
Otros dones de mas cuenta,
Y aquestos en tí se hallan
Con mas dulzura y belleza;
A mí mesmo te he entregado,
Y aun este don menosprecias,
Que en otro tiempo estimaste;
Mas al fin todo se trueca.
Con esto acabó el Pastor,
Para no acabar sus quejas,
Hasta que acabe la vida,
O la razon que hay en ellas.

Jorje de Montemayor.

Tardío Arrepentimiento.

Ojos que ya no veis quien os miraba
Cuando érades espejo en que él se via,
¿Qué cosa podeis ver que os dé contento?
Prado florido y verde, do algun dia
Por él mi dulce amigo yo esperaba,
Llorad conmigo el grave mal que siento.
Aquí me declaró su pensamiento;
Oíle yo cuitada,
Mas que serpiente airada,
Llamándole mil vezes atrevido:
Y el triste allí rendido,
Parece que es ahora y que le veo,
Y aun ese es mi deseo.
¡Ay si ahora le viese, ay tiempo bueno!
Ribera umbrosa, ¿qué es de mi Sireno?
Aquella es la ribera, este es el prado,
De allí parece el soto, el valle umbroso,
Que yo con mi rebaño repastaba;
Veis el arroyo dulce y sonoroso
Do pacia la siesta mi ganado,
Cuando mi dulce amigo aquí moraba:
Debajo de aquella haya verde estaba.
Y veis allí el otero,
A do le ví primero,
Y do me vió: dichoso fué aquel dia,
Si la desdicha mia
Un tiempo tan dichoso no acabara.
¡O haya! ¡o fuente clara!
Todo está aquí, mas no por quien yo peno.
Ribera umbrosa, ¿qué es de mi Sireno?
Aquí tengo un retrato que me engaña,

Pues veo á mi Pastor, cuando lo veo,
Aunque en mi alma está mejor sacado:
Cuando de velle llega el gran deseo,
De quien el tiempo luego desengaña,
A aquella fuente voy que está en el prado.
Arrímomele al sauze, y á su lado
Me siento. ¡Ay amor ciego!
Al agua miro luego,
Y veo á él y á mí como le via
Cuando él aquí vivia.
Esta invencion un rato me sustenta,
Despues caigo en la cuenta,
Y dice el corazon de ansias lleno:
¿Ribera umbrosa, qué es de mi Sireno?
. . . . . .
No puedo jamas ir con mi ganado
Cuando se pone el sol en nuestra aldea,
Ni desde allí venir á la majada,
Sino por donde, aunque no quiera, vea
La choza de mi bien tan deseado,
Ya toda por el suelo derribada.
Allí me siento un poco descuidada
De ovejas y corderos,
Hasta que los vaqueros
Me dan vozes diciendo: ¡ola Pastora!
¿En quien piensas ahora?
Y el ganado paciendo por los trigos:
Mis ojos son testigos
Por quien la yerba crece al valle ameno.
¿Ribera umbrosa, ¿qué es de mi Sireno?
. . . . . .

El Obispo Balbuena.

ARCISIO, MELANCIO.

ARCISIO.

. . . . . .

¿Dime, Pastor, á un pecho alborotado
De un liviano temor, cualquier reposo
No bastará á dejarlo sosegado?
Mira qué caso bajo y vergonzoso:
Pueda aquí la razon hacer su oficio,
Y tú ser mas discreto que zeloso.

MELANCIO.

Dame, pastor, tu libre entendimiento,
Y darte he en trueco yo todos mis males
Hechos aire y sembrados por el viento.

ARCISIO.

Yo ví pastor un dia en otra tierra
Que mil consejos á los hombres daba,
Para alcanzar vitoria de esta guerra.
Si supiera decir lo que cantaba,
Yo pensara de cierto que á sanarte
Oirlo solamente te bastaba.

MELANCIO.

Trabaja, compañero, en acordarte,
Y canta en mi dolor un cantar nuevo,
Que las Ninfas se gozen de escucharte.

ARCISIO.

Escucha ahora, en tanto que yo pruebo
A acordarme mejor de sus canciones,
Que ya el principio en la memoria llevo.
Cuando por dar contento á Melibeo,

Fínjete sano; ya me ha acontecido
Finjir que duermo, y con estar despierto,
Hallarme sin saber cómo, dormido.
Deja la ociosidad; esto es muy cierto,
Que la imaginacion de ella ayudada,
Resucita al amor cuando mas muerto.
Si es nueva la pasion, será amansada
Con mas facilidad, que el tiempo deja
Seca la miel, la uba sazonada.
Tú ves aquella encina dura y vieja;
Un tiempo fué pimpollo ternezuelo,
Liviano de rendirse á cualquier reja.
No dilates los dias en su vuelo;
El mal crece, y si llegas á mañana,
Mas caro ha de vendérsete el consuelo.
El nuevo rio que en su fuente mana
Es fácil de atajar y darle vado,
Camina manso y por su vega llana;
Llegásele un arroyo, y otro al lado,
Y soberbio, hinchado y caudaloso
De su primera fuente va afrentado.
Aunque el amor es mal, es mal sabroso,
Y así nos remitimos á otro dia,
Que siempre se apetece lo dañoso.
No pierdas tiempo, que por esta via
Lo que de diligencia no se gana
Pierde tu corazon de mejoría.
Herida he visto yo harto liviana
Peligrosa despues, por dilatarse;
Quien hoy no puede, mal podrá mañana.
Cuando es nuevo el amor ha de atajarse,
Que por medio el furor de la corriente
Querer pasar el rio, es anegarse.
Pero si el mal en su vigor se siente
Ya del todo en el alma apoderado,
A viejo amor remedio diferente.

Si poco á poco el hueso ha penetrado,
Poco á poco tambien será expelido;
A vieja enfermedad nuevo cuidado.
Saca tus avejuelas al ejido:
El fértil campo y el agricultura
Son medicina al pecho mas herido.
Ver los bueyes abrir la tierra dura,
Sembrar á los [illegible] alegres prados,
Gozar la fruta y [illegible] mer dulzura:
Los árboles d[illegible] estrellados,
Las sierpes de c[illegible] los enredan,
De cantorcillas aves [illegible]tados.
Vuelan las unas, [illegible]s otras quedan
Al murmurar del [illegible] concertando
Los dulces cantos en que nos remedan.
Cual de quejas el aire está sembrando
De zelos lleno, y cual de triste olvido.
Hasta allí ¡o falso amor! llega tu mando.
Pues tras esto hallarse acaso un nido,
Y á su dueño espiar tras una mata
Podrá traerte un rato divertido.
Con esto un grande amor se desbarata;
Si prendes el zorzal y quedas sano,
La salud te se vende bien barata.
¿Hay gusto igual, si sales el verano,
Sin sol el dia, el campo verde y tierno,
Que echar un par de liebres por el llano?
Pues en el blanco y encojido invierno
En tu cabaña al fuego recostado,
¿Cómo te hallará su llanto eterno?
El zurron proveido, el rio al lado,
Tiernas castañas y manteca fresca,
Las migas hechas y el corral nevado.
Siembra tu pedernal fuego en la yesca,
Y el amor en tu pecho brasa viva;
Una se apaga y otra se refresca.

Mas en el alma su veneno priva;
Procura ser señor de tus pasiones,
Que es lo que todo su poder derriba.
Ama el trabajo, huye de ocasiones,
Busca la ausencia y hallarás la vida,
Vete á la villa, deja tus rincones.
El alma se te parte á la partida;
Animo, que vencer dificultades
Nos hace la vitoría mas cumplida.
Libres son las humanas voluntades,
El Cielo las crió sin ligadura;
Y es todo lo demas curiosidades ».
Esto, en lenguaje lleno de dulzura
Y en tono mas alegre que no el mio,
Cantó el Pastor sentado en la frescura.
Y porque vió que entraba su cabrío
Ya tras la nueva yerba por el monte,
Se fué tras él, y yo pasando el rio,
El sol pasó tambien nuestro orizonte.

Gil Polo.

Licio y Galatea.

En el campo venturoso
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;
Galatea desdeñosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliziosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña;

Entre la arena cojiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el son del ronco estruendo
De las ondas alteradas.
Junto al agua se ponia,
Y las ondas aguardaba,
Y en verl[illegible]a;
Pero á vezes n[illegible],
Y el blanco pie[illegible]ojaba.
Licio, al cual [illegible]frimiento
Amador ninguno ig[illegible]la,
Suspen[illegible]mento,
Mientras m[illegible]ntento
De su pulida zagala.
Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella habia,
El fatigado zagal
Con voz amarga y mortal
De esta manera decia:
Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo,
Y aunque mas placer te sea,
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.
Deja ahora de jugar,
Que me es dolor importuno;
No me hagas mas penar,
Que en verte cerca del mar
Tengo zelos de Neptuno.
Causa mi triste cuidado
Que á mi pensamiento crea,
Porque ya está averiguado,
Que si no es tú enamorado,
Lo será cuando te vea.

Y está cierto; porque amor
Sabe desde que me hirió,
Que para pena mayor
Me falta un competidor
Mas poderoso que yo.
Deja la seca ribera,
Do está el alga infructüosa,
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera
Enroscada y escamosa.
Huye ya, y mira que siento
Por tí dolores sobrados,
Porque con doble tormento
Zelos me da tu contento,
Y tu peligro cuidados.
En verte regocijada
Zelos me hacen acordar
De Europa, Ninfa preciada,
Del Toro blanco engañada
En la ribera del mar.
Y el ordinario cuidado
Hace que piense contino
De aquel desdeñoso alnado,
Orilla el mar arrastrado,
Visto aquel monstruo marino.
Mas no veo en tí temor
De congoja y pena tanta,
Que bien sé por mi dolor
Que á quien no teme al amor
Ningun peligro le espanta.
Guarte pues de un gran cuidado,
Que el vengativo Cupido,
Viéndose menospreciado,
Lo que no hace de grado
Suele hacerlo de ofendido.

Ven conmigo al bosque ameno,
Y al apazible sombrío
De olorosas flores lleno,
Do en el dia mas sereno
No es enojoso el estío.
Si el agua te es placentera,
Hay allí fuente tan bella,
Que para [illegible] era
Entre [illegible] era
Que [illegible] a.
Er. [illegible] elo
A gua[illegible] a cara
No bast[illegible] velo,
Que esta[illegible] to cielo,
El sol mor[illegible] a.
No escuchas dulces concentos,
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravosos vientos
Con soberbios movimientos
Van las aguas revolviendo.
Y tras la fortuna fiera
Son las vistas mas süaves
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.
Ven á la dulce floresta
Do natura no fué escasa,
Donde haciendo alegre fiesta,
La mas calorosa siesta
Con mas deleite se pasa.
Huye los soberbios mares;
Ven, verás cómo cantamos
Tan deleitosos cantares,
Que los mas duros pesares
Suspendemos y engañamos.

Y aunque quien pasa dolores,
Amor le fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
No digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.
Allí, por bosques y prados,
Podrás leer todas horas
En mil robles señalados
Los nombres mas celebrados
De las Ninfas y pastoras.
Mas seráte cosa triste
Ver tu nombre allí pintado,
En saber que escrita fuiste
Por el que siempre tuviste
De tu memoria borrado.
Y aunque mucho estés airada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada,
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.
No ser querida y amar,
Fuera triste desplacer,
¿Mas qué tormento ó pesar
Te puede, Ninfa, causar
Ser querida y no querer?
Mas desprecia cuanto quieras
A tu pastor, Galatea;
Solo que en estas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.
¿Qué pensamiento mejor
Orilla el mar puede hallarse
Que escuchar el ruiseñor,
Cojer la olorosa flor,
Y en clara fuente lavarse?

¡Pluguiera á Dios que gozaras
De nuestro campo y ribera!
Y porque mas lo preciaras,
¡Ojala tú lo probaras,
Antes que yo lo dijera!
Porque cuanto alabo aquí
De su crédito lo quito,
Pues el co[illegible] á mí
Bastara[illegible]
No te[illegible]to.
Li[illegible]e hablara,
Y ten[illegible]blalle,
Si ella[illegible]rbara,
Que c[illegible]cara
Al tri[illegible]lle.
Volvió á sus juegos la fiera
Y á sus llantos el Pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor.

Alabanza de Elvinia.

Cuando con mil colores divisado
Viene el verano en el ameno suelo,
El campo hermoso está, sereno el cielo,
Rico el pastor, y próspero el ganado:
Filomena por árboles floridos
Da sus gemidos,
Hay fuentes bellas
Y en torno de ellas
Cantos süaves
De Ninfas y aves;
Mas si Elvinia de allí sus ojos parte,
Habrá contino invierno en toda parte.

Cuando el helado cierzo de hermosura
Despoja yerbas, árboles y flores,
El canto dejan ya los ruiseñores,
Y queda el yermo campo sin verdura:
Mil horas son mas largas que los dias
Las noches frias:
Espesa niebla
Con la tiniebla
Oscura y triste
El aire viste;
Mas salga Elvinia al campo, y por do quiera
Renovará la alegre primavera.

. . . . . .

Si Delia en perseguir silvestres fieras
Con muy castos cuidados ocupada,
Va de su hermosa escuadra acompañada
Buscando sotos, campos y riberas,
Napeas y Hamadríadas hermosas
Con frescas rosas
La van delante,
Está triunfante
Con lo que tiene;
Pero si viene
Al bosque donde caza Elvinia mia,
Parecerá menor su lozanía.

Y cuando aquellos miembros delicados
Se lavan en la fuente esclarecida,
Si allí Cincia estuviera, de corrida
Los ojos abajara avergonzados:
Porque en la agua de aquella transparente
Y clara fuente,
El mármol fino
Y peregrino
Con beldad rara
Se figurara,

Y al atrevido Actéon si la viera,
No en ciervo, pero en mármol convirtiera.
Cancion, quiero mil vezes replicarte
En toda parte,
Por ver si el canto
Amansa un tanto
Mi clara estrella
Tan cruda y bella;
¡Dichoso yo si tal ventura hubiese,
Que Elvinia se ablandase, ó yo muriese!

Cristobal Suarez de Figueroa.

La Declaracion.

Bella Zagaleja
Del color moreno,
Blanco milagroso
De mi pensamiento:
Gallarda trigueña,
De belleza extremo,
Ardor de las almas,
Y de amor trofeo:
Süave Sirena,
Que con tus acentos
Detienes el curso
De los pasajeros:
Desde que te ví
Tal estoy, que siento
Preso el albedrío,
Y abrasado el pecho.
Hasta donde estás
Vuelan mis deseos
Llenos de aficion,
Y de miedo llenos,
Viendo que te ama

Mas digno sujeto,
Dueño de tus ojos,
De tu gusto cielo.
Mas ya que se fué
Dando al agua remos,
Sienta de mudanza
El antiguo fuero.
Al presente olvidan,
Y quien fuere cuerdo
E nestando ausente
Téngase por muerto.
Y pues vive el tuyo
En extraño reyno,
Por ventura esclavo
De rubios cabellos;
Antes que los tuyos
Se cubran de hielo,
Con piedad acoje
Suspiros y ruegos.
Permite á mis brazos
Que se miren hechos
Yedras amorosas
De tu airoso cuerpo:
Que á tu fresca boca
Robaré el aliento;
Y en tí transformado
Moriré viviendo.
Himeneo haga
Nuestro amor eterno:
Nazcan de nosotros
Hermosos renuevos:
Tu beldad celebren
Mis sonoros versos,
Por quien no te ofendan
Olvido ni tiempo.

Herrera.

Venatoria.

De aljaba y arco, tú Diana armada,
Que por el monte umbroso y extendido
Fatigas á las fieras presurosa,
Huye del alto Lad[illegible], desdichada,
Donde tu cazador [illegible]rme ascondido;
Que ya otra cazad[illegible] mas hermosa
Persigue impetüosa
Al javalí espumoso [illegible]nojado;
Que ya otra mas [illegible]nosa cazadora
Al ciervo sigue al[illegible]a;
Si Endimïon la viere, tu cuidado,
Venciendo de las fieras la braveza,
Te dejara por ella con tristeza.
A Endimïon no dejes tú, Diana;
Queda con él, no siga al amor mio:
Tu amor, Endimïon, esté contigo;
En la callada noche, en la mañana,
Al sol ardiente, al importuno frio
Mi dulce cazadora esté conmigo.
Este bosque es testigo,
Cuantas vezes la llamo y busco en vano;
La aurora me oye sola sin su amante,
Y se ofrece delante,
Cuando espera las fieras en lo llano,
Suspira ella su amor, yo lloro el mio,
Si al monte mira, yo á mi valle y rio.
Hermosa cazadora, que has llevado
Del frio bosque mi herido pecho,
Con el cabello de oro suelto al viento,
Y de flores y rosas coronado;
¿Eres Napea de este valle estrecho,

Que alcanza con lijero movimiento
Al javalí sediento,
Y del ciervo la planta voladora?
Que tu paso, tu voz y tu belleza,
Mas que mortal grandeza
Descubre á tu Melanio que te adora;
Tal va Cintia con traje soberano,
Y enciende en fuego al amador Silvano.
¿Qué Dios ¡ o Clearista! te ha ofrecido
A mis ojos, corriendo yo una fiera
Sin cuidado de amor, y vista, luego
Te me llevó, dejándome perdido,
Porque en llama inmortal ardiendo muera?
De tus luzes probó el tirano fuego
Con mi daño su juego.
Mas tú habites el bosque oscuro y prado,
O la tendida selva de este rio,
Jamas del pecho mio
Se apartará el amor que me ha abrasado:
El bosque y prado del amor testigo,
A amarte aprenderán tambien conmigo.
O la lijera garza levantando
Mire al alcon veloze y atrevido,
O espere el javalí cerdoso y fiero,
O la aura entre los árboles gozando,
Con silencio y voz muda lo ascondido
Del pecho solo lloraré primero,
El dolor en que muero.
Sin tí el veloz caballo, el rayo ardiente
Del imitado trueno, y la sabrosa
Caza me es enojosa,
Pues tú me dejas mísero y doliente;
Todo me agradará y será mi gloria,
Si vuelves y de mí tienes memoria.
¿Porqué huyes y quieres que sin lumbre

En estas breñas muera con tormento,
Y no miras tu amante que te llama?
Baja de esa fragosa y alta cumbre,
Que segun el rüido grave siento,
Por entre una y otra espesa rama
Que las hojas derrama,
Un feroz javalí se ha recojido:
Con el arco e[illegible] y tierna mano
Baja, que ántes [illegible] lano
Llegues, atrave[illegible] xtendido
De mi ven[illegible] rto, la espumosa
Cabeza llev[illegible] sa.
No fies, Cearis[illegible] tu belleza,
Que vendrá el [illegible] que las hebras de oro
Mude la edad ligera en blanca plata.
¡Antes muera que vea tu tristeza!
¿Mas paraqué suspiro triste y lloro
Por quien á mis querellas es ingrata?
¿Si tu dureza mata
A quien te sigue, aquel que te aborrece
Qué pena habrá que iguale con su culpa?
. . . . . .
Mas vos, amores rojos, dulcemente
Dejad las ondas claras de Citera,
Y á mi Ninfa herid con vuestra llama,
Que su hermosa flor perder no siente,
Sin fruto, inútil, en la edad primera.
Y tú, Latonia, pues amor te inflama
Cuando el monte te llama
Por el dormido amante, y ya el tormento
Conoces del amor; si he venerado
Tus aras, y colgado
Del javalí terrible y vïolento
La alta frente, y del ciervo la ramosa,
Muéstrate á mis dolores pïadosa.

Si contigo viviera, Ninfa mia,
En esta selva tu sutil cabello
Adornara de rosas, y cojiera
Las frutas varias en el nuevo dia,
Las blancas plumas del gallardo cuello
De la garza ofreciendo, y te trajera
De la silvestre fiera
Los despojos, contigo recostado,
Y á la sombra cantando tu belleza,
Y en la verde corteza
De la frondosa encina, mi cuidado
Entendiendo conmigo, lo leyeras,
Y sobre mí las flores esparzieras.
¡Ah! cuantas vezes entre aqueste fuego
A tu cuello los brazos rodëara,
Y en tus ojos mis ojos encendiendo,
Cuando mas descuidada de mi fuego,
A tu boca el espíritu robara,
Mi espíritu en el tuyo convirtiendo,
Dulcemente muriendo!
Esto preciara mas que ver el vuelo
Del halcon, mas que dar de un golpe muerte
Al javalí mas fuerte,
O alcanzar por el ancho y largo suelo
Junto al agua herido y sin aliento
El ciervo que atras deja el presto viento.
No dudes, ven conmigo, Ninfa mia:
Yo no soy feo aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante;
Mas tengo amor, y fuerza, y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente,
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante.
Irémos á la fuente, al dulce frio,
Y en blando sueño puestos al rüido

Del murmurio esparzido
Del agua, tú en mis brazos, amor mio,
Y yo en los tuyos blancos y hermosos,
A los Faunos haria envidiosos.
Mas si te agrada; y ¡o si te agradase!
Ven conmigo á esta sombra do resuena
La aura en los ciclamores revestidos
De yedra, do se [illegible] mas que entrase
Alzado el sol con [illegible] rdiente y llena.
Aquí hay [illegible] m [illegible] verd [illegible] s y crecidos,
Y los pobos [illegible] idos.
Y el fresco prado [illegible] la alta fuente,
Con murmurio süave y sosegado:
Aquí el tiempo templado
Te convida á huir el sol caliente:
Ven, Clearista, ven ya, Ninfa mia,
Este prado te llama, y fuente fria.

Pedro Espinosa.

Fábula del Jenil.

Tambien entre las ondas fuego enciendes,
Amor, como en la esfera de tu fuego,
Y á los Dioses de escarcha tambien prendes,
Como á Vulcano con lascivo juego:
Del sacro Olimpo á Júpiter desciendes,
Y á Febo dejas sin su lumbre ciego,
Y á Marte pones con infame prueba,
Que de tu madre las palabras beba.
El claro Dios Jenil sintió tus lazos,
Que á la Náyade Cínaris adora;
Ella le hace el corazon pedazos,
Y él crece con las lágrimas que llora:

Corta las aguas con los blancos brazos
La Ninfa, que con otras Ninfas mora
Debajo de las aguas cristalinas
En aposentos de esmeraldas finas.
El despreciado Dios su dulce amante
Con las Náyades vido estar bordando,
Y por enternezer aquel diamante,
Sobre un pescado azul llegó cantando:
De una concha una cítara sonante
Con destrísimos dedos va tocando:
Paró el agua á su queja, y por oilla
Los sauzes se inclinaron á la orilla.
Vosotras, que mirais mi fuego ardiente,
Seréis (dice) testigos de mi pena,
Y del rigor y término inclemente
De la que está de gracia y desden llena:
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente,
Que es de una sierra de cristales vena,
Soy Dios, y con mis ondas fuera Tetis,
Si no atajara mi camino el Betis.
Vestida está mi márgen de espadaña,
Y de viciosos apios y mastranzo,
Y el agua clara, como el ambar, baña
Troncos de mirtos y de lauro santo:
No hay en mi márgen silbadora caña,
Ni adelfa; mas violetas y amaranto,
De donde llevan flores en las faldas,
Para hacer las Hénides guirnaldas.
Hay blandos lirios, verdes mirabeles,
Y azules guarnecidos alelíes;
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubíes:
Hay ricas alcatifas, y alquizeles
Rojos, blancos, gualdados y turquíes,
Y derraman las auras con su aliento
Ambares y azahares por el viento.

Yo, cuando salgo de mis grutas hondas,
Estoy de frescos palios cobijado,
Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi márgen veo estar honrado:
El sol no tibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el balador ganado;
Ni á las Napeas que en mi orilla cantan
Los pintados lag[illegible]s espantan.
Allí del olmo abr[illegible] ramo y cepa
Con pámpanos arp[illegible] los sarmientos,
Falta lugar por dond[illegible]l rayo quepa
Del sol, y soplan lo[illegible]lgados vientos:
Por flexibles tarayes su[illegible]e y trepa
La inexplicable yedra, y los contentos
Ruiseñores trinando, allí no hay selva
Que en mi alabanza á responder no vuelva.
¡Mas qué aprovecha¡ o lumbre de mis ojos!
Que conozcas mis padres y riqueza,
Si despreciando todos mis despojos,
Te contentas con sola tu belleza?
Dijo: y la Ninfa de matizes rojos
Cubrió el marfil, y vuelta la cabeza
Con desden, da á entender que el Dios la enoja,
Y arroja el bastidor, y el oro arroja.
Quedó elevado así, como se encanta
El que escuchó la voz de la Sirena:
Helósele su voz en la garganta,
Como cercado de engañosa hiena.
No tanto á vírgen temerosa espanta
Serpiente negra que pisó en la arena,
Ni al yerto labrador en noche triste
Rayo veloz que de temor le embiste.
En sí volvió del ya pasado espanto,
Cuando quiso el contrario del contento,
Y halló que ya las aguas de su llanto

Hay unas grutas de alabastro fino,
Donde nació, entre arenas de abalorio,
Un Triton que á servir á Betis vino;
A este manda llamar á consistorio
A todos los del reyno cristalino,
Los cuales, al sagrado mandamiento,
Vienen venciendo por el agua el viento.

Ricas garnachas de riqueza suma
Unos visten de tiernas esmeraldas:
Otros, como á la garza fácil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas
Con ropas blancas de cuajada espuma:
Otros vienen ceñidos con guirnaldas,
Brotando olor los cristalinos cuernos
De tiernas flores, y de tallos tiernos.

Cuantas viven en fuentes Ninfas bellas
(Que burlan los satíricos Silvanos,
Que arrojándose al agua por cojellas,
El agua aprietan con lascivas manos)
Vinieron, y á una parte las doncellas,
A otra los mozos, y á otra los ancianos,
Se sientan, cual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojados céspedes.

Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto camino al blando asiento,
Y las vistas suspensas y divinas,
A Betis fueron penetrando el viento,
Y entre los labios de esmeraldas finas
Pararon, él con grave movimiento
Sacudió la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo y llovió el techo.

No con el mar de España tengo guerra,
Dice, ó saliendo de mi márgen corba,
Quiero cubrir las faldas de la tierra,
Mientras teme dudosa que la sorba:

Ni pardo monte ni cerúlea sierra
De mi profundidad el paso estorba;
Mas hoy se casa un claro Dios divino,
Que ha merecido á Betis por padrino.
Tú, Jenil, á quien ciñen mirto y lauro,
No cañaveras frágiles, tus sienes,
Y como el Cindo del nevado Tauro,
Montes [illegible] incipio tienes;
Tú, ac[illegible], á quien el Dauro
Señor [illegible] es bienes,
Pues qu[illegible] liviano coro,
Para [illegible] en oro:
Hoy [illegible] is los brazos;
Y tú, [illegible] e ser su esposa,
Y en leg[illegible] dulces lazos
Dejaréis á Cidalida envidiosa.
Dijo: y ella, huyendo los abrazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Naciendo al tierno llanto que comienza,
Rojo color de virginal vergüenza.
No hay Dios á quien el llanto no recuerde,
Si con la compasion hace su tiro;
Y así el aljófar que la Ninfa pierde,
Cortó mas de un sollozo y de un suspiro;
Y hubo alguno, que el crin del sauze verde
Tendió sobre la frente de safiro;
Mas los arroyos que á la puerta estaban,
Del desden de la Ninfa murmuraban.
Como cuando en solícitos tropeles,
Por mayor majestad de sus castillos
Ricos de olor, vestidos de doseles,
Entre selvajes cercas de tomillos,
Guardando rubias perezosas mieles
En urnas de panales amarillos,
Se oyeron las abejas en escuadra;
Así el rumor por la soberbia cuadra.

Lágrimas tibias de tus luzes bellas
Llueves en tanto que Jenil te imita,
¡ O Cínaris ! mas todas tus querellas
Betis mirando, el caso facilita :
Que el melindre que es dado á las doncellas,
Piensa que el libre espíritu te quita ;
Y así, queriendo hacer un monte llano,
La mano de Jenil puso en tu mano.
Llenos de envidia noble se levantan
Los Dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres : himeneo, himeneo;
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la Ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó llorando en agua convertida.

Lope de Vega.

A una Pastora ausente.

. . . . . .
Ya pues que el alma y la ciudad dejaba,
Y no se oia del famoso rio
El claro son con que sus muros lava;
A Dios, dije mil vezes, dueño mio,
Hasta que á verme en tu ribera vuelva,
De quien tan tiernamente me desvio.
No suele el ruiseñor en verde selva
Llorar el nido de uno en otro ramo
De florido arrayan y madreselva,
Con mas doliente voz que yo te llamo,
Ausente de mis dulces pajarillos
Por quien en llanto el corazon derramo:
Ni brama, si le quitan sus novillos,

Con mas dolor la vaca, atravesando
Los campos de agostados amarillos :
Ni con arrullo mas lloroso y blando
La tórtola se queja, prenda mia,
Que yo me estoy de mi dolor quejando.
Luzinda, sin tu dulce compañía,
Y [illegible] tu hermoso pecho,
T[illegible] la noche al dia :
[illegible]ar que está deshecho
[illegible] atraviesa el alma,
[illegible]ni cuello estrecho.
. . [illegible] . . . . . .
I[illegible] al fin, sin verme el sueño
En [illegible]es [illegible] sol me vió tan triste,
A la aspereza de un lugar pequeño,
A quien de murtas y peñascos viste
Sierra morena, que se pone en medio
Del dichoso lugar en que naciste.
. . . . . .
Bajé á los llanos de esta humilde tierra
A donde me prendiste y cautivaste,
Y do fuí esclavo de tu dulce guerra.
No estaba el Tajo con el verde engaste
De su florida márgen, cual solia
Cuando con esos pies su orilla honraste :
Ni el agua clara á su pesar subia
Por las sonoras ruedas, ni bajaba
Y en pedazos de plata se rompia.
Ni Filomena su dolor cantaba,
Ni se enlazaba parra con espino,
Ni yedra por los árboles trepaba :
Ni pastor extranjero, ni vecino
Se coronaba del laurel ingrato,
Que algunos tienen por laurel divino.
. . . . . .

Yo como aquel que á contemplar se para
Rüinas tristes de pasadas glorias,
En agua de dolor bañé mi cara.
De tropel acudieron las memorias,
Los asientos, los gustos, los favores,
Que á vezes los lugares son historias;
Y en mas de dos que yo te dije amores,
Parece que escuchaba tus respuestas,
Y que estaban allí las mismas flores.
. . . . . .
Así ha llegado aquel pastor dichoso,
Luzinda, que llamabas dueño tuyo,
Del Betis rico al Tajo caudaloso.
. . . . . .
O ya me olvides, ó de mí te acuerdes,
Si te olvidase mientras tengo vida,
Marchite amor mis esperanzas verdes.
Cosa que al Cielo por mi bien le pida
Jamas me cumpla, si otra cosa fuere
De aquestos ojos donde estás querida.
En tanto que mi espíritu rijiere
El cuerpo que tus brazos estimaron,
Nadie los mios ocupar espere.
La memoria que en ellos me dejaron
Es alcaide de aquella fortaleza
Que tus hermosos ojos conquistaron.
Tú conoces, Luzinda, mi firmeza,
Y que es de azero el pensamiento mio
Con las pastoras de mayor belleza.
Ya sabes el rigor de mi desvío
Con Flora, que te tuvo tan zelosa,
A cuyo fuego respondí tan frio.
Pues bien conoces tú que es Flora hermosa,
Y que con serlo, sin remedio vive
Envidiosa de tí, de mí quejosa.

Bien sabes que habla bien, que bien escribe,
Y que me solicita, y me regala
Por mas desprecios que de mí recibe.
Mas yo que de tu pie donaire y gala
Estimo mas la cinta que desechas,
Que todo el oro con que á Creso iguala;
Solo estimo tenerte sin sospechas,
Que no ha nacido ahora quien desate
De tanto amor lazadas tan estrechas.
. . . . . .
Tú sola merecis mi desvelo,
Y yo tambien despues de larga historia
Con mi fuego de amor vencer tu hielo.
Viva con esto alegre tu memoria,
Que como amar con zelos es infierno,
Amar sin ellos es descanso y gloria.

El Manso perdido.

Suelta mi manso, mayoral extraño,
Pues otro tienes tú de igual decoro;
Suelta la prenda que en el alma adoro,
Perdida por tu bien y por mi daño.
Ponle su esquila de labrado estaño,
Y no le engañen tus collares de oro;
Toma en albricias este blanco toro,
Que á las primeras yerbas cumple un año.
Si pides señas, tiene el vellozino
Pardo, encrespado; y los ojuelos tiene
Como durmiendo en regalado sueño.
Si piensas que no soy su dueño, Alcino,
Suelta, y verásle si á mi choza viene,
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

FABIO Y AMARILIS.

Enfrente de la cabaña
De la divina Amarilis,
Pastora de tiernos años,
Y de pensamientos libres:
Mas gallarda y mas hermosa
Que el alba cuando se rie,
Y que las perlas què llora
Sobre rosas y jazmines:
Mas que el sol recien nacido
Entre dorados matizes,
Mas que la Diosa á quien llevan
Las palomas, ó los cisnes:
Estaba Fabio, un pastor
Que por ella muere y vive,
Generoso para todos,
Para Amarilis humilde.
Altivo de pensamientos,
Que le fuerzan que al sol mire,
Y encojido de esperanzas
Que las alas le derriten.
. . . . . .
No hay pintada mariposa
Que mas á la luz se incline
Dando tornos á su fuego,
Que Fabio á su cielo asiste.
Vase perdido el ganado
Entre las zarzas y mimbres,
Porque el piensa que lo está,
Como la contemple y mire.
No sabe cuando anochece,
Aunque el sol se ponga y quite,
Que solo tiene por dia
Cuando amanece Amarilis.
. . . . . .

No le sirven los pastores
Despues que á Amarilis sirve,
Que no piensan que aquel cuerpo
Alma tiene que le anime.
Mira los álamos blancos
Abrazados de las vides,
Porque la desconfianza
No hay [illegible] que no envidie;
Y dando [illegible] ierno llanto
Suspir[illegible] na, dice:
¡Ay! [illegible] tá mi pastora
[illegible] de Tirse!
[illegible] on mas fuerza,
Y la riber[illegible] te,
Tirse, Am[illegible] y Fabio;
Tirse alegre, Fabio triste.
Humilde soy para tí,
El tierno Pastor prosigue:
Pero si es riqueza el alma,
Pastora, el alma me pide.
Tú eres perlas, tú eres oro,
Tú diamantes, tú rubíes,
Quien no te sirve con alma,
Mas te ofende que te sirve.
Yo mientras rijo este cuerpo,
Si no eres tú quien le rije,
Alma te doy; si eres cielo,
Razon es que el alma estimes.
Dijo, y en un olmo verde
Estas palabras escribe:
Cuanto es Amarilis bella,
Es Fabio en amarla firme.

Francisco de Figueroa.

Tirsi.

Tirsi, pastor del mas famoso rio
Que da tributo al Tajo, en la ribera
Del glorioso Sebeto á Dafne amaba
Con ardor tal, que fué mil vezes visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche; y al nacer del dia,
Como suelen tornar otros del sueño
Al ejercicio usado, así del llanto
Tornar en llanto, y de una en otra pena,
Rompiendo el aire en semejantes vozes.
Fiero dolor, que del profundo pecho
De este tu propio antiguo usado nido
Sacas tan abundante y larga vena,
Afloja un poco ¡ o dolor fiero! afloja,
Fiero dolor, un poco, y de las lágrimas
Que en mis ojos cuajadas hacen turbia
Mi débil vista, alguna parte enjuga,
Porque con este hierro, que algun dia
Ha de dar fin á mi cansada vida,
En este tronco escriba mis querellas:
Do por ventura la engañosa Dafne
Tornando de la caza calurosa
Y sedienta á buscar ó sombra ó agua,
Vuelva acaso los ojos y los lea;
O si esto no, serán piadoso ejemplo
A amorosos pastores... Dafne ingrata,
Que mientras vas con el sol nuevo alegre
Del espacioso mar las bravas ondas
Que crecen con mis lágrimas mirando,
O en jardin deleitoso, al manso viento,
De cuidados de amor libre paseas;

Tu Tirsi, ¡ ay dios ! tu Tirsi un tiempo, yace
Solo con su dolor en esta selva :
Que ya ni el verde prado, ó fresca sombra,
Ni olor süave de diversas flores,
Ni dulce murmurar de clara fuente
Le es dulce ó caro, sino el llanto solo.
¡ Cuantos pastores, cuantas pastorcitas
Amorosas oyendo mis gemidos,
Conmigo consolándome han llorado !
¡ Qué me dijo una vez la blanca Alcea
Movida á compasion ! ¡ qué dijo Clori,
La rubia Clori, amor de mil pastores !
Que cuando yo cantando, ella vencida
Del amor que me tiene, entre estas ramas
Escondida, tu nombre oyó en mis versos,
Dijo : ¡ ay amargas vozes, cuan impresas
Os tiene el corazon ! hermoso Tirsi,
De tus riberas no pequeña gloria,
¿ Cual estrella cruel, cual fiera saña
Te mueve contra tí ? tú mismo buscas
Tu presto fin en tus mas tiernos años.
¿ No te ví, Tirsi, yo, ¡ ah ! qué bien debo
Acordarme del dia ! en las solemnes
Bodas de Alcipe estar, cual prado en mayo
De guirnaldas ganadas en mil pruebas,
Cercado en derredor, ufano y ledo !
¿ Qué tienes ya de aquel, de aquel que pudo
A mí misma robarme ? ¿ á donde es ida
Tu gracia ? ¿ á donde la color del rostro ?
¿ A donde está la fuerza de tus ojos
Amorosos y airados ? ¿ quien te tiene
Parado tal, que si tu imágen viva,
Desde aquel para mí cuitado dia,
Esculpida en mi pecho no estuviera,
Te conociera apenas ? Mira, Tirsi,

Mira, cruel, que el justo amor debido
A tu Clori, tan mal en Dafne empleas.
Mas así va. Son estos los misterios
De la Diosa cruel, Reyna de Cipro,
Que desiguales ánimas y formas
Se deleita enlazar con crudo yugo.
Alcipe ama á Damon: Damon á Clori:
Arde Clori por Tirsi: Tirsi ingrato
Por Dafne: Dafne está entregada á Glauco:
En Glauco no hay amor... Apenas pude
Escuchar hasta aquí, que airado en vista,
Y muy mas dentro el corazon, la dije:
Huye, huye de mí, malvada Clori,
No me fatigues mas con falsas nuevas.
Ella se fué; mas levantó primero
Los ojos lagrimosos hácia el cielo,
Y no sé si pidió de mí venganza.
Pero bien se la doy: desde aquella hora
Imaginando estoy el cómo sea
Que por amar á Glauco, á Tirsi olvides.
De secreta virtud pequeña yerba,
No nace planta en este prado ó valle,
De quien no tenga yo cierta noticia,
Y la sepa apropiar á sus efetos.
¿Cuando nació jamas por aquí en torno
Contienda pastoril, que yo no fuese
Elejido jüez por ambas partes?
¿Cuando en fiesta quedé sin algun premio?
Testigos son esta zampoña y vaso,
Y ese collar que cuelga de tu pecho.
Pues si versos se precian, ya te dieron
Otro tiempo loor mis dulces versos.
¿Mis ovejas que van presas del lobo
No te dieron un tiempo de sus partos?
¿No te dieron mis huertos fruta y flores?

¿Por qué me ha de vencer pastor ajeno
Y si no vil, que yo menos famoso?
¿En qué me excede Glauco? ¡Ah Dafne ingrata;
Ah Dafne desleal, perjura Dafne!
¿Porqué quiero esperar que venga á pasos
Perezosos la muerte? aunque está cerca,
Yo quiero apresurarla. En esto prueba
A levantarse; pero no sostienen
Los pies débiles carga tan pesada.
Torna á caer, y con dolor de verse
Estorbar el morir, corre á la muerte
Perdiendo los espíritus vitales;
Mas presto torna á su pesar la vida,
Y torna juntamente el llanto amargo.

Góngora

Beldad de Clori.

Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello undoso;
Pues dejando tu nido cavernoso,
De Segura en el monte mas vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerzes soberbio, raudo y espumoso;
A mí que de tus fértiles orillas
Piso aunque ilustremente enamorado,
La noble arena con humilde planta;
Dime, si entre las rubias pastorcillas
Has visto, que en tus aguas se han mirado,
Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

Príncipe de Esquilache.

Canto de Lisardo.

Tan dormido pasa el Tajo
Entre unos álamos verdes,
Que ni los troncos le escuchan
Ni las arenas le sienten.
En su silencio y descanso
Los ruiseñores alegres
A vozes le están diciendo;
Que, pues sale el sol, despierte.
En los juncos de su orilla
Daba la dulce corriente,
Sino de que está despierta,
Señales de que se mueve.
Hasta llegar á Toledo
No es posible que recuerde,
Que solo dispiertan peñas
A quien sobre arenas duerme.
Junto á un peñasco en que forma
El sol en su orilla siempre
Al nacer sombra en las aguas,
Y en los campos al ponerse,
Estaba el pastor Lisardo
Con las ovejas que tiene,
Que por ver la cara al sol,
Ni juegan, pacen, ni beben;
Y templando el instrumento,
Que no fué poco el tenerle,
Dijo á las aguas del Tajo,
A quien cantó tantas vezes:
Cristales del Tajo,
Que dormis al son
Del risueño viento,

De su alegre voz;
Despertad, que os llaman
Las aves y el sol.
Aguas cristalinas,
Que bajais de Cuenca
A regar los campos,
Y á dejar las sierras,
Si en vuestras riberas
No os dispierto yo,
Dispertad que os llaman
Las aves y el sol.

La Mudanza.

Las zagalas de su aldea
Todas en el baile están,
Mucho saben de envidiarse,
Harto mas que de bailar.
Todas aman, todas penan,
Y Belilla siente mas,
Que es sobre achaque de zelos
El peligro de su mal.
Con los mancebos del pueblo
Murmurando está Pascual,
Que el remedio sabe Anton,
Y no la quiere curar.
Con la hija del Alcalde
La mañana de San Juan
Tantas mudanzas bailó,
Que al fin se vino á mudar.
¡Qué triste y zelosa vive!
¡Qué desengañada está!
Que del que ofende y olvida
No tiene amor que esperar.
No divierte sus tristezas

El ver que de su lugar,
Dejando alegres los campos
Quiere abril partirse ya.
Por ellos bajaba Menga,
Y tantas galas les da,
Que el baile dejó Belilla
Sin poder disimular.
Y mirando cuidadoso,
La que viene y la que va,
Al son del baile y del agua
Pascual comenzó á cantar.
Entra mayo y sale abril,
¡Cuán floridito le ví venir!
Venga el mayo verde,
Váyase el abril,
Que dejó los campos
A medio vestir.
Sus prisiones rompan
La rosa y jazmin,
Que el soplo agradecen
Del viento sutil.
Vístanse las flores
Blanco y carmesí,
Manto de esmeralda,
Y de oro el perfil.
Entra mayo, y sale abril,
¡Cuan floridito le ví venir!
Enlaze amorosa
Al olmo la vid,
Que en sus brazos quiere
Medrar y subir.
Risueñas las fuentes
Conozcan en sí,
Lo que en todos puede
Callar y sufrir.

El año comienze
A volver por sí,
A cantar las aves,
Y el alba á reir:
Entra mayo, y sale abril,
¡Cuan floridito le ví venir!

AVISO A [illegible]INDA.

La m[illegible]
Pasaste, Luzim[illegible]
Y habrá m[illegible]ño
Que estás [illegible]
Con ninguno tratas,
A ninguno miras;
Si por nada mueres,
¿De qué vives, niña?
No nació tu hielo
En la Andaluzía,
Sino en los nevados
Campos de Castilla.
La cuna del Tórmes
Y sus nieves frias,
Son con tus desdenes
Una cosa misma.
Ni el cristal bebiste
Que parte á Sevilla,
Y al mar por sus puertas
Seguro camina.
Deja los rigores,
Deja tus porfías;
Si de ver no gustas,
Huelga de ser vista.
Al son de unas cuerdas,

Esta mañanica
Te canté estos versos,
Pienso que dormias.

Cadalso.

El buen deseo.

De amores me muero,
Mi madre, acudid,
Si no llegais pronto
Vereisme morir.
Catorce años tengo,
Ayer los cumplí,
Que fué el primer dia
Del florido abril;
Y chicos y chicas
Me suelen decir:
¿Porqué no te casan,
Mariquilla? di.
De amores me muero, etc.
Y á fe, madre mia,
Que allá en el jardin
Estando á mis solas,
Despacio me ví
En el espejito,
Que me dió en Madrid
Las ferias pasadas
Mi primo Lüis.
De amores me muero, etc.
Miréme y miréme
Cien vezes y mil,
Y dije llorando:
¡Ay pobre de mí!

¿ Porqué se malogra
Mi dulce reir,
Y tierno mirar?
¡ Ay niña infeliz!
De amores me muero, etc.
Y luego en mi pecho
Una voz oí,
Cual cosa de [illegible]to
Que e[illegible]r:
¿La [illegible]
De [illegible]r?
L[illegible]
A[illegible]
D[illegible] me m[illegible]ro, etc.
Si por ese mundo
No quisiereis ir,
Buscándome un novio,
Dejádmelo á mí:
Que yo hallaré tantos
Que pueda elejir,
Y de nuestra calle
Yo no he de salir.
De amores me muero, etc.
Al lado vive uno
Como un serafin,
Que la misma misa
Que yo suele oir.
Si voy sola, llega
Muy cerca de mí,
Y se pone lejos,
Si tambien venis.
De amores me muero, etc.
Me mira, le miro:
Si me visf, le vi,
Se pone mas rojo

Que el mismo carmin.
Y si esto le pasa
Al pobre, decid,
¿Qué quereis, mi madre,
Que me pase á mí?
De amores me muero, etc.
Enfrente vive otro
Taimado y sutil,
Que suele de paso
Mirarme y reir;
Y disimulado
Se viene tras mí,
Y á ver donde voy
Me suele seguir.
De amores me muero, etc.
Otro hay que pasea
Con aire gentil
La calle cien vezes,
Y aunque diga mil;
Y á nuestra criada
Le suele decir:
Bonita es tu ama,
¿Te habla de mí?
De amores me muero,
Mi madre, acudid,
Si no llegais pronto
Vereísme morir.

Iglesias.

Al Dios Pan.

Rústico Dios Pan,
Ruégote que asistas

A honrar mis cantares
Con tu melodía.
  Tú, inventor primero
De la flauta amiga,
Que guardas del campo
Las tiernas delicias;
  Así ufano gozes
Las frescas mejillas,
Ternuras y abrazos
De tu bella Ninfa.
  Haz que con mi acento
La esquivez altiva
De un amante atraiga,
Que me desestima.
  Por él te importuno,
Por él noche y dia
Canto mis amores,
Lloro mis desdichas.

De su Pastor.

  No alma primavera
Bella y apazible,
O el dulce favonio
Que ámbares respire:
  No rosada aurora
Tras la noche triste,
Ni el pincel que en flores
Bello se matize:
  No nube que Febo
Su pavellon pinte,
O álamo que abraze
Dos émulas vides:
  No fuente que perlas
A cien caños fie,

Ni lirio entre rosas,
Clavel en jazmines,
  Al romper el dia
Son tan apazibles,
Como el Pastorcillo
Que en mi pecho vive.

El Sueño y el Deseo.

  Cuando yo en el prado
Me pongo á dormir,
Sueño que me halaga
Mi Pastor gentil.
  Despierto, y no viendo
Holgar y reir
A Alexi conmigo;
Cual en sueños ví,
  De mí no me acuerdo,
Ni acierto á vestir,
Ni escucho el ganado,
Que bala por mí.
  El año que viene
No le tendré así,
Que yo de mi lado
No le he dejar ir;
  Pues casarnos hemos
Los dos por abril,
Y en un mismo chozo
Hemos de dormir.

Simulacion amorosa.

  Mi Zagal me llama
Grosera amadora,
Mas fria á sus ruegos
Que la helada roca,

POESIA.

Cuando hasta las flores
La llama no ignoran
De amor, en que me arde
Turbada y medrosa.
Bien quisiera serle
Humana en la hora,
Sin darle yo cuenta
De mí [illegible];
Mas [illegible] do,
Y [illegible] mano [illegible]
De vencer recatos,
Solo al varon [illegible]:
Que si él entre espinas
No la busca y corta,
De suyo á su mano
No se ha de ir la rosa.

DONES SENCILLOS.

Dos tórtolas tiernas,
Que Alexi en un nido
Se encontró á la aurora,
Me regaló fino.
De miel una orzuela
Yo en pago le envio,
Y mas, si tuviera
Presentes mas ricos;
Que el panal mas dulce
Para el gusto mio
Solo es ver el rostro
De mi Pastorcillo:
Y mas cuando ufano
Me da un canastillo
De frescas manzanas
Llenas de rozío.

Luego que en mis brazos
Ve que lo he cojido,
Se rie : y me dice....
Mas no, no lo digo.

Fuego amoroso.

Mañanita alegre
Del Señor San Juan
Al pie de la fuente
Del rojo arenal,
Con un liston verde
Que eché por sedal,
Y un alfiler corvo
Me puse á pescar.
Llegóse al estanque
Mi tierno Zagal,
Y en estas palabras
Me empezó á burlar :
Cruel Pastorcilla,
¿Donde pez habrá
Que á tan dulce muerte
No quiera llegar?
Yo así de él, y dije :
¿Tú tambien querrás?
Y este pezezillo
No, no se me irá.

El Desvelo.

Mis siempre queridos
Y amantes palomos,
Que á par de sus hembras
Dan arrullos roncos :
Las tiernas abejas
De la flor en torno,

POESIA

Con murmurio bajo,
Con murmullo sordo:
La tórtola que hace
Su asiento en el olmo,
Y en silencio blando
Gime su divorcio:
El bullicio inquieto
Del risueño arroyo,
Que en fres[illegible]
Se baña olo[illegible]
Todo me[illegible]
Al sueño su[illegible]
Y Amor me[illegible],
Niño inquieto y [illegible].

A su Rebaño.

Corderillos míos,
El mal que tenéis,
Cual el que yo siento,
No es de hombre ni sol.
Solo os ven mis ojos
Con hueso y con piel:
No sé cual mal ojo
Mal os llegó á ver.
¡Qué mustio y mal sano,
Mi choto, te ves,
Por mas que buen pasto
Te doy á pacer?
¡Ay mis corderillos!
Si el peso cruel
Que siento en el alma,
Sentis vos tambien!
¡Ay! que á mi ganado
Y á su guarda fiel,

El propio amor mata
Y ajeno desden!

La llama del Amor.

Ya de mis zagales
El canto sonoro,
Y entre ellos las vozes
De mi Zagal oigo:
Las yuntas cansadas
Tornan al reposo,
Puesto el luzio arado
Sobre el yugo corvo:
La sombra estendida
Del traspuesto Apolo
Cubre las montañas
Con pie presuroso;
Mas la llama ardiente
De mi amor fogoso
Ni cesar la advierto,
Ni menguar la noto.

Gratitud Pastoril.

Vióme Alexi un dia
Cansada, buscando
Dos tiernos corderos,
Que me habian faltado,
Y él sobre sus hombros
Me los trajo ufano,
Hasta mi cabaña
De flores ornados.
Bien sé que me quiere,
Y que bien cuidados
Serán mis corderos,
Si con él me caso.

POESIA

Para cuanto él vean,
Si me da su amor,
Yo le ofrezco todos,
Todos mis ganados.

LA ZAGALA QUE VIVE EN EL CAMPO.

Si el e[illegible] letras;
Mucho se [illegible]
Como [illegible] ga,
No es mu[illegible]
Ca[illegible]
Los [illegible],
La niñez y [illegible]
Con que me criara;
Mas si es cosa clara
Trivial y sencilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.
Si niño agraciada
Un niño Pastor
Cantaba á mi amor
Mas de una tonada,
Y yo de picada
Mas de otra letrilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.
Si á mi talle agrada
Variado pellico,
Y á mi frente apiico
Guirnalda rosada,
Y ando recostada
En mi cayadilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.

Dicen que florido
Traigo mi cabello,
Y el seno y el cuello
De rosas guarnido;
Mas si he recojido
Tanta florecilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.
Morena me llama
Quien bien no me quiere;
Y á mí me prefiere
El Zagal que me ama:
Si del sol la llama
Me trae tostadilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.

Amor y desdenes.

¡Triste de mí que amo
Quien no me lo estima!
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Cuando á ver á Aléxis
Voy de amor herida,
Curo de agradarle
Y hacerle caricias;
Y él con todo ingrato
Mi amistad esquiva:
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Los sus corderillos
Van á la sal mia,
Y de mis collares
Les pongo divisas;

Y él me desconoce
Siendo su cautiva:
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
A sus mansos chotos
Ato mis esquilas,
Sus cuernos ornando
Con mil clavelinas;
Y él tal vez ceñudo
Las flores les quita:
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Panales le envio,
Mi leche y natillas
En orzas labradas
Por mis manos mismas;
Y él los mis presentes
Siempre desestima:
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Jugueton su perro
Siempre me acaricia;
Rastréame, y sigue
Por valle y colina;
Y él se va á otro cuento
Si en este me mira:
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.

La Rosa de Abril.

Zagalas del valle,
Que al prado venis,
A tejer guirnaldas
De rosa y jazmin,

Parad en buen hora,
Y al lado de mí
Mirad mas florida
La Rosa de Abril.
Su sien coronada
De fresco ahelí
Excede á la Aurora
Que empieza á reir;
Y mas si en sus ojos
Llorando por mí,
Sus perlas asoma
La Rosa de Abril.
Veis allí la fuente,
Veis el prado aquí,
Do la vez primera
Sus luzeros ví;
Y aunque de sus ojos
Yo el cautivo fuí,
Su dueño me llama
La Rosa de Abril.
Le dije: *¿me amas?*
Díjome ella, *sí,*
Y porque lo crea,
Me dió abrazos mil;
El Amor de envidia
Cayó muerto allí,
Viendo cual me amaba
La Rosa de Abril.
De mi rabel dulce
El eco sutil
Un tiempo escucharon
Londra y colorin;
Que nadie mas que ellos
Me oyera entendí,
Y oyéndome estaba
La Rosa de Abril.

En mi blanda lira
Me puse á esculpir
Su hermoso retrato
De nieve y carmin;
Pero ella me dijo:
Mira el tuyo aquí,
Y el pecho mostróme
La Rosa de Abril.
El rosado aliento,
Que yo á percibir
Llegué de sus labios
Me saca de mí:
Bálsamo de Arabia,
Y olor de jazmin,
Excede en fragrancia
La Rosa de Abril.
El grato mirar,
El dulce reir,
Con que ella dos almas
Ha sabido unir,
No el hijo de Venus
Lo sabe decir,
Sino aquel que goza
La Rosa de Abril.

La salida de Amarilis al Zurguen.

Venid, venid, zagalejos,
Que al Zurguen sale Amarilis,
Si es que el alba á media tarde
Ver alguna vez quisisteis.
Veréis triscar los corderos,
Cuando á mi Pastora miren,
Y que do quiera que vaya,
Balando por sal la siguen.
El canto veréis que esfuerzan

Alondras y colorines,
Y que nacen azuzenas
Donde la sandalia imprime.
Que la senda por do pase
Olor de casia despide,
Y que si los troncos toca
Producen blancos jazmines.
Veréis como el arroyuelo
Por boca de perlas rie,
Y saltar los pezezillos,
Cuando á su estanque se mire.
Salir veréis los zagales
Con flautas y tamboriles,
Los zagales que en prisiones
De sus rubias trenzas viven.
Tristes veréis las pastoras,
Cuando de ellas se retire:
¿Pues qué los tiernos zagales?
Los veréis mucho mas tristes.
Y á mí en fin veréisme ufano,
Si es que *á Dios, Zagal,* me dice;
Empero si no me hablare,
De pena veréis morirme.
Asi cantó Arcadio, á tiempo
Que llegó al prado Amarilis,
Vergonzosa en ver que todas
Como á nuevo sol la miren.

La Reprension.

Zagaleja, el ser humilde
(Te lo dice quien te quiere)
No lo imagines impropio
De tu beldad floreciente.
Con quien ignora sus daños

Deja estar las altivezes;
Porque los justos desprecios
Nacen de soberbia siempre.
Cuando mas hinchado el rio
A la sorda peña hiere,
Entónces deshecho en llanto
A besarla el pie desciende.
El ser humilde y discreta
Bien los cielos te conceden;
Pero ser altiva y sabia,
Quien te lo haya dicho, miente.
No quieras que al vano pavo
Los ancianos te asemejen,
Ave ruda, que del suelo
Jamas alzarse merece.
El honor que dan los otros,
Vano es, Zagala, que pienses
Conseguirlo con tu orgullo,
Que ántes bien lo desmereces.
Del humo de las cabañas
A no ser altiva aprende,
Que cuanto mas alto sube
Mas presto se desvaneze:
Misterio de la humildad,
Que cuando así se envileze,
Entónces empieza á alzarse
Orladas de honor las sienes.
Tal la planta que mas honda
Echar la raíz pretende,
Alza la florida copa
Corona de los verjeles.
Así que, Zagala hermosa,
Si mi consejo siguieres,
Serás querida de todos,
Bendecirán te las gentes.

Daráte la Aldea el nombre
Que tu modestia desprecie.
Y aunque se exceda en tu elogio,
No temas, no, que le pese.
Así cantaba Lisardo
A los umbrales de Fenis,
Que cansada de escucharle,
Como quien se agravia, duerme.
Rogáronle otros zagales
Que el cantar en vano deje;
Y él de la ingrata Pastora
Se despidió de esta suerte:
Ser Reyna de la Aldea
Quieres, Zagala;
Pues ve que en ser altiva
No logras nada.
Ser rey de las flores
El girasol quiso,
Y al sol adulando
Encumbróse altivo;
Mas ya ves que ha sido
Su intencion frustrada:
Así que en ser altiva
No logras nada.
La rosa al contrario,
Que en un botoncillo
De espinas cercada
Amaba el retiro,
Es quien reyna ha sido
Del campo nombrada:
Así que en ser altiva
No logras nada.

POESIA

Mro Gonzalez.

DELIO, MELISA.

MELISA.

¿Qué tienes, Delio mio? ¿Qué accidente
En tu rostro el color ha demudado?
Ayer te vi gustoso y complaciente
[illegible] icias; hoy airado
El [illegible] oso y macilento,
El [illegible] n desgreñado,
[illegible] bado el pensamiento,
Y [illegible] aires esparzido,
Pu [illegible] tu tormento.
¿N [illegible], di, te ha poseido?
Cuéntame tu dolor, por ver si alcanza
Alivio el mal, conmigo conferido.

DELIO.

¡Ay Melisa! El vivir sin esperanza
Ha causado este trueque tan extraño;
De tu mudanza nace mi mudanza.
Antimio me ha traido el desengaño
De que todo tu amor finjido era:
Antimio me ha sacado del engaño,
Luego que á pazer vino esta ribera
Con su ganado ayer. ¡O suerte impía!
¡Quien de tí tal mudanza presumiera!
Antes de su llegada, yo leia
En tu semblante toda mi ventura.
Tu mirar halagüeño me decia:
Tuya soy, Delio mio; y con dulzura
El fuego de tu pecho ponderabas.
¿Cuantas vezes dejaste á la ventura
Los amados corderos que guardabas,

En medio de la siesta amarizados?
Y luego de la mano me tomabas,
Y por los matorrales intrincados
Me llevabas diciendo : ven conmigo
Tú solo, Delio mio, que sentados
Donde el bosque se estrecha en lazo amigo,
En tanto que sestean los pastores,
Cantarémos á solas sin testigo
Con gusto y con placer nuestros amores.
Testigo es de aquel roble la rudeza,
Que al tiempo hará inmortales tus favores
Pasados, pues cediendo su dureza
De agudo pedernal al golpe fuerte,
De tu mano escribiste en su corteza
Un letrero que dice de esta suerte :
« Delio, mio has de ser toda la vida;
» Tuya será Melisa hasta la muerte ».
¡ Ay ! cuantas vezes á mi cuello asida,
Dijiste : ven, Pastor, hácia esta fuente;
Ya que el tiempo oportuno nos convida,
Templarémos de amor la sed ardiente,
Mas con el trato dulce y amoroso,
Que con el frio raudal de su corriente.
Juzgábame con esto venturoso;
Pero al llegar Antimio á esta ribera,
De mi pecho faltó todo el reposo.
¡ Ay Melisa, Melisa ! ¿quien creyera
En tu pecho mudanza semejante,
Para él alegre, para mí severa?
De Antimio no te apartas un instante :
En todo al triste Delio le prefieres :
Antimio mira afable tu semblante :
El no vive sin tí, tú sin él mueres :
Tú le sigues do quiera que se ausenta,
El sigue por do quiera que tú fueres.

Si Antimio va zagüero, luego inventa
Tu amor algun motivo no esperado
Para esperar á Antimio : ó desalienta
Tu pecho de rendido y fatigado :
O tal vez imaginas que el cerdoso
Cordel de tus abarcas se ha soltado,
Y dices : corre Delio presuroso,
Que [illegible] se entran las ovejas,
Y el [illegible] a me es forzoso
En [illegible] que te alejas;
¿Pues, [illegible] Dioses, si conmigo
Te vieran [illegible] y así me dejas.
Yo [illegible] vejas luego sigo;
Y vuelvo, y [illegible] Antimio en tu presencia,
De tu accion recatada fiel testigo.
¿Qué dirian los Dioses, cuya ciencia
Siempre ostáculo fué de mi ventura?
Los Dioses lo miraron con paciencia.
¿Y qué dijeron, cuando en la espesura
De esa selva te vieron otro dia
Recostada en su pecho sin cordura,
Atendiendo á unos versos que leia;
(Obra suya que alaba á todas horas)
Versos que en toda métrica porfía,
Aunque los cante en vozes muy sonoras,
Los escuchan con tedio los zagales,
Y los oyen con burla las pastoras?
¡ Ay Melisa ! los Dioses inmortales,
Si de estas nuestras cosas caso hizieran,
Ellos piedad tuvieran de mis males :
Tu duro corazon enternezieran,
Tus mudanzas hubieran castigado,
Y mi amor al de Antimio prefirieran.
¿No respondes, Melisa? ¿te ha turbado
La justa relacion de mi tormento?
¿O no merece Delio desdichado

Consuelo en su dolor? ¡Ah! cobra aliento:
Háblame, mas que digas que me engaño;
¡Y ojalá que dijeras que yo miento!

MELISA.

¡Ay Delio, Delio! ¡cuanto ve en su daño
Un hombre de los zelos aflijido!
Lince al dolor, y topo al desengaño.
A todas tus querellas he atendido,
Y á no ver que el amor te enajenaba,
Me hubiera de tus quejas ofendido.
¿No te dije bien claro que ya amaba
A Antimio, cuando tú me descubriste
El incendio que el pecho te abrasaba?
¿En este caso tú no pretendiste
Tener en mi cariño alguna parte
Sin perjuizio de Antimio? ¿No dijiste:
« Vivir me es imposible sin amarte;
Bien sé que Antimio á tí te amó primero;
Tú de su amor no puedes apartarte;
Amanos á los dos, porque yo quiero
Ser amado de tí con fe sencilla,
Aunque tenga en tu amor lugar postrero;
Entre los dos no habrá jamas rencilla,
Contento con su parte cada uno;
Serán de amor la nueva maravilla
Dos pastores, que amaron de consuno
A una misma pastora con desvelo,
Sin que entre ellos hubiese duelo alguno »?
Tú mismo ves que Antimio sin rezelo
Te ve participar de mis favores,
Sin que por eso forme queja ó duelo.
¿Y ahora te quejas de que en mis amores
Logre Antimio la parte que le cabe,
Y á que son sus obsequios acreedores?

DELIO.

No fuera, á la verdad, mi mal tan grave,
Y mi tormento fuera mas sufrible,
Si esto posible fuera; mas quien sabe
Lo que es amor, no tiene por posible
Que vivan dos amores en un pecho,
Por ser el uno al otro incompatible.
Yo fundo mi razon en mi propio hecho;
Desde que yo te amé, Melisa mia,
De todo el corazon te dí el derecho.
Las pastóras de que ántes queria;
(Si bien que de ellas nunca fué sabido
Mi amor) la Ines, la Fabia y Rosalia,
La Arsenia, cuyo rostro es aplaudido,
La Julia, y otras mil pastoras bellas,
Por tí sola vinieron en olvido.
Buen testigo son de esto las querellas
Continuas de Fascinia, la envidiosa,
Que tú no puedes menos de sabellas;
Pues sentida de mí, de tí zelosa,
Te cuenta con voz triste y lastimera
Mis desprecios, y en esto no reposa.
Yo, mi dulce Melisa, no creyera
Que te adoraba con amor sencillo,
Si en mi pecho otro amor caber pudiera.

MELISA.

Mira, Delio, yo tengo un corderillo
Blanco de rojas manchas salpicado,
Cuya madre al dejarle en un tomillo,
Murió de un accidente no esperado;
Apliquéle á otra oveja, que criaba
Otro de blanco y negro variado.
Al principio la oveja le extrañaba;

Despues ya le criaba y le lamia ;
Era en fin tanto ya lo que le amaba,
Que si por algun caso le perdia,
Ansiosa le buscaba con balido :
De manera que nadie conocia,
Ni tu Delio lo hubieras conocido
Con tu mucho saber y tu experiencia,
Cual era de los dos el mas querido.

DELIO.

¡ Ay triste! que aunque estando en tu presencia
Tal vez pueda creer que soy amado
De tí, ya llegó el tiempo de mi ausencia.
Pues Arsenio á quien sirvo ¡ ah triste hado !
Me ha envïado á decir que sin tardanza
Amenaze hácia el Tórmes el ganado,
Y temo con razon que esta mudanza
En tu pecho resfrie mis amores,
Y en el mio dé fin á la esperanza.

MELISA.

Antes producirá el Diziembre flores
En los prados, y el Julio las corrientes
Suspenderá con hielo, y los olores
Del tomillo y romero florecientes
Huirá la docta abeja, y harán lecho
En las hojas del fresno las serpientes,
Y no florecerá el ingrato helecho
En esa nuestra selva umbrosa y fria,
Que falten tus amores á mi pecho.

DELIO.

Y antes la liebre tímida á porfía

PIEZA

Y no hay uno entre todos los angeles
Que me entienda en contar mis dulces penas.
  Yo te las contaré porque mis males
Lagrimas alguna vez enternecerán:
Y si place á los Dioses inmortales,
  Las veces que yo pueda venderé á vuelta,
Y te traeré manzanas olorosas.
¡Ay! quiera el cielo que en dichosa suerte
  En estas nuestras selvas deleitosas
Las tres vivamos siempre en buen amante,
Gozando edades largas venturosas!
  Que aunque á los dos yo en años adelante,
La casa en un rebello aun no es unida,
Ni aunque la honda raya mi semblante.
  Y si tú nos excedes en la vida,
Haura con un sepulcro nuestra muerte,
Bajo una losa do sera esculpida
  De amarado cincel á golpe fuerte,
(Si es que tienes valor para escribilla)
Una letra que diga de esta suerte:

Aquí yace de amor la maravilla:
Dos pastores que amaron de consuno
A una misma pastora con desvelo,
Sin que entre ellos hubiese duelo alguno.

Cadiz transformado y dichas soñadas del Pastor Delio.

Desde que vivo ausente
De la bella ciudad que fué la gloria
Donde hizo eterno asiento mi deseo,
Me está continuamente
Aflijiendo de dia su memoria,
Y de noche me sirve de recreo;
Y aunque en sueños no creo
Por ser regularmente necedades,
Tal vez fueron misterios y verdades;
Y he de contar con verso mesurado
Las dichas que he soñado
En una noche fria:
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé (¡cómo transforma
El sueño las ideas á su grado!)
Que no era Cadiz lo que se pensaba;
Sino de humana forma
Una pastora, que de mi ganado
Los cándidos corderos apastaba,
Y Mirta se llamaba,
Llena de honestidad y de hermosura,
Centro de discrecion y de fe pura:
Y yo gozaba en suerte venturosa
De su vista graciosa
Las vezes que queria;
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que transformado

Cadiz en Mirta bella, así me hablaba:
¿Con que presto del Tajo á la ribera
Trasladas el ganado?
¡Triste la que nació mísera esclava!
Cierto puedes estar que si pudiera,
Con gusto te siguiera,
Hasta dejar los abundosos mares
Por la triste escasez del Manzanares;
Pero el alma que es libre irá contigo,
O quedará con
La tuya en com
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que amariz as
Mis ovejas dejaba en la espesura,
Y á la playa me fuí sin curar de ellas;
Y noté unas pisadas
Bien estampadas en la arena pura,
Que juzgué ser de Mirta por lo bellas;
Siguiendo fuí las huellas,
Y ví que con el dedo habia formado
En la arena este indicio de su agrado:
Quien me sigue será correspondido;
Delio lo ha conseguido,
Y Mirta lo escribia;
Y era soñar el ciego que veia.
Soñé que mis zagales
Me dieron una nueva lastimosa
De Cadiz, y yo en llanto me anegaba
Llorando tantos males:
Y al punto llegó Mirta presurosa
Y ví que con un lienzo que tomaba
El llanto me enjugaba:
Y aplicando la mano al casto pecho
Vive, Pastor (me dice) satisfecho,
Que en Cadiz vivirás eternamente.

Y yo muy ciertamente
Mi ventura creia;
Y era soñar el ciego que veia.
  Soñé que Mirta bella
Me miraba, y decia con agrado:
Porqué pasar, Pastor, la vida triste?
Ya cesó mi querella
Ya sé que tu caudal has retirado
Del banco Genoves, donde perdiste
En lo que allí impusiste.
¿Qué trecho habrá desde la tierra al cielo,
Pastor? Y yo la dije sin rezelo:
Medido de tu mano diestramente,
Un codo solamente.
Y ella se complacia;
Y era soñar el ciego que veia.
  Soñé que divertido
Estaba yo á deshoras de la noche
Formando una cancion á mi Pastora.
Sentí á mi puerta un ruido,
Como si allí parado hubiera un coche,
Y luego se me dijo en voz sonora:
Delio, llegó la hora
De que dejes las selvas y el ganado,
Pues no eres para rústico formado:
Ven, que en Cadiz te espera ansiosamente,
Con quien eternamente
Gozarás de tu dia;
Y era soñar el ciego que veia.
  Yo de mi dicha cierto,
Dejo el lecho dormido apresurado,
Y destinando, ruedo la escalera,
Y en el portal despierto
Bañado el rostro en sangre y maltratado.
Y ví que esta ventura (¡ah suerte fiera!)

Imposible me era,
Pues ví que aun subsistia irrevocable
De Diana el decreto formidable,
Y aunque quedé del sueño mal herido,
Mas que dél, ofendido
De la verdad, con ceño
Miré la vida, y con placer el sueño.
Cancion, ve á Mirta y dí de parte mia,
Que si de mi verdad y amor dudaba,
Sepa que, si soñaba
El ciego que veia,
Era solo soñar lo que queria.

La Vigilia y el Sueño.

Soñaba yo, Melisa,
(Ya que quieres saber lo que soñaba)
Soñaba yo que en un ameno prado
Andabas tú con prisa
Tejiendo de las flores que brotaba,
Una guirnalda; y luego con agrado
¡ O favor no esperado !
Con ella frente y sienes me ceñias,
Y con rostro halagüeño me decias:
A tí solo entre todos los pastores,
Se deben los honores:
Yo, Delio, por tí muero,
Y en el amor á todos te prefiero.
Con el extraño gozo
El corazon del centro se salia,
Y al fin me despertó con su latido,
Bañado en alborozo.
Mas luego me acordé que en cierto dia
Este favor á Aatimio has concedido,
Y á mí le has preferido;
Pues le diste de Apolo los honores,

Por mas que murmuraron los pastores.
Y apenas hube aquesto recordado,
Me volví de otro lado,
Y con cólera y ceño,
Maldije la vigilia, alabé el sueño.
Volví á quedar dormido,
Y sentado me hallé junto á una fuente,
Mirando su murmullo muy atento:
Y estando divertido,
Allí llegaste apresuradamente
Pidiendo de beber, y yo al momento
Un vaso te presento,
Y dices tú con risa y burla mia:
No es esa, Delio, el agua que pedia;
La sed que yo padezco es amorosa,
Y siempre codiciosa
De tus eternos lazos,
Solo pueden templarla tus abrazos.
Yo viendo mi ventura,
Fuí á lograrla los brazos extendidos,
Y cayó de mi mano el frágil vaso
Sobre una peña dura,
Y el golpe me reduce á los sentidos;
Y vuelto bien en mí por este acaso,
En mi memoria paso
Las vezes que esta dicha repetias
A tu Antimio, y á mí te resistias
De nueva faz de religion armada;
Y viéndote entregada
En brazos de otro dueño,
Maldije la vigilia, alabé el sueño.
Volví la vez tercera
A dormir, y soñé que con gran prisa
Tocabas con la aldaba á mi postigo,
Diciendo desde afuera:
Abre, no temas nada, soy Melisa.

Que me vengo á vivir siempre contigo
En lazo eterno amigo;
Tendrémos ya los dos comun el techo,
El ajuar, el vivir, la mesa, el lecho.
En uno juntarémos los ganados,
Que con bienes doblados,
Y con paz juntamente,
Pasarémos la vida dulcemente.
Yo de mi dicha cierto,
Dejo el lecho, dormido, apresurado;
Y destinando, ruedo la escalera,
Y en el zaguan despierto,
Bañado el rostro en sangre, y maltratado:
Y ví que esta ventura, ¡suerte fiera!
Imposible me era,
Pues el lazo que á mi me prometias,
Tratado con Antimio lo tenias:
Y aunque quedé del sueño mal herido,
Mas que de él, ofendido
De la verdad, con ceño
Maldije la vigilia, alabé el sueño.
Estas dichas soñaba
En una misma noche, interrumpida
Tres vezes; y aunque el bien finjido era,
Ansioso deseaba
Que ya que solo el sueño fué mi vida,
Mi vida un continuado sueño fuera.
¡O si siempre durmiera!
Solo el sueño me hiziera venturoso;
Mas pues vivir velando me es forzoso,
Sufrir será preciso tus rigores;
Y al ver que en tus amores
Vanamente me empeño,
Maldigo la vigilia, alabo el sueño.

Melendez Valdes.

BATILO, ARCADIO, POÉTA.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,
La yerba aljofarada,
Que el nuevo dia con su lumbre dora,
Mientras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las dulces avezillas á la aurora.
La cabra trepadora
Ya suelta se encarama
Por el monte enramado:
Vosotras de este prado
Paced felizes la menuda grama;
Paced, ovejas mias,
Pues de abril tornan los alegres dias.
Mejórase la tierra
De verdor coronada,
Y aparecen de nuevo ya las flores:
Desciende de la sierra
La nieve desatada,
Y ejercen sus contiendas los pastores.
Todo el prado es amores:
Retoñan los tomillos,
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos,
Y con susurro blando
Por la vega el arroyo huye saltando.
. . . . . .
Mas por aquella loma
Tras sus vacas manchadas,

El pastoril acento al viento dando,
El dulce Arcadio asoma:
Sus vozes regaladas
Mas y mas cada vez se van notando.
Tambien viene cantando,
Cual yo, de la florida
Estacion; salir quiero
A encontrarle primero;
Algo acaso dirá de mi querida,
O la nueva tonada
Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quien viendo el alegría
De este florido prado
Y el brillo y resplandores del rozío,
O la hambrienta porfía
Con que paze el ganado,
Y el soto lejos, plácido y sombrío,
Y el noble señorío
Con que el claro sol nace,
O las ondas sin cuento
Que hace en la yerba el viento,
Y los hilos de luz que el aire hace;
No sentirá movido
El corazon y el animo embebido?
Do quiera es primavera,
Y por do quiera el prado
Da nueva flor y espíritu oloroso;
Las vacas por do quiera
Hallan pasto sobrado,
Y tierna yerba de pacer sabroso;
El pastor en reposo,
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,

Viendo su hato querido
Lento buscar las sombras regaladas;
Y pueden las pastoras
Bailar alegres las ociosas horas.
No á mi gusto sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento:
No el ir embarazado
Entre galas pomposas,
Ni corriendo vencer al raudo viento;
Mas si cantar contento
Sentado á par mi Elisa,
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,
Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y pazer mi ganado,
Y al Tórmes deslizarse sosegado.
Pero aquel que allí veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana
¡Cuan bien á mi deseo
La suerte le previene!
Guarde el Cielo, Pastor, tu edad lozana;

BATILO.

La gracia sobrehumana
De tu rabel y canto
Guarde del lobo odioso,
Y sigue en tan sabroso
Tono que de los valles es encanto,
Y el ganado alboroza,
Y el choto jugueton por él retoza.

ARCADIO.

Tú mas ántes al viento
Suelta esa voz süave

Que á todas las zagalas enamora,
Tañendo el instrumento
Que el desden vencer sabe,
Y ablandar como cera á tu Pastora;
Y la letra sonora
Cántame que le hiziste,
Cuando te dió el cayado
Por el manso pe[illegible]
Que con lazos [illegible]a le ofreziste;
O bien la otr[illegible]
De la vida [illegible] descansada.
Premio será á tu c[illegible]nto
Este rabel, que un d[illegible]
Me dió en prenda de amor el sabio Elpino.
. . . . . .

BATILO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve,
Que jamas fué tocada;
Pero mi amor en dártela consiente.
Los valles y la fuente
Puso en ella de *Otea*,
Cual por abril el llano
Con rosas mil galano;
Un muchacho en el cerro pastorea,
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando le provoca.
De flores coronadas,
Mas lindas que las flores,
Y el cabello en la espalda al viento dado,
Van bailando enlazadas,
Causando mil ardores,

Las zagalejas en el verde prado.
Un anciano está á un lado
Que la flauta les toca;
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas,
Y como que la envidia las provoca
Con regocijo tanto.
Pero tu empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
Balido de la oveja,
Y la teta al hambiento corderuelo:
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el florido suelo:
El rocío del cielo
Es grato al mustio prado,
Y á pastor peregrino
Descanso en su camino:
Dulce el ameno valle es al ganado,
Y á mí dulce la vida
Del campo, y grata la estacion florida.
Mire yo de una fuente
Las menudas arenas
Entre el puro cristal andar bullendo,
O en la mansa corriente
De las aguas serenas
Los sauzes retratarse, entre ellos viendo
Mi ganado ir pasiendo:
Mire en el verde soto
Las tiernas avezillas
Volar en mil cuadrillas;
Y gozen del tropel y el alboroto

Otros de las ciudades,
Cercados de sus daños y maldades.
Las inocentes horas,
De júbilo y paz llenas,
¿Donde mejor se gozan que en el prado?
¿Quien mejor las auroras
Ve alborëar serenas,
Que el zagal al salir tras su ganado?
¡Venturoso cuidado!
¡Mil vezes descansada,
Pajiza choza mia!
Ni yo te dejaria
Si toda una ciudad me fuera dada,
Pues solo en tí poseo
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.
¿Para qué el vano anhelo,
Ni los tristes cuidados
Que enjendra la ciudad y sus temores?
Mejor es ver el cielo,
Que no techos pintados,
Mejor son que las galas nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabaña,
Una rama sombrío,
Otra reparo al frio;
Y cuando silba el ábrego con saña
En las noches de enero,
Lumbre para bailar un roble entero.
Aquí en la verde grama
Oiga yo reclinado
El lento susurrar de este arroyuelo:
Aquí evite la llama,
Con mi pastora al lado,
Del sol subido á la mitad del cielo;
Y su dorado pelo

Orne de florezillas,
O teja en su regazo
De ellas guirnalda ó lazo,
Y arrúllenme las blandas tortolillas,
Cuando yo la corone,
Y la firmeza de mi amor le abone.

BATILO.

Y á mí leche sobrada
Me da, y natas y queso,
Y su lana y corderos mi ganado:
Mis colmenas, labrada
Miel de tierno cantueso,
Y pomas olorosas el cercado.
Gobierna mí cayado
Dos hatos numerosos,
Que llenan los oteros
De cabras y corderos,
Y deja á los zagales envidiosos
Mi dulce cantilena,
Que á las mismas serranas enajena.
Mas bienes no deseo,
Ni quiero mas fortuna,
Contento con mi suerte venturosa.
En este simple arreo
No hay pastorcilla alguna,
Que huya de mis cariños desdeñosa.
Su guirnalda de rosa
Me dió ayer Galatea,
Filis este cayado,
Y este zurron leonado
La niña Silvia que mi amor desea;
Mas yo á Filena quiero:
Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino
Se huyó de la alquería
A la ciudad por sus hechizos vanos,
¡Con su ingenio divino
Qué cosas no decia
Despues de los falazes ciudadanos!
Aun á los mas ancianos,
Si te acuerdas, pasmaba,
Contándonos los hechos
De sus dañados pechos.
Yo zagalejo entónces le escuchaba,
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.
El semblante sereno
Y el corazon dañado,
Cual es el fruto de silvestre higuera:
Miel envuelta en veneno,
El decir concertado,
Pechos lisiados de la envidia fiera:
Hijos que desespera
La vida de sus padres,
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsías,
Y doncellas vendidas por sus madres;
Esto cantaba Elpino
De la ciudad, despues que al campo vino.

BATILO.

Y Dalmiro cantaba
Aquel que fué á la guerra,
Y vió las tierras donde muere el dia,
Que en nada semejaba
El rio de esta sierra

Al mar soberbio que pavor ponia.
Me acuerdo que decia,
Que del viento irritado
Espantable bramaba,
Y las olas alzaba
Hasta tocar el cielo encapotado,
Tragándose navíos,
Como las enramadas nuestros rios.
Que entonce el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazon en tal cuïta,
Cual si débil balido
De herida oveja oistes,
O choto que su madre solicita.
¡O ceguedad maldita,
Poner vida y ventura
Sobre un pino delgado!
Mejor es de este prado
Hollar con firme planta la verdura
Tras los corderos mios,
Que ver, Arcadio, el mar ni sus navíos.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
Ver mas que nuestros prados,
Ni beban mis ganados de otro rio.
Aquí no lobo fiero
Nos trae alborotados,
Ni nos daña el calor, ó hiela el frio.
No ajeno poderío
Nuestro querer sujeta,
Ni mayoral injusto
Nos avasalla el gusto.
Todos vivimos en union perfeta,

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
  Como las [illegible],
A [illegible] su [illegible]
[illegible] [illegible] y [illegible] [illegible],
Si en su habitual [illegible],
[illegible] [illegible] [illegible],
O mudas de mandar á todas horas
Mejor que las [illegible]
Cantoneras de la villa
Su voz suena á mi oido,
Y que el nunca [illegible]
De sus placeres, la voz de mi sencilla
Nos canta su ternura
De la vida del campo descansada.

BATILO.

  ¡O soledad gloriosa!
¡O valle! ¡o bosque umbrío!
¡O selva entrelazada! ¡o limpia fuente!
¡O vida venturosa!

¡Sereno y claro rio,
Que por los sauzes corres mansamente!
Aquí entre llana gente
Todo es paz y dulzura,
Y feliz armonía
Del uno al otro dia.
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales
Pastores, ganaderos y zagales.
El cielo despejado
Y el canto repetido
De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,
Y plácido sonido
Que del zéfiro forma el blando aliento;
Tal vez el tierno acento
De alguna zagaleja
Que canta dulcemente,
Y este oloroso ambiente
En grata suspension el alma deja,
Y á sueño descansado
Brinda la yerba del mullido prado.
No aquí esperanza ó miedo,
Las tramas y falsías
Que saben los soberbios ciudadanos.
El pastorcillo ledo
En paz goza sus dias
Sin entregarse á pensamientos vanos.
Los cielos soberanos
Bendicen su majada,
Y él con sencillo zelo
Da bendicion al Cielo,
Tal vez acompañando la alborada
Con que en el campo adora
El coro de las aves á la aurora.

Sin rezelo ni susto
Los términos pasea
De las cabañas que nacer le vieron;
Y hora aparta con gusto
La cabra en su pelea,
O ve do los jilgueros nido hizieron:
Si al lagarto sintieron
Sus tiernos corderillos,
Rie cual se espantaron,
Corrieron ó balaron:
Hora al yugo acostumbra los novillos;
Hora fruta ó flor nueva
En don alegre á su zagala lleva.

. . . . . .

Así Tirsi decia,
Que la primera gente
Como agora vivimos los pastores,
Por los campos vivia
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores;
Cuando la encina daba
Mieles, y leche el rio;
Cuando del señorío
Los términos la linde aun no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el azero.

. . . . . .

¡O grata vida! ¡o cuanto
Me gozo en tí seguro!
De flores coronado
Y al cielo el rostro alzado,
Este vaso de leche alegre apuro.
Bebe Arcadio, y gozemos
Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

. . . . . .

POETA.

Así loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos,
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus ganadillos,
Y yo que logré oillos
Detras de una haya ambrosa,
Con ellos comparado
Maldije de mi estado.
De entónces la ciudad me fué enojosa,
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías.

EL ZAGAL DEL TORMES.

Fértiles prados, cristalina fuente,
Bullizioso arroyuelo, que saltando
De su puro raudal plácido vagas
Entre espadañas y oloroso trébol;
Y tú, álamo copado, en cuya sombra
Las zagalejas del ardiente estío
Las horas pasan en feliz reposo,
A Dios quedad: vuestro zagal os deja,
Que allá del Ebro á los lejanos valles
Fiero le arrastra su cruel destino,
Su destino cruel, no su deseo.
Ya mas ¡o Tórmes! tu corriente pura
Sus ojos no verán: no sus corderas
Te gustarán, ni los viciosos pastos
De sus riberas gozarán felizes:
No mas de Otea las alegres sombras,
No mas las risas y sencillos juegos,

Pláticas gratas y canciones tiernas
De la dulce amistad. Aquí han corrido,
Cual estas lentas cristalinas aguas
Riendo giran con iguales pasos,
De mi florida edad los claros dias.
De las dehesas del templado Extremo
Vine extraño zagal á estas riberas,
Cuando mi barba del naciente bozo
Apenas se cubria, y en las ramas
De los menores árboles los nidos
Pudo alcanzar mi ternezuela mano
De los dulces pintados colorines.
Aquí á sonar mi caramillo alegre
Me enseñó Amor, y el inocente pecho
Palpitando sentí la vez primera.
Aquí le ví temer, y á la esperanza
Crédulo dilatarse, cual fragantes,
A los soplillos del favonio, tienden
Sus tiernas galas las pintadas flores,
Cuando en mayo benigno el sol les rie.
Con planta incierta discurriendo ocioso
En inocencia y paz, libre y seguro
Cantar me oisteis, y volver mis trinos
Parlero el monte en agradable juego.
Llevar me visteis mi feliz ganado
Del valle al soto, y desde el soto al rio.
Bañado en gozo, cuando el sol heria
Mi leda faz con su naciente llama,
En dulce caramillo y voz suave
Su lumbre celebraba y mi ventura.
Mis ovejillas del caliente aprisco
Saltando huian con balido alegre,
Seguidas de sus cándidos hijuelos,
Al conocido valle, do seguras
Se derramaban, y ladrando en torno

Mi perro fiel con ellas retozaba.
Otros zagales á los mismos pastos
Sus corderos solícitos traian,
A par brindados de la yerba y flores;
Y juntos bajo el álamo que cubre
Con sombra amiga y susurrantes hojas
La clara fuente, en pastoriles juegos
Nos viera el sol en su dorado giro
Perder contentos las ardientes horas,
Que en torno de él fugazes revolaban.
Viónos la noche y el brillante coro
De sus luzeros, repetir los juegos
Entre las sombras del callado bosque;
Y á mí embargado en contemplar el giro
De tanta luz, ó la voluble rueda
Con que del año la beldad graciosa
Ornan del crudo enero el torvo ceño,
Del mayo alegre las divinas flores,
Las ricas mieses del ardiente estío,
Y de olorosas frutas coronado
El otoño feliz, las maravillas
Cantar de Dios con labio balbuziente,
En tierno gozo palpitando el pecho,
Y sonando otra voz muy mas canora
Que de humilde pastor, mi dulce flauta.
¡Delicia celestial, ante quien bajo
Es cuanto precia el cortesano iluso
De oro, de mando, ó deleznable gloria!
No allí á nublar tan inocente gozo
El pálido temor, nó los cuidados
Solícitos vinieran, ó la envidia,
Sesga mirando, su cruel ponzoña
Pudo sembrar en nuestros llanos pechos.
Todo fué gozo y paz, todo süave,
Santa amistad y llana bienandanza.

En plácida igualdad muy mas seguros
Que los altos Señores, nunca el dia
Nos rayó triste, ni la blanca luna
Salió á bañar con su argentada lumbre
Nuestra llorosa faz, cual allá cuentan
Que en las ciudades y soberbias cortes,
La noche entera en míseros cuidados
Los ciudadanos desvelados lloran.
¡Tanto bien acabó! Como deshace
Del año la beldad crudo granizo,
Que airada lanza tempestosa nube,
Y la dorada mies, del manso viento
Antes movida en bulliziosas olas,
Ya entre sus largos surcos desgranada,
Del triste labrador la vista ofende;
Así el hado marchita mi ventura,
Así á dar fin á mi apenada vida
A tan lejanos términos me lleva.
¡Ay! ¿para qué? de mis fugazes años
A mas nunca tornar desparecieron
Los mas serenos ya, y acaso á hundirse,
Los que me esperan de dolor, conmigo,
Corren infaustos, en la tumba fria.
Pasó cual sombra mi niñez amable,
Y á par con ella sus alegres juegos:
Relámpago fugaz en pos siguióla
La ardiente juventud: danzas, amores,
Cantares, risas, doloridas ansias,
Dulces zozobras, veladores zelos,
Pazes, conciertos agradables, todo
Despareció tambien; y el sol me viera,
Entre rosas abriendo á la galana
Primavera las puertas celestiales,
Seis lustros ya sus bienhechores rayos
Mirar contento con serenos ojos.

¡Y hora habré de dejar estas riberas
Donde vivo feliz! ¡y estos oteros!
¡Este valle! ¡este rio en libre flauta
Cantados vezes tantas, de mí hollados
No veré mas! ¡y mis amigos fieles!
¡Y mis amigos! ¡O dolor! con ellos
Aquí me gozo y canto; aquí esperaba
El trance incierto de mis breves dias,
Y que cerrasen mis nublados ojos
Con oficiosa mano. ¿A qué otros bienes?
¿Otras riquezas y cansados puestos?
¿A qué buscar en término distante
La dicha que me guardan estas vegas,
Y estas praderas y enramadas sombras?
Mi choza humilde á mi llaneza basta,
Y este escaso ganado á mi deseo.
Téngase allá la pálida codicia
Su inútil oro y la ambicion sus honras;
Que igual alumbra el sol al alto pino,
Y al tierno arbusto que á sus plantas nace.
Mas ya partir es fuerza. Bosque hojoso,
Floridos llanos, cristalino Tórmes,
Quedad por siempre á Dios! Dulces amigos,
A Dios quedad, á Dios! Y tú, indeleble
Conserva, árbol pomposo, la memoria
Que impresa dejo en tu robusto tronco,
Y sus letras en lágrimas bañadas:
Aquí Batilo fué feliz, sus hados
Le conducen del Ebro á la corriente.
Pastores de este suelo afortunados,
Nunca olvideis vuestro zagal ausente.
Id, ovejillas, id; y tan dichosas
Sed del gran rio en los lejanos valles,
Cual del plácido Tórmes, lo habeis sido
Con vuestro humilde dueño, en las orillas.
Id, ovejillas, id; id, ovejillas.

[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Y [illegible] le halaga:
Los Cantares la rodean,
Y las Gracias la acompañan.
Y ella, así como en el valle
Descuella la altiva palma,
Y sus flotantes pompollos
Hasta las nubes levanta:
O cual vid de fruto llena
Que con el olmo se abraza,
Sus largos vástagos tiende
Al arbitrio de las ramas;
Así entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Hermosa en medio brillando
Cual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
Tras sí, todo lo avasalla;
De amor mata á los pastores
Y de envidia á las zagalas.
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas:

Que todos corren por verla,
Y al verla todos se abrasan.
¡ Qué de suspiros se escuchan!
¡ Qué de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la admire,
Y no se esmere en loarla.
Cual absorto la contempla,
Y á la aurora la compara,
Que radiante al sol precede
Y el cielo de su albor baña:
Cual al fresco y verde aliso,
Plantado al márgen del agua,
Cuando mas pomposo en hojas
En su cristal se retrata:
Cual á la luna, si muestra
Llena su esfera de plata,
Y asoma por los collados,
De luzeros coronada:
Otros pasmados la miran
Y mudamente la alaban,
Y mientras mas la contemplan,
Muy mas hermosa la hallan;
Que es como el cielo su rostro,
Cuando en la noche callada
Brilla con todas sus luzes,
Y los ojos embaraza.
¡ O! ¡ qué de envidias se encienden!
¡ O! ¡ qué de zelos que causa
En las serranas del Tórmes
Su perfeccion sobre humana!
Las mas hermosas la temen;
Mas sin osar murmurarla,
Que como el oro mas puro,
No sufre una leve mancha.
Bien haya tu gentileza

[illegible]

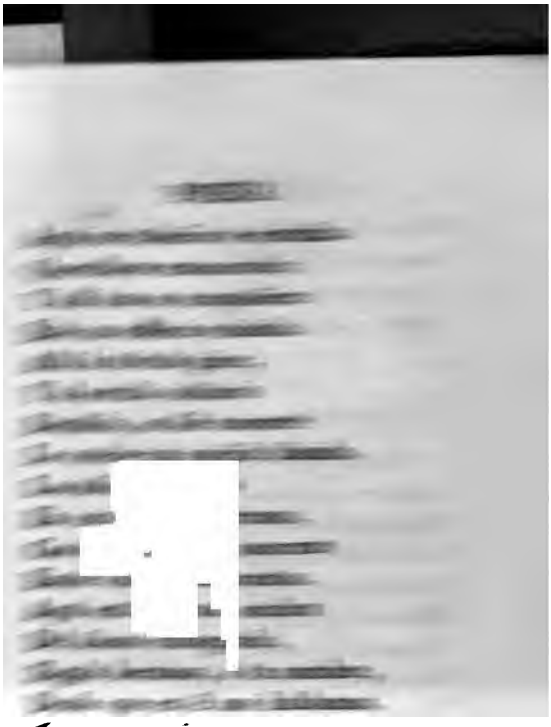
[illegible]

[illegible]

Si ya no te dueles
Sensible de mí,
Que muero de amores
Desde que te ví.

Convite a una Zagala.

Por entre la verde yerba
Baja un arroyuelo al prado,
Manchando de espuma y náçar
Las flores que encuentra al paso.
Con mil vueltas se desliza:
Ora va apazible y manso,
Y ora hace un blando susurro
Las guijas atropellando.
La arena en sus ondas bulle,
La arena que entre sus granos
Esconde un oro mas puro,
Que el del celebrado Tajo.
Luego el fugaz paso enfrena;
Y parece que cansado
De tanto correr, se duerme
En un plácido remanso,
Do se ven los pezezillos,
Ya ir sus cristales surcando,
Y ya que asoman sobre ellos
Con mil bulliziosos saltos.
Los árboles de la orilla
En el fondo retratados,
Dos vezes la vista alegran
Con la pompa de sus ramos.
Entre ellos los pajarillos,
O alternan su dulce canto,
O de rama en rama vuelan
Lascivos y alborotados.



Cienfuegos.

Los amantes enojados.

Arrebolada la Aurora
Miraba desde su carro
En los cristales del Tórmes
Al Otea retratado.
En el cáliz de las rosas
Oyendo al zéfiro blando,
Niño el Abril asomaba
De rozío coronado.
El ruiseñor querellante,
De rama en rama saltando,
Salve, le dice, y gorjea,
Y son amores sus cantos.
Tal vez los roba el estruendo
Con que baja entre peñascos
Un arroyuelo travieso,
De roca en roca jugando.
Cae en el Tórmes, que gira,
Y en orbes siempre mas anchos,
Anuncia á su reyno el triunfo
De su nuevo tributario.
Toda lo miran de lejos,
Allá en los picos mas altos
Colgadas, unas cabrillas,
De Filis pobre rebaño.
De Filis, zagala hermosa,
Del Tórmes honor y encanto,
En cuyo semblante unidos
Reynan modestia y agrado.
Sus negros lánguidos ojos
Melancólicos girando,
No hay corazon que no rindan,
Y sin jamas intentarlo.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

De haberle amado se duele,
Y nunca su amor fué tanto:
Se culpa del rompimiento,
Y es el pastor el culpado.
Al fin se atreve, y resuelta
Va con silenciosos pasos
Hácia Damon, que la observa
Y se hace dormido el falso.
Llega. le mira, imprudente
Quiere arrojarse en sus brazos,
Y va; pero teme, para,
Y rompe en amargo llanto.
Pasó aquel tiempo en que Filis
Oculta, la voz mudando,
Llamaba á Damon dormido,
Y reia de su engaño.
¡Cuantos inocentes juegos,
Cuantos mimosos halagos,
Fruto de mejores dias,
En su alma allí dispertaron!
Hoy son tormentos crueles;
Y los redobla Melampo,
Que sobre el pecho de Filis
Sienta las callosas manos.
Este es el can vigilante
Que, guia lëal del amo,
A la zagala anunciaba
La venida de su amado.
Siente, cuitadilla, siente,
Llora tu mísero estado,
Que yo tambien compasivo
Tus lágrimas acompaño.
No temas que tus lamentos
En los cóncavos sonando,
Llamen al pastor dormido

De su profundo letargo,
El vela, y oye tus lloros,
Y arde en tu amor.... ¡Cielo santo!
Ella se arroja atrevida
De su Damon en los brazos.
El vuelve, y alza, y la mira,
Y en ira y amor luchando....
¡Amo[illegible]! ¿quien resiste
[illegible]nte brazo?
[illegible] dos amantes,
Y [illegible] regalados
Perdones [illegible]s se piden,
Y se aman mu[illegible] que se amaron.

LIBRO CUARTO.

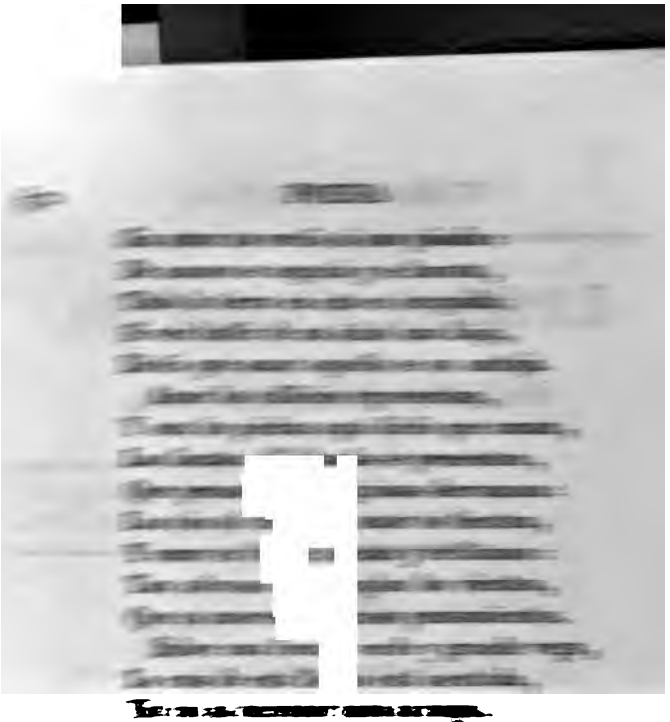
POESÍA DESCRIPTIVA.

..... Ficta potes multa addere veris,
Et petere hinc illinc variarum semina rerum.

Boscan.

LA MANSION DE VENUS.

En el lumbroso y fértil oriente
Adonde mas el cielo está templado,
Vive una sosegada y dulce gente,
La cual en solo amar pone el cuidado.
Esta jámas padece otro acidente,
Sino es aquel que amores han causado;
Aquí gobierna y siempre gobernó,
Aquella Reyna que en la mar nació.
Aquí su cetro y su corona tiene,
Y desde aquí sus dádivas reparte,
Aquí su ley y su poder mantiene,
Mucho mejor que otra cualquier parte;
Aquí si querelloso alguno viene,
Sin queja y sin pesar luego se parte:
Aquí se gozan todos en sus llamas,
Presentes las figuras de sus damas.
Amor es todo cuanto aquí se trata,
Es la sazon del tiempo enamorada,
Todo muere de amor, ó de amor mata,



Todo tiniebla y todo es noche escura,
Al triste morador que mora dentro,
Es de dolor, y de tristeza el centro.

. . . . . .

Su dueño y morador es conocido,
Tanto, que estoy por no decir su nombre.
Zelos se llama, y dicen que es nacido,
Como nosotros de muger y hombre.
Sobre ser temeroso es tan temido,
Que de esto solo alcanza su renombre;
De seso están sus ojos tan ajenos,
Que siempre es lo que vée mas ó menos.

De aquí los truenos salen y los rayos,
Que en sana paz nos hieren y nos matan:
Házense aquí los ásperos desmayos,
Que en medio del plazer nos desbaratan:
De dolores aquí son los ensayos,
Que nos trastornan, atan y desatan:
Aquí se mudan todas las blanduras
En otros tantos males y tristuras.

La gran Reyna de amor con grandes gentes,
Visita alguna vez esta morada,
Trabaja en desterrar los accidentes,
Que ve salir de cárcel tan malvada;
Mas no los puede echar, que son parientes,
Y es esta casa de ellos heredada.
De donde ella nació nacieron ellos,
Y así forzada es de sostenellos.

Forzada los sostiene y los consiente;
Mas trabaja, si puede, en correjillos,
Y procura de estar de ellos ausente,
Sin tratallos, ni vellos, ni oillos;
Y así en su tierra está donde no siente,
Sino dulces plazeres, y en sentillos
Se goza, se deleita y se enternece,
Y el mal con este bien desapareze.

Estáse con su pueblo recojido,
Amando y entendiendo lo que ama,
Ardiendo blandamente en su sentido,
Con un ardor de una luziente llama:
Sobre plazer su cuerpo está tendido,
Tendida está sobre placer su cama,
Presentes tiene todos los amores
De los mas excelentes amadores.

. . . . . .

Con ellos trae cuenta cada dia,
Esta Señora á todos descansando,
Y así sale con grande compañia,
Las mañanas su pueblo visitando.
Hinche su vista el aire de alegría,
Un tierno amor en todos derramando;
Gentileza y virtud y gracia inspira,
Con su dulce mirar por donde mira.

Los unos tañen blandos instrumentos,
Y otros cantan cantares regalados,
Los otros andan en sus pensamientos,
Con un dulce silencio transportados:
Todos en fin sabrosos y contentos
Viven con sus cuidados descansados;
Las vegas por do van y las florestas,
Se alborozan aquí con estas fiestas.

. . . . . .

Mostraba ya su resplandor la estrella,
Que barre de la sombra nuestro suelo,
Y al su venir toda otra cosa bella,
Dejaba su lugar allá en el cielo.
Cuando Venus salió, y al salir de ella
Salió el Amor, y junto salió el Zelo,
El Zelo que de Amor nace en las cosas,
Y mas en las que nacen mas hermosas.

Salió con sus cabellos esparzidos,

Esta Reyna de amor y de hermosura,
Su rostro blanco y blancos sus vestidos,
Con gravedad mezclada con dulzura:
Los ojos entre vivos y caidos,
Divino el ademan y la figura,
Como aquella que Zeuxis trasladó
De las cinco donzellas de Crotó.
Despues que estuvo en medio de su gente;
A todos comenzó de rodeallos,
Y con ojos de luz resplandeziente,
Estuvo sobre sí puesta en mirallos,
Y á su hijo que allí estaba presente,
Cargo le dió que hubiese de ordenallos;
Y así fueron por él luego ordenados,
Segun la calidad de sus cuidados.

Francisco de la Torre.

La Aurora.

Rompe del seno del dorado Atlante
La vestidura negra
De la noche la Aurora rutilante,
Que el cielo y mundo alegra;
Y atravesando la region sabea
De aquel dorado toro,
De néctar y ambrosía le rodea
Los bellos cuernos de oro.
De las piadosas lágrimas que vierte
Por la memoria triste
De un descuidado amante y de una muerte,
El verde prado viste.
A las plantas y flores, del rozío

De la noche inclinadas,
Restituye su fuerza, y al sombrío
Bosque sus alboradas.
Hácense conocer las avezillas
El campo ensordeziendo;
Festejan su venida, maravillas
Con su garganta haciendo.
Las casi ya marchitas bellas flores
Del platëado hielo,
Heridas de sus vivos resplandores,
Miran derecho al cielo.
La cárdena violeta, reclinada
La corona de hojas,
Levanta la cabeza vïolada
Con las blancas y rojas.
El pobre ganadero que velando
Estuvo al raso cielo,
Las estrellas y cielos contemplando,
Dice humillado al suelo:
Salve, divina y soberana Aurora,
Gloria del ser humano,
De la color del dia, á quien adora
El coro soberano.
Salve, la mensajera del bermejo
Pastor bello de Anfriso,
Envuelta y adornada del pellejo
Rojo de Heles y Friso.

. . . . . .

Levántase el pastor, y de la extraña
Copia de flor preciosa
Corona y enguirnalda la cabaña
De su pastora hermosa.

. . . . . .

Allí mira una planta, allí una bella
Fuente lijera salta;

Apolo mira su belleza en ella,
De oro su plata esmalta.
Y de cuidados enojosos libre,
No solo no apeteze
Cuanto riega Pactolo y baña Tibre;
Mas ántes lo aborreze.

Romancero.

La Mañana de S. Juan.

A cojer el trébol, Damas,
La manana de San Juan,
A cojer el trébol, Damas,
Que despues no habrá lugar.
Salid con la aurora
Cuando el campo dora,
Y veréis bordado
De aljófar el prado;
Cojeréis las flores
De varios colores,
De que en vuestras faldas
Tejeréis guirnaldas,
Con que al niño ciego
Podréis coronar:
A cojer el trébol, etc.
Veréis como el alba
Hace al mundo salva,
Y cantan las aves
Con vozes süaves:
Cristal transparente
Que por mil soslayos
Le hieren los rayos,
A donde del fresco

Podréis bien gozar.
A cojer el trébol, etc.
Cojeréis la rosa
La violeta hermosa,
El jazmin preciado,
Y el lirio morado,
Los rojos claveles
Con los mirabeles,
Y á vueltas de grama
Pajiza retama
Con otras mil flores
Dignas de loar,
A cojer el trébol, Damas,
La mañana de San Juan,
A cojer el trébol, Damas,
Que despues no habrá lugar.

El juego de Cañas.

De los trofeos de amor
Coronadas ambas sienes,
Muy gallardo entra Gazul
A jugar cañas á Gelves,
En un overo furioso
Que al aire en su curso excede,
Y su pujanza y vigor
Un leve freno detiene.
Llegado á do están las damas,
En los arzones se mete,
Y en pie se pusieron todas
Bien ciertas que mas merece.
Entre ellas estaba Zaida,
De quien un tiempo doliente
Fué favorezido el Moro,
Aunque agora la aborreze.
Y como vido á Gazul,

Renovóse el accidente,
Y tanto cuanto le mira,
Mas le adora y mas le quiere.
Y así cual puesta en balanza,
Dando el alma mil vaivenes
Zelosa y arrepentida
Diversas cosas revuelve.
Alminda que vido á Zaida
Que de nuevo se entristeze,
Para divertir, la dijo
Le descubra lo que siente.
Tomó Zafira la mano,
Y la plática suspende
El alboroto y estruendo,
De los que á las cañas vienen.
Estaban ya las cuadrillas
Dentro del cerco y palenque
Con berberiscas naciones
Y marlotas diferentes.
Al son de bárbaras trompas
Los caballos impacientes
Con relinchos y bufidos
Por medio la turba hienden.
Revuélvense unos con otros,
Y con ánimos valientes
Con leves cañas procuran
Ofenderse cuanto pueden.
Duró gran rato la fiesta,
Pero fué como sucede,
Que todo á la fin se acaba,
Todo se acaba y pereze.
Daba priesa el cano tiempo
A Apolo porque detiene
Su velozísimo carro,
De su tardanza impaciente:
Y cuando llegó al ocaso,

Su contrario que lo siente,
Con no menor movimiento
Bate las alas y viene.
A cuya venida todos
Por medio el campo arremeten,
Y de su esfuerzo pagados
Mandaron cesar los Juezes.

La Siesta.

Con el viento murmuran,
Madre, las hojas,
Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.
Sopla un manso viento
Alegre y süave
Que mueve la nave
De mi pensamiento;
Dame tal contento.
Que ya me parece,
Que el cielo me ofrece
El bien á deshora,
Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.
Si acaso recuerdo,
Me hallo entre las flores,
Y de mis dolores
Apenas me acuerdo.
De vista los pierdo
Del sueño vencida,
Y dame la vida
El son de las hojas;
Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.

Vicente Espinel.

Incendio y rebato en Granada.

¿A quien no hizo remover la planta
El gran terror de la ciudad famosa,
Que de Juan honra la reliquia santa?
¿Quien no tembló de ver una rabiosa
Ira del suelo, y aun quizá de arriba
Amenaza á los hombres espantosa?
Rompe y asuela, y al romper derriba
De la pólvora el ronco trueno el muro
En que la miserable casa estriba.
Vuelan maderos por el aire escuro
Sobre el humoso remolino, y vueltos
Del grave golpe, arrebatado y duro,
A cuales dejan en su sangre envueltos
Entre los brazos de la esposa amada,
A cuales del troncon los miembros sueltos.
Húndense casas al temblar Granada;
Vela, sonaba en el Alhambra, *vela.*
Traicion, toca á rebato, hay ordenada.
Disparan todos: huye el mozo y vuela,
El viejo corre, la parida enfalda
Al niño, y lleva en brazos la hijuela.
Huye, esparcido el oro por la espalda,
La doncelluela, en lo demas desnuda.
. . . . . .
Un confuso alarido *ayuda, ayuda*
Suena de gritos: nadie á nadie llama,
Que no hay quien, por salvarse, al otro acuda.
Crece la sorda y tragadora llama,
Traspasa á Darro, y de un horrible estruendo
Pasó al molino, y dió la nueva á Alhama,
Piedras de nuevo y leños esparziendo

Que amenazaban la soberbia cumbre,
Y á trechos van las torres combatiendo.
Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el aire vago,
Y espesos lagos de violenta lumbre;
. . . . . .
Cada cual de la dulce cama salta
A reparar los daños generales,
Aunque á esposa y á hijos haga falta.
. . . . . .
Cruzan las calles gentes á manadas,
Pasan y encuentran sin saber por donde.
. . . . . .
Tropella al uno, al otro desbarata,
Da en el primero y al de atras responde.
Derriba, rompe, hiende, parte y mata;
Trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
Envuelve, desparece y arrebata.
Consume, despedaza, esparze y vuela,
Traga, deshace y sin piedad sepulta
A quien del daño menos se rezela.
¿Qué te movió, que no dejaste oculta,
Homicida sangriento, la endiablada
Invencion de que tanto mal resulta?
Esa ánima cruel descomulgada
En descubrir la pólvora no pudo
Con aparente bien ser engañada,
. . . . . .
Que sin ella vencieron los romanos,
Y engrandezieron sus excelsos nombres
Con industria, valor, esfuerzo y manos.
. . . . . .
Si Fálaris hiziera en tí la prueba,
De tu invencion ganara mayor fama
Que por el toro maldiciones lleva.

Arguijo.

Al Guadalquivir en una avenida.

Tú á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luziente plata,
Que invidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
Rey de los ríos, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
Que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetüoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros,
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

Villegas.

El nido robado.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Víle tan congojado,
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Paraque al cielo santo,
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía

Esforzando el intento,
Mil quejas repetia,
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoso volvia:
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria:
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía;
Y que le respondia
El rústico: *no quiero.*

Rioja.

A LA ROSA.

Pura, encendida rosa,
Emula de la llama,
Que sale con el dia,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo,
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
A detener un punto
La ejecucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.

Para las hojas de tu crespo seno
Te dió Amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente:
¡O fiel imágen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
De la deidad que dieron las espumas.
¿Y esto, purpúrea flor, esto no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento.
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la Aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

Al Jazmin.

¡O en pura nieve y púrpura bañado,
Jazmin, gloria y honor del seco estío!
¿Cual habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor, que competir presuma
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado
Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes,
Que blandas rompe y tiende el Ponto en Quio:
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Venus, tambien de su rozío;
Y si no es rumor vano,

La misma blanca Diosa de Citéra,
Cuando del mar salió la vez primera,
Por do en la espuma el blando pie estampaba
De la playa arenosa,
Albos jazmines daba;
Y de la tersa nieve y de la rosa,
Que el tierno pie estampaba,
Fiel copia apartaiá en tan breves ojos
La dulce flor de su divino aliento
Liberal escondió en tu cetro alado;
Hizo inmortal en el verdor tu planta,
El soplo la respeta mas violento,
Que impelo vuelve en nieve el mismo frio,
Y la luz mas flamante,
Que Apolo esparze altivo y arrogante.
¡O jazmin glorioso!
Tú solo eres cuidado deleitoso
De la sin par hermosa Citerea,
Y tú tambien su imágen peregrina.
Tu cándida pureza
Es mas de mí estimada,
Por nueva emulacion de la belleza
De la altiva luz mia,
Que por obra sagrada
De la rosada planta de Dione.
A tu excelsa blancura
Admiracion se debe,
Por imitar de su color la nieve,
Y á tus perfiles rojos,
Por emular los cercos de sus ojos.
Cuando renaze el dia
Fogoso en oriente,
Y con color medroso en ocidente
De la espantable sombra se desvia,
Y el dulce olor te vuelve

Que apaga el frio, y que el calor resuelve,
Al espíritu tuyo
Ninguno habrá que iguale:
Porque entónces imitas
Al puro olor que de sus labios sale.
¡ O ! corona mis sienes,
Flor, que al olvido de mi luz previenes.

Al Verano.

Fonseca, ya las horas
Del invierno aterido,
Aunque tarde se fueron,
Y su vez agradable permitieron
Al zéfiro florido.
Ya el verano risueño
Nos descubre su frente,
De rosas y de púrpura ceñido.
Remite el aire el desabrido ceño,
Y al sol libra sus rayos
De las nubes oscuras;
Y con luzes mas vivas y mas puras,
Regalando las nieves,
Al blando pie de los parados rios
Las prisiones de hielo alegre quita,
Y su antiguo correr les solicita.
Viste de yerba el suelo,
Y de verdor lozano
Frentes que desnudara el ziezzo cano.
Filomena con vozes acordadas,
Se oye sonar en los confusos senos
De ramas intrincadas,
Y en los prados amenos.
¡O, como es el verano
Tiempo el mas genïal y mas humano,

Que otro alguno que da el volver del cielo!
¡O cual número y cuanto trae de flores!
¡O cual admiracion en sus colores!
¡O florido verano!
Si á mi afeto se debe,
Camina á lento paso
Deja el volar, deja el volar lijero
Para tiempo mas triste y mas severo.
Tú cándido y süave y blando espira,
Y tarde te retira.
Pero sordo y difícil á mi ruego,
Veloz pasas volando,
Al humano linaje amonestando,
Viendo las rosas que tu aliento cria
Como nacen y mueren en un dia,
Que las humanas cosas,
Cuanto con mas belleza resplandezen,
Mas presto desvanezen.
¡Y tú la edad no miras de las rosas!
Arde, Fonseca, en el divino fuego,
Que dulcemente engaña tu cuidado:
Toma ejemplo del tiempo que nos huye,
Y en sus flores de tardos nos arguye,
Y no dejes pasar en ocio un punto,
Que tan excelsa llama
A nueva gloria y resplandor te llama.
¿Y sabes si á este dia claro y puro
Otro podrás contar ledo y seguro,
O si del bello incendio que te apura
Ha de luzir eterna la hermosura?

Principe de Esquilache.

Las mudanzas.

Truécanse los tiempos,
Múdanse las horas,
Unas de placeres,
De pesares otras;
Y en la primavera
De las mas hermosas,
Noche son los años,
La niñez aurora.
El árbol florido,
Que el zierzo despoja,
Si Enero le agravia,
Mayo le corona.
La callada fuente,
Que murmura á solas,
En verano rie,
Y en invierno llora.
Si en prisiones duermen
Las aves sonoras,
Libertad de dia
Por los aires gozan.
Si los vientos braman,
Y la mar se enoja,
Cuando el alba nace
Descansan las olas.
Si de nieve mira
Cubierta su choza
El pastor, que en ella
Guarda ovejas pocas;
Cuando vuelve Mayo
Que sus pajas dora,
Los copos de nieve

De plata son copas.
La viuda montaña
Sus nevadas tocas
Por las galas trueca
De lirios y rosas.
Y el sol á quien prenden
Sus pasos las sombras,
Mas galan despierta
Por campos de aljófar.
Para todos sale
Desterrando á todas,
Que las sombras huyen
De su luz medrosas.
Silvia, tus cabellos,
Y mejillas rojas,
Si el tiempo las pinta,
El mismo las borra.

D. Francisco Manuel.

Los novios.

¿Qué me pides, zagal, que te cuente
Del verde consorcio que ayer tarde ví,
Si no han vuelto hasta agora los ojos,
Que todos llevaron los novios tras sí?
Una tarde (que el bien viene tarde)
De un mes que se llama el mes del Abril,
Cata aquí que se rompen los cielos,
Y mandan al sol de tarde salir
Dividido en dos resplandores
A quien amor jura que presto ha de unir,
Por formar de los dos una estrella
De rayos tan bellos, que valga por mil.

La hermosura y la gala, que vanas
Entraron, salieron corridas de allí,
De mirar que las ganan por mano
Bellezas y aseos que caen por ahí.
Cuenta el aire, que cuando florido
Se quiso á sus pies airoso esparzir,
Mejor aire, y mas flores le esparzen
Su paso gallardo, su planta gentil.
Hanme dicho que el Cura discreto
Tomando á los novios sus manos de lis,
Cuando el pueblo pensó los ataba,
Hizo un ramillete de rosa y jazmin.
Los padrinos dijeron entónces,
Pues dentro de un año habeis de pedir,
Que al bateo volvamos galanes,
Par Dios, pues lo estamos, quedemos aquí.
Ya con risa pregunta á lo zaino
El Cura á los novios, si dicen que *sí;*
Y responden haciéndose rojos,
Que en lengua de novios *sí* quiere decir.

Licenciado Bravo.

La libertad natural coartada por los respetos.

Cielos, que mirais
Desde estos zafiros
Las penas que paso,
Las ansias que miro,
¿De qué sirve darnos
Libre el albedrío,
Si nos dais respetos
En que esté cautivo?
Vuela por el aire
Aquel pajarillo,

De su vulgo ambiente
Natural vezino.
Ya en la rama suele
A voces y gritos
Despertar el alba
Que durmió entre lirios,
Y estando cansado
[illegible] sitios,
[illegible] el vuelo,
[illegible] su nido,
[illegible] su gusto
[illegible] padrino.
[illegible] enefas
[illegible] des riscos,
Tumido gazapo
A saltos y brincos:
Y al rayo del sol,
Que le hiere tibio,
Halagando el pelo,
Lo deja pulido.
Despues á su albergue
Se vuelve encojido,
Si él apetece
La quietud y abrigo,
Sin que nadie dé
Leyes á su instinto.
Troncando las jaras,
Fatigando sitios,
Baja un javalí
Desde el monte al rio,
Y del rio al monte
Repite el camino,
Si de los monteros
Siente algun rüido,
Porque de su gusto

Es el dueño mismo,
Con ser una fiera
Falta de distinto.
Solo á mí los cielos
Me dan por castigo
El irme inocente
Forzada al suplicio.

MUGER MUDABLE POR NATURALEZA.

Viste un almendro florido
Hojas y galas que tiene,
Y el primer zierzo que viene
Su pompa pone en olvido.
El arroyuelo torzido,
Que plata al prado dió ayer,
Corrido de no correr,
Hoy se mira con rigor;
Pues no se espante mi amor
Que se mude una muger.
Viste el abril de esmeralda,
Y flores al orizonte,
Desde la cima del monte,
Hasta del monte la falda;
Y su diadema, ó guirnalda,
Vestidura, ó rosicler,
Marchita la llega á ver
Del Julio con el calor;
Pues no se espante mi amor
Que se mude una muger.
Ese planeta luziente,
Que rayos se toca de oro,
Oy corona el pelo al Toro
Mañana al Aries la frente,
Y naciendo en el oriente

Brillante al amanecer,
Una nube suele ser
La parca de su esplendor;
Pues no se espante mi amor
Que se mude una muger.
El arbolillo que planta
Hoy es de un huerto temprano,
A merced del hortelano
Hasta el cielo se levanta;
Y mañana nos espanta
Cuando le vemos perder,
Cortado, su vida y ser,
A pesar de su verdor:
Pues no se espante mi amor
Que se mude una muger.

D. Augustin Moreto.

BIENES Y PLACERES RUSTICOS PREFERIBLES A LOS CORTESANOS.

No ignoraréis, gran Señor,
El debido sentimiento,
Con que por Cárlos mi hermano
A vuestra presencia vengo;
Por él el perdon os pido
Destas lágrimas que vierto,
Que no se ofende el decoro
De las lágrimas del ruego.
Preso, Señor, le teneis,
Con escándalo del pueblo,
Y con rigor: no lo estraño,
Ya la causa considero;
Porque si decís que Carlos
Quiere quitaros el cetro,
No estraño lo rigoroso,

Lo engañado es lo que siento.
Carlos, Señor, se ha criado
En la aldea, tan contento
De aquel corto señorío,
Que para envidiar el vuestro,
Era menester, Señor,
Que entre aquestos dos extremos
Diera menos gusto el suyo,
Y el vuestro menos desvelo.
El vive allí descuidado
Sin envidias ni deseos,
Porque sin vuestros cuidados
Goza allí de vuestro imperio.
Sus palacios son los campos,
De quien es alcaide el tiempo,
A cuya cuenta los meses
Uno entrando, otro saliendo,
Sus anchas piezas adornan
De naturales aseos.
Allí, Señor, goza Carlos
El mismo decoro vuestro,
De criados asistido,
Que paga á su cuenta el Cielo.
Mirad con tal mayordomo
Si podrá vivir contento,
Pues siendo él quien á la tierra
Llena de frutos el seno,
Y ella quien los atesora
Para el gusto de su dueño,
Siempre está rica su casa,
Su familia sin empeño;
Y de todos sus criados
Puede estar tan satisfecho,
Que no inquietan sus oídos
La ambicion del lisonjero,

La queja del mal pagado,
Ni la porfía del necio.
Su mesa, Señor, compuesta
No de manjares compuestos,
Llenan de sabrosos platos
Todos los cuatro elementos.
Tierra, fuego, viento y agua
Se la regalan, sirviendo
Aquel manjar cada uno,
Que le ha sazonado el tiempo;
Tan fácilmente, que á vezes
De sazonada cayendo
Desde la rama á la mesa,
Le sirve la fruta el viento.
Pues si esa pompa, Señor,
Goza con este sosiego,
¿Porqué imaginas que aspire
A la que es de tanto riesgo?
O sino, para pensarlo,
¿Qué indicios teneis, qué intentos,
O de vos reconocidos,
O escondidos en su pecho?
¿Qué armas ha juntado Carlos?
¿Qué escuadrones ha compuesto?
Qué vasalos los conjura,
¿O qué castillos ha hecho?
¿Qué casa fuerte apercibe?
Porque él está tan ajeno,
Como de ser ofendido,
De imaginar ofenderos:
Pues de la casa que vive,
Todas las puertas adentro,
Porque las cierre una tranca,
Tienen un hoyo en el suelo.
La pieza de su armería

Es un colgadizo techo,
Cubierto con tosco aliño
De las cañas de un centeno.
Sus armas son trillos, palas,
Horcas, arados, y entre ellos
Hazadas, hozes y yugos,
Y otros varios instrumentos.
Ni los picos de la hazada,
Ni los dentados azeros
De las corbas hozes, son
Armas para dar rezelo.
Solo débiles espigas
Siegan sus filos groseros,
Hiriéndolas por las plantas
Para derribar sus cuellos.
Lo que dél no está seguro,
Contra quien se arma su esfuerzo,
Son las fieras en el bosque,
Y las aves en el viento.
Unas rinde á su violencia,
Y otras á su impulso diestro.
Ni su furor guarda al bruto,
Ni al ave libra su vuelo,
Pues en el tiro y el golpe
Del cañon y del azero,
Es con la espada pesado,
Y con el plomo lijero.
Pues si en esto, Señor, gasta
Carlos su bizarro aliento,
¿Con qué indicios presumís,
Que se anima á tal empeño?

Lucha de Fieras.

Capaz prevenido el circo
Para las luchas ferozes,

El Rey, la Infanta y las Damas
Le coronaron de soles,
Cuando á los agudos ecos
Del clarin sonoro, donde
Por despertar al valor,
Bebe los vientos el bronce,
Un africano lëon,
Por rey primero en el órden,
Con tardos pasos le ocupa,
De su ser descuido noble.
Sereno y fiero el semblante,
Crespo el pelo, rizo á un molde,
Vaga la clin y la cola,
Penacho una, y otro azote:
Alto el cuello, fijo el bulto,
Fuerte huella, y planta dócil.
La arena apenas discurre,
Cuando al paso se le opone
Inquieto un tigre veloz,
De dibujos y colores
Varia la piel, liso el pelo,
La vista airada y disforme;
Torziendo en ondas la cola,
Menos fuerza, y mas acciones.
Esperó el lëon su intento
Con sosiego: accion conforme
A la propiedad de Rey,
Que aun un bruto lo conoce;
Pues viendo lo que le deben,
Para que vayan en nombre
De castigo sus violencias,
Siempre aguarda á que le enojen.
Las cinco corbas navajas,
Osado el tigre descoje,
Juntando el pecho á la tierra

Por dar mas violencia al choque.
Ruje el lëon, y al rujido
Se estremeze el orizonte.
Cierran los dos esgrimiendo
De cada parte diez cortes.
Ya este bizarro se arroja,
Ya aquel astuto se esconde,
Ya el brinco burla el impulso;
Combatiendo tan velozes,
Que la palestra es el aire,
Sin que la tierra los toque.
Mas el lëon, que irritado
Ya el horror todo propone,
Sin prevenirle el amago
Contra la tierra le coje,
Y por mas que al viento iguala;
En vano ya le socorre;
Cebando al pecho las puntas,
Que penetrantes le rompen,
Le desvanezió el aliento
En cinco respiraciones.

Iglesias.

El Dia.

¡ Qué apazible beldad el nuevo dia
En su rosado manto
Muestra, triunfando de la noche fria,
Y su adormido espanto !
Con invisible y blando movimiento
De su tiniebla negra
Escombra y barre el ámbito del viento,
Y al cielo y mundo alegra.

POESIA

Por el aire sereno en sosegado
Vuela el aljôfar baja:
Y la concha en su seno nacarado,
Ardientes perlas cuaja.

Sale el sol con radiante señorío,
Toda la mar se altera,
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío
Que bate su ribera.

Crecen los rayos de la luz febea
Con mas pujante aliento;
El bajo suelo en derredor humea,
Y arder se mira el viento.

Las montañas heridas de su lumbre
Se ven de oro bañadas,
Las aves en confusa muchedumbre
Cantando alborozadas.

Las flores su capuz rompen aprisa,
Y el verde prado esmaltan,
Y en el cristal que renovó su risa
Las perezillas saltan.

Mas toda esta beldad que al mundo place
No llena mi deseo,
Si luego que la luz de Apolo nace,
La de mi sol no veo.

D. Tomas de Iriarte.

Felicidad de la vida del campo.

Solo decir sabré, que aunque rodeo
En cualquier condicion á los mortales
Trocar de ciertos é aparentes males,
Muchos de ellos ignora ó los olvida
El que amar sabe la campestre vida.

Amala aquel á quien jamas pareze
Comun ó poco vario
El hermoso espectáculo que ofreze
Un verde y solitario
Recinto, que la pródiga Amaltea
Con dones siempre nuevos enriqueze;
Antes bien sus sentidos lisonjea
Tanta copia de objetos, que ya duda
Absorta su eleccion á cual acuda.
Un deleite recibe cuando tiende
La vista por las fértiles campiñas,
O de olivos pobladas, ó de viñas:
Otro, cuando suspende
Su atencion en la márgen festonada
Del arroyuelo manso,
Que desciende á regar una cañada,
Formando aquí un islote, allá un remanso,
Y lavando en sus aguas cristalinas
El musgo, el césped y menudas chinas:
Otro placer le causa bien distinto
Un cultivado huerto, en que florezen
La delicada rosa y el jacinto,
Y loz jazmines entre murtas crezen,
Mezclándose con salvias y alelíes
Blancos lirios, claveles carmesíes.
Ni con igual especie de recreo
La anchurosa alameda
Ve retratada en el cercano rio:
O sale de aquel término sombrío
Alargando el paseo
A la angosta vereda,
Que apenas se descubre en el sembrado,
Por partes matizado
De rojas amapolas,
Donde el paso le estorban las crecidas

[illegible]

[illegible]

[illegible] de [illegible]

[illegible] un [illegible]

E [illegible] de [illegible],

Que [illegible] de [illegible] fuego [illegible]

Y el [illegible] [illegible]

E [illegible] de [illegible].

Para a [illegible] [illegible] de Tiro.

Y a que de [illegible].

Y los [illegible] [illegible]

Que [illegible] [illegible] [illegible].

Mostrandose a la [illegible] [illegible]

Tendido aqui [illegible] [illegible]

Alli [illegible] [illegible] de [illegible].

Que [illegible] [illegible] y [illegible] [illegible] [illegible]

Mas alla [illegible] [illegible] y [illegible],

Cantando y [illegible]

Por [illegible] y [illegible]

Bailan [illegible] [illegible].

Los [illegible] [illegible].

Que [illegible] [illegible] [illegible].

Que ha vuelto la florida primavera.
El corderillo suelto,
Que retozando va por la pradera,
Tambien alegre siente
Que la florida primavera ha vuelto:
Y cuando las familias desamparan
La estrecha habitacion de las ciudades,
Cuando buscan las verdes soledades,
En que el cuerpo y el ánimo reparan,
Olvidando el fastidio y servidumbre,
Que allá sufribles hizo la costumbre:
¿Tú inadvertido quieres
Donde otros dejan pena, hallar placeres?
. . . . . .
No, Sileno, las gratas invenciones
En que, á tu parecer, la poesía
De la verdad los límites excede,
Son débiles esfuerzos, con que intenta
Pintar milagros que pintar no puede:
Adorna la verdad, mas no la aumenta.
¿Finje, ó pondera acaso
Cuando del claro sol nos representa
El majestuoso aspecto en el ocaso?
¿Describirá los bellos tornasoles
Que le ocultan la faz, y que su ausencia
Suplen con encendidos arreboles?
¿Ni aquella inimitable diferencia
De figuras que forman los zelajes,
Cuando con mil extraños maridajes
De colores se esmalta el orizonte,
Y de pálidos rayos alumbrado,
Ya no parece verde el verde monte,
Y el rio que era plata, ya es dorado?
¿Cabe ficcion alguna,
O es dable que exagere,

[redacted]

[redacted]

[redacted]
[redacted]
[redacted]

De los rios el curso tortüoso
Considerar podrás, y sus orillas
Que el pasto á los rebaños dan sabroso.
Los agitados vuelos
De las infatigables avezillas,
Que llevando el sustento á sus hijuelos,
Vuelven alborozadas á los nidos
Entre las altas ramas escondidos.
No examines los árboles robustos,
Ni medianos arbustos
Que en el espeso matorral divisas;
Pero tan solo observa
La mas menuda yerba
De cuantas en la tierra incauto pisas,
Y mira si es capaz de responderte
El filósofo vano ¿ de qué suerte
Naze, medra, retoña, y aunque muera,
Deja ya bien crecida su heredera?
Sobra para humillar nuestra arrogancia
La admirable estructura de la estancia,
Que la sagaz hormiga
Profundizando va desde el verano,
Y en donde el rubio grano
Sabe acopiar con próvida fatiga.
Nada de esto contempla el ciudadano;
El que en el campo mora,
Sin querer lo contempla á cada hora.
Mas si las conveniencias corporales
Ir á gozar cumplidas te pareze,
Sabe que á menos costa y mas rëales
Nuestra feliz campiña las ofreze.
En ella ¡ cuantas vezes envidioso
Advierte el opulento,
Que al manjar inocente y sustancioso,
A la clara y benéfica bebida

Debemos alimento
Que nos alarga la tranquila vida!
Dejemos que sus viandas inficione
Aquel arte exquisito,
Que á un breve gusto la salud pospone,
Y las nuestras sazone
El no comprado y dócil apetito.
Pues si ahora volvemos á la aldea,
¡O qué sencillo almuerzo nos preparan!
Allí no se escasea
La nata que separan
De la espumosa leche los vaqueros,
Ni blanca miel de abejas, mantenidas
Con la olorosa flor de los romeros,
Ni fresas faltarán recien cojidas,
Que una labradorzilla de quince años,
Agradable y modesta,
Traiga cubiertas de hoja en una cesta
Con dibujos estraños,
Que la tejió de mimbres su querido,
Paraque su amistad no eche en olvido.
Y así como trocara el poderoso
Por tan dulces regalos el banquete
Que quiere aparentar no le fastidia,
Así tambien el plácido reposo
De nuestro fácil sueño nos envidia.
En vano se promete
Que fresca cerda, ó esponjada pluma,
Y en el catre dorado
Que con suaves espíritus perfuma,
Dobles cortinas y dosel bordado
Alejen de su inquieta fantasía
Los afanes inútiles del dia:
Del dia, que en su casa no ha empezado
Cuando en la nuestra ya la luz temprana

Ha entrado por las anchas aberturas
De la tosca ventana,
Convidando á gozar las auras puras,
Con que alegra los campos la mañana.
Esta costumbre sola bastaria
Paraque nunca la vejez tardía
En los membrudos cuerpos alterase
A la rústica gente
Aquel vigor entero,
Que rara vez el ocio, compañero
De la elevada clase,
En los estrados habitar consiente.
Nota cómo la ilustre ciudadana,
Demostrando en el pálido semblante
Su complexion malsana,
Y con el débil brazo, ya cansado
De sostener al delicado infante,
(Tanto como su madre delicado)
De la humilde serrana
Ante las puertas llega,
Y con firme esperanza se le entrega
De que apartado del materno seno,
Hallará robustez en el ajeno.
No sin razon confia,
Pues si en un campo ameno
Vieron los padres del linaje humano
Por la primera vez la luz del dia,
El que ha de vivir sano,
Si en el campo no naze, en él se cria.
. . . . . .
Aquí el candor amable se profesa:
Aquí sin las nocivas distracciones
Con que la corte á muchos embelesa,
A las ocupaciones
Te puedes aplicar de la labranza,

En que tu bien y el de otros se afianza.
De árboles provechosos el plantío,
La poda, el regadío,
La cava, la vendimia, la matanza,
La siembra, siega y trilla, el esquileo
Son cada cual un agradable empleo
Para quien reconoce el beneficio
Que debemos al rústico ejercicio.
Y al paso que la dulce complacencia
De recojer el fruto desëado
Muy presto hará que entregues al olvido
Todo el modesto afan y diligencia
Que á profesion tan noble has consagrado,
Ufano quedarás de haber cumplido
La obligacion forzosa y primitiva,
Que impuso el Criador á los mortales,
Y en que de una nacion la dicha estriba.
Atendiendo á la cria de animales,
Del hombre compañeros tan lëales,
Breves momentos se te harán las horas,
Ya sea que visites las majadas
De zagales que guardan tus manadas
De cabras trepadoras,
O de mansas ovejas,
Defendidas de intrépidos mastines:
Ya que de las solícitas abejas
La ordenada república examines,
O desde el patio en que con arte domas
El brioso alazan, á la vivienda
Subas de las domésticas palomas:
O que tu vigilancia, en fin, se estienda
A las bestias sufridas miserables,
Que sin razon creemos despreciables.
Ni estos cuidados tengas por vileza,
Pues no blasona el mundo

De otra mayor riqueza,
Que la que nace de un establo inmundo.
Y si como continuas precisiones
Aquellas económicas tareas
Te cansan, y deseas
Con ellas alternar las diversiones,
Sin recurrir al pernicioso juego,
Con que allá en la ciudad el vicio gusta
De esponer los caudales y el sosiego
A los caprichos de la suerte injusta,
No son poco frecuentes
En los cercanos pueblos y cortijos
Los varios pasatiempos de inocentes
Bailes y regocijos,
Cuando ya con los dones del agosto
Los graneros rebosan,
O en las hinchadas cubas hierve el mosto:
Cuando los tiernos hijos
Nazen, ó cuando adultos se desposan;
Y entretanto que al lado
De la liebre veloz que han alcanzado,
Tus lebreles reposan,
Con el anzuelo al pez engañar puedes
En esa orilla fresca,
O al pájaro con redes
En aquella montaña,
Como que solo son de caza ó pesca
Los artificios con que aquí se engaña.

Melendez Valdes.

La Mañana.

Dejad el nido, avezillas,
Y con mil cantos alegres

Saludad al nuevo dia,
Que asoma por el oriente.
¡O! ¡qué arreboles tan bellos!
¡O! ¡cuan galan que amaneze,
De animada luz dorando
De los montes la alta frente!
A la Aurora el manto rico
Los zéfiros desenvuelven,
Mezclando en el orizonte
La púrpura con la nieve;
Y luego inquietos vagando,
Entre las flores se pierden,
El rozío les sacuden,
Y sus frescas hojas mezen.
Ellas fragantes perfumes
Por oblacion reverente
Tributan al sol, que á darles
La vida con su luz vuelve.
¡O! ¡qué balsamo! ¡qué olores!
¡O! ¡qué gozo el alma siente
Al respirarlos! del pecho
Salirse absorta parece.
La vista vaga perdida:
Aquí una flor la entretiene,
Que de luz mil visos hace
Con sus perlas transparentes.
Allí el placido arroyuelo,
Cuyas claras linfas mueve
El viento en fáciles ondas,
Apenas correr se advierte.
Mas allá el undoso rio
Por la ancha vega se tiende
Con majestad sosegada,
Y cual cristal resplandeze.
El bosque umbroso á lo lejos

La vista inquieta detiene,
Y entre nieblas delicadas
Cual humo se desvaneze.
El vivo matiz del campo,
Este cielo que se estiende
Sereno y puro, estos rayos
De luz, el tranquilo ambiente,
Este tumulto, este gozo
Universal, con que quieren
Entonar el himno al dia
La turba de los vivientes,
¡O! ¡cómo me encanta! ¡o cómo
Mi pecho late y se enciende,
Y en la comun alegría
Regocijado enloqueze!
La mensajera del alba,
La alondra mil parabienes
Le rinde, y tan alto vuela,
Que ya los ojos la pierden.
Tras sus nevados corderos
El pastor cantando viene
Su tierno amor por el valle,
Y al rayo del sol se vuelve.
El labrador cuidadoso
Unze en el yugo sus bueyes,
Con blanda oficiosa mano
Limpiándoles la ancha frente.
El humo en las caserías
En volubles ondas creze;
Y á par que en el aire sube,
Se deshace en sombras leves.
¡Cuan hermosa es, dulce Silvia,
La mañana! ¡cuanto tiene
Que admirar! ¡en sus primores
Cómo el alma se conmueve!

Deja el lecho y sal al campo,
Que humilde á tu seno ofreze
Sus nuevas flores, y juntos
Gozemos tantos placeres.

El Mediodia.

Velado el sol en esplendor fulgente,
En las cumbres del cielo
Lanza derecho ya su rayo ardiente
Al congojado suelo;
Y al mediodia rutilante ordena,
Que su rostro inflamado
Muestre á la tierra, que á sufrir condena
Su dominio cansado.
El viento el ala fatigada encoje
Y calla silencioso,
Y el pueblo de las aves se recoje
Al soto verde umbroso.
Cantando ufano en dulce caramillo
Su zagaleja amada,
Retrae su ganado el pastorcillo
A la fresca enramada,
Do juntos ya zagales y pastoras,
En regocijo y fiesta
Pierden alegres las ociosas horas
De la abrasada siesta;
Mientra en sudor el cazador bañado,
Bajo un roble frondoso,
Su perro fiel por centinela al lado,
Se abandona al reposo.
Todo es calma y silencio. ¡O! ¡qué gozosa,
Sobre la fresca grama
Tendido, en la pradera deliciosa
Mi vista se derrama!
Las próvidas abejas me ensordezen

Con un susurro blando,
Y las tórtolas fieles me enternezen
Dolientes arrullando.
Lanza tal vez sus ayes congojosos
Sensible Filomena,
Y con su amor y trinos armoniosos
El ánimo enajena.
Serpea entre la yerba el arroyuelo,
En cuya linfa pura
Mezclado rasplandece el claro cielo
Con la grata verdura.
Del álamo las hojas platëadas
Meze adormido el viento,
Y en las trémulas ondas retratadas
Siguen su movimiento.
Estos largos collados, estos valles
Pintados de mil flores,
Esta hojosa alameda en cuyas calles
Quiebra el sol sus ardores:
El denso enmarañado bosquezillo,
Do casi se oscureze
La ciudad, que del dia al áureo brillo
Cual de cristal pareze:
Estas lóbregas grutas..... ¡o sagrado
Retiro deleitoso!
En tí solo mi espíritu aquejado
Halla paz y reposo.
Tú me das libertad, tú mil süaves
Placeres me presentas,
Y mi helado entusiasmo encender sabes,
Y mi cítara alientas.
Mi alma tranquila y dulce en ver se goza
Una flor, una planta,
El suelto cubritillo que retoza,
La avezilla que canta.

La lluvia, el sol, el murmullante viento
La nieve, el hielo, el frio,
Todo embriaga en plácido contento
El tierno pecho mio.
Y con voz balbuziente tu belleza
Feliz cantar procuro,
¡O rica, o liberal naturaleza!
De cuidados seguro.

La Tarde.

Ya el Héspero delicioso
Entre nubes agradables,
Cual precursor de la noche
Por el occidente sale.
Las sombras que le acompañan
Se apoderan de los valles,
Y sobre la mustia yerba
Su fresco rozío esparzen.
Su corona alzan las flores,
Y de un aroma süave,
Despidiéndose del dia,
Embalsaman todo el aire.
El sol afanoso vuela,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten,
Al morir, su ardiente imágen.
De la alta cima del cielo
Veloz se despeña, y cae
Del oceano en las aguas,
Que á recibirlo se abren.
¡ O ! ¡ qué visos ! ¡ qué colores!
¡ Qué ráfagas tan brillantes
Mis ojos embebezidos
Rejistran de todas partes!

Mil sutiles nubezillas
Cercan su trono, y mudables
El cárdeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes.
Los reverberan las aguas;
Y parece que retrae
Indeciso el sol los pasos,
Y en mirarlos se complaze.
Luego vuelve, huye y se esconde,
Y deja en poder la tarde
Del Héspero, que en los cielos
Alza su pardo estandarte.
Del nido al caliente abrigo
Vuelan al punto las aves,
Cual al seno de una peña,
Cual á lo hojoso de un sauze.
Suelta el labrador sus bueyes,
Y entre sencillos afanes
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales.
Lejos las chozas humean,
Y los montes mas distantes
Con las sombras se confunden
Que sus altas cimas hazen.
El universo pareze
Que de su accion incesante
Cansado, el reposo anela,
Y al sueño va á abandonarse.
Todo es paz, silencio todo:
Todo en estas soledades
Me conmueve, y haze dulce
La memoria de mis males.
El verde oscuro del prado;
La niebla que undosa á alzarse
Empieza del hondo rio,

Los árboles de su márgen,
Su deliciosa frescura,
Los vientecillos que baten
Entre las flores las alas
Y sus esencias me traen,
Me enajenan y me olvidan
De las odiosas ciudades
Y de sus tristes jardines,
Hijos mísero del arte.
Rica la naturaleza,
Porque mi pecho se mueve,
Me brinda con mil placeres
En su copa inagotable.
Yo me abandono á su impulso:
Dudosos los pies no saben
Do se vuelven, do caminan,
Do se apresuran, do paren.
Bajo del collado al rio;
Y entre las lóbregas calles
De altos árboles, el pecho
Lleno de pavor me late.
Miro las tajadas rocas,
Que amenazan desplomarse
Sobre mí, tornar oscuros
Sus cristalinos raudales.
Llénanme de horror sus sombras,
Y empiezo triste á quejarme
De mis amargas desdichas
Y á lanzar dolientes ayes;
Mientras de la luz dudosa
Espira el último instante,
Y la noche el velo tiende,
Que el crepúsculo deshaze.

La Noche.

¿Do está, graciosa Noche,
Tu triste faz, y el miedo
Que á los mortales causa
Tu lóbrego silencio?
¿Do está el horror, el luto
Del delicado velo
Con que del sol nos cubres
El lánguido reflejo?
¡Cuan otra! ¡cuan hermosa
Te miro yo, que huyendo
Del popular rüido
La dulce paz deseo!
¡Tus sombras qué süaves!
¡Cuan puro es el contento
De las tranquilas horas
De tu dichoso imperio!
Ya extático los ojos
Alzo, y el almo cielo
Mi espíritu arrebata
En pos de sus luzeros.
Ya en el vecino bosque
Los fijo, y con un tierno
Pavor, sus altos chopos
En formas mil contemplo.
Ya me distraigo al silbo,
Con que entre blando juego
Los mas flexibles ramos
Agita manso el viento.
Su rueda platëada
La luna va subiendo
Por las opuestas cimas
Con plácido sosiego.
Ora una débil nube

Que le salió al encuentro,
De transparente gasa
Le cubre el rostro bello:
Ora en su solio augusto
Baña de luz el suelo,
Tranquila y apacible
Como lo está mi pecho:
Ora finje en las ondas
Del líquido arroyuelo
Mil luzes, que con ellas
Parezen ir corriendo.
El se apresura en tanto,
Y á regalado sueño
Los ojos solicita
Con un murmullo lento.
Las flores de otra parte
Un ámbar lisonjero
Derraman, y al sentido
Dan mil placeres nuevos.
¿Do estás, vïola amable,
Que con temor modesto
Solo á la noche fias
Tu embalsamado seno?
¡Ay! ¡cómo en él se duerme
Con plácido meneo,
Ya de volar cansado,
El zéfiro travieso!
¡Pero qué voz süave
En amoroso duelo
Las sombras enterneze
Con ayes halagüeños?
¡O ruiseñor cuïtado!
Tu delicado acento,
Tus trinos melodiosos,
Tu revolar inquieto

Me dicen los dolores
De tu sensible afecto.
¿Félize tú, que sabes
Tan dulce encarezerlo!
¡O! ¡goze yo contino,
Goze tu voz, y al eco
Me duerma de tus quejas
Sin sustos ni rezelos!

La Lluvia.

Bien venida, o lluvia, seas
A refrescar nuestros valles,
Y á traernos la abundancia
Con tu rozío agradable.
Bien vengas, o fértil lluvia,
A dar vida á las fragantes
Flores, que por recibirte
Rompen ya su tierno cáliz.
Bien vengais, alegres aguas,
Fausto alivio del cobarde
Labrador, que ya gemia
Malogrados sus afanes.
Bajad, bajad que la tierra
Su agostado seno os abre,
Y os esperan mil semillas
Para al punto fecundarse.
Bajad, bajad en las alas
Del vago viento: empapadle
En deliciosa frescura,
Y el pecho lo aspire fácil.
Bajad; ¡o cómo al oido
Encanta el ruido süave
Que entre las trémulas hojas
Cayendo las gotas hacen!

Las que al rio undosas corren,
Agitando sus cristales,
En vagos círculos turban
De los árboles la imágen.
Saltando de rama en rama
Regozijadas las aves,
Del líquido humor se burlan
Con su pomposo plumaje.
A las desmayadas vegas
En bulliziosos cantares
Su salud fausta anuncian,
Y alegres las alas baten.
El pastor el vellon mira
Del corderillo escarcharse
De aljófares, que al moverse
Invisibles se deshazen,
Mientras él se goza y salta,
Y con balidos amables
Bendice al cielo, y ansioso
La mojada yerba paze.
El viento plácido aspira,
Y viendo cuan manso cae
En sus campos el rozío,
El labrador se complaze.
Todo brilla y se renueva:
De aromas se puebla el aire,
Las tiernas mieses espigan,
Y florezen los frutales.
Alzando entre hermosas nubes
El sol su trono radiante,
El iris de grana y oro
Pinta en riquísimo esmalte.
La naturaleza toda
De galas se orna, y renaze.
¡O benigna, o vital lluvia,

Con tus ondas saludables
Ven pues! ¡ oh! ven y contigo
La rica abundancia trae,
Que de frutos coronada
Regozije los mortales.

El Zéfiro.

¡Cual vaga en la floresta
El Zéfiro suave!
¡Cual con lascivo vuelo
Sus frescas alas bate!
Sus alas delicadas,
Que forman al mirarse
Del sol en los reflejos,
Mil visos y cambiantes.
¡Cuan licencioso corre
De flor en flor, y afable
Con soplo delicioso
Las meze y se complaze!
Ahora á un lirio llega,
Ahora el jazmin lame,
La madreselva agita,
Y á los tomillos parte,
Do entre mil Amorcitos
Vuela y revuela fácil,
Y los besa y escapa
Con alegre donaire.
La tierna yerbezuela
Se estremeze delante
De sus soplos sutiles,
Y en ondas mil se abate.
El las mira y se rie,
Y el susurro que hacen
Le embelesa, y atento

Se suspende á gozarle.
Luego rápido vuelve,
Y alegre por los valles
No hay planta que no toque,
Ni tallo que no halague.
Verásle ya en la cima
Del olmo entre las aves,
Seguir con dulce silbo
Sus trinos y cantares,
Y en un punto en el suelo
Acá y allá tornarse
Con giro bullizioso,
Festivo y anelante.
Verásle entre las rosas
Metido, salpicarse
Las plumas del rozío,
Que inquieto les esparze.
Verásle de sus hojas
Lascivo abrir el cáliz,
Y empaparse las alas
De su aroma fragante.
Batiendo del arroyo
Con ellas los cristales,
Verásle formar ledo
Mil ondas y zelajes.
Pareze cuando vuela
Sobre ellos, que cobarde,
Las puntas ya mojadas,
No acierta á retirarse.
¿Pues qué, si al prado siente
Que las zagalas salen?
Verás á las mas bellas
Mil vueltas y mil darles,
Ora entre sus cabellos
Se enreda y se retrae,

El seno les refresca,
Y ondéales el talle.
Sube alegre á los ojos,
Y en sus rayos brillantes
Se mira y da mil vueltas,
Sin que la luz le abrase.
Por sus labios se mete,
Y al punto raudo sale:
Baja al pie y se lo besa,
Y anda á un tiempo en mil partes.
Asi el Zéfiro alegre
Sin nada cautivarle,
De todo lo mas bello
Felize gozar sabe.
Sus alas vagarosas
Con giros agradables
No hay flor que no sacudan,
Ni rosa que no abrazen.
¡Ay Lisi! ejemplo toma
Del Zéfiro inconstante;
No con Aminta solo
Tu fino amor malgastes.

El Invierno.

Salud, lúgubres dias, horrorosos
Aquilones, salud. El triste invierno
En sañudo semblante,
Y entre velos nublosos
Ya el mundo rinde á su áspero gobierno
Con mano asoladora: el sol radiante
Del hielo penetrante
Huye, que embarga con su punta aguda
A mis nervios la accion, mientras la tierra
Yerta enmudeze, y déjala desnuda
Del zierzo helado la implacable guerra.

[illegible]

[illegible]

[illegible] y juventud se [illegible]

. . . . . .

El tiempo en tanto en vuelo arrebatado
Sobre nuestras cabezas precipita
Los años, y de nieve
Su cabello dorado
Cubre implacable, y el vigor marchita
Con que á brillar un dia la flor breve
De juventud se atreve.
La muerte en pos, la muerte en su camino
Fúnebre manto la vejez helada
Envuelve, y al sepulcro pavoroso
Se despeña con ella despiadada.

. . . . . .

¡Mas qué mucho! si en torno de esta ma
Todos los seres giran. Todos nacen
Para morir: un dia
De existencia prestada
Duran, y á otros ya lugar les hacen.
Sigue al sol rubio la tiniebla fria:

Que despeñados con rabiosa saña,
En silbo horrible derrocar intentan
De su asiento inmutable
La enriscada montaña,
Y entre sus robles su furor ostentan.
Gime el desnudo bosque al implacable
Choque, y vuelve espantable
El eco triste el desigual estruendo:
Dudando el alma de congojas llena,
Tanto desastre y confusion sintiendo,
Si el Dios del mal el mundo desordena.
Porque todo falleze, y desolado
Sin vida ni accion yaze. Aquel hojoso
Arbol, que ántes al cielo,
De verdor coronado,
Se elevaba en pirámide pomposo,
Hoy ve aterido en lastimado duelo,
Sus galas por el suelo:
Las fértiles llanuras, de doradas
Mieses ántes cubiertas, desparezen
En abismos de lluvias inundadas,
Con que soberbios los torrentes crezen.
Los animales tímidos huyendo
Buscan las hondas grutas: yaze el mundo
En silencio medroso,
O con chillido horrendo
Solo alguna ave fúnebre el profundo
Duelo interrumpe, y eternal reposo.
El cielo que lumbroso
Extática la mente entretenia,
Entre importunas nieblas encerrado,
Niega su albor al desmayado dia,
De nubes en la noche empavesado.
¿Que es esto, santo Dios? ¿tu protectora
Diestra apartas del orbe? ¿o su ruina

Anticipar intentas?
¿La raza pecadora
Agotar pudo tu bondad divina?
. . . . . .
Mas no, padre solicíto; yo admiro
Tu infinita bondad: de este desórden
De la naturaleza,
Del alternado giro
Del tiempo volador, nacer el órden
Haces del universo y la belleza.
. . . . . .
Tú, tú á ordenar bastaste que el lijero
Viento que hiere, horrísono volando,
Mi tranquila morada,
Y el undoso aguazero
Que baja entre él las tierras anegando,
Al Julio adornen de su mies dorada.
Así su saña airada
Grato el oido atiende, y en sublime
Meditacion el ánimo embebido,
A par que el huracan fragoso gime,
Se inunda el pecho en gozo mas cumplido.

Cienfuegos.

La Primavera.

Rosas, naced; que á la mansion del Toro
De nativo placer y amores llena,
Se acerca el sol, de triunfos coronada,
Cual noble vencedor, la frente de oro.
Quebrantó victorioso la cadena
En que gimió la tierra avasallada
Del numen invernal. . . . . .
. . . . . Las altas cumbres,

Do estéril nieve Capricornio lanza,
Se estremezen de Febo à la pujanza,
Que en crujientes heladas pesadumbres
Los montes derrocando,
Va de su altiva eternidad triunfando.
Abrego silbador, zierzo bramante,
Lóbregos partos del sañudo invierno,
Huid do vuestro padre silencioso
De su alcázar de yelo resonante
Os llama en Espizberg. Huid, que tierno
Vuelve al campo del zéfiro el reposo
El padre de la luz. . . . . .
. . . . . La primavera
Nació, y el coro de los mansos vientos
Sopla süave, y abre á sus alientos
Su seno el campo, y rie la pradera,
Y en umbrosos frescores
Brota la selva el sueño y los amores.
. . . . . .
¡Cual, suspendida, por el vago viento
Flota la nube de esperanzas llena
Que las alondras revolantes miden,
Clamando, *lluvia*, en incesable acento!
¿Cae? Mi frente mojó, y el rio suena
Formando un orbe, y otros, que despiden
Otros mas ensanchados, que rodean
Otros que inmensos en la orilla mueren.
¡Cuan regalados los oidos hieren
Los alisos que trémulos menean
Sus hojas, do jugando
El agua de una en otra va saltando.
Desciende al gremio de la madre Flora,
Que á sus hijas, de perlas coronando
Su ya débil prision, hinche de vida.
¡O cuantas rosas la primer aurora

En verde cuna mirará, asomando
Con tímida inocencia la encojida
Y vergonzosa faz! Venid, aladas
Hijas del viento, atravesad lijeras
Las llanuras del mar, que placenteras
Os llaman ya las sombras sosegadas,
Que Abril embalsamado
Tiende risueño sobre el verde prado.
Venid, que Flora á vuestro amor ofreze
Su hibleo don, y Céres espigosa
Por vuestra descendencia ya afanada,
En misteriosa paz granando creze.
¡O salve, salve, fuentecilla hermosa
De adormida corriente! Desmayada
Tal vez Diziembre al Guadarrama frio
Te encadenó: benigna primavera
Rompe tus grillos; corre, y la pradera
Florezca en tu correr, y el bosque umbrío
Redoble en tus cristales
La pompa de sus ramas inmortales.
. . . . . .
Do quier repara maternal natura
La anüal destruccion, y la esperanza
Y paz renueva, y el placer y vida.
Y entre tanto ¡infeliz! ¿cual amargura
Prueba mi corazon entre la holganza
Y risa universal? ¡O enardezida
Voz! ¡o cantar del ruiseñor doliente
Que, amor, amor, en el silencio triste
Clama del bosque! en vano se resiste
El alma á su impresion; mi rostro siente
De los hojos saltando
Mil lágrimas ardientes ir bajando.
¡Amor, amor! la tierra, el firmamento
Todo anuncia tu ley. Do quier envio

Los mustios ojos, de tu antorcha ardiente
Me cerca el resplandor; do quier tu acento
Me hiere, y veo que hasta el polo frio
La inspiracion de tu deidad resiente.
Su indestructible yelo por tu mando
Se enterneze, flaquea y derretido
Despeñándose cae: tiembla oprimido
Con su mole el océano, y bramando
Tus cultos misteriosos
Lejos proclama entre ecos montañosos.

. . . . . .

En tanto el Atlas el feroz rujido
Repite del lëon que centellante,
Desordenada la gentil melena,
Por las selvas se agita al encendido
Volcan que le devora. El que arrogante
En otros dias por la ardiente arena
Paseaba feliz su calma fiera,
Ora esclavo, sin paz, rinde impotente
Al yugo del plazer la indócil frente;
Y á par de su rujiente compañera
Con formidable agrado
Adora á su pesar al Dios alado.
¡Vivificante Amor! ¡hijo dichoso
Del alma primavera! en tus altares
Humea sin cesar de noche y dia
El agradable incienso que amoroso
Te ofreze todo ser. Do quier mirares,
Las caricias verás y el alegría,
Con que buscando sempiterna vida
En su posteridad, haze que èstable
Subsista lo que fué. Yo, no culpable,
Yo solo, en juventud ¡ay me! perdida,
Entre tanto contento
Mi soledad y desamor lamento.

El Otoño.

¡O, salve, salve, soledad querida,
Do en los halagos del abril hermoso
Vine á cantar en medio á los amores
Mi eterno desamor! ¡Salve, o florida,
O calma vega! A tu feliz reposo
Torno otra vez, y entre tus nuevas flores,
Enjugando el sudor que á Sirio ardiente
Pagó en tributo lánguida mi frente,
Veré al otoño levantarse ufano
Sobre la árida tumba del verano.
Sí, le veré; que la Balanza justa,
Las sombras y la luz igual partiendo,
En sus frescos palacios aprisiona
Voluble al sol, que de su sien augusta
La diadema inflamada desciñendo,
De rayos mas benignos se corona.
Otoño, clama de su carro de oro;
Y otoño al punto, entre el favonio coro
Que agosto adormezió, la faz alzando,
El florido frescor vuela soplando.
A su dulce volar ¡cual reverdeze
La tierra, enriqueziendo su ancho manto
De opulento verdor! La tuberosa
Del albo cáliz en su honor floreze,
Y la piramidal, y tú, o amaranto,
De mas largo vivir. Tu flor pomposa,
Que adornaba de mayo los amores,
Hoy halla frutos donde vió las flores;
Oyó quejarse al ruiseñor primero,
Y ya recibe su cantar postrero.
Tú le viste brillante y florezido
A este rico peral, que hora agobiado
Del largo enjambre de su prole hermosa

La frente inclina. Zéfiro atrevido,
De una poma tal vez enamorado,
Bate rápido el ala sonorosa,
Y la besa, y la deja, y torna amante,
Y meze las hojitas, é inconstante
Huye, y torna á mezer, y cae su amada,
Y toca el polvo con la faz rosada.
¡Otoño, otoño! ¿le mirais que llega
De colina en colina vacilante
Resaltando? ¡Evohé! salid, o hermosas,
A recibirle al monte y á la vega,
Suspendiendo á los hombros el vacante
Hondo mimbre. Corred, y en pampanosas
Guirnaldas coronad mi temulenta
Sien. Dadme yedras, que ardo en vïolenta
Sed báquica. ¡Evohé! cortad, que opimos
Entre el pámpano caigan los razimos.
¡Mil vezes Evohé! que ya resuena
Rechinando el lagar. ¡Cual! ¡ay! corriendo
El padre Baco en rios espumantes
Se precipita, y de la cuba llena
La ancha capazidad que tiembla hirviendo!
Copa, copa; mis labios anhelantes
Se bañen en el néctar de Lieo.
Hijos de Céres, vuestro duro empleo
Cesa; imitad mis báquicos furores,
Que ya el año premió vuestros sudores.
Conmigo enloquezed. Ya está vacía,
Mi copa rellenad, y en torno ruede,
Y los ecos repitan retumbando
Cien vezes ¡Evohé! La selva umbría
Se adelanta hácia mí; ya retrocede,
Ya gira en derredor. ¡Cual! ay ¡saltando
Los peñascos y montes de su asiento
Vuelan lijeros por el vago viento!

Tierra y cielo se mueven. Luego, luego
Cien copas ¡Evohé! dad á mi fuego.
Otras ciento me dad; y que el arado
Rompiendo el seno á la fecunda Céres,
La esperanza asegure en rubios granos
Al futuro vivir, y desvelado
Siembre nuevo plazer. ¡Ah! los plazeres
Cual humo pasan, y recuerdos vanos
Dejan en su lugar. ¿Veis cual fallece
La alegría otoñal? Ya palidece
El hojoso verdor, y el claro cielo
Llora cubierto en nebuloso velo.

. . . . . .

¡Tristeza universal! ¡Quien ay! me diera
Volar á otra region, do mas tardío
Lanzase Otoño el postrimer aliento!
¡Que del Betis corriendo la ribera
No oyese todavía al canto mio
Mezclar el ruiseñor su tierno acento!
Entre los bosques de Minerva errante,
La diestra armada del baston pujante,
El árbol de la paz despojaria,
Y en rios de oro el suelo regaria:
U oprimiendo el bijar del espumante
Caballo, las selvosas espesuras
Penetrara, las fieras persiguiendo.
¿Oís, oís que el eco retumbante
Hinche el aire de acentos ladradores
Y de agudos relinchos? Al estruendo
Huye el ciervo, se esconde, para, mira;
Y tornando el ladrar, trémulo gira
Por entre el laberinto montüoso,
En otro tiempo su feliz reposo.
En vano, en vano en su favor implora
A su bosque. Las ramas alevosas

Que galan de las selvas le aclamaron,
¡O fortuna cruel! prenden ahora
De su frente las galas ambiciosas,
Que en silencio mil vezes retrataron
Las ondas claras del arroyo amigo.
Ya todo se mudó; que su enemigo
Llega, y el triste por huir se agita,
Y mas se enreda cuanto mas se irrita.
No hay ya salud, que el ladrador ardiente
Le ve, y se arroja, y á su cuerpo airoso
Se abalanza amagando, y no exorable
La majestad humilla de su frente.
¡Ciervo infeliz! tendido, sanguinoso,
Rodëado de muerte inevitable,
Los ojos tristes por la vez postrera
Alza al bosque do vió la luz primera;
Y entre el azero que sus gracias hiere,
Y recuerdos amargos, llora y muère.
Así tal vez del hombre la alegría
Espira en el dolor; y así sucede
A la risa otoñal el desconsuelo
Que á la estacion brumal árido guia.
Ya nos rodea: sustentar no puede
La selva su ambicion; pálido el suelo
Se encubre con las hojas que bajando
Por el aire en mil orbes, circulando
Lentas van; caen, y yaze lastimero
El selvoso frescor de un año entero.
¡Cual silban en las ramas combatiendo
Hijos de oscuridad los roncos vientos,
Vedando á Céres su vigor fecundo!
Brama el mar, y los rios con estruendo
Arrastran los torrentes vïolentos
En turbias ondas con horror profundo.
Avezitas de abril, huid lijeras

Del Nilo á las benéficas riberas:
Aquí ya no hay placer, ha muerto Flora,
Otoño espira, y nos dejó la aurora.

El fin del otoño.

¿Adonde rápidos fueron,
Benéfica primavera,
Tus cariñosos verdores
Y tus auras plazenteras?
¿Do están los amables dias
Cuando á la aurora risueña
De tus cálizes rosados
Tributabas mil esencias?
¿Do los pomposos follajes
Que oyeron las cantilenas
Del ruiseñor, en las noches
Llenando de amor las selvas?
¿Do estás, juventud del año?
Perdióse en la ardiente fuerza
De agosto; murió el estío,
Y ahora noviembre reina.
Noviembre, que despojando
Los bosques y las praderas,
Con amarillos matizes
Las galas de abril afea.
¡Cual de los vientos al soplo
Para siempre caen en tierra
Las hojas al pie del tilo
Que vió su antigua belleza,
Y sus maternales ramas
En soledad lastimera
Los rigores del invierno
Desconsoladas esperan!
Del invierno, que dejando

Sus escarchadas cavernas,
Ya se adelanta seguido
De borrascosas tormentas.
¡A Dios, albergues queridos
De las aves halagüeñas,
Nidos de amor, y teatros
De maternales ternezas!
Ya no abrigaréis piadosos
La desnuda descendencia
Del colorin, ni mi oido
Regalarán sus querellas.
¡O cuan diferentes cantos
Ahora do quier resuenan!
Que entre orfandades la muerte
Su carro aziago pasea.
¡Cuantas virtudes oprimen
Sus inexorables ruedas!
¡Cuanta esperanza sepultan,
Y cuanto amor atropellan!
Ni la juventud perdonan,
Ni el himeneo respetan.
O Filis, Filis! ¿quien sabe
Si ya en nuestro mal se acercan?
Nuestras niñezes volaron,
Y en pos las flores primeras
De la juventud. ¡Ay tristes!
A nuestros dias ¿qué resta?
En ellos ya desde lejos
Asoma de canas llena
La ancianidad dolorosa,
El desamor y tristeza.
Amemos, amemos, Filis;
Mira que rápidos llegan,
Que ya este otoño es memoria,
Y el tiempo destruye y vuela.

Quintana.

LA DANZA.

¿Oyes, Cintia, los plázidos acentos
Del sonoro violin? Pues él convida
Tu planta gentilísima y lijera:
Ya la vista te llama,
Ya en la dulzura del placer que espera
El corazon de cuantos ves se inflama.
¿Quien ¡ay! cuando ostentando
El rosado semblante
Que en pureza y candor vence á la aurora,
Y el cuello desviando
Blandamente hácia atras, das gentileza
A la hermosa cabeza
Reposada sobre él; ¿quien no suspira,
Quien al ardor se niega
Que bello entónces tu ademan respira?
¡Con qué pudor despliega
De su cuerpo fugaz los ricos dones,
La alegre pompa de sus formas bellas!
Vaga la vista embelesada en ellas:
Ya del contorno admira
La blanda morbidez, ya se distrae
Al delicado talle do abrazadas
Las Gracias se rieron,
Y su divino ceñidor vistieron:
Ya en fin se vuelve á los hermosos brazos
Que en amable abandono,
Como el arco de Amor dulces se tienden.
¡Ay! que ellos son irresistibles lazos
Donde el reposo y libertad se prenden.
¡O imágen sin igual! nunca la rosa,
La rosa que primera

Se pinta en primavera,
De Favonio al ardor fué tan hermosa;
Ni así eleva su frente la azuzena,
Cuando de esencias llena,
Con gentileza y brio
Se meze á los ambientes del estío.
Suena empero la música, y sonando
Ella salta, ella vuela: á cada acento
Responde un movimiento, una mudanza
Vuelve siempre á un compas; su lijereza
De belleza en belleza
Vaga voluble, el suelo no la siente.
Bella Cintia, detente:
¿Mi vista, que te sigue,
No te podrá alcanzar? ¿Nunca podria
Señalar de tus pasos
La undulacion hermosa,
La sutil graduacion? Cuando suspiro
Al fenezer de un bello movimiento,
Otro mas bello desplegarse miro.
Así del iris serenando el cielo
Con su gayado velo
En su plázida union son los colores:
Así de amable juventud las flores,
Do si un placer espira,
Comienza otro plazer. Ved los Amores,
Sus mudanzas siguiendo
Y las alas batiendo,
Dulcemente reir: ved cuan festivo
El Zéfiro, en su túnica jugando
Con los lijeros pliegues,
Graciosamente ondea,
Y él desnudo mostrando
Suena y canta su gloria, y se recrea.
Y ella en tanto, cruzando

Con presto movimiento,
Se arrebata veloz: ora risueña
En laberintos mil de eterno agrado
Enreda y juega la elegante planta:
Altiva ora levanta
Su cuerpo gentilísimo del suelo,
Batiendo el aire en delicado vuelo.
Huye ora, y ora vuelve, ora reposa
En cada instante de actitud cambiando,
Y en cada instante ¡o Dios! es mas hermosa.
. . . . . .
¡Salud, danza gentil! Tú, que nuniste
De la amable alegría,
Y pintaste el placer; tú, que supiste
Conmover dulcemente el alma mia,
De cuadro en cuadro la atencion llevando,
Y dando el movimiento en armonía.

El Mar.

Calma un momento tus soberbias ondas,
Océano inmortal, y no á mi acento
Con eco turbulento
Desde tu seno líquido respondas.
Cálmate, y sufre que la vista mia
Por tu inquieta llanura
Se tienda á su placer. Sonó en mi mente
Tu inmenso poderío,
Y á las playas remotas de Occidente
Corrí desde el humilde Manzanares,
Por contemplar tu gloria,
Y adorarte tambien, Dios de los mares.
Que ardió mi fantasía
En ansia de admirar, y desdeñando
El cerco oscuro y vil que la ceñia,

Tal vez allá volaba,
Do la eterna pirámide se eleva,
Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.
Tal vez trepar osaba
Al Etna mujidor, y allí veia
Bullir dentro el gran horno,
Y por la nieve que le ciñe en torno,
Los torrentes correr de ardiente lava,
Los peñascos volar, y en hondo espanto
Temblar Trinacria al pavoroso trueno;
Mas nada ¡o sacro mar! nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno.
Heme en fin junto á tí: tu hirviente espuma
El alto escollo sin cesar blanquea,
Do entre temor y admiracion te miro.
Inquieto centellea
En tu cristal el sol, que al Occidente
De majestad vestido huye y se esconde.
¿Donde es tu fin? ¿en donde
Mis ojos le hallarán? Con pie ligero
Tú te tiendes y corres, y llevado
Cual en las alas de aquilon sonante,
Mi espíritu anelante
Te sigue al ecuador, te halla en el polo,
Y endeble desfalleze
A tanta inmensidad. ¿Te hizo el destino
Para ceñir y asegurar la tierra,
O en brazo aterrador hacerle guerra?
¡Ay! que ese resonante movimiento
Me abate el corazon. Yo ví las mieses
Agitadas del viento
En los estivos meses,
Y dóciles y trémulas llevarse,
Y en seco son de su furor quejarse.
Ví el vértigo del polvo, y ví en las selvas

Contrastados tambien los altos pinos
Sacudirse y bramar: mas no este campo,
Este hervir vividor, estas olandas
Que llegan, huyen, vuelven,
Sin cansarse jamas, tiembla la arena
Al golpe azotador, y tú rugiendo
Revuélveste y sacudes
Una vez y otra vez: al ronco estruendo
Los ecos ensordecen,
Los escollos mas altos se estremecen.
Cesa ¡o mar! cesa ¡o mar! tan campanino
Piedad del flaco aliento
Que me sostiene exánime y pasmado.
¿No me oyes, no? ¿y violento
Te enaborbeces mas? Ya desatado
El horrendo huracan silba contigo.
¿Qué muralla, qué abrigo
Bastarán contra ti? Negras las olas
A manera de sierras se levantan,
Y en hondos tumbos y rabiosa espuma
Su furia ostentan y mi pecho espantan.
¿Llegó tal vez el dia
En que tras tanta guerra
El paso vencedor des en la tierra,
Y bramando allá dentro envuelvas ciego
Playas, imperios y hombres infelizes,
Y al hondo abismo los sepultes luego?
Como cuando en tu vértigo espantoso
La Atlántica se hundió. Con fuerte mano
Las zonas todas de la tierra asidas
Burlar pensaban tu furor, y en vano;
Que al golpe redoblado impetüoso
El eje poderoso
Se sintió vacilante, y estallando
Perdió su alto nivel: luchando entónces

Las ondas con las ondas se encontraron,
Y horrísonas cayeron,
Y el orbe estremezido desgarraron.

Arriaza.

LOS PRIMORES DE LAS ARTES.

Tú, pensamiento mio, enamorado
De la Pintura, absorto en sus prestigios,
De perspectiva en perspectiva vuelas;
Pero las vozes faltan, los prodigios
Crezen, y circundado
Del gran genio de Mengs, en vano anhelas
Cautivar en tus versos sus colores.
Tú bien dirás que no creó las flores
Mas bellas que el pinzel naturaleza,
Cantarás la verdad y la viveza
Que espresa el gesto, y hasta el genio humano;
Pero si audaz el portentoso arcano
Pretendes penetrar del claro-oscuro,
Mira: ese luminar claro y fecundo,
Que en medio de los cielos se gloria,
Arbitro de la luz, de dar el dia
De polo á polo al ámbito del mundo,
Si de su luz el mas brillante rayo
Fulmina hácia ese muro,
(Que en luto melancólico y umbrío,
Entre cipreses el sepulcro frio
Pinta, donde los manes yazen juntos
De dos amantes por amor difuntos)
Lo ve desfallezer en el desmayo
Que el arte obró, y el mismo sol se asombra
De no poder dar luz al rasgo oscuro

Revuélvense á sus pies bienes y males,
Sin que se imprima en su sereno gesto
Flaca tristeza, ó alegría insana.
Complacido en vestir formas mortales
Para divinizar la especie humana,
Y el choque de los hados turbulentos
Contemplando con ojos de victoria,
Mira en el sol el carro de su triunfo,
Mira en el cielo el campo de su gloria.

. . . . . .

Y tú, portento amable de belleza,
¿Es solo tu existencia en mi deseo?

. . . . . .

Trémula llega al blanco pie mi mano,
Trémula toca ¡o Dios! y es mármol fria.
Y estatuas y obras son del Genio humano
Las que animadas vió mi desvario!
Mármoles que adoré, siempre los hombres
Divinos os verán en los cinceles
Que os dieron vida. Gloria á vuestros nombres
¡Apolo Fidias¡ ! Venus Praxitéles !

FIN DEL TOMO TERCERO.

TABLA DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS

EN EL TOMO TERCERO.

POESIA.

Continuacion del Discurso preliminar..... v

LIBRO PRIMERO.

POESIA LIRICA.

Lírico Anacreóntico.

D. Estevan Manuel de Villegas. *A Drusila*, página 1. — *A Lesbia*, 2. — *A sus Amigos*, 3. *De sí mismo. Al Invierno*, 4. — *De un Médico*, 5.

D. José Cadalso. *De un Sueño*, 6. — *A su Retratista*, 8. — *De sí mismo. El Néctar*, 10.

D. José Iglesias de la Casa. *Los Ojos de su Amante*, 11. — *El Banquete*, 12. — *El Cabello de Nise. Su deseo*, 13.

D. Juan Melendez Valdes. *De las Ciencias*, 13. — *Los Hoyuelos*, 15. — *Donde halló al Amor*, 16. — *El Amor Mariposa*, 18. — *A un Pintor*, 19. — *El Amor fugitivo*, 21. — *La Paloma de Filis*, 22.

Lírico Amatorio.

Cristóbal de Castillejo. *Del Amor*, 27. — *De Julia*, 30. — *De un Sueño*, 31. — *El Amor preso*, 33.

Garcilaso de la Vega. *A la Flor de Gnido*, 34.
Don Diego Hurtado de Mendoza. *Contra el Amor*, 37.
Francisco de la Torre. — *A Filis*, 39. — *A Tirsis*, 40. — *A Filis rigurosa*, 41. — *A la misma*, 42. — *De su Ninfa*, 44.
Romancero. *Zaida á su Amante*, 45. — *Respuesta á la anterior*, 47. — *El Amor herido*, 49. — *Al Viento*, 50. *Las Niñas guardadas*, 51. — *El Ramillete*, 53. — *El Escarmiento*, 54. — *La Separacion*, 57.
Fr. Luis de Leon. *A una Desdeñosa*, 58.
Miguel de Cervántes. *La Confianza. La Precaucion inútil*, 60.
Lope de Vega. *Al Amor. Cancion americana*, 62. — *El Triunfo de Cupido*, 64. — *A Lidia ya vieja*, 68. — *El Poder del lloro*, 69. — *Los Zelos* 70.
Gaspar Gil Polo. *Melisa á Narciso. Respuesta de Narciso*, 71. — *Del Amor*, 72.
Luis Martin. *El Amor satisfecho*, 72.
Gutierre de Cetina. *A unos Ojos. A Dórida*, 73.
Lupercio Argensola. *Tiranía de Amor. Al Sueño*, 74.
Villegas. *Al Amor. Al Zéfiro* 75.
D. Luis de Góngora. *A Clori fugitiva*, 76. — *A una Tórtola*, 78. — *La Recompensa*, 79. — *El Veneno de Amor. Al Sol*, 80. — *A una insensible*, 81. — *La Despedida del Soldado*, 82.
D. Francisco de Quevedo. *Los Zelos*, 84.
Príncipe de Esquilache. *El buen consejo*, 84.
D. Antonio Mira de Amescua. *La Temeridad*, 86.
Mro. Fr. Diego Gonzalez. *El Murciélago alevoso*, 90. — *Epitafio*, 94. — *A Melisa*, 95.
Melendez Valdes. *La Flor del Zurgen*, 96.
D. José Mor de Fuentes. *La Complacencia*, 99.
D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos. *Las Transformacio-*

nes, 101. — *El Propósito*, 103. — *La Violacion del Propósito*, 107.

D. Juan Bautista Arriaza. *El No. Venus burlada*, 109. — *La Guarida de Amor*, 110.

Lírico Heroico.

Romancero del Cid. *Prueba de valor en el Cid*, 111. — *Resolucion de Rodrigo*, 113. — *Desafío con el Conde Lozano*, 114. — *Quejas de Jimena*, 116. — *Bodas del Cid con Jimena*, 118. — *Carta de Jimena al Rey*, 120. — *Respuesta del Rey*, 123. — *Contestacion del Cid y el Abad Bermudo*, 125. — *Reconvencion de Alfonso VI al Cid*, 127. — *Respuesta del Cid*, 130. — *Carta de Rodrigo á sus émulos*, 132. — *Mensaje de Rodrigo á su Rey*, 134. — *Congrdciase el Cid con el Rey*, 137.

Romancero General. *La alarma*, 138. — *Zulema en la fiesta de toros*, 140.

Fr. Luis de Leon. *A Santiago*, 144. — *Profezía del Tajo*, 149.

Fernando de Herrera. *A D. Juan de Austria*, 151.

Lope de Vega. *Judit*, 155.

D. Ignacio de Luzan. *A la Conquista de Oran*, 156.

Iglesias. *En loor de los Héroes Españoles*, 160.

D. Manuel José Quintana. *A la Invencion de la Imprenta*, 163.

Lirico Moral y Sagrado.

Santa Teresa de Jesus. *A Cristo cruzificado*, 170.

Fr. Luis de Leon. *De la Avaricia*, 170. — *Vida descansada*, 171. — *Noche serena*, 174. — *A Felipe Ruiz*, 176. — *A la Ascension*, 178.

Herrera. *A la Batalla de Lepanto*, 179.

Lope de Vega. *Vida libre*, 185.
Cristóbal Suarez de Figueroa. *Felizidad de la vida*, 188.
D. Juan de Jaúregui. *Vana grandeza*, 189.
D. Juan de Arguijo. *Las Estaciones*, 189. — *La tempestad y la calma*, 190.
Pedro Padilla. *El Deseo*, 190.
Lupercio de Argensola. *La Esperanza*, 191. — *El Labrador*, 192.
Bartolomé de Argensola. *Premio y Castigo de la otra vida*, 193.
Agustin de Tejada Paez. *El Varon constante*, 193.
Andres de Perea. *Desprecio de la vanidad mundana*, 196.
Francisco de Rioja. *A la Pobreza*, 199. — *A la Riqueza*, 201.
Quevedo. *Inocencia de la edad dorada*, 203.
Conde de Noroña. *A la paz entre España y Francia en* 1795, 204.
Melendez Valdes. *La Presencia de Dios*, 209. — *El Fanatismo*, 212. — *Vanidad de las quejas del hombre contra su Hacedor*, 217. — *De la Verdadera paz*, 220. — *Prosperidad aparente de los malos*, 222. — *En un convite de amigos desgraciados (inédita)*, 224.

LIBRO SEGUNDO.

POESIA ELEGIACA.

Elegias Amatorias.

Marques de Santillana. *Querella de Amor*, 227.
Juan Boscan. *La Ausencia*, 229. — *El Amante rendido. Fuerza de Amor*, 233.

Garcilaso. *Dolencia amorosa. A las Ninfas*, 234. — *Recuerdos tristes. El Amante sano*, 335.
Mendoza. *Tristeza y soledad*, 236.
Francisco de la Torre. *A una Tórtola*, 238. — *La Cierva herida*, 241. — *Dolor pertinaz*, 243. — *Crueldad de Filis*, 244.
Romancero. *Gazul desdeñado*, 247. — *Adalifa zelosa*, 249. — *El Despecho*, 252.
Herrera. *La Separacion*, 254. — *En la muerte de Eliodora*, 257.
Gaspar Gil Polo. *Diana enamorada*, 262.
Arguijo. *Ariadna abandonada*, 265.
Lope de Vega. *Cadena de Amor*, 265. — *Lágrimas distantes. El Amante burlado*, 266. — *A la Barquilla*, 267.
Góngora. *El Amante desterrado*, 270. — *Libertad perdida*, 273. — *La Pretension*, 276.
Cadalso. *Lamentos en la muerte de Filis*, 279.
Iglesias. *Aja burlada*, 281.
Melendez Valdes. *En la muerte de Filis*, 285.
Cienfuegos. *El Rompimiento*, 292.
Quintana. *A Célida*, 295.
Arriaza. *La Despedida*, 300.

Elegias Heroicas y Morales.

Don Jorje Manrique. *A la muerte de su Padre*, 303.
Garcilaso. *Para la sepultura de su Hermano*, 306.
Romancero. *Al Tiempo*, 307.
Herrera. *A la pérdida del Rey D. Sebastian*, 309.
Lope de Vega. *A lo mismo*, 312.
Jaúregui. *En la muerte de la Reyna D^a. Margarita*, 313.
Rioja. *A las Ruinas de Itálica*, 315.
Quevedo. *El Desengaño*, 317.

Príncipe de Esquilache. *El Melancólico*, 321.
Melendez Valdes. *A las Musas*, 322.
Quintana. *Despedida de la juventud*, 326.
Minerva Francesa. *A la Memoria de D. Juan Melendez Valdes*, 330.

LIBRO TERCERO.

POESIA BUCOLICA.

Marques de Santillana. *La Vaquera de la Finojosa*, 331.
Castillejo. *La Aldeana desdenosa*, 332.
Garcilaso. *Salicio y Nemoroso*, 325. — *Fragmento de la Egloga III*, 347.
Hernando de Acuña. *Silvano*, 350.
Francisco de la Torre. *Tirsi*, 355. — *Los Recuerdos*, 363. — *La Reconvencion. Los Dones*, 364.
Romancero. *El Pastor zeloso*, 365. — *Los Zarzillos*, 367. — *Las Tórtolas*, 369. — *Albano*, 370. — *El Zagal desdeñado*, 373.
Jorje de Montemayor. *Tardío arrepentimiento*, 375.
El Obispo Balbuena. *Arcisio y Melancio*, 377.
Gil Polo. *Licio y Galatea*, 381. — *Alabanza de Elvinia*, 386.
Cristóbal Suarez de Figueroa. *La Declaracion*, 388.
Herrera. *Egloga venatoria*, 390.
Pedro Espinosa. *Fábula del Jenil*, 394.
Lope de Vega. *A una Pastora ausente*, 401. — *El manso perdido*, 404. — *Fabio y Amarilis*, 405.
Francisco de Figueroa. *Tirsi*, 407.
Góngora. *Beldad de Clori*, 410.
Príncipe de Esquilache. *Canto de Lisardo*, 411. — *La Mudanza*, 412. — *Aviso á Luzinda*, 414.
Cadalso. *El buen deseo*, 415.

Iglesias. *Al Dios Pan*, 417. — *De su Pastor*, 418. — *El Sueño y el Deseo. Simulacion amorosa*, 419. — *Dones sencillos*, 420. — *Fuego amoroso. El Desvelo*, 421. — *Al Rebano* 422. — *Llama de amor. Gratitud pastoril*, 423. — *La Zagala que viene del campo*, 424. — *Amor y desdenes*, 425. — *La Rosa de Abril*, 426. — *La Salida de Amarilis al Zurguen*, 428. — *La Reprension*, 429.

Mro. Gonzalez. *Delio y Melisa*, 432. — *Cadiz transformado, y dichas soñadas*, 439. — *La Vigilia y el Sueño*, 442.

Melendez Valdes. *Batilo*, 445. — *El Zagal del Tórmes*, 457. — *Rosana en los fuegos*, 462. — *Convite á una Zagala*, 465.

Cienfuegos. *Los Amantes enojados*, 467.

LIBRO CUARTO.

POESIA DESCRIPTIVA.

Boscan. *La Mansion de Venus*, 471.

Francisco de la Torre. *La Aurora*, 475.

Romancero. *La Manana de S. Juan*, 477. — *El Juego de Canas*, 478. — *La Siesta*, 480.

Vicente Espinel. *Incendío y Rebato en Granada*, 481.

Arguijo. *Al Guadalquivir en una avenida*, 483.

Villegas. *El Nido robado*, 483.

Rioja. *A la Rosa*, 484. — *Al Jazmin*, 485. — *Al Verano*, 487.

Príncipe de Esquilache. *Las Mudanzas*, 489.

D. Francisco Manuel. *Los Novios*, 490.

Licenciado Bravo. *La libertad natural coartada por los respetos*, 491. — *Muger mudable*, 493.

D. Agustin Moreto. *Vida rústica*, 494. — *Lucha de Fieras*, 497.
Iglesias. *El Dia*, 499.
D. Tomas de Iriarte. *Felizidad de la vida del campo*, 500.
Melendez Valdes. *La Mañana*, 509. — *El Mediodia*, 512. — *La Tarde*, 514. — *La Noche*, 517. — *La Lluvia*, 519. — *El Zéfiro* 521. — *El Invierno*, 523.
Cienfuegos. *La Primavera*, 526. — *El Otoño*, 530. — *El fin del Otoño*, 534.
Quintana. *La Danza*, 536. — *El Mar*, 538.
Arriaza. *Los primores de las Artes*, 541.

FIN DE LA TABLA.